ESPERANZA LUQUE

EL SACRIFICIO *de la* CORONA



Lit RBA

LIBRO·1

ESPERANZA LUQUE

EL SACRIFICIO *de la* CORONA

LIBRO·1

Lit
RBA

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo

Agradecimientos

© del texto: Esperanza Luque, 2026.
Autora representada por Editabundo, S. L., Agencia Literaria.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: OBEO053
ISBN: 979-13-7031-152-0

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA MAMÁ. GRACIAS POR SER LA PRIMERA QUE APOYÓ MI
SUEÑO DE SER ESCRITORA CUANDO SOLO ERA ESO, UN SUEÑO.
CONFÍO EN QUE, DESDE ALLÁ DONDE ESTÉS,
VEAS QUE LO HE LOGRADO.

[...] De las entrañas de la luna y las estrellas, una joven parkisana nacerá de ellas.

Entre criaturas de la sangre crecerá y su destino de venganza será forjado.

La victoria o la derrota quedará en sus manos. Y de la muerte de los vampiros florecerá su recompensa. [...]

El cantar de Savannah, ANÓNIMO

Capítulo 1



Siempre sospeché que moriría por culpa de los vampiros, pero jamás hubiera imaginado que lo que me acercaría a la muerte sería la venganza.

«No es buena idea, Savannah», me repetí mientras cruzaba el umbral de la carpa. No, no era la mejor de mis ocurrencias. A medida que me adentraba en la oscuridad, asumí la locura que estaba a punto de cometer.

Una que tres meses antes no habría imaginado.

Traté de acostumbrar mi vista a la falta de luz. La estancia solo estaba iluminada por unos cirios que sostenían dos soldados vampiros ataviados con armaduras. En el centro, un tercer vampisano (como llamábamos a los vampiros del territorio) me esperaba sentado frente a una mesa, sin el casco.

—¡Siguiente! —bramó al ver que yo no avanzaba.

«¿Qué narices haces, Savannah? ¡Sal ahora mismo de aquí antes de condenarte a una muerte segura, en el mejor de los casos!».

Pero no pensaba hacerlo. Se lo debía a aquellos a los que había perdido, de modo que me acerqué.

—Extiende tu brazo, campesina —ladró el soldado.

Me incliné para obedecer sus órdenes, lo que provocó que algunos mechones castaños taparan parte de mi rostro. Cuando apoyé la muñeca en la mesa, los latidos ya retumbaban en mis oídos. En cuestión de segundos iba a convertirme en comida para vampiros. En otra ocasión, no habría estado tan dispuesta a ser el manjar de un ser vomitivo, pero en ese instante no había más remedio.

El soldado tomó el puñal que había a un lado y clavó el filo en una de mis venas. Esa era una de las pequeñas excentricidades de los vampiros ricos: al parecer, la calidad de la sangre se perdía con el sabor de la piel desgarrada... De ahí el arma.

Ni me inmuté ante el cortecito, del que al instante empezó a brotar la sangre; el muy despiadado estaría acostumbrado a usar el puñal con sus sirvientes. Sin embargo, cuando acercó la boca a mi piel, me tensé, aunque el mal trago no duró demasiado.

—Puaj.

El vampiro se apartó de mí y comenzó a toser.

Menuda sorpresa. No le gustaba. Seguro que solía saciar su sed con sirvientes bien alimentados y mucho más apetitosos. La campesina de una recóndita aldea de Parkisan no iba a ser un banquete para él, debido a mi falta de nutrientes.

Malditos vampiros.

Aun así, para mostrar su supremacía, posó los labios en la herida y lamió la sangre con una calma que me inquietó y me provocó náuseas.

—Exacto. No vales como sirvienta de sangre —sentenció mientras se separaba—, no sirves como sacrificio... ¡No sirves como nada!

Al parecer, me había tocado el seleccionador más estricto. En otra ocasión, incluso me habría enorgullecido el modo en que me estaba

rechazando. Sin embargo, debía convencerlo de que era una buena candidata.

—Con el paso de la competición, mi sangre tendrá más nutrientes —dije calmada—. Seré más sabrosa.

—¿Crees que superarás la primera prueba del Sacrificio de la Corona? —me preguntó en tono burlón.

Quizá también lo hizo con un atisbo de asombro, al ver lo decidida que estaba a seguir adelante, pese a que me costara la vida.

—No pienso perder.

Se hizo el silencio. La luz de las velas titiló. Acto seguido, los tres vampiros que había en el interior de la carpa prorrumpieron en carcajadas.

Esbocé una sonrisa al tiempo que reprimía las ganas de sacar la daga, que guardaba bajo la falda, y rajarles la garganta a los tres.

—Eres muy osada, campesina —dijo mientras se secaba un par de lágrimas provocadas por la risa—. Una lástima que los osados siempre sean los primeros en morir.

—Nunca has conocido a nadie como yo.

Era consciente de que las tenía todas en mi contra para que me seleccionaran, así que me tocaba mostrarme lo más segura posible. Si no me elegían por mi estamento y mi sangre, quizá lo hicieran por mi temperamento.

—Sobrevivo cada día en condiciones extremas y sé luchar con armas. Toda la gente que me importa está muerta, de modo que no tengo nada que perder. Soy la candidata perfecta.

Eso no era del todo cierto... Madre (la que me había criado desde los tres años, no la biológica) seguía con vida. Sin embargo, ese dato habría restado dramatismo a la historia.

«Si te escogen para el Sacrificio de la Corona, jamás volverás a verla», me recordé. No obstante, sería una carga con la que tendría que vivir.

—Si tú lo dices... ¿Cómo te llamas, campesina?

—Savannah.

—¿Qué más?

No acostumbraba a decir mi apellido. Como afirmaba padre, «Cuando alguien no es nadie, su apellido queda en el olvido».

—Montgomery.

—Muy bonito.

El soldado no abandonó su tono jocoso ni siquiera mientras apuntaba mi nombre en la lista. Apreté el puño, y la fantasía de sacar la daga para demostrarle que no era una joven desvalida volvió a cobrar fuerza. Al menos, había conseguido mi objetivo.

—Muchas gracias por presentarte, Savannah —carraspeó para ahogar otra carcajada—. Esto... Si eres seleccionada, aunque no lo creo, la semana que viene aparecerá tu nombre en un cartel, en la plaza del mercado.

Aguanté la respiración para seguir siendo la parkisana calmada a la que acababan de conocer. No era la primera vez que me menospreciaban, pero eso no significaba que fuera insensible a esos ataques. Es muy fácil juzgar a alguien a quien no conoces cuando puedes ocultar tu mediocridad tras armaduras de acero.

—¡Siguiente! —bramó antes de que pudiera replicarle de nuevo.

Tragué saliva, asumiendo la derrota. Había intentado impresionarles y que quedaran, como mínimo, prendados de mi actitud. Pero lo único que conseguí fueron burlas, aunque al menos mi nombre estaría en esa corta lista de voluntarios.

—Buena suerte si creéis que se presentará alguien más a la competición. ¡Larga vida a la reina Lilith II! —alcé la voz en tono irónico.

Acto seguido, me sujeté la falda del vestido y abandoné la carpa.

Si había una vampira a la que odiara más que a todos los que nos atacaban día tras día esa era Lilith II, la Reina Colmillos. Ojalá hubiera muerto, como casi toda la familia real, en aquel ataque de hacía más de veinte años. De ser así, no nos acecharían esas criaturas ni se celebraría una competición anual que solo conducía a una muerte segura.

Y padre y Morgana seguirían con vida.

Capítulo 2



Lokkat parecía, de primeras, una aldea apacible. Era un lugar pintoresco al que algunos burgueses y nobles acomodados de la zona acudían para descansar de su ajetreada vida. A las afueras, las praderas verdes la hacían perfecta para las grandes posadas que ningún habitante del poblado podía permitirse.

Sin embargo, nuestra realidad era muy distinta.

Hacía poco más de veinte años, los parkisanos empezaron a contagiarse de una enfermedad de origen desconocido que hacía que su sangre comenzara a pudrirse, lo que provocaba que, con el paso del tiempo, sus órganos también lo hicieran. Solo la sangre de una persona sana podía revertir esa dolencia, al menos durante unas horas.

Empezamos a llamarlos *vampiros* por su sed insaciable y porque les crecieron colmillos. No obstante, ese era el único parecido, porque ni eran inmortales, ni atractivos, ni se iban a enamorar de ti por ser la protagonista de una novela romántica.

Lokkat no solo era uno de los pueblos más pobres de todo Parkisan, sino que además, por la noche, sus habitantes debíamos resguardarnos de vampiros y ladrones. Muchos venían con ansias de

atacar y robar a los burgueses; no obstante, la zona de hospedaje estaba bien vigilada por la guardia. De modo que, al final, se conformaban con nosotros. Nadie nos protegía: cada pocas semanas lamentábamos alguna pérdida, ya fuera una muerte o alguien convertido en vampiro.



Aquella mañana de inicios de primavera, después de presentarme al Sacrificio de la Corona, me dirigí a la plaza del mercado. Era miércoles, el día en que todos vendíamos nuestros productos a los vecinos. Madre ya se encontraba allí, colocando la cosecha que no habíamos vendido la semana anterior. Y que ese día tampoco iba a comprar nadie, porque ya estaba en mal estado.

—Savannah, ¿has vuelto a ir a la sangrería? —Señaló el corte en mi muñeca con su cabeza rubia. Después, posó sus ojos azules en los míos, de color miel—. Me dijiste que ibas a asearte al lago...

Sabía que pensaría eso. Desde que padre había fallecido tres meses atrás, de vez en cuando iba para conseguir unas monedas.

—Sí, pero hoy Timmy no ha aceptado mi sangre —me excusé. No era capaz de mirarla a los ojos, así que agaché la cabeza y oculté el rostro tras algunos mechones de pelo castaño quebradizo—. Dice que ningún vampiro querrá comprarla porque está muy agria, debido al hambre que pasamos.

No era del todo mentira. La última vez ya tuve que discutir con él para que me sacara medio litro.

—Te dije que no lo hicieras —me regañó—. Ahora la cabeza de familia soy yo.

—Bueno, ya sabes lo que decimos aquí, en el Oeste —bromeé—: «Una mujer solo es la mitad de cabeza de familia». Así que yo soy la otra mitad.

Socialmente, Parkisan estaba dividida en dos mitades: Oeste y Este. Durante los años del imperio, el primero se vio influenciado por los valores tradicionales (más bien anticuados) de Lemanat, mientras que el Este se volvió más abierto de mente gracias a Nibringar.

Habían pasado cincuenta años desde el final del imperio, y seguíamos sin haber limado nuestras diferencias.

—¿Se ha presentado mucha gente al Sacrificio? —cambió de tema.

Me quedé petrificada al escuchar su pregunta. ¿Había descubierto mi engaño? Peor, ¿se lo habría chivado uno de nuestros vecinos? Imposible. No nos hablaban, y las pocas veces que se veían obligados a hacerlo era para comprarnos fruta o verdura.

A pesar de que todos pertenecíamos al estrato más bajo del pueblo llano, a nosotras nos miraban por encima del hombro porque éramos campesinas. Además, como padre había sido ladrón, consideraban que mi familia era todo menos honrada.

—Eh... —comencé.

Entonces caí en que, para volver de la sangrería, había que pasar por la carpa donde estaban tomando muestras de sangre. Después de visitar todo Parkisan, los soldados vampisanos escogerían a unos humanos supuestamente afortunados de entre doce y veinticinco años según su sabor.

—No —contesté—. Vamos, yo no he visto a nadie.

Se me formó un nudo en la garganta. Si no me escogían, no tenía por qué contarle que me había presentado. De hecho, fui la única que apareció en la preselección de Lokkat.

Cuando la Reina Colmillos instauró el Sacrificio de la Corona, hacía ya veinte años, había quienes, en aldeas como Lokkat, intentaban colarse en la lista de elegidos. A pesar de los riesgos, la recompensa valía la pena: convertirse en el heredero del trono de Parkisan.

Pero había trampa.

En todo ese tiempo, nadie había ganado el Sacrificio. Todos los aspirantes habían tenido el mismo final: habían fallecido o se habían convertido en sirvientes de sangre, obligados a servir a la Corona con su vida, gota a gota. Los desafortunados que llegaban al último reto recibían el honor de ser asesinados por la mismísima Reina Colmillos en el Castillo de Branamor.

Con el tiempo, la verdad se volvió innegable: aquello no era un reconocimiento. Para nosotros, era una sentencia de muerte. De modo que en Lokkat, donde apenas podíamos sobrevivir, ya nadie se presentaba. Solo las provincias ricas seguían enviando a sus jóvenes: hijos entrenados desde niños, convencidos de que ser ofrecidos al Sacrificio era un privilegio. Después de todo, la base de la competición era medir nuestras aptitudes para formar parte de la familia real. Ellos contaban con oro, instructores y sangre exquisita. Nosotros no.

Yo no me había presentado por poder, riquezas o ese supuesto honor. Cuando padre murió desangrado por dos vampiros, me pidió como última voluntad que me apuntara. Ya lo había hecho en el pasado, pero en esa ocasión sus palabras cobraron más fuerza. Y le prometí, a él y a mí misma, que lo haría: me presentaría, ganaría las pruebas y, por fin, me vengaría.

—¿Hasta cuándo seguirán con esta competición de mala muerte?

Con un golpe seco, madre dejó sobre la mesa la cesta de paja con las hortalizas, alejándome de mis pensamientos. Entonces, empezó a sacar los puerros.

—Hasta que se cansen o el príncipe Clement consiga derrocar a la Reina Colmillos —respondí.

El príncipe era el hermano mellizo de la reina, el principal candidato del pueblo llano para sustituir a Lilith.

—¿Por qué no deja a su sobrina como heredera? Total, es la única familia que le queda.

Al principio de la epidemia, la realeza luchaba contra la enfermedad con encarcelamientos y ejecuciones. Durante ese tiempo, Lemanat y Nibringar cerraron sus fronteras para que no los contagiásemos. Como represalia, los vampiros atacaron el castillo donde residía la Corona y mataron a casi toda la familia real. Ese ataque se conoció como el Amanecer de la Sangre Negra, en referencia al color de la sangre del vampiro.

Las únicas supervivientes fueron la monarca Lilith II, que acabó convertida en vampira, y su sobrina (en realidad, hija de su prima), Omelia Delagarde. Esta última se había librado de la enfermedad y era humana. Parecía un destino horrible, pero podía haber sido peor, como el de Kendra IV de Korane, conocida como la Reina de Nadie porque todos sus súbditos murieron por culpa de una maldición.

—Supongo que es más divertido ver cómo todos mueren intentando pertenecer a la familia real —opiné—. Cuando se canse, pondrá a Omelia al mando y dará por finalizada la competición.

El Sacrificio de la Corona se había convertido en una mentira conveniente, una ilusión de ascenso que la reina ofrecía a los plebeyos para mantenerlos sometidos. A cambio, muchos parkisanos

elegían ignorar el trato de favor que, desde su conversión, la Reina Colmillos otorgaba a los vampiros. Sin embargo, con los años, ese pacto tácito empezó a resquebrajarse: de los lugares más pobres, ya nadie se presentaba, ni nos protegían de esas criaturas sedientas de sangre que rondaban las aldeas día y noche. En medio de ese abandono, el príncipe Clement ganaba terreno, pues cada vez sumaba más apoyos. De hecho, dos de los cuatro ducados no temían desafiar a la reina.

—«Y, cuando ya no quedó lugar para las lágrimas, apareció la sed de sangre —oí recitar a una niña con un pañuelo rojo atado en el brazo; estaba jugando al pillapilla con sus amigos en la plaza—. Por eso ahora recorre las calles...». No sé cómo sigue. ¡Voy!

En silencio, ayudé a madre a sacar de la cesta unas acelgas que habían perdido su color verde vivo. Estaban arrugadas y, de hecho, el olor tampoco acompañaba.

En ese momento, uno de los niños chocó con nuestra mesa y pisó sin querer la tela morada que cubría la superficie. En consecuencia, tiró al suelo los puerros que mi madre había colocado antes. Acto seguido, la niña que lo perseguía sufrió el mismo destino y casi destrozó las verduras. Estaban jugando a huye del vampiro, el pillapilla particular para los ducados que nos oponíamos a la Reina Colmillos.

Los dos pequeños ni se molestaron en disculparse; salieron corriendo entre risas inocentes. Estuve a punto de soltarles cuatro improperios, pero madre me puso la mano en el hombro y negó con la cabeza.

La jornada en el mercado transcurrió tal y como pensaba: nadie nos compró nada. Si ya nos había costado que alguien lo hiciera la

semana anterior con la cosecha fresca, no esperaba un destino mejor en esa ocasión. De hecho, algunas vecinas pasaron por nuestro puesto para darnos falsas esperanzas. No obstante, solo nos dedicaron miradas altivas cuando ya pensábamos que iban a comprar.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? —se lamentó madre casi al final de la jornada.

Cuando murió padre, le propuse que nos mudáramos a otra aldea y empezásemos de cero. Pero ella tenía razón: en Lokkat teníamos una casa, un hogar. En otro sitio, tal vez ni eso.

Si me escogían para el Sacrificio de la Corona, la dejaría sola. No podía quitarle también su vida.

Sacudí la cabeza para no pensarlo. Al menos, con esas hortalizas cocinaríamos un buen hervido y nos daríamos un festín. Estaba muerta de hambre.

Eso si un vampiro no nos estropeaba el día... Lo olí antes de oírlo, pues desprendía un terrible hedor provocado por la putrefacción. No estaba bien alimentado.

—¡Os voy a matar a todos! —bramó mientras tiraba el contenido de uno de los puestos.

Capítulo 3



Todas las mujeres, los niños y los ancianos nos resguardamos bajo las mesas. Siempre colocábamos una tela sobre la superficie para escondernos si aparecía algún vampisano.

Por un agujero de la ropa, vi que los dos únicos hombres jóvenes, el pescadero y el sastre, daban un paso adelante armados con una horca y una hoz. Yo me quedé en mi sitio; no pensaba arriesgar mi vida por unos vecinos que ni siquiera me caían bien.

—Te has equivocado de parkisanos —soltó el pescadero con sorna.

—Los que buscas están en lo alto de esa colina —dijo el sastre alzando la barbilla.

En cuestión de segundos, acorralaron al vampiro contra la fachada de una de las casas y le apuntaron con las armas. Como la guardia nunca estaba cuando se le necesitaba, aprendimos a defendernos. Aunque estaba prohibido matar a los vampiros desde que la Reina Colmillos se convirtió en uno de ellos, no sería el primero que enterrábamos.

Los hombres lo atacaron como buenamente pudieron. Nunca aceptaron que padre los entrenara, pues no querían tener nada que ver con un ladrón.

Sin embargo, ese vampisano no era de los fáciles de matar. De un empujón, los tiró al suelo. Cuando los vampiros se encontraban al borde de la muerte, se volvían más fuertes y peligrosos. Además, por sus ropajes desgarrados y descoloridos, parecía que llevaba mucho tiempo viajando. Era muy probable que fuera su última oportunidad de mantenerse con vida, y no pensaba desaprovecharla.

Por un segundo, el vampiro miró hacia donde me escondía. Me aparté del agujero lo más rápido que pude, rezando para que no reparara en mi presencia. Cuando me atreví a mirar de nuevo, vi que el sastre había sido abandonado a su suerte frente a la criatura. Esta se mordió la muñeca y le escupió la sangre putrefacta a la cara. Contuve el aliento. Si había entrado en contacto con los ojos, la nariz o la boca, el joven estaba perdido. Por fuerza, se convertiría en uno de ellos. Y su destino no parecía demasiado alentador.

—Mi desgracia será la tuya —rio el vampiro con los dientes manchados de sangre negra.

Por el modo en que el sastre se restregó el rostro para retirar la putrefacción, sin duda se había contagiado. Se incorporó para coger de nuevo la hoz y defenderse, pero, antes de que pudiera hacerlo, el vampiro estrelló su cabeza contra el suelo y lo dejó inconsciente.

Oí a su esposa gritar a mi lado, desolada por lo que estaba viendo, y a punto estuve de matarla con mis propias manos. Sí, una lástima, su marido se iba a convertir en vampiro, pero no por eso tenía que llevarnos a los demás al cementerio. Se me aceleró el corazón cuando vi que el vampisano se acercaba a la mesa bajo la que nos ocultábamos. Me abracé, retrasando lo inevitable: debería enfrentarme a él, nos iba a atacar de un momento a otro.

Me entró una arcada conforme el hedor inundaba con más fuerza mi nariz, pero algo (más bien alguien) lo detuvo.

—¡Padre, padre!

El hijo pequeño del sastre, que había huido de los brazos de su madre, salió de nuestro escondite. Habían pasado apenas unos segundos cuando lo oí gritar. El vampiro debía de haberlo atrapado.

—¡Mi hijo, mi hijo!

La parkisana se puso la mano en el pecho, aún refugiada bajo la mesa.

Exhalé con lentitud, casi en un estado meditativo. Me sentía débil, pero, aunque la vida de mis vecinos no me importaba, no podía quedarme de brazos cruzados ante la desgracia de un niño. Era un objetivo fácil que no saciaría la sed del vampiro, pero no opondría tanta resistencia como la mayoría.

—Savannah, ¡por lo que más quieras...! —me pidió madre, leyéndome la mente, pero yo ya estaba en movimiento.

—¡Enfréntate a alguien de tu tamaño! —grité a la criatura entre tosidos mientras salía de mi escondrijo.

—¡Savannah, Savannah, por favor!

Noté que la mano de madre se cerraba en torno a mi tobillo. Nunca le había gustado que luchara. Sin embargo, desde que asesinaron a padre, temía que yo sufriera un destino similar. Aunque comprendía su preocupación, no podía cumplir sus deseos, así que di un tirón con la pierna y logré liberarme.

Tosí de nuevo mientras me acercaba a mi enemigo, que sostenía en brazos al pequeño, al que parecía haber dado tregua. De cerca, el vampiro era aún más vomitivo. Su rostro grisáceo por la

putrefacción estaba manchado de sangre seca, suya y del niño. Sonrió, jocoso, y mostró sus colmillos amarillentos.

—Vuelve bajo la mesa —me amenazó— si no quieres sufrir el mismo destino que él.

En cuanto cerró la boca, volvió a beber del cuello del pequeño, que había dejado de gritar y se mantenía inmóvil en brazos de la criatura, aletargado. En ese instante, saqué la daga que escondía bajo la falda y la empuñé. Aprovechando que estaba distraído, salvé la poca distancia que nos separaba y le clavé la punta en el abdomen, justo en el punto donde padre me había enseñado que eran más vulnerables.

—Suelta. A. Ese. Niño —escupí.

Al fin, el vampiro me tomó en serio y dejó caer al chiquillo al suelo con un golpe seco. Después, volvió a sonreírme.

—Tú lo has querido —gruñó—. Contigo no tendré tanta compasión como con el sastre.

No tardó en abalanzarse sobre mí, pero lo esquivé con facilidad. Por mucho que tuviera una fuerza descomunal, no sabía luchar, y se notaba. Si hubiera sido un poco más listo, habría cogido la hoz del sastre, que estaba en el suelo, y me habría rebanado el cuello. Sin embargo, era un vampiro con mucha hambre y poca inteligencia.

Normal que estuviera a punto de morir por inanición.

—¡Puta campesina! —bramó, y se relamió los dientes—. Espero que tu sangre merezca la pena cuando te mate.

—Mi sangre está asquerosa... Siento decepcionarte.

Con un rugido de rabia, volvió a abalanzarse sobre mí y lo esquivé de nuevo. A pesar de que lo tenía más que controlado, empecé a ser

víctima de un enemigo peor que los vampiros: el mareo por el hambre.

En el peor momento, unos puntitos negros aparecieron en mi campo de visión. Aun así, luché para que no se notara que me flaqueaban las fuerzas. De lo contrario, sería la siguiente en morir. Y no iba a hacerlo a manos de otro vampiro que no fuera la Reina Colmillos.

Bueno, en realidad, prefería que ella tampoco me matara.

La criatura intentó arrollarme de nuevo, pero tropezó con una de las losas de la plaza y se precipitó al suelo.

—Menos mal —suspiré.

Sin darle tregua para que se levantara, me senté a horcajadas sobre él y le coloqué el filo de la daga en el cuello.

—Dicen que los vampiros sois más fáciles de matar que los humanos. —Apreté el acero contra su garganta, haciendo lo posible para aguantar su nauseabundo olor—. Me pregunto si un pequeño corte será suficiente para acabar contigo.

En un gesto desesperado, liberó el brazo y lo acercó rápidamente a mi rostro, intentando que su sangre me tocara y, con suerte, contagiarme, pero aparté la cara a tiempo y, con el brusco movimiento, el filo se hundió un poco. No lo retiré. Esperé hasta que un hilo de sangre negra comenzó a deslizarse por su piel.

Lo iba a matar, lo apuñalaría hasta que la vida se le fuera por los ojos. Por culpa de los vampiros, todos vivíamos sumidos en el terror, así que lo atemorizaría hasta el último segundo. Me dispuse a hundir la daga en su yugular y...

—¡Detente, mujer! —gritó alguien—. ¡Matar a un vampisano está penado con la ejecución pública!

Alcé la mirada. Tres soldados vampiros venían hacia nosotros, con el cobarde del pescadero tras ellos. Llevaban puesto el casco: aunque el sol no los mataba, les deslumbraba más que a los demás.

Se acabó, me tocaría perdonar la vida a la criatura que nos había atacado; de lo contrario, me condenarían a muerte. Aunque hubiese sido en defensa propia.

El vampiro aprovechó la distracción para empujarme y librarse de mí. Por un instante, me preocupó que fuera a devolverme el ataque. No obstante, quien se convirtió de nuevo en su víctima fue el niño de antes, que yacía inconsciente junto a su padre.

Todo ocurrió muy despacio. La madre volvió a gritar y al fin salió de su escondrijo, amparada por los guardias. No obstante, estos la detuvieron y se encargaron de inmovilizar al vampiro (demasiado tarde, para mi gusto). Me levanté del suelo con el corazón en un puño al ver que el pecho del pequeño no se movía. Su madre lo acunó en los brazos, repitiendo su nombre una y otra vez, intentando que despertara.

Cuando nuestro atacante quedó inmóvil en el suelo, uno de los soldados se volvió, se quitó el casco y me clavó la mirada con los ojos entrecerrados. Se me erizó el vello de la nuca. Era el soldado de la preselección del Sacrificio de la Corona, el que se había reído de mí por ser campesina.

Su rostro ya no era de burla, sino de sorpresa.

Empezaba a tomarme en serio.

—¿Has reducido tú a ese hombre?

Podría haberle contestado que, si ellos hubieran estado en sus puestos, no habría tenido que hacerlo. Sin embargo, el orgullo no me iba a llevar a ninguna parte.

—Te dije que soy la candidata perfecta.

El oficial parpadeó como un idiota, por el asombro o porque le molestaba el sol.

—¿Sigues pensando que soy demasiado osada? —dije alzando la barbilla.

—Pienso que el Sacrificio de la Corona es muy duro incluso para un vampiro.

—Tienes en demasiada estima las habilidades de los tuyos.

Con la mirada, señalé al vampisano que acababan de apresar.

—No esperes hacer historia, campesina —sentenció.

Me encogí de hombros. «No espero hacer historia, espero vengarme», me habría gustado responderle.

El oficial hizo una seña para que se llevaran a la criatura. Poco después, desaparecieron de nuestra vista.

Los vecinos que se habían escondido salieron por fin para contemplar el desastre. Las baldosas estaban manchadas de sangre, y la mayoría de sus productos, esparcidos por el suelo.

En el centro de la plaza, la mujer del sastre mecía a su hijo entre los brazos.

—¿Qué quería ese? —me preguntó madre tras acercarse a mí, lo que me devolvió a la realidad.

Abrí la boca, pero tardé en responderle.

—Eh... Decirme lo que me pasaría si me ven matando a un vampiro.

—¡Tú sí que me vas a matar cualquier día de un disgusto!

—Madre, ese vampiro no me iba a hacer nada. No era muy espabilado, y estaba al borde de la muerte.

—Eso decía siempre tu padre —añadió con voz temblorosa—. Y ahora alimenta a los carroñeros.

Se me formó un nudo en la garganta. Lo que pasó aquella noche en el bosque fue diferente: eran dos, y seguro que lo pillaron desprevenido. Aunque él había acabado con uno, el otro lo dejó al borde de la muerte. Después de ajusticiar yo misma al malhechor, padre me dedicó unas últimas palabras. Un legado. Pero ya era tarde: no pude salvarle.

Al borde de las lágrimas por el recuerdo, atraje a madre hacia mí y la abracé con fuerza. Tras la conversación con el oficial, sabía que era muy probable que me seleccionaran para la competición.

Mi mirada se perdió en el horizonte, hacia el lugar donde la mujer del sastre sollozaba desconsolada. Sentí una punzada en el corazón al ver que la piel de su hijo se había tornado cetrina. Estaba muerto.

No, no me podía quedar de brazos cruzados en Lokkat. No permitiría que quedara ningún vampiro con vida.

Capítulo 4



A la semana siguiente me enteré de que había sido seleccionada. Fui sola a la plaza a primera hora de la mañana, justo cuando los soldados estaban clavando un papel en el tronco de un árbol con la lista de seleccionados. Y solo aparecía un nombre: el mío.

Ya no había vuelta atrás. Debía presentarme. Los que se arrepentían se enfrentaban a la condena a muerte por desobedecer una orden de la Reina Colmillos.

En cuanto los soldados desaparecieron, arranqué parte del papel y me lo guardé en el bolsillo. No quería ser la comidilla del pueblo durante el día del mercado. Además, prefería que madre se enterara por mí, ya que, aunque ella no sabía leer, lo oiría de boca de algún vecino.

Sin embargo, antes de que pudiera deshacerme del clavo y de los restos de papel que quedaban en el tronco, algunos vecinos aparecieron en la plaza para montar su puesto. Así comenzaron las habladurías sobre su origen y, tras muchas suposiciones, todos llegaron a la misma conclusión: alguien había sido seleccionado para el Sacrificio de la Corona y había querido ocultarlo, pero ¿quién?

Tanto se habló de ello durante la jornada, que l a inminente visita del príncipe Clement dejó de ser el acontecimiento más importante del día.

—Pero me dijiste que no habías visto a nadie presentándose a la competición... —me soltó madre de pronto.

Me quedé en silencio durante unos segundos, pensando en qué contestarle. Durante la semana había comenzado a prepararla, insinuándole lo que podría pasar si algún día me presentaba. Mi comentario no le había hecho ni pizca de gracia, igual que cuando padre, en vida, insistía en que debía participar.

No era ingenua, empezaba a atar cabos.

—Tal vez alguien se presentó antes o después de que yo fuera a la sangrería...

—Savannah.

Ese *Savannah* sonó a un «Prométeme que la elegida no eres tú».

Aproveché que acababa de acercarse a nuestro puesto una pareja de burgueses para cambiar de tema.

—No le des más vueltas, madre. Tenemos clientela. ¿Qué deseáis? —dije dirigiéndome a ellos.

—Dos cabezas de ajo y perejil —comentó ella—. ¡Nos encanta esta aldea, venimos cada año! ¡Es tan pintoresca...! Se agradece esta calma cuando vives en una ciudad bulliciosa. No os lo recomendamos.

Les dediqué una de mis mejores sonrisas asesinas y vi que él asentía, totalmente de acuerdo con su esposa.

—Si tanto les gusta nuestra aldea, deberían quedarse a vivir aquí —contesté con una mueca forzada—. Yo sí que se la recomiendo.

«Así podrían ser comida para vampiros en algún momento, y no uno de nosotros», pensé.

Madre carraspeó a modo de reprimenda, y decidí callarme para seguir vendiéndoles nuestros productos. Eso sí, logré que me pagaran por todo dos monedas de plata, cuando en realidad costaba seis de bronce. Estúpidos.



Al terminar la jornada de mercado, montaron una carpa en la plaza y la gente comenzó a agolparse alrededor de ella. Desde allí hablaría el príncipe Clement, y sucedería en cualquier momento. Antes de marcharme al lugar donde se celebraría el Sacrificio de la Corona, quería hablar con él. Necesitaba su ayuda.

Pero tendría que hacerlo a solas, cuando encontrara el momento.

—¿Nos vamos, cariño? —articuló madre con un nudo en la garganta.

Teníamos una conversación pendiente respecto a la competición.

—Yo... quiero quedarme a ver a Clement.

—¿Para oírle hablar de las cuatro tonterías de siempre? Es un charlatán... —Se quedó en silencio unos segundos—. Da igual, ya sabes que no puedo con él. Nunca hará nada por Parkisan. Ni lo hizo hace veinte años ni lo hará ahora.

Desde que la Reina Colmillos se había convertido en vampira, su hermano Clement, aún humano, había intentado derrocarla por todos los medios. Los rumores decían que hacía tiempo que se habían distanciado, pues él no vivía en la residencia real desde mucho antes del día del Amanecer de la Sangre Negra.

Sin embargo, arrebatar el trono a la reina no era tarea fácil: solo dos de los cuatro ducados de Parkisan estaban de su lado, uno del Oeste y otro del Este: Azalea (el nuestro) y Zinnia siempre se habían opuesto, mientras que Dahlia y Gardenia apoyaban a la Reina Colmillos. Por eso viajaba sin descanso por el país en busca de aliados para reforzar el vínculo con ellos.

Cuando madre se fue y me dejó sola, me uní a la muchedumbre que comenzaba a apretujarse para ver al príncipe.

Incluso algunos burgueses que se hospedaban en Lokkat se sumaron al encuentro, y no era para menos: hacía más de dos años que Clement no aparecía por allí.

Sentí una presión en el pecho cuando atisbé unos mechones rubios a lo lejos: el príncipe. No pude ver mucho más, pero, por el repiqueteo de zapatos, entendí que iba acompañado de su guardia humana.

La muchedumbre comenzó a rugir apasionada al verlo después de tanto tiempo.

—¡Queridos habitantes de Lokkat! —nos saludó—. ¡Estamos en tiempo de crisis! Mejor dicho, seguimos en tiempo de crisis. Los vampiros invaden nuestras ciudades, nuestros ducados, ¿y quién pone remedio?

La gente comenzó a gritar, enfurecida:

—¡Nadie!

—¡Nuestros hijos están desprotegidos!

—¡¿Qué futuro nos espera?!

—Es la respuesta de siempre —prosiguió Clement—. Mi hermana Lilith no lo remedia. Está del lado de los crueles asesinos que

desangran a familias enteras. Aunque no puede ser de otro modo: es uno de ellos.

Madre tenía razón: era un charlatán. Pero sabía hablar. Y la gente se deja llevar con excesiva facilidad.

—¡Saldremos a las calles y lucharemos por lo que es nuestro! —rugió—. ¡No dejaremos que los vampiros nos arrebaten Parkisan!

A modo de respuesta, todos alzaron los brazos y lanzaron un grito de esperanza e ilusión.

Sabía lo que venía a continuación. Después de uno de sus discursos, elegía a alguien del público para que contara su historia, una tragedia provocada por los vampiros que respaldaba su mensaje. A esa persona le ofrecía una bolsa llena de monedas de oro como compensación por el reino de terror impuesto por su hermana. La última vez, la fortuna que le ofreció a la hija adolescente del ganadero fue tan cuantiosa que pudieron mudarse a una de las provincias más ricas del ducado de Azalea.

En esa ocasión, la elegida fue Henrietta, la mujer del sastre, que hacía unos días había perdido a su hijo y a su marido. Oí que la parkisana se ponía a llorar conforme se acercaba a Clement. Enseguida, todos los vecinos clamaron para que la ayudase.

—¡Vamos, Henrietta!

—¡Han sido tu niño y tu marido, que te protegen desde el Prado Más Alto!

Sentí que algo se me clavaba en el abdomen, tan afilado como la punta de mi daga. No me molestaba que el mundo tratara de animarla, pero, cuando ocurrió lo de padre, nosotras solo recibimos miradas entrometidas. Nada más.

—¿Cómo te llamas, parkisana? —le preguntó el príncipe.

—Henrietta Altarnun.

—La gente de Lokkat te quiere mucho. Eso es que algo haces bien.

Por unos segundos, el silencio inundó la plaza, y Henrietta comenzó a sorber por la nariz.

—Gracias, Su Alteza. —Supuse que Clement le había ofrecido un pañuelo de tela—. Son como mi familia. Este no es un sitio grande, aquí nos conocemos todos. He crecido con ellos y ellos conmigo.

—Me ha parecido oír que tu hijo y tu marido te cuidan desde el Prado Más Alto. ¿Han fallecido?

Resonaron más sollozos y más apoyo por parte de los parkisanos. Acto seguido, comenzó a contar cómo el vampiro atacó a su familia.

—Es imperdonable que mi hermana no reaccione. Te prometo que terminará pagando por ello —sentenció el príncipe—. Henrietta, sé que no puedo devolver la vida a tu familia, pero espero que mil monedas de oro sean suficientes para que estés bien a partir de ahora.

¡Mil monedas de oro! Con eso podría vivir como una reina hasta el fin de sus días. No negaré que en ese momento la envidié. Si yo hubiera sido la elegida, tal vez me habría olvidado de la venganza y me hubiese marchado con madre a otro lugar donde comenzar una nueva vida. ¿Quién necesita vengarse cuando puede comprar la paz?

—Su Alteza, yo... yo no me merezco esto.

—Claro que sí. —Oí un ruido metálico mientras la bolsa pasaba de una mano a otra—. Es lo mínimo que puedo hacer para aliviar el daño que te ha causado mi familia.

Clement realizó una pequeña pausa antes de despedirse definitivamente.

—Me gustaría conversar con todos vosotros, pero mañana he de partir al pueblo vecino. —Tragué saliva, llegaba mi momento—. ¡Abajo Vampisan!

Todos lanzaron vítores y comenzaron a dispersarse obedeciendo a la guardia que controlaba a la muchedumbre. El príncipe se retiró al interior de la carpa para descansar antes de emprender el viaje.

No pensaba desistir hasta hablar con él. Clement era el único que podía ayudarme en el Sacrificio de la Corona, así que me quedé a la espera de que me dejaran entrar en la tienda.

—Señorita —dijo uno de los escoltas—, márchese.

Su voz sonó tan grave y amenazante que estuve a punto de obedecerle, pero en el último segundo me atreví a dar un paso. Me sentí tentada de llamar al príncipe por su nombre, pero eso solo habría puesto en alerta a los soldados y me habrían detenido. Después de todo, no sabían quién era yo; o, si lo sabían, debían ser imparciales.

—¿Eres tonta, jovencita? —ladró—. ¿No me has oído?

—¡Necesito ver a Su Alteza! ¡Padre murió por culpa de esos sanguinarios vampiros! ¡Nadie nos ayuda! —exclamé, intentando darle pena con mi desgracia familiar.

Sin embargo, eso no lo aplacó, al contrario. Inspiró con fuerza, y me preparé para su reacción. Afortunadamente, el resto de la guardia se acercó para tranquilizarlo.

—Wilson, ya está —comentó una—, no pasa nada. Es lo que ocurre en todos los lugares que visita...

—¡Hija de chupasangres! —bramó—. ¡Te he dicho que te largues!

Chasqué la lengua, todo estaba saliendo muy mal.

De pronto, la tela que cubría la entrada de la carpa se movió y el príncipe Clement salió de detrás de ella. Parecía que había conseguido llamar su atención... Conforme se acercaba, entornó los ojos, que mostraban un destello de sorpresa. O quizá esperaba nuestro encuentro y su mirada solo lo acababa de confirmar.

Los años no habían sido benevolentes con él. Clement tenía las arrugas de expresión muy marcadas, y algunos de sus mechones se habían vuelto canosos. Como siempre, llevaba la casaca y el jubón morados.

Me incliné hacia delante a modo de reverencia para quien debería ser el verdadero rey.

—¿Qué sucede, Wilson? —le preguntó Clement al hombre que me había gritado—. No hay necesidad de llamar *hija de chupasangres* a una leal parkisana.

Hizo un ademán con la mano para invitarme a pasar. Antes de desaparecer tras la tela, dediqué una sonrisa triunfal al escolta. La vena de la frente se le hinchó a modo de respuesta.

Casi ahogué un grito en cuanto entramos en la carpa. Había demasiados muebles para ser un lugar de paso donde solo se quedaría unas horas; habían colocado una alfombra para no pisar el suelo de la plaza, una mesa repleta de documentos e incluso un sofá. Nunca entendería a los ricos...

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Todo esto para unas horas?

Clement masculló algo antes de saludarme al fin con un:

—Hola, Savannah.

Capítulo 5



Ya hacía diez años que conocía al príncipe. Sin embargo, para contar cómo fue nuestro primer encuentro debería remontarme al día en que le salvé la vida a Morgana. Aquella mañana paseaba sola por la pradera de las posadas y me adentré en la espesura del bosque. De pronto, oí un grito que rompió la quietud del momento y, sin pensármelo dos veces, corrí hacia el peligro. De camino, me encontré con un caballo tordo que huía claramente asustado. Quizá pertenecía a la persona que había gritado.

Un poco más adelante vi a una chica que tendría más o menos mi edad (unos doce años) aprisionada en el suelo por un vampiro. Por su capa de terciopelo negro con bordados blancos y su pelo azabache, largo y sedoso, era evidente que no estaba acostumbrada a luchar contra vampisanos. En todo caso, puede que los que conociera no fuesen peligrosos.

—¡Déjame, por favor! —le suplicó—. ¡Tengo dinero! ¡Te daré lo que quieras!

—¿Y perderme este festín de sangre de una parkisana rica? Va a ser que no.

El sanguinario vampiro no tenía la piel grisácea por la putrefacción ni olía mal. Era uno de los que mataban por diversión: sabía que la joven no podía defenderse y que la justicia estaba de su parte.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —gritó.

Observé la escena con cautela, resguardada tras un árbol. Podría haber ignorado sus alaridos, pues no valía la pena arriesgar mi vida por una desconocida, pero no iba a dejar que un vampiro se saliera con la suya mientras yo pudiera impedírselo.

Me agaché y cogí una piedra. No era lo bastante grande como para matarlo, pero sí para aturdirlo. Después salí de mi escondrijo y se la lancé a la cabeza. Le di de lleno. El vampisano empezó a sangrar por la sien. Miró a su alrededor, desorientado, mientras se tocaba la herida con los dedos. Parecía confundido, como si hubiera olvidado por qué estaba en medio del bosque atacando a una adolescente.

La parkisana aprovechó para golpearle en la entrepierna, lo que la liberó de su agarre. En cuanto se puso de pie, salió corriendo y me invitó con la mirada a hacer lo mismo. Juntas, regresamos a la pradera de las posadas, donde todo seguía igual de tranquilo que antes, como si nada hubiera pasado.

—Gracias por salvarme la vida —me dijo.

—Regla número uno para una forastera —le contesté—: no te alejes de la pradera. Nunca sabes cuándo puedes morir a colmillos de un vampiro.

La parkisana asintió pensativa. Hasta ese momento, quizá no había tenido la oportunidad de conocer Vampisan en todo su esplendor. Solo la parte positiva, si era que la había.

—Desde luego, la diosa Amarea te ha puesto en mi camino para que mi vida no acabe hoy.

Fruncí el ceño. Parkisan era un reino bastante religioso, pero la fe no era importante para los habitantes de Lokkat, puesto que ni siquiera teníamos un templo en el que honrar a nuestras cuatro diosas. De hecho, la que más me sonaba era Amarea, protectora del ducado de Azalea.

Antes de conocer a Morgana, no sabía casi nada sobre mitología parkisana, aparte de que Amarea era nuestra patrona. En cambio ella siempre fue bastante religiosa.

A lo largo de los años que pasamos juntas, me enseñó el Elanon, nuestro texto sagrado. Narraba que, antes de la creación de Parkisan, unos dos milenios antes de nuestro nacimiento, las cuatro tribus que luego formarían los ducados estaban enfrentadas. El motivo era, cómo no, la religión. Según me explicó, las cuatro diosas (Adhelia, Amarea, Talamia y Namiria) eran hijas de la Diosa Suprema, que creó este mundo y se desvaneció sin nombrar heredera, ya que confiaba en que sabrían reinar juntas.

Se equivocó.

El Elanon narraba que sus hijas iniciaron una guerra sin precedentes en la que las regiones fueron el tablero y nuestros ancestros, simples peones. Además de las batallas, las tribus tenían que enfrentarse a múltiples catástrofes naturales provocadas por las diosas desde el Prado Más Alto.

Cada tribu eligió un bando. Azalea apoyó a Amarea, diosa de la vida. Gardenia fue devota de Adhelia, diosa del destino y la buenaventura. Zinnia se decantó por Namiria, diosa del amor. Por su

parte, Dahlia escogió a Talamia, diosa de la salud. La elección se basó en la flor favorita de cada deidad.

Su enemistad duró siglos. Hasta que llegó Parkisan, la Santa Sangrienta.

Aquel día, tras esa pequeña interacción con Morgana, hice un ademán para despedirme de ella. Después de todo, ¿qué hacía una campesina como yo con una chica acomodada? Sin embargo, ella no pensaba lo mismo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Savannah —respondí sorprendida por su interés.

—¿Savannah y ya está?

Me encogí de hombros.

—Como dice padre, «Cuando alguien no es nadie, su apellido queda en el olvido». —Apretó los labios confusa—. ¿Y tú? —le pregunté de vuelta.

—Morgana Latriffe.

De pronto, su mirada azul hielo se tornó miedosa, como si pensara que había cometido un error al revelarme su identidad. Me volví a encoger de hombros para demostrarle que me daba igual quién fuera.

—Encantada, Morgana.

—¿N-no sabes quién soy?

—Para mí solo eres una parkisana de alta cuna a la que acabo de salvarle la vida.

A juzgar por su expresión, seguramente pertenecía a una familia importante. Sin embargo, mi mundo y el de mis vecinos solía limitarse a Lokkat y a lo poco que ocurría en la aldea. Apenas nos llegaban rumores si no era por los hijos adinerados que vivían en el

pueblo. Y, cuando lo hacían, no siempre los recibíamos completos o al mismo tiempo.

Al oír mi respuesta, Morgana se relajó. No me dejó marchar; buscaba cualquier excusa para seguir hablando conmigo y que no la abandonase. Aun así, cada vez que le preguntaba qué hacía en el bosque, cambiaba de tema. No quería hablar de ello.

Aquel día nos divertimos con huye del vampiro, un juego que Morgana no conocía. Su familia debía de ser muy aburrida, porque ¡era lo mejor del mundo! ¡Nada estaba a la altura de huye del vampiro!

Jamás me lo había pasado tan bien con alguien... Deseé quedarme a vivir en ese instante para siempre y que Morgana nunca se marchara de Lokkat.

—Estoy muy contenta de haberte conocido —confesé—. Nunca había tenido una amiga.

Esa fue la primera y una de las pocas veces en que vi sonreír a Morgana. Al momento, corrió hacia un arbusto de azaleas rosas y arrancó una para regalármela.

—Tú también eres mi primera amiga, Savannah. Le agradezco a la diosa Amarea que te haya puesto en mi vida.



Madre nos localizó poco después y me regañó por haber desaparecido todo el día. Tenía miedo de que me hubiera pasado algo.

—Morgana, ella es mi madre —le expliqué. Mi nueva amiga asintió con la cabeza, mientras que madre me observó expectante—. Ella es

Morgana, madre. La salvé de un vampiro que quería desangrarla y he estado con ella desde entonces. Por eso no he vuelto a la choz...

—¡¿Un vampiro?! —Colocó los brazos en jarras, su enfado solo había ido a más—. ¿Y no podíais haber vuelto las dos a casa, para que me quedara tranquila?

Ella, en su posición de adulta, dio por finalizado el encuentro entre Morgana y yo, y le pidió que le indicase dónde estaba su familia. Aquel día solo la acompañamos madre y yo, ya que padre se había ido unos días a una feria cercana, supuestamente a comprar semillas... Aunque, siendo sincera, estábamos seguras de que se había ido a robar.

Nos dio un vuelco el corazón cuando Morgana nos guio hasta el mismísimo príncipe Clement, que se hallaba en la plaza del mercado con su guardia. Tenía cara de estar bastante preocupado, pero se relajó en cuanto vio a mi nueva amiga.

—¡Morgana! ¡Por las cuatro diosas!

Clement corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos con fuerza. En cuanto a nosotras, sus escoltas nos empujaron e impidieron que avanzáramos, como si fuésemos criminales. De hecho, lo primero que el príncipe le preguntó a Morgana fue:

—¿Te han hecho algo esas dos?

Madre siempre lo había apoyado..., hasta ese día, hasta esa pregunta. Nuestros viejos y remendados vestidos eran el único motivo por el que así, sin más, Clement creyó que éramos delincuentes. Sentí la rabia alojarse en mi garganta. Si no hubiera sido por mí, a esas alturas Morgana estaría muerta.

La niña negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Siento haberte hecho pensar que estorbabas, Morgana —prosiguió Clement—. Es solo que... nunca he tenido que cuidar de nadie aparte de mí. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que desees. Por mí, como si no vuelves nunca a Dahlia.

Morgana continuó sin decir nada y agachó la mirada.

—Si quieres, a partir de ahora tú y yo podemos ser familia.

Clement interpretó el prolongado silencio de la niña como un sí, por lo que ordenó a uno de los soldados que la ayudara a subir a uno de los caballos que tenían. No obstante, Morgana se soltó del príncipe y corrió hacia mí antes de separarnos.

—Muchas gracias por el día de hoy —se despidió—. Nunca lo olvidaré.

Me mordí el interior de la mejilla. Me habría gustado creer que sería así; sin embargo, alguien como ella olvidaría a una campesina como yo en lo que tardara en anochecer.

La reacción de Morgana no pasó desapercibida para el príncipe, quien dispersó a su guardia para acercarse a nosotras. Una vez estos se fueron con Morgana, se dirigió a mí:

—Esto...

—Savannah. —Me erguí para mostrarme imponente.

Se rascó la nuca, pero no porque no supiera mi nombre, sino porque le avergonzaba habernos juzgado mal. Mientras Clement encontraba las palabras adecuadas, madre me rodeó el hombro de forma protectora y me atrajo hacia ella.

—No sé cómo lo has hecho, pero Morgana no suele hablar mucho. En cualquier caso, quiero darte las gracias.

—También podrías darle las gracias por haberle salvado la vida a tu hija —intervino madre con tono acusatorio—. La estaba atacando

un vampiro.

Clement se sonrojó aún más y miró a un lado y otro, sin saber dónde esconderse por habernos tratado de ese modo.

—Yo..., esto..., no es mi hija. Solo está viviendo una temporada conmigo... —Entonces se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un pequeño saco marrón—. Tengo cien monedas de oro para agradeceros lo que habéis hecho por ella.

Se me iluminó la mirada y abrí la boca para aceptar la recompensa. Con ella, podríamos vivir más que bien durante una larga temporada. O mejor, podríamos marcharnos de Lokkat y empezar una nueva vida en otro lugar.

Pero madre no parecía conforme.

—No necesitamos tu dinero.

Clement enarcó las cejas y se mostró igual de sorprendido que yo.

—¡Madre! —protesté.

—No, Savannah. No somos parkisanas de segunda para que nos menosprecien cuando les venga en gana.

El príncipe guardó el saco de monedas, divertido.

—El orgullo no os sacará de la pobreza, pero que así sea —dijo esbozando una sonrisa.

—Prefiero llamarlo *dignidad*.

Desde ese momento, los pocos encuentros que había tenido con Clement se habían producido sin que madre lo supiera. Como esa misma tarde, en que le había pedido ayuda para unirme a su Alianza y así armar mi venganza durante el Sacrificio de la Corona.

Capítulo 6



A lo largo de los años, Morgana me fue contando que ayudaba a Clement en su plan de destruir a la Reina Colmillos. No entraba en detalles, pero era suficiente para que quisiera formar parte de la Alianza de la Sangre Roja, como se hacía llamar el bando del príncipe.

Por desgracia, ni Clement ni Morgana me querían en ella. Seamos sinceros: si para ellos no era nadie, ¿qué podía aportar?

Cuando padre me pidió antes de morir que me presentara al Sacrificio de la Corona, empecé a atar cabos. Quizá ese fuera el modo de pertenecer por fin a la Alianza y, también, de vengarle tanto a él como a Morgana.

Él quería que me presentara por una cuestión de riqueza. Si ganaba, saldríamos de la pobreza y viviríamos en el castillo. No obstante, yo planeaba dar un giro más retorcido a su último deseo.

—Si vienes por Morgana... —comenzó Clement mientras se peinaba el cabello rubio con la mano derecha.

—Sé que está muerta.

Intenté sonar serena, aunque algo se rompía en mí cada vez que me acordaba de ella. Tardé días en asimilar que había sido

sacrificada por la Reina Colmillos en el Sacrificio de la Corona de hacía dos años. Según oí a unos burgueses, logró llegar hasta el último reto, pero perdió. Como todos los demás.

—¿Entonces?

—He venido porque me he presentado al Sacrificio de la Corona y me han seleccionado.

Clement abrió los ojos de par en par, mostrando una expresión perpleja y un tanto escéptica.

—Es una locura —comentó—. Morgana me habría matado si...

—Lo que pensara ella es agua pasada. Me he reunido con vos porque solicito vuestra ayuda como líder de la Alianza de la Sangre Roja. Mi intención es unirme a vuestra causa y vengar la muerte de padre, que falleció bajo los colmillos de dos vampiros.

Clement frunció el ceño, sorprendido ante la noticia de la muerte de padre.

—Lamento tu pérdida, Savannah. Y supongo que debo darte la enhorabuena por tu, cuando menos, inesperada selección. Pero ¿crees que tendrás tiempo de vengarlo antes de morir? Sé que tus habilidades no son nada desdeñables, pero al Sacrificio se presenta lo mejor de lo mejor. Y ni aun así ha sido suficiente para que alguien gane la competición.

Su advertencia me recordó a la que hacía una semana me había hecho el oficial vampiro. Ambos dudaban de que fuera a superar ni siquiera la primera prueba. Como si eso fuera a detenerme... Al contrario, despertaba mis ganas de demostrarles que me subestimaban.

—Lo mejor de lo mejor no se ha enfrentado ni ha matado a vampiros hambrientos para sobrevivir. Yo sí, y no me temblará la

mano si tengo que volver a hacerlo.

—Morgana no fue capaz de superar la última prueba del Sacrificio de la Corona.

Su voz mostraba una frialdad que me asombró, teniendo en cuenta que ella era como una hija para él.

Tragué saliva con dificultad. Clement sabía que yo estaba tan bien preparada como Morgana, pero sus palabras desprendían el mismo desdén de siempre, el que esgrimía cada vez que mostraba interés por unirme a la Alianza.

—Padre me lo pidió como última voluntad antes de morir. Él confiaba en mí.

Él creyó que yo era suficiente.

Clement negó con la cabeza.

—Tu padre no era más que un simple ladrón, Savannah. Él no sabía ni podía imaginar lo que te estaba pidiendo. Solo se dejó llevar por la avaricia.

Apreté el puño cabreada e intenté disimular la marea de rabia que amenazaba con salir por mis poros. No me importaban las faltas de respeto hacia mi persona, pero no iba a consentir ninguna hacia padre.

—Él... —comencé.

—Honraré la memoria de tu padre —me interrumpió—. Y la de Morgana. Al fin y al cabo, ella hubiera querido que cuidase de ti. —Esas palabras me desarmaron, pero Clement aún no había terminado—. Si llegas al castillo de Branamor, podrás unirte a mi causa. No tendrás mi asistencia directa porque, como comprenderás, hace años que no lo piso. Pero podrás trabajar con mis fieles servidores.

Aunque parecía el mayor de los regalos, en realidad no era nada. La misma respuesta de siempre: no me iba a ayudar.

—P-pero al castillo no se llega hasta la última prueba... Y solo llega una persona —protesté—. El resto de la competición se celebra en otro lugar.

—Así es, en el monasterio de la Santa Sangrienta. Te las tendrás que arreglar para vencer a todos tus contrincantes y ser la elegida para hacer el reto en el castillo de Branamor. ¿Estará de tu parte el destino que Adhelia tiene preparado para ti?

Para mi desgracia, era una pregunta retórica. Clement no creía que fuera a superar mi cometido, de modo que dejaba mi incierto triunfo a la benevolencia de Adhelia. Me disponía a asentir (era mejor eso que nada) cuando sacó algo del bolsillo. Una carta. Tragué saliva.

—Morgana me dio esto antes de partir al Sacrificio de la Corona —dijo mientras me la entregaba—. Es para ti.

Al coger el sobre, la tristeza me invadió. El día que se fue tuvimos una fuerte discusión, y eso era algo que lamentaría siempre. El último recuerdo que me quedaba de ella era el de las dos rompiendo nuestra relación de la forma más dramática e impulsiva posible.

Acaricié las esquinas del sobre y la cera roja del sello. Quizá me pedía perdón por lo que pasó, o puede que se reafirmara en que lo mejor era ir cada una por nuestro lado.

En cualquier caso, no me sentía con ánimos para descubrirlo ese día. Después de todo, era una carta de despedida.

Así que no. No la abrí.



La carta me acompañó de camino a casa, guardada en el bolsillo del vestido. Decidí que sería mi talismán durante el Sacrificio de la Corona, como si el espíritu de Morgana me guiara en la misma competición en la que ella había participado.

Cuando entré en la diminuta choza donde vivía con madre, vi que ella estaba preparando una sopa con pan duro en la cacerola. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, y supe, sin preguntar nada, que estaba al tanto de que yo era la seleccionada.

—Tu padre siempre tuvo muchos pájaros en la cabeza —comenzó cuando me acerqué a ella, sin apartar la mirada de la cazuela—. No dejaba de pedirte que participaras en esa competición de mala muerte. Te has presentado, y lo has hecho por él, ¿verdad?

Entonces saqué del bolsillo el papel arrugado en el que habían escrito mi nombre y se lo entregué para confirmar sus sospechas.

—Me lo pidió antes de morir. Me dijo..., me dijo: «Dale a tu madre la vida que no he podido darle y que se merece».

Se levantó del suelo de golpe y se secó las lágrimas que había empezado a derramar de nuevo.

—Pero era él el que tendría que haberme dado una buena vida, no tú.

A modo de respuesta, también yo rompí a llorar. No quería contarle mi plan porque la haría sufrir aún más.

Madre me acarició el rostro empapado de lágrimas. No merecía perder a padre, tampoco a mí, pero sentía que era el camino que debía seguir. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Por favor, no vayas —me suplicó tomándome el rostro entre las manos—. Quédate, no te presentes.

—Ya no puedo echarme atrás, madre —dije, sujetándole las muñecas con suavidad—. Sería desobedecer una orden real directa. Me ejecutarían.

—Puedo esconderte..., puedo...

—Me acabarían encontrando —la corté al tiempo que retiraba sus manos de mi cara con delicadeza—. Y esa no es la cuestión. Quiero presentarme. Debo hacerlo.

Me di cuenta de que su corazón se resquebrajaba con esas palabras, al igual que el mío.

—No estoy preparada para perderte a ti también, Savannah.

Le temblaron los labios, desolada ante lo que creía que nos esperaba. A mí, la muerte. A ella, la soledad.

—Te prometo que volveré, madre —le aseguré tratando de reconfortarla, aunque sabía que era inútil.

Ella me abrazó.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, cariño. Tu padre lo hizo incansables veces, no seas como él.

Sin embargo, pensaba regresar a casa con la victoria y la venganza completada.

La muerte no era una opción.

Capítulo 7



Aquella mañana me levanté temprano para asearme en el lago Annan y reflexionar sobre el destino que me depararían las próximas horas. Mientras el agua entraba en contacto con mi cabello lacio y castaño, comencé a repasar lo sucedido la noche anterior. Tras nuestra conversación, madre y yo intentamos cenar como si fuera una velada normal, pero nos fue imposible: nos limitamos a recordar los momentos felices que habíamos vivido juntas.

—Todavía recuerdo el primer día que te vi —sonrió con tristeza—. Eras tan pequeñita como un lechón, y no te separabas de mí. Me pregunté qué había hecho tan bien en la vida para que una niña que ni siquiera era mía me quisiera como si la hubiese engendrado.

No me dio a luz, aunque mucha gente lo pensara. Mi madre de sangre había fallecido poco después de nacer yo. En realidad, Mildred se hizo con el título el día en que padre se casó con ella, cuando yo tenía tres años. Siempre tuve la impresión de que lo hizo más por darme una familia que por amor. No eran un matrimonio, más bien compañeros de choza.

—Eres mi madre de verdad —le recordé—, ni se te ocurra decir lo contrario.

Me amó incondicionalmente desde niña. No merecía ser menospreciada por la sombra de una mujer a la que ni siquiera había conocido.

Sacudí la cabeza para volver al presente, allí, en el lago Annan. Emergí del agua y, mientras me secaba, acaricié con el pulgar mi marca de nacimiento, en la cadera derecha. Padre decía que tenía la forma de una luna acunando a una estrella porque había nacido en una noche de luna creciente.

A veces me preguntaba si había sido una señal, si la luna y las estrellas estaban ahí para guiarme o para marcar el camino hacia mi final.

Una vez vestida, me dirigí hacia la sangrería de Timmy para dejarle algo de dinero a madre. Por lo general, el parkisano me daba unas ocho monedas de bronce por mi sangre. Si llegaba a diez (o, en otras palabras, si me pagaba una de plata), era un milagro.

La sangrería estaba a oscuras para no deslumbrar a los vampiros. Por lo que había visto otros días, sus clientes solían ser los soldados que vigilaban la zona de las posadas.

A pesar de que había entrado en muchas ocasiones, me seguían estremeciendo los estantes llenos de diferentes tipos de sangre. En el inferior guardaba la menos sabrosa (como la mía), mientras que los altos se reservaban a la más exquisita y cara.

—Savannah, no te voy a sacar sangre —anunció el viejo parkisano en cuanto me vio—. Viniste hace unas semanas y tuve que tirar tu sangre porque nadie la compró.

—Por favor, Timmy. Ha sido un invierno de malas cosechas y necesitamos...

—Que no, Savannah, que me haces perder dinero.

Chasqué la lengua. Tendría que convencerlo por las malas. Me arrodillé y entrelacé las manos a la altura del pecho, fingiendo súplica. Timmy desvió la mirada con fastidio.

—¡Por favor, Timmy! ¡Mi madre y yo no nos podemos valer por nosotras mismas! ¡Desde que falleció mi padre, temo por nuestra vida! ¡La última vez, te lo ruego! ¡No volveré a molestarte!

—Savannah... —suspiró, pasándose una mano por el rostro—. Está bien, te sacaré sangre. Pero es la última vez, ¿entendido?

—¡Gracias, Timmy! Eres un milagro caído del Prado Más Alto.

Él sacudió la cabeza y me indicó que lo acompañara tras la cortina de terciopelo morado. Allí era donde siempre me sacaba la sangre.

Me senté en la vieja silla de madera mientras él comenzaba a prepararlo todo en silencio. Me ató un trozo de tela en la parte superior del brazo hasta que sentí que la mano se me dormía, y buscó el punto donde siempre me hacía el corte, en la parte interna del codo.

El cuchillo se detuvo durante unos segundos sobre mi piel. El viejo Timmy dudaba, como siempre, pero no tenía tiempo para sus titubeos. En menos de una hora debía estar en la plaza del mercado para marcharme hacia el Sacrificio de la Corona.

—¿Me vas a sacar la sangre ya o qué?

—Con ese genio, nunca encontrarás marido —masculló.

«Ni falta que hace», quise responderle.

Con la determinación que le había faltado hacía unos segundos, Timmy me hundió el cuchillo en el brazo. La sangre cayó en un tarro de cristal, gota a gota, hasta llenarlo. Observé el proceso en silencio, hasta que me vendó para detener la hemorragia.

De vuelta en el mostrador, me entregó cuatro monedas de bronce.

—P-pero ¡normalmente me das ocho! —protesté, indignada.

—Considéralo limosna —apremió—. Lo más seguro es que acabe tirando tu sangre de nuevo. Ahora mismo, estoy perdiendo dinero contigo.

Apreté el puño hasta que las monedas se me clavaron en la palma.

Sin embargo, no podía poner a Timmy en mi contra. Lo necesitaba para que cuidara de madre durante mi ausencia.

—Timmy, tengo que pedirte un favor.

—¿Otro? —Enarcó una ceja.

—Me han convocado para participar en el Sacrificio de la Corona. Necesito que cuides de mi madre. Nada fuera de lo común, solo que la visites de vez en cuando para ver si está bien.

El sangrero se quedó sin palabras. Nunca habría esperado que alguien como yo fuera seleccionado para la competición. Estaba asimilando que dentro de unos instantes sería el cotilleo de Lokkat.

—Por favor —le imploré.

—De acuerdo —accedió, aún desconcertado—. No te preocupes, Savannah.

Salí de la sangrería un tanto insegura... Ignoraba hasta qué punto Timmy pensaba cumplir su promesa. No era mi amigo, pero sí una de las pocas personas que nos toleraban en la aldea.

Me dirigí hacia la plaza del mercado, donde había quedado con madre para despedirme de ella. Allí me recogería el carruaje del Sacrificio de la Corona. Contuve la respiración durante unos instantes, mientras me hacía a la idea de que estaba a punto de abandonar Lokkat. Eran los recuerdos de toda una vida: madre,

padre, Morgana... Todo eso quedaba atrás por mis ansias de venganza.

Ahogué un grito en cuanto puse un pie en la plaza del mercado, repleta de vecinos y de burgueses que se alojaban en las posadas.

Había supuesto que mi partida no pasaría inadvertida, pero no me imaginaba que el lugar estaría abarrotado de parkisanos, con la guardia vampira intentando mantenerlos a raya para que no se agolparan alrededor del carruaje. Todos querían saber quién era la primera persona de Lokkat elegida para participar en el Sacrificio de la Corona después de tanto tiempo. Había tanta gente que apenas podía abrirme paso entre la multitud.

—Tengo... que... pasar —dije mientras empujaba.

Pero no había manera de abrirme paso. Para ellos, era una espectadora que intentaba colarse.

—Por... favor —pedí.

Lo que me faltaba: que me condenaran a la horca porque los vecinos no me habían dejado pasar. Sería la manera más estúpida de morir.

Solo conseguí llegar porque me vio uno de los soldados vampiros de la primera fila. Extendió el brazo y tiró de mí, obligando a la gente a apartarse. En cuanto me sacó del corrillo de parkisanos y me indicó que subiera al carruaje, los cuchicheos no tardaron en llenar la plaza.

—¡Es la hija del ladrón!

—Esta no pasa de la primera prueba... ¡Con lo poquita cosa que es!

—¡Qué gracioso! —debió de decir alguna burguesa—. ¡Una campesina en el Sacrificio!

Las voces resonaban a mi alrededor, un murmullo constante que no me dejaba en paz. Entonces noté una mano firme en el hombro.

—Entra en el carruaje, Savannah —me ordenó mi nuevo escolta con voz seca, sin darme opción.

Sin embargo, no pensaba subir hasta que no viera a madre. No iba a marcharme sin despedirme de ella.

Luché contra su agarre, buscando entre la multitud. Y la vi: intentaba abrirse paso a mi izquierda.

—¡Savannah! —gritó para que se la oyera por encima del gentío.

Me solté justo cuando el vampisano aflojó la mano y corrí hacia ella. Nos abrazamos con fuerza. Al apartarme y ver su expresión, me sentí flaquear. Pero debía mostrarme fuerte por ella. No quería que su último recuerdo de mí estuviera empañado por las lágrimas.

—No tenemos mucho tiempo... —le recordé—. Esto es para ti.

Mientras hablaba, saqué las cuatro monedas de bronce del bolsillo en el que también se encontraba la carta de Morgana, aún sin abrir. Luego metí la mano bajo la falda y desabroché la funda de cuero que llevaba atada al muslo, donde guardaba la daga, la única arma que quedaba de la colección de padre. Cuando él murió, malvendimos todas sus espadas. Solo nos quedamos con la daga, y la pequeña fortuna que conseguimos, veinte monedas de plata, apenas nos duró unas semanas.

—Savannah, yo no... no puedo quedármela. ¿Qué harás sin ella?

—No te preocupes, madre. Necesito saber que podrás defenderte sin mí —le dije mientras cerraba sus dedos alrededor de la funda.

Ella miró detrás de mí y se apresuró a decirme:

—Savannah, eres más lista que ellos, lo sé. Puedes ganar, puedes...

Sabía que ni siquiera ella se creía lo que estaba diciendo y que sus palabras solo eran el fruto de una madre desesperada que no aceptaba que esa podía ser la última conversación con su única hija.

—Lo haré. —Le apreté el hombro con suavidad—. No volveré a casa sin la victoria.

Mientras hablábamos, el soldado volvió y me sujetó con más fuerza, hasta que sus dedos se clavaron en mi piel. Aun así, me aferré a madre, queriendo darle, al menos, un último abrazo.

—Te quiero. No lo olvides nunca —le susurré al oído.

Ella me respondió algo, pero no llegué a oírlo porque el vampiro me levantó en volandas y me llevó hasta el carruaje. Pataleé para que me soltara e ir por mi propio pie, pero, tras ignorarlo tantas veces, no tenía la intención de dejarme ir.

Me lanzó al interior de la calesa y entró detrás de mí para impedir que huyera. Desde dentro, hizo unas señas a sus compañeros indicándoles que emprendíamos la marcha. Otro escolta se sentó frente a mí y un tercero se subió en el asiento del cochero. Al instante, el vehículo comenzó a moverse y yo me preparé para despedirme de la vida que había conocido hasta ese momento.

Entre los gritos de la multitud, me pareció oír a madre.

—¡Savannah, vuelve sana y salva, por favor!

«Lo haré, madre. Te lo prometo».

Debía llegar a la última prueba. Solo entonces descubriría si Clement había cumplido su palabra, si llegaría a formar parte de la Alianza de la Sangre Roja.

Solo entonces empezaría todo.

Capítulo 8



De camino al monasterio de la Santa Sangrienta tuve náuseas. No fue por el traqueteo del carruaje, sino por estar tanto tiempo rodeada de vampiros. No eran peligrosos, al menos no en apariencia. Reían, bromeaban y hablaban de cosas tan normales y cotidianas que me resultaba... irritante.

¿Vampiros hablando del clima? ¿De la sopa del monasterio? ¿Era una broma?

Me pregunté si alguna vez se reirían de esa manera tras una matanza. O si hablaban de sus comidas favoritas después de dejar a alguien seco.

Si no fuera por los colmillos alargados que asomaban bajo la visera abierta del casco, hubiera pensado que no eran vampisanos. Aquello me demostraba que las desgracias siempre se las llevaban los más pobres, fuéramos humanos o vampiros.

Intenté mantenerme al margen de sus conversaciones y mirar por la ventana. Centrarme en el paisaje era la mejor opción. Nunca había salido de Lokkat, de modo que cada lugar que atravesábamos era nuevo para mí.

A lo largo de un día y medio de viaje, cruzamos zonas de maleza frondosa donde las aves se hacían notar entre los árboles, y pasamos por varios ríos; perdí la cuenta al segundo.

Pero no todo era verde. Algunas partes de Parkisan eran áridas, con un suelo tan seco que ni la hierba se atrevía a crecer allí.

Morgana, en una de sus muchas lecciones de historia y religión, me relató que, durante la enemistad de las cuatro diosas, estas marcaron la separación entre sus territorios para que quedaran delimitados. Yo la escuchaba a regañadientes, más por verla contenta que por tener verdadero interés en lo que me estaba contando.

Dudaba de que eso fuera cierto. Por la poca extensión de la zona árida, me daba la impresión de que era algo provocado por nuestros antepasados a lo largo de los años.

En cuanto comenzamos a acercarnos al monasterio, el camino se volvió más cerrado y oscuro. Los árboles viejos se inclinaban sobre nosotros como si quisieran tragarse la luz.

No tardamos en ver la construcción. Se encontraba en una isleta, en medio de un lago.

—Es aquí —anunció el vampiro que se sentaba a mi lado—. ¡Sangre y victoria!

Ese deseo de buena suerte sonaba a que, a partir de ese momento, estaba sola, y que no me ayudarían a cruzar el lago. Por lo tanto, me dispuse a bajar del carruaje. Estaba tan nerviosa y tan poco a acostumbrada a ir en carro, que resbalé y me caí al suelo.

A lo lejos, oí unas carcajadas burlonas que no provenían de mis escoltas. Levanté la mirada y me encontré con un grupo de humanos de diferentes estratos que me observaban desde lejos.

Debían de ser mis contrincantes... Y ya me habían juzgado como la pobre campesina torpe que no sabía ni bajar de un carruaje.

El corazón se me aceleró y el orgullo tomó el control. Se iban a enterar de quién se habían reído. Me levanté del suelo y me sacudí el vestido con rabia.

Sin embargo, me detuve. Que me vieran frágil me beneficiaba. No podía revelarles que era hábil con las armas o que, incluso, sabía leer. No era lo típico de alguien de mi nivel social.

¿Quién quería parecer, la campesina de la que no podían fiarse o la tonta que moriría nada más empezar la competición? No era ingenua: bastaba un golpe de vista para darme cuenta de que casi todos los parkisanos a quienes tendría que enfrentarme eran de familias acomodadas. Eso significaba que contarían con un buen entrenamiento, así como con contactos y otros recursos. Tendría que compensar mis carencias sin dejarles ver lo que sabía hacer.

Me tocaría tragarme el orgullo y ser lo que ellos creían que era.

—Hola —hice temblar mi voz cuando alcancé al grupo—, encantada. Soy Savannah.

—Hola, campesina. ¿Tanta hambre tenías que has tenido que comerte el suelo? ¿Estaba bueno? —me preguntó un adolescente pelirrojo. Por sus ropajes de lino, debía de ser burgués. Acto seguido, comenzó a reírse.

Me encogí de hombros y me coloqué un mechón castaño detrás de la oreja. En un día normal, lo habría cogido del cuello y lo habría forzado a probar la tierra para responder a su pregunta. No obstante, debía mantenerme en silencio y parecer intimidada.

Algunos de mis rivales también se rieron, alentados por la burla del parkisano. Me sorprendió comprobar que los que parecían del

pueblo llano también se unían a las carcajadas. Supuse que lo hacían para no ser el objetivo de sus ataques.

—Vamos, Drew, no seas malo —comentó una chica de rizos dorados. Después, se dirigió a mí y me dijo—: Discúlpalo, a veces se pasa un poco con la gente. Pero tiene buen corazón. Yo soy Elizabeth, su melliza. Encantada.

Conocía ese juego. Fingir que quería ser mi amiga para burlarse de mí en cuanto tuviera ocasión. En el fondo, Elizabeth debía de ser igual de mezquina o peor que su propia familia.

Había que tener estómago para presentarse al Sacrificio de la Corona con su propio hermano. Sobre todo sabiendo que, si uno ganaba, el otro probablemente moriría.

—No te preocupes, Elizabeth —contesté—. Sé que no lo ha dicho con mala intención. —Para cambiar de tema, señalé con la cabeza—. ¿Sabéis cuándo partiremos hacia el monasterio?

Al pie del lago había tres barcas con tres pares de remos en cada una y otra que contaba con cuatro. Entendí que tendríamos que formar grupos para dirigirnos hacia nuestro destino. La pregunta era: ¿lo haríamos por nuestra cuenta o alguien nos daría la señal?

—Ni idea —contestó otra rival—. Los escoltas que me han acompañado me han contado que han convocado a trece participantes. De momento somos doce, así que falta uno. Imagino que entonces nos dirán algo.

Tuvimos que esperar un buen rato hasta que llegó. A juzgar por su vestimenta, era un chico de la alta nobleza; sus prendas me recordaban a los ropajes de Morgana. Predominaba el color negro, desde la capa de terciopelo con bordados en oro hasta el jubón, los calzones de seda, las medias e incluso los zapatos, y su mano

izquierda estaba engalanada con anillos. Me quedé perpleja y me pregunté cuántos miles de monedas de oro valdrían.

Lo suficiente como para que madre y yo pudiéramos empezar una nueva vida acomodada.

Para demostrar que estaba por encima de nosotros, no se unió al grupo. Se mantuvo aparte y nos ignoró, como si no existiéramos. Ya lo suponía, pero ese día lo confirmé: no toda la alta nobleza era como Morgana. La mayoría se creía superior por haber nacido en una familia rica.

Mientras esperábamos, se entretuvo peinándose sus rizos castaños. Sabía que se había convertido en el centro de las miradas y no le molestaba; al contrario, lo daba por supuesto.

Mis rivales comenzaron a cuchichear, intentando averiguar quién era y por qué había decidido presentarse al Sacrificio de la Corona. A mí no me importaba su procedencia. Lo que me preocupaba era que iba a ser un rival difícil de vencer. Sin duda, era al que más debía temer.

Estábamos tan inmersos en nuestro recién llegado contrincante que no nos dimos cuenta de que alguien venía desde el monasterio, cruzando el lago. Dos soldados vampiros remaban en una barca, mientras que un tercer hombre nos observaba fijamente. Era de piel negra, con una melena rizada y oscura que le llegaba por los hombros. No llevaba la típica armadura; vestía una túnica azul marino con ribetes rojos alrededor de las mangas y unas botas de cuero marrón.

Cuando la barca atracó a nuestro lado, el parkisano se bajó y sonrió con orgullo. Sus largos colmillos quedaron expuestos; al verlos, se me erizó el vello de la nuca.

—Es un placer contar un año más con trece jóvenes que luchan por alzarse con la victoria de esta competición. —Situó las manos a la altura del cinturón—. Bienvenidos, soy Darius Hearnshaw, el maestro de ceremonias del Sacrificio de la Corona. ¿Tenéis lo que hace falta para llegar al final con vida?

Capítulo 9



Darius intentó sonar lo más intimidatorio posible, y logró el efecto deseado, al menos entre mis rivales.

—¿Cómo que llegar al final con vida? —preguntó un chico de piel negra y voz aguda. Por sus ropajes rojos de lino y seda, debía de ser burgués o de la baja nobleza—. Tenía entendido que también podríamos convertirnos en sirvientes de sangre.

Puse los ojos en blanco. Seguro que provenía de un ducado que apoyaba a la Reina Colmillos. Solo alguien de Dahlia o Gardenia podía ver como positivo ser comida para vampiros.

—O acabar convertidos en vampiros... Pero créeme, son destinos peores que la muerte —dijo Darius como si fuera un cuentacuentos —. ¿Sabéis la cantidad de sirvientes que se quitan la vida cada año o que mueren a manos de sus cuidadores por un accidente? Más de los que os podéis imaginar.

Cuidadores. Accidente. Palabras muy desacertadas para hablar de una realidad más bien macabra.

—Hoy todos vosotros anheláis convertiros en el primer ganador del Sacrificio de la Corona —prosiguió—. Mañana, muchos querréis abandonar.

Acto seguido, la atmósfera se tiñó de un silencio tenso, y la mayoría intentó no tener contacto visual con los demás, visiblemente incómodos. El deseo de abandonar parecía aún muy lejano; sin embargo, en cuanto la gente empezara a morir, el instinto de supervivencia se adueñaría de muchos de nosotros.

—Recordad que habéis hecho un pacto con la Corona: vuestra vida a cambio de la posibilidad de heredar Parkisan —añadió Darius —. El que intente romper ese acuerdo será acusado de alta traición y castigado con la muerte. Nosotros ejecutaremos la sentencia.

Mientras hablaba, varios soldados sin casco surgieron de entre la maleza, con enormes lobos grises a sus pies. Por lo general, no me habrían preocupado, pues no solían comer humanos. Al menos, los de Lokkat no. Sin embargo, había algo extraño en esos animales, aunque no lograba identificar qué.

Al momento, uno de los soldados abrió un vial con un líquido rojo: sangre. Lo vertió en la boca de su lobo, y los otros animales se abalanzaron para lamer las gotitas que caían al suelo o se derramaban por las comisuras del hocico de su compañero.

—Si escaparais y consiguierais cruzar el lago Meliwin, os las veríais con ellos. —Los señaló—. Esta es una de nuestras grandes creaciones para el Sacrificio de la Corona: los lobos vampiros. Como maestro de ceremonias, pensé que sería interesante tener animales vampiros como vigilantes. Se alimentan de un pequeño vial al día para no llegar a un estado de putrefacción. Así que creedme cuando os digo que estos lobos están... bastante hambrientos.

Lo que faltaba: que extendieran la enfermedad a los animales por el capricho de la competición.

Mis rivales comenzaron a susurrar, angustiados por la seguridad del lugar. Acababan de darse cuenta de que no era un juego de niños y de que el torneo parecía tan peligroso como amenazaba serlo.

—De hecho, llegar al monasterio es la primera prueba, una que valora el trabajo en equipo para cruzar el lago. Un miembro de la familia real debe ser un líder nato, pero también ha de saber confiar y delegar en su corte.

Darius hizo una pequeña pausa para señalar hacia las barcas que había en la orilla, las mismas por las que yo había preguntado hacía un instante.

—Hay cuatro barcas. Formaremos tres grupos de tres y uno de cuatro. Serán los mismos para compartir las habitaciones.

Esa fue la única vez que el noble que había rehusado acercarse a nosotros protestó. Parecía disgustarle que alguien de su clase tuviera que codearse con gente menos acomodada que él. Y más para dormir.

—Quiero que esta prueba sirva como advertencia de a lo que os enfrentaréis si decidís huir. —El maestro de ceremonias aguardó un segundo para lanzar una flecha envenenada—. El grupo que llegue el último al monasterio se convertirá en comida para los caimanes —anunció. Todos nos volvimos hacia el lago; nuestra cara se transformó en una mueca de terror. Bajo aquellas aguas se escondía un nido infestado de animales que, ante el más mínimo error, podían partirnos en dos de un bocado—. Espero que sepáis trabajar en equipo.

Aunque yo estaba asustada, estaba convencida de que aquella noticia había alterado aún más a mis contrincantes, pero no fui

capaz de oírlos. Mis latidos eran tan fuertes que me ensordecían; creí que iba a colapsar.

Desde el momento en que me presenté al Sacrificio de la Corona, asumí la posibilidad de morir, pero creía que nos darían algo de tregua antes de enfrentarnos a la primera prueba, no que comenzase nada más llegar.

Enseguida Darius empezó a llamarnos por nuestro nombre para formar los grupos. Poco a poco, los contrincantes del Sacrificio de la Corona fueron reuniéndose y subiendo a las barcas. Cuando vi que solo quedábamos el chico al que no le molestaba ser sirviente de sangre, el noble acomodado y yo, supe que serían mis compañeros de reto... y de habitación.

Al principio supuse que me juntarían con los del pueblo llano, pero Darius se encargó de mezclarnos para que la diferencia de clase no fuera tan marcada.

—Brandon, Sam y Savannah —anunció Darius.

En silencio, me acerqué al joven de los ropajes rojos, pues era el que estaba más cerca del lago.

—Encantado, yo soy Sam —me saludó—. ¿Nerviosa?

Me encogí de hombros, sin saber qué contestar. Estaba nerviosa, pero no más que el resto.

—Esta prueba impone —prosiguió—, pero estoy convencido de que la superaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Me habría gustado decirle que los optimistas eran los primeros en morir en el campo de batalla; sin embargo, no quería empezar mi relación con él con mal pie.

Por fin, Brandon, el noble acomodado, se acercó a nosotros, aunque a regañadientes y sin apartar la mirada de mí. No era

amable; cuestionaba mi derecho a estar allí.

No me ofendió su reacción, estaba más que acostumbrada a ese tipo de desplantes. Al contrario que él, me tomé el anuncio como algo positivo. No era probable que perdiéramos la prueba; estarían bien entrenados.

Sam se sentó de espaldas a proa; yo fui la siguiente en subir y, por último, Brandon. Sin embargo, él se sentó de cara a nosotros y se recostó contra la popa. Al momento, soltó:

—Espero que sepáis remar con fuerza, porque yo no lo haré.

Me quedé boquiabierta, pero no me dio tiempo a responder, porque Darius alzó la voz:

—¡Que dé comienzo el Sacrificio de la Corona! ¡Sangre y victoria!

El desafío había empezado.

Capítulo 10



En cuanto el maestro de ceremonias silbó, Sam y yo comenzamos a remar lo más rápido que pudimos. No obstante, contábamos con dos obstáculos. El primero era la densidad del agua, y el segundo, Brandon. El noble iba en serio con lo de no remar y se había cruzado de brazos.

Parecía considerarse demasiado digno como para hacerlo. Creía que apreciaba más su vida y que temía la posibilidad de morir ese día.

—¡Brandon! ¡Haz el favor de remar! —gritó Sam.

—¿Quién ha visto a un noble como yo haciendo tareas propias de la plebe? —contestó tranquilamente.

—Yo también soy noble y estoy remando.

—Bien por ti, pero yo no pienso hacerlo.

Mientras mis compañeros discutían, vi que los otros grupos nos sacaban ventaja, bogando hacia el monasterio de la Santa Sangrienta.

Todos menos nosotros, que seguíamos muy cerca de la orilla del lago.

—¡Vamos, Sam! —bramé—. No perdamos más tiempo.

Siguiendo mi orden, comenzamos a trabajar sin descanso. No obstante, nuestro esfuerzo no servía de mucho. La barca avanzaba muy despacio: la prueba estaba ideada para que trabajáramos en equipo. Necesitábamos que Brandon usara sus remos.

Me temblaron las manos, comenzaban a poderme los nervios. Levanté la mirada y me encontré con el rostro apático de Brandon, lo que me molestó aún más.

—Brandon, ayúdanos a remar —le pedí—. Por culpa de tu arrogancia, moriremos sacrificados los tres.

Supliqué que se apiadara de nosotros, aunque solo fuera por no perder su propia vida.

—Eso vosotros —respondió—. A mí no pueden matarme. Se inventarán alguna excusa para que supere la prueba. Mi fallecimiento podría causar un gran revuelo.

Conforme hablaba, empezó a temblarme la mandíbula. Estaba perdiendo el control, e hice lo posible por recuperarlo, pero sin éxito. Lo había dejado claro: nuestra vida no le importaba.

Así que la suya tampoco tenía por qué importarme. Solté los remos.

—Savannah, ¿qué hac...? —preguntó Sam.

No dejé que terminara la frase. Me abalancé sobre Brandon. Con un antebrazo le presioné la garganta y con el otro intenté sujetarle las manos. Sabía que era más grande y fuerte que yo, y que, sin armas, se libraría de mí con rapidez. Así que hundí la rodilla en su entrepierna y apreté, intentando ganar algunos segundos.

—A ver si ahora me entiendes —escupí—. No pienso morir en esta prueba de mierda solo porque me ha tocado un puto malcriado que no sabe ni cagar sin que le limpien el culo. —Hundí más la rodilla y

él gimió de dolor—. Si perdemos por tu culpa, me encargaré de que tú también seas comida para los caimanes.

Sabía que Brandon podía contraatacar en cualquier momento, pero le había desconcertado tanto mi actitud que era incapaz de moverse. Me miraba con una mezcla de sorpresa y terror. Me había subestimado, y estaba pagando las consecuencias. Me habría gustado que me hubiese visto como alguien inferior durante más tiempo, pero ya recuperaría esa imagen inocente y cándida más adelante.

—¿Me has entendido, noblecito? —insistí cuando dejó de responder.

—Estás... loca —jadeó.

—No lo sabes tú bien.

Apreté más la rodilla hasta que bramó. Su grito despertó la atención de dos caimanes, que empezaron a acercarse lentamente.

—¡De acuerdo! —se rindió—. ¡Suéltame, suéltame! ¡Remaré!

—Así me gusta.

Lo liberé, pero me mantuve atenta por si intentaba devolverme el golpe. Por fortuna, Brandon masculló algo y, tras incorporarse, me obedeció.

Al fin, la barca comenzó a moverse. Aun así, se me formó un nudo en la garganta. Había dos barcas que ya eran inalcanzables, pero otra no había avanzado tanto como debería. Con un poco de suerte, los adelantaríamos. Además, Brandon remaba con brío para compensar el tiempo perdido.

—Mueve esos brazos, Brandon —se burló Sam, arrancándome una carcajada—. Que se vea lo mucho que Zinnia ha invertido en tu formación.

¿Zinnia? ¿Brandon era del ducado de Zinnia? ¿Acaso no estaban en contra de Lilith? Si se había presentado, era por un motivo de peso. Quizá tuviera que ver con la Alianza de la Sangre Roja. Sin embargo, había estado a punto de dejarnos morir a Sam y a mí.

—Hoy os reís, pero mañana no lo haréis tanto —fue todo lo que dijo.

A pesar de que habíamos empezado con unos minutos de desventaja, los tres éramos lo bastante fuertes como para recuperar terreno. A mitad de camino, alcanzamos a la barca que se había quedado rezagada.

Sin reparo alguno, los observé: dos del pueblo llano y una joven burguesa. Los tres remaban con los dientes apretados, pero sus movimientos eran torpes y lentos. El dolor y el agotamiento se les notaba en cada gesto.

No tardamos en dejarlos atrás.

Pronto empecé a notar que los brazos se me cargaban por el esfuerzo acumulado. Me concentré en respirar para no pensar en el cansancio que me invadía. Mi cuerpo aún podía dar mucho más de sí, no iba a dejar que mi mente ganara la batalla.

Era consciente de que el hambre siempre había sido mi punto débil. Aunque la noche anterior la cena con mis escoltas había sido todo un festín, seguía siendo un hecho aislado tras años de escasez. Por mucho que padre me hubiera entrenado desde que tuve uso de razón, mi cuerpo tenía un límite. No podía luchar contra la falta de alimento.

No negaré que los últimos metros hasta la orilla se me hicieron eternos, pero mi orgullo no me permitió mostrar que las fuerzas empezaban a flaquearme.

—¡Hemos llegado! —celebró Sam en cuanto atracamos.

Me incorporé para comprobar si, en efecto, lo habíamos conseguido. Me llevé una mano al pecho, aliviada, en cuanto reparé en que a la otra barca todavía le quedaba un buen rato para llegar. La seguían Darius y su guardia.

—Menos mal —musité.

De pronto sentí unas manos que me empujaban y, antes de ser capaz de reaccionar, el suelo desapareció bajo los pies. Caí de golpe, arrancando nuevas carcajadas a mis contrincantes, y noté que alguien se abalanzaba sobre mí. Brandon me agarró del cuello del vestido y me echó la cabeza hacia atrás. Solté un quejido involuntario.

—Cuidado, campesina —me advirtió con su rostro casi pegado al mío—. No te interesa tenerme como enemigo.

Abrí la boca para responderle, pero me contuve. Mejor que no me viera como a una rival peligrosa. Mejor que me volviera a encasillar en el papel de la campesina débil que perdería en el siguiente reto. Con un poco de suerte, creería que mi reacción había sido algo puntual, no mi forma de ser.

—Lo siento —me excusé conteniendo la rabia—. Estaba nerviosa. Creía que íbamos a perder.

Brandon me soltó de golpe.

—Por eso intentaré olvidar lo que ha sucedido.

«Imbécil».

Cuando Brandon se alejó, Sam corrió a auxiliarme y me ayudó a ponerme de pie.

—¡Qué capullo! —soltó—. ¿Estás bien?

Esbocé una sonrisa. Mi compañero de habitación pensaba que mi espíritu había decaído por el intento de amenaza de Brandon. Pero había ocurrido todo lo contrario.

—Sí, gracias, Sam.

—Brandon es un niño mimado. Se cree lo mejor de lo mejor solo por llevar el apellido Wintersmouth.

—Espera, ¿qué? —Me quedé perpleja.

No podía ser.

Había amenazado de muerte al futuro duque de Zinnia.



Los tres parkisanos que habían llegado últimos temblaban junto a la orilla, incapaces de moverse. Sus miradas eran suplicantes, pero Darius las ignoró. Avanzó hacia ellos y los observó con fría atención.

—Habéis perdido la prueba —dijo sin un atisbo de compasión—. Estáis eliminados.

Me tensé y noté un nudo en la garganta mientras los soldados se acercaban a los jóvenes con paso firme. Temblaron aún con más fuerza cuando se dieron cuenta de que no podrían evitar su cruel destino. Había llegado su hora.

—¡Sacrificadlos! —ordenó Darius, y los rodearon con rapidez.

Tragué saliva con dificultad cuando los vampiros los arrojaron al lago. Sus gritos de terror cortaban el aire mientras los caimanes se lanzaban hambrientos hacia ellos.

Segundos después, sus cuerpos se hundieron bajo el agua y volvió el silencio, pesado y definitivo. Odiaba a los vampiros, los odiaba con toda mi alma.

—¡Felicidades a los que habéis superado el reto! —gritó Darius, acercándose a nosotros como si nada hubiera pasado. Para él, solo era un día más en el Sacrificio de la Corona—. El tiempo apremia. Entremos.

Todos los parkisanos siguieron al maestro de ceremonias, pero el aire estaba cargado de tensión. Los últimos segundos junto al lago pesaban sobre todos nosotros como un recordatorio brutal de lo que implicaba fallar.

Volví la mirada al lago Meliwin con la esperanza de que hubieran sobrevivido o de que lo sucedido fueran imaginaciones mías.

Me estremecí al ver que el agua seguía teñida de rojo.

Capítulo 11



Cuando cruzamos el portón del monasterio de la Santa Sangrienta, vimos una escultura de yeso en el vestíbulo. Era una estatua de la santa; lloraba mientras sangraban las heridas de su figura desnuda. A pesar de lo desagradable de la imagen, muchos de mis rivales dijeron que habían notado una sensación cálida en su presencia.

—Es como si la santa nos hubiera recibido para la ocasión —opinó Elizabeth.

Chasqué la lengua, entre divertida e irritada. Estaba claro que se trataba de algo más bien espiritual, puesto que en el interior del monasterio hacía frío.

La Santa Sangrienta era una figura muy querida entre los devotos de las cuatro diosas. Fue la que acabó con las guerras y unificó las regiones.

Parkisan era una joven del ducado de Dahlia a la que una noche, en sueños, se le apareció el espíritu de la Diosa Suprema. La divinidad le dijo que el destino de sus cuatro hijas era reinar juntas, en armonía, y que nunca proclamó una heredera porque su misión era permanecer unidas. Parkisan era la única que podía lograr ese cometido.

Durante meses, viajó por las diferentes tribus para transmitir la palabra de la Diosa Suprema. Al principio, muchos no la tomaron en serio y creyeron que había perdido el juicio. Sin embargo, Parkisan fue tan insistente que al final fue acusada de herejía por las cuatro regiones y, por tanto, condenada a muerte.

La ajusticiaron en el punto donde se unían las cuatro comarcas, donde hoy se alza la capital, Dhoul. En medio de la nada, la torturaron durante horas hasta que murió desangrada. De ahí su nombre: la Santa Sangrienta.

Lo más macabro de la historia fue que, tras su muerte, las cuatro regiones se dieron cuenta de que era la primera vez que estaban de acuerdo en algo. Tras treguas y diálogos, concluyeron que Parkisan no andaba desencaminada: fue ella la que, con su muerte, las había unido. De modo que, por fin, creyeron en su palabra y se unieron en un solo país, Parkisan, al que llamaron de ese modo en honor al nombre de la santa.

La historia en sí me parecía horrorosa. Si yo hubiera sido la Santa Sangrienta, me habría encargado de hacer miserables a todos los descendientes de mis asesinos. De hecho, tal vez fue ella la que nos envió a los vampiros como represalia.

—También yo siento esa calidez —opinó un parkisano burgués cuyo nombre desconocía.

—Por eso la reina Lilith II eligió este monasterio para la competición —comentó Darius—, para que la Santa Sangrienta os acompañe en todo momento.

Sí, y porque era muy morboso desangrar a gente en un monasterio dedicado a alguien que murió de ese modo.

El maestro de ceremonias nos guio por un corredor desprovisto de ventanas e iluminado por algunos candelabros. En las paredes se exhibían distintos cuadros con rostros que desconocía, pero sabía que eran importantes.

—Lo especial de este pasillo es que aquí se encuentran los retratos de los que lograron llegar al reto final en el castillo de Branamor. —Volvió la cabeza para observarnos mientras nuestros escoltas continuaban mirando al frente. Vi que algunos lienzos estaban en blanco—. Aunque hay diecinueve marcos, no todos los años hemos sido agraciados con un posible aspirante a la Corona.

Agraciados. Un escalofrío me recorrió la nuca al recordar las historias que me contó Morgana sobre esta competición.

—Si conseguís superar las afrentas del monasterio —añadió Darius —, entraréis a formar parte del pasillo de los Casi Victoriosos.

«*Casi* porque no ganaron el Sacrificio de la Corona, por supuesto», pensé.

La curiosidad se convirtió en malestar al oír las palabras del maestro de ceremonias. Me dio un vuelco el corazón: eso significaba que iba a ver a Morgana por última vez. En concreto, su rostro semanas antes de fallecer.

El retrato se encontraba casi al final del pasillo; era el número dieciocho. Estaba de espaldas, exhibiendo orgullosa su capa negra y blanca. Había vuelto la cabeza para mirar con semblante serio al pintor. Sus ojos azules parecían tristes, como si no quisiera estar ahí.

«Entonces, ¿para qué te presentaste?». La pregunta de siempre me destrozó por dentro.

Intenté no detenerme demasiado en su imagen para que no sospecharan que la conocía. De reojo, vi que Brandon le dedicaba

una mirada rápida, pero no le prestó más atención.

El retrato de Morgana tampoco les pasó desapercibido a Elizabeth, Drew y otra burguesa rubia cuyo nombre desconocía aún.

—¿No es la hija de los duques de Dahlia, Layla? —preguntó Elizabeth con tono asqueado.

—Lo es —comentó la contrincante rubia, Layla—. Qué falta de respeto presentarse al Sacrificio de la Corona tras posicionarse en contra de nuestra reina.

Los tres debían de provenir del ducado de Dahlia, puesto que Morgana no era demasiado querida allí. La historia oficial era que a los doce años había abandonado a sus padres (grandes amigos de la Reina Colmillos) para unirse a la causa del príncipe Clement.

Si supieran la verdad, la imagen que tenían de ella cambiaría radicalmente. No obstante, ella era la primera a la que le gustaba parecer una hija desagradecida.

«Prefiero eso a las miradas de compasión», solía justificarse.

No me parecía lo más inteligente, pero allá cada uno con sus traumas.

—Menos mal que ya está muerta —se jactó Drew—. Esa puta no volverá a hacer daño a su familia.

Si las palabras de mi contrincante fueran una espada, ya me habrían desangrado. Nunca había tenido la oportunidad de escuchar lo odiada que era, dado que en Azalea se la veía casi como a una salvadora, alguien que había abierto los ojos y había tomado el camino correcto.

Sin embargo, oír a Drew deshumanizándola de ese modo hizo que me entrasen náuseas: tenía que controlar el odio visceral que esos hermanos estaban despertando en mí.

El que no se resistió fue Brandon, que empujó al parkisano pelirrojo contra uno de los retratos. Lo asió por los hombros y lo levantó del suelo. Drew era un adolescente que aún no había terminado de desarrollarse, mientras que Brandon era mayor y mucho más fuerte.

—¡¿Qué cojones te pasa?! —le espetó el mellizo de Elizabeth.

—Esa a la que llamas *puta* era mi amiga —masculló—. Si te vuelvo a oír hablar así de ella, lo de hoy te parecerá un cuento de hadas comparado con lo que pienso hacerte.

—¡Ni que la hubiera matado yo! Solo he dado mi opinión, ¿de acuerdo? ¡Qué piel más fina tenéis los ricos!

Brandon no era santo de mi devoción, pero se ganó mi respeto tras defender la memoria de Morgana. Había oído hablar mucho de él. Morgana me había contado que tenía buen corazón bajo su apariencia insufrible, y no solo habían compartido amistad, sino que en el pasado llegaron a ser cuñados, pues ella salía con su hermana. Que la defendiera cuando ya no tenía por qué hacerlo me hizo verlo con ojos nuevos.

Los escoltas que acompañaban a Darius se encargaron de separar a Drew y Brandon, y los retuvieron para que no se pelearan más. Aun así, comenzaron a insultarse.

Los demás participantes observábamos la escena perplejos.

—¡Ya está bien! —bramó Darius—. Las faltas de respeto están penadas. Pasaréis la noche en la mazmorra del monasterio, para que aprendáis la lección.

—¡Por la diosa Adhelia! ¡Yo no he hecho nada! —gritó Drew—. ¡He sido la víctima de su ataque!

—Has insultado a una antigua participante —le recordó el maestro de ceremonias.

—¡Y yo soy el hijo de los duques de Zinnia! —protestó Brandon, que trataba de librarse de los soldados que lo retenían por los brazos —. ¡No me podéis aplicar este trato demencial!

Todos los participantes, menos Sam y yo, ahogaron un grito ante ese descubrimiento. El rostro de Drew palideció al darse cuenta de que se había enfrentado a la persona equivocada. Aunque sospechara que era alguien importante, no imaginaba hasta qué punto.

—Aquí, en el Sacrificio, todos sois aspirantes a la Corona. —Darius entrelazó las manos a la altura de los riñones—. Por tanto, iguales a nuestros ojos. Quienes fuerais antes de participar forma parte del pasado. ¡Lleváoslos!

A rastras, condujeron a Brandon y a Drew por el camino que acabábamos de recorrer. Ambos forcejearon, pero fue en vano. Como vampiros bien alimentados, los soldados eran mucho más fuertes que ellos.

—Es una lástima que empecemos la competición con enfados, chicos —comentó Darius con una sonrisa maliciosa—. Con lo bonito que es que hagáis amistades aquí... Algunos pasaréis bastantes días juntos.

Me quedé ojiplática. ¿Amistades? Si la mayoría acabaríamos muertos... Era como si estuviese hablando de un juego infantil, no de una competición mortal. Supuse que para él lo era.

Cuando alcanzamos los corredores que rodeaban el claustro, el maestro de ceremonias siguió explicándonos los entresijos de la competición.

—A la mañana siguiente de celebrarse cada reto, os dejaremos una pista sobre el siguiente desafío en el centro del claustro. Mañana encontraréis la primera, junto con el cuándo y dónde se celebrará. Sería muy desconsiderado por nuestra parte que os enfrentarais a las pruebas a ciegas.

Eso tampoco evitaría que muriera mucha gente...

Cerca del claustro se encontraban el comedor y las escaleras que llevaban a las habitaciones. Darius nos acompañó a los dormitorios; el de Brandon, Sam y el mío era el primero del pasillo.

Dentro de la estancia había tres camas. Sin darle posibilidad de elección a mi compañero de cuarto, me acomodé en la que estaba más cerca de la ventana. De ese modo me sentiría menos prisionera en el monasterio. Sam se quedó con la más próxima a la puerta, donde los organizadores habían dejado sus pertenencias.

—Aquí han puesto mi baúl, así que me quedo con esta cama.

Claro, la mayoría habrían traído sus objetos personales y ya los habrían trasladado hasta las habitaciones. Lo que no era habitual era venir solo con una carta.

—¿No tienes más pertenencias, Savannah?

Resoplé.

—Pero ¿tú me has visto? —dije señalando los parches con los que en múltiples ocasiones había remendado mi vestido.

Sam abrió y cerró la boca, sin saber qué contestar ante su metedura de pata.

—Eh, yo...

—No me has ofendido, si es lo que crees.

Entonces mi compañero levantó el índice. Acababa de tener una idea. Abrió su baúl y, de ahí, sacó un camisón para dormir.

—Tengo más de uno. —Me lo tendió, pero no lo acepté—. Para ti, te lo regalo.

—No es neces...

—Sí lo es. —Me lo lanzó—. Cógelo.

Agarré la camisola en el aire y, acto seguido, la acaricié con los dedos. Era de lino, y su color blanco era blanco de verdad. No había adoptado tonos amarillentos o grisáceos, como las mangas de mi vestido.

—Gracias. Esto... Me cambiaré cuando me asee —contesté—. Soy del Oeste, y me da mucho pudor que me vean desnuda.

—Lo entiendo, no te preocupes.

No me gustaba que Sam fuera tan simpático conmigo. Eso significaba que, en cualquier momento, le debería un favor. Y deber favores en una competición mortal podía convertirse en un problema.

Capítulo 12



La pista que recibimos sobre la siguiente prueba era un pañuelo blanco manchado con sangre roja.

La vi al alba, cuando me levanté a hurtadillas para entrenar sin que Sam se enterara. Me llevé la mano a la boca, confusa. No sabía qué significaba, pero confié en que, cuando estuviera haciendo ejercicio en el pasillo de los retratos, relajaría la mente y lo averiguaría.

Tan solo recibí la mirada acusatoria del retrato de Morgana por no adivinarlo.

—Mándame una señal con la respuesta desde donde estés —le pedí—. Lo que sea.

No ocurrió.

Frustrada (y algo irritada por la pista tan poco concluyente), regresé a la habitación tras el entrenamiento y asearme de nuevo. Había perdido la noción del tiempo y, para entonces, los rayos de sol ya comenzaban a colarse por la ventana. Mi mirada se encontró con la de Sam, que ya se había levantado y vestido.

—¿De excursión tan temprano? —Señaló mi traje de campesina, que ya llevaba puesto.

Abrí la boca para contestarle, aunque tardé un poco en responder.

—No podía dormir —contesté sin más.

Después nos dirigimos al claustro para descubrir qué nos había preparado Darius para el próximo reto. Cuando llegamos, nuestros rivales (menos Brandon y Drew) ya se agolpaban para intentar adivinar qué significaba aquella pista.

A Sam le costó hacernos un hueco, pero, tras algunos empujones, logramos entrever el pañuelo sobre un atril de madera.

—¡¿Un pañuelo manchado de sangre?! —inquirió mi compañero cuando lo vio, algo indignado. Lo entendía: yo había tenido la misma reacción antes—. ¿Querrán que nos saquemos sangre? —caviló—. Porque la que hay en el pañuelo es humana...

—¿Qué clase de aptitud de la familia real es esa? —dijo Elizabeth arqueando una ceja.

—Bueno, que somos aptos para convertirnos en la comida de la reina. —Sam se encogió de hombros.

—Pero quien herede la Corona no puede ser el banquete de Lilith —apuntó la hermana de Drew—. Más bien será quien se dé el banquete con ella.

Me mordí el interior de la mejilla, pensativa. Tal vez no significaba nada y solo nos adelantaba una pequeña parte de todo lo que nos aguardaba en la prueba. Aunque no me imaginaba cuál era el cometido del pañuelo, me inventé una suposición con la intención de despistar a mis rivales. Si yo no adivinaba el desafío, al menos que tampoco lo hicieran ellos.

—Quizá Sam no vaya del todo desencaminado —opiné—. Puede que tengamos que usar nuestra sangre para superar la prueba. No sé, para abrir una puerta, llenar un recipiente... ¡quién sabe!

Algunos participantes asintieron algo convencidos. Mi idea tenía sentido, a pesar de que yo sospechaba que no se acercaba a la realidad.

—¿Alguien puede decirme lo que pone en el papel? No sé leer —pidió una contrincante del pueblo llano. Esa mañana supe que se llamaba Cordelia y que provenía de una familia de ganaderos.

Al lado del pañuelo había una nota que indicaba la fecha y la ubicación del reto. «Pasado mañana, al caer la tarde, en el portón trasero del monasterio de la Santa Sangrienta», leí mentalmente.

—S-sí, por favor —me uní a su petición.

Se suponía que yo, al ser campesina, tampoco debería saber leer. Eso reforzaría la imagen de rival débil que tenían sobre mí.

Layla, la parkisana rubia que se juntaba con Elizabeth, ayudó a Cordelia a descifrar el mensaje de la postal. Asentí con la cabeza a modo de agradecimiento, aunque ni siquiera había prestado atención a sus palabras.

En ese momento oí unos pasos a nuestras espaldas. Apreté los labios cuando vi a Brandon seguido de Drew, que lo acompañaba como si fuera su fiel sirviente. Todo el mundo se abrió paso para que el futuro duque de Zinnia pudiera ver la pista.

Se acercó al atril y estudió con atención el pañuelo manchado de sangre. Tras unos segundos, se echó hacia atrás, victorioso.

—¡No podría ser más obvio! —Brandon señaló la pista con la mano y después suspiró en señal de alivio.

Luché para que no se me desencajara la mandíbula. Estaba de broma. Sí, debía de estarlo.

Me crucé de brazos, algo irritada.

—¡¿Ya sabes qué prueba vamos a hacer, amigo?! —exclamó Drew.

Amigo. Había pasado de decirle que tenía la piel muy fina por ser rico a besar el suelo que pisaba. Por la expresión distante que Brandon le dedicó, no se tragaba su repentina simpatía.

—Habría que estar muy ciego para no darse cuenta —contestó.

—¿Y de qué va el reto?

—¡A ti te lo voy a decir!

En ese instante, nos llamaron con campanillas desde uno de los corredores para indicarnos que el desayuno ya estaba listo. Mis tripas rugieron a modo de respuesta. No pensaba privarme de nada. La cena ya había sido un absoluto banquete, con manjares de los que jamás había oído hablar.

«Ojalá pudiera compartirlo con madre».

De reojo, reparé en que Elizabeth había alejado a Drew del grupo para hablar con él a solas. Como me había quedado la última de la fila, no dudé en ir un poco más lenta y escuchar lo que decían.

—Dime que le has pedido perdón por lo de ayer... —cuchicheó Elizabeth por lo bajo—. Es mejor tener a un hijo de duques de nuestra parte.

—Créeme, hermanita. Después de compartir mazmorra, somos los mejores amigos del mundo. Juntos, lucharemos contra bestias y rescataremos a bellas damiselas —se carcajeó.

—Drew, no te hagas el gracioso. Lo necesitamos para ganar.

—Que sí, pesada.

Reí por lo bajo. En serio se creían que serían aliados de Brandon Wintersmouth. No, peor: en serio pensaban que iban a sobrevivir a Brandon Wintersmouth.



La adulación de Drew hacia Brandon siguió durante el desayuno.

—Entonces, ¿conoces a todos los hijos de los duques de Parkisan? ¿Y a la familia real? —le preguntó.

—Con unos he intimado más que con otros —dijo para hacerse el interesante. Le encantaba ser el protagonista—. Pero sí, se podría decir que a todos.

—¿Y qué hace alguien como tú en el Sacrificio de la Corona? —preguntó una burguesa de unos veinte años con el cabello oscuro—. Y más teniendo en cuenta que tu madre y la reina Lilith no se llevan bien.

—Creo que alguien como yo puede limar asperezas entre la Corona y el ducado. Por eso me he presentado.

Rectifico: menos Sam y yo, todo el mundo participó de esa adoración hacia él. Sin embargo, no se notaba que no nos habíamos unido a la conversación. Ambos observábamos en silencio cómo nuestros rivales se rendían ante el ego de Brandon Wintersmouth, él desde un extremo de la mesa y yo desde el otro.

En realidad, había sido yo la que se había sentado lejos de él. Sam estaba siendo demasiado amable conmigo. No quería sentirme mal si moría o, peor, si tenía que matarlo, así que me acomodé junto a Cordelia y el otro parkisano del pueblo llano, con los que debía relacionarme. Ya iba a llamar demasiado la atención por estar en la habitación con dos nobles. No quería excederme.

Mi compañero de habitación no ocultó su sorpresa en cuanto reparó en que no había ocupado el asiento de terciopelo rojo que había reservado para mí. Y aunque una pizca de culpa se instaló en mi pecho, me convencí de que era por mi bien.

La mesa de banquete estaba llena de frutas, pasteles, carnes, huevos cocinados de distintos modos e infusiones de todo tipo. Probé todos los platos; más que comer, los devoré. Por fin estaba descubriendo a qué sabía no tener hambre.

Mientras me atiborraba de tarta de queso con las manos, oí unas risas nada disimuladas. Provenían de Elizabeth y Drew. En otra ocasión, me habría levantado de la mesa y les habría restregado la tarta por la cara hasta que hubieran suplicado clemencia. No obstante, decidí encogerme, como si sus burlas me hubiesen herido. Mi comedida reacción provocó que las carcajadas de Elizabeth y Drew se volvieran aún más obvias. Por lo que veía, a Elizabeth no le había durado nada esa fingida simpatía conmigo, ya había decidido mostrar su verdadera faceta.

Cordelia y el otro chico me lanzaron una mirada reprobatoria, una que parecía echarme en cara: «Nosotros también somos pobres, pero tenemos modales en la mesa».

«Enhorabuena, supongo», pensé.

—¿De dónde venís? —les pregunté, intentando intimar con ellos.

—De un pueblecito de Voridge, en Gardenia —respondió Cordelia.

—¡Yo también soy de Gardenia! —intervino él—. ¡De una aldea de Weford!

Y comenzaron a hablar entre ellos, dejándome fuera de la conversación. Quizá no querían que los vieran relacionarse conmigo. Drew y Elizabeth, los hermanos del mal, habían decidido convertirme en la diana de sus burlas. Seguramente, los chicos de Gardenia estaban haciendo lo imposible por no ser ellos el blanco de los demás, desde no integrarme en su charla hasta reírse de mí si era necesario.

—¿Y por qué os habéis presentado? —les pregunté para molestarlos.

Cuanto más evitaban hablar conmigo, más ganas tenía de obligarles a hacerlo. Me encantaba ver su cara de espanto cada vez que me dirigía a ellos.

—En realidad no me presenté —contestó Cordelia, escueta, pero fue tal mi expresión de incredulidad que tuvo que darme una respuesta más elaborada—. De hecho, nadie de mi pueblo lo hizo. Hace años que no cogen a nadie y, cuando lo han hecho, esas personas han muerto enseguida. Pero como nadie se presentaba este año, la Corona ofreció un saco de cien monedas de plata a todos los parkisanos que se apuntaran al Sacrificio.

Me mostré asombrada ante sus palabras. Fui la única que se presentó en Lokkat... Me arrepentí de no haberme quedado tranquilita en mi choza la mañana de la preselección. Nos habríamos llevado una sustanciosa cantidad de dinero por algo que hice gratis.

—En una aldea vecina ocurrió lo mismo. —El chico, del que aún no sabía su nombre, se rascó el cuello—. Por lo que me contó un amigo, la reina quiere que todas las poblaciones nos apuntemos cada año.

Arqueé una ceja. Me parecía macabro que quisiera que todos los lugares se inscribieran en la competición. Sobre todo cuando ella ya tenía claro que ninguno de las aldeas más pobres superaría las primeras pruebas.

En cuanto acabó el desayuno, Cordelia y su nuevo amigo se escabulleron para no tener que compartir más espacio conmigo.

—¿Te vienes al dormitorio? —me propuso Sam.

Supuse que hasta ahí había llegado mi intento de juntarme con gente de mi clase. Observé a mi compañero y asentí con la cabeza.

De vuelta en el cuarto, Sam hizo lo posible por conocernos un poco más. Brandon ignoraba sus preguntas y daba a entender que leía un libro que había sacado de la biblioteca del monasterio. De reojo, vi que se titulaba *Las cinco llamaradas del dragón*.

Yo le respondí porque me sabía mal que sus intentos solo encontraran el silencio. Aun así, no entendía si era su estrategia o si, en el fondo, quería conocernos. En cualquier caso, no tenía nada que ocultar sobre mi vida como campesina.

—Yo soy hijo de vizcondes —explicó él—. Mi familia, los Blisland, gestiona terrenos del sureste de Gardenia y organiza los torneos de la zona.

En resumen, sería un parkisano al que yo odiaría fuera del Sacrificio de la Corona.

—¿Y por qué te has presentado al Sacrificio? —inquirí, curiosa.

Entendí que era de una familia que apoyaba a la Reina Colmillos, pero no comprendía cómo podían arriesgar la vida de sus hijos de esa forma.

Sam tragó saliva, algo incómodo.

—Bueno... Mis padres, aunque sean del Este, no vieron con buenos ojos que me juramentara como hombre. Creyeron que, si me presentaba, restauraría el honor de la familia. Pero también es una gran oportunidad para conseguir lo que siempre he querido.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

En Parkisan, algunas personas no se sentían en paz con el ser que se les había otorgado desde su nacimiento. Por lo tanto, acudían al templo más cercano para jurar ante las cuatro diosas su verdadera

identidad. A partir de ese momento, los parkisanos los trataban como tales.

En teoría, en el Este no se juzgaba tanto como en el Oeste, donde la gente no era capaz de asumir otra realidad y todo lo que no fuera lo tradicional se llevaba a escondidas.

Al parecer, ese tipo de gente estaba en todas partes.

—Vaya, siento que hayas pasado por eso, Sam —lamenté de verdad.

Incluso vi por el rabillo del ojo que Brandon había dejado el libro y asentía, de acuerdo con mis palabras.

Sam carraspeó, claramente incómodo.

—Bueno, ¿y tú de dónde vienes? —me preguntó, cambiando de tema.

—Mi madre y yo tenemos un huerto en un pueblo de Azalea —contesté—. Vendemos todo lo que cosechamos en la plaza del mercado.

Menos aquello que iba destinado a los duques de Azalea, que se merecían la mejor parte de la cosecha por prestarnos sus tierras.

—¡Qué interesante!

Luché por no poner los ojos en blanco. Solo era otro noble al que mi vida de pobreza y miseria le parecía muy pintoresca.

—Sí. —Me rasqué la cabeza—. Aunque es un poco fastidioso porque los niños se ponen a jugar a huye del vampiro y lo destrozan todo. Siempre nos toca la peor parte.

En ese momento, sentí que el ambiente entre nosotros acababa de cambiar.

—¿Qué es *huye del vampiro*?

—¿No has jugado nunca? —Parpadeé varias veces, sorprendida.

—Solo se le llama *huye del vampiro* en Zinnia y Azalea —aclaró Brandon con voz monótona desde la cama del centro—. Como vosotros apoyáis a la Reina Colmillos, un juego así sería hiriente. Es como el pillapilla.

Sam separó los labios para protestar, quizá porque había llamado *Reina Colmillos* a Lilith II. No necesitaba salir de mi pequeña burbuja de Lokkat para saber que era un apodo ofensivo.

—Exacto, es igual que el pillapilla —repetí para rebajar la tensión —. Solo que la persona que persigue hace de vampiro y se ata un trozo de tela roja en el brazo.

Aunque Sam parecía atento a lo que le estaba diciendo, seguía mirando a Brandon de vez en cuando.

Traté de evitar la pelea, sobre todo porque el futuro duque intentaba irritarlo ya que Gardenia apoyaba a la reina. Y no iba a permitir que creyera que tenía la capacidad de provocar e intimidar a todo el mundo.

—Pero la gracia es que sea un pañuelo —añadí—. Simboliza el que el vampiro utiliza para limpiarse la boca después de matar a sus víctimas.

Las palabras que acababa de pronunciar me trasladaron a un lugar concreto: al claustro donde se encontraba ese trozo de tela manchado de sangre. Acto seguido, el ambiente entre Sam y yo volvió a cambiar, y de inmediato supe por qué. Al intentar calmar las aguas, había descubierto de qué trataría el siguiente reto: jugaríamos a huye del vampiro. El problema era que había ayudado a un rival a descubrirlo.

Mierda.

—¿Un pañuelo como el de esta mañana? —Sam se irguió.

—Eh...

—Genial, campesina —musitó Brandon con ironía—. Acabas de fastidiar la poca ventaja que tenías sobre Sam.

Por eso él había adivinado con tanta rapidez cuál iba a ser el tema del próximo desafío: en Zinnia también se jugaba a huye del vampiro. Era un crimen que yo no hubiera caído en la cuenta. Los nervios por adivinarlo me habían impedido ver lo evidente.

—Gracias, Savannah. —Sam me abrazó, entusiasmado—. Te debo una.

Era estúpida. De remate.

Capítulo 13



Una vez más, me di cuenta de que el Sacrificio de la Corona no era una competición justa. Primero, porque la barca que perdió tenía más miembros del pueblo llano. Segundo, porque no todos los participantes conocían el juego de huye del vampiro. De momento, solo Brandon, Sam y yo estábamos al tanto del contenido del reto. Los demás se llevarían la sorpresa durante la celebración.

A partir de ese instante, Sam se sumergió en la biblioteca del monasterio para informarse sobre el próximo desafío. Desde el principio, no me pareció una buena idea, dado que podíamos dar pistas a nuestros rivales. Sin embargo, colapsé del todo en cuanto vi que cargaba con una pila de siete libros.

—¡Disimula un poco! —siseé—. Demasiado es que sepas ya lo que vamos a hacer.

En apariencia, estábamos los dos solos en la biblioteca. No obstante, las paredes oían, y quizá había alguien escondido entre las estanterías.

—El conocimiento es poder. Además, ¿qué hay de malo en que los otros se enteren? ¿Qué es lo peor que podría suceder?

—Que tú mueras y ellos no —le espeté.

Sam se estremeció ante mi sentencia. No terminaba de creerse que algo tan terrible pudiera ocurrir si compartíamos el mensaje que ocultaba la pista.

Me pellizqué el puente de la nariz, dividida entre si debía ser egoísta o hacer lo correcto. Sam era un rival fácil del que deshacerse, demasiado inocente para una competición en la que todos acabaríamos traicionando a los demás.

Quizá justo porque provenía de una familia de vizcondes, no había tenido la oportunidad de experimentar la maldad del mundo real. Su apellido tenía demasiada categoría como para conocer la miseria que había vivido yo. Sin embargo, los Blisland no eran tan importantes como la familia de Brandon, de modo que no se habían adentrado en los oscuros entresijos de la política.

Puede que luego me arrepintiese, pero no era capaz de ganar a un rival que no estaba en igualdad de condiciones. Además, era el único que se había portado bien conmigo.

—Muchos moriremos en el Sacrificio de la Corona —comencé—. Si tú ganas, significa que yo he perdido. Recuerda que ninguno de nosotros somos tus amigos.

—Lo sé. —Por la manera en la que pronunció esas palabras, parecía molesto—. Lo tuve en cuenta cuando me apunté a la competición. Pero la unión hace la fuerza. Ya oíste a Darius acerca de la importancia de trabajar en equipo.

—¡A eso me refiero! —grité en susurros—. Crees que nos portaremos bien contigo porque esos son tus valores. ¡Y no es así! Si podemos hacer algo para que tú mueras y nosotros no, lo haremos.

—¿No sería más fácil si todos colaborásemos? Sé que en el fondo quieren que nos veamos como enemigos, pero juntos llegaremos

más lejos.

En otro momento hubiera pensado que ese era el plan de Sam: parecer ingenuo para que confiara en él. No obstante, estaba tan acostumbrada a conocer a burgueses y nobles alejados de la realidad en Lokkat, que empezaba a temer que Sam fuera uno de ellos.

—Una estrategia cojonuda en un mundo ideal, pero estamos en el mundo real. Y aquí, si no matas, te matan. —Pensé en todos los vampiros a los que les había quitado la vida en el pasado—. Elige en qué lado quieres estar: en el del depredador o en el de la presa.

Me alejé de él dando por finalizada la charla. Sabía que madre se sentiría orgullosa de mí por haberle ayudado, mientras que padre me recriminaría que hubiera sido tan sentimental con él. «En un duelo, las emociones te llevarán a la derrota», solía decirme cuando entrenábamos con las espadas. En muchas ocasiones, fingía lesionarse. Aunque yo ya sabía que tendía a hacerlo cuando estaba perdiendo, actuaba tan bien que siempre acababa creyéndomelo. Y entonces me clavaba la espada larga cubierta de paja en el abdomen.

—Estás muerta, Savannah.

—Pero ¡eso es trampa, padre!

—En la vida real, hay gente tramposa y honrada. Como es difícil saber quién es quién, es mejor no tener clemencia y equivocarte que tenerla y equivocarte también.

No estaba honrando demasiado su memoria al ayudar a Sam. Supuse que esa parte la había sacado de la mujer que me había criado.

—¡Savannah! —me llamó mi contrincante.

—¿Qué?

Me volví para observarlo.

—No sé... Pareces distinta.

Genial, por querer ayudar a Sam había bajado demasiado la guardia con él. Se estaba dando cuenta de que había algo en mi forma de ser que no cuadraba con la imagen de campesina débil que me esforzaba por interpretar.

Si padre me viera, se revolvería en la tumba.

—Sigo siendo la misma —me excusé—. Lo que ocurre es que me conoces de hace un día.



El día de la prueba, al atardecer, nos reunimos todos en el portón trasero. Por fortuna, ninguno de nuestros rivales había descubierto de qué trataba el siguiente reto.

Sam y Brandon se habían vestido con ropajes cómodos, sin capas que entorpecieran su huida. Yo, en cambio, me puse la misma prenda de siempre: mi traje de campesina.

Bajo las escaleras que teníamos delante se hallaban los jardines del monasterio de la Santa Sangrienta. Allí, formado por setos altísimos, había un laberinto, y noté cierto movimiento en su interior.

Supuse que era donde se celebraría el reto. Pero ¿por qué un laberinto para una prueba que solo consistía en huir de un vampiro?

Prefería no saberlo antes de hora.

—¡Qué puntuales todos, chicos! —aplaudió Darius junto a su escolta en cuanto subió los escalones—. ¿Preparados para el

próximo reto del Sacrificio de la Corona? No os mentiré si os digo que es mi favorito.

Se me erizó el vello cuando oí que estaba hablando de un desafío mortal como si se tratara del color que más le gustaba.

Como imaginaba, nos invitó a dirigirnos a la zona del laberinto y aguardó hasta que todos llegamos junto a él.

—Un miembro de la familia real debe saber trabajar en equipo, pero también ha de estar en forma —comenzó—. Eso sí, esta prueba está pensada para que la disfrutéis. El Sacrificio de la Corona a veces es demasiado serio. Al fin y al cabo, tenemos que medir vuestras aptitudes reales. Y, en ocasiones, echo de menos que haya retos que os hagan reír como cuando erais niños. Así que pensé... —Apoyó los índices en las sienes—: «¿Y si jugamos a huye del vampiro? ¡Seguro que les encantará!».

Sam disimuló un suspiro de alivio en cuanto se dio cuenta de que Brandon y yo habíamos acertado con la pista. En cambio, los demás se mostraron confusos ante el nombre del juego, desconocido para ellos.

—Drew y yo nunca hemos jugado a eso —protestó Elizabeth.

—¡Ni yo tampoco! —se unió Cordelia.

Lo que primero fue confusión, después se convirtió en indignación. Todos comenzamos a protestar por el contenido del desafío. Y digo *comenzamos* porque Sam y yo también nos unimos a las quejas. No quisimos revelar que teníamos cierta ventaja en esa prueba. Mientras tanto, Brandon nos observaba a todos con altivez. De hecho, alzó una de las comisuras y se rio sin ocultar su diversión.

—¡No os preocupéis! —Darius no abandonó su actitud jovial—. Es muy sencillo: es como el pillapilla que conocéis, pero con un toque

más... oscuro.

En ese instante, el maestro de ceremonias comenzó a explicarnos la mecánica del juego. El parkisano que hacía de vampiro, el pañuelo rojo para distinguirse...

—En el Sacrificio de la Corona queríamos darle más emoción al reto —dijo mientras señalaba los jardines del monasterio, a su espalda—. Dentro del laberinto se esconden diez vampiros sedientos de sangre, uno por cada uno de vosotros. Los distinguiréis porque llevan un pañuelo atado al brazo.

Oí a los demás ahogar un grito mientras que yo era incapaz de emitir sonido alguno. Un nudo se me había instalado en la garganta. No tendría que huir de un vampiro, sino de diez.

Y tenían hambre, así que, en cuanto nos pillaran, nos desangrarían sin piedad.

Y nosotros sin armas.

A Darius no pareció importarle que nuestras expresiones se estuvieran tiñendo de miedo. Él continuó hablando con la misma alegría despreocupada que lo caracterizaba.

—¡Pero eso no es todo! Habréis podido apreciar que esto es un laberinto. Además de huir de los vampiros, tendréis que encontrar la salida antes que vuestros compañeros. A diferencia de lo que ocurre en otros jardines de este estilo, aquí la salida está en el centro. —Acto seguido, cambió el tono que estaba empleando—. El último en llegar con vida será convertido en vampiro.

En huye del vampiro, el primer pillado solía ser el siguiente en perseguir a los demás. Aun así, tenía sentido que en la prueba el último fuera convertido, dado que sería el verdadero perdedor. Los que no resolvieran el laberinto... estarían muertos.

—Y no, no hacemos excepciones —sentenció.

La actitud de Darius había cambiado. De pronto, sonó tan intimidatorio como cuando ordenó que los perdedores del reto anterior fueran devorados por los caimanes.

Sin embargo, en cuestión de segundos volvió a ser el vampisano risueño de siempre.

—Llegar al centro del laberinto puede ser... todo un reto, a pesar de que hay varios accesos. Por eso os vamos a dar un acertijo que os ayude.

Se me cayó el alma a los pies. Lo que había comentado antes sobre la prueba me había puesto en alerta, sí, pero podía superarlo. Sin embargo, era nefasta con los acertijos desde niña. Estaba claro que no era una de mis virtudes... Quizá se me daba aún peor porque nunca había ido a la escuela. Mis estudios se resumían en saber leer, contar hasta mil y conocer lo básico de nuestra historia. En resumen, todo lo que me enseñaban padre y, muy de vez en cuando, Morgana.

Podía imaginármela riéndose de mí por ese devenir del destino. Le encantaba resolver acertijos, inventarlos y hacérmelos llegar por carta cuando estábamos separadas. Nunca se me dieron bien las adivinanzas, y en esa ocasión no sería diferente.

—«Allá donde la luna caiga, la oscuridad te llamará. Tuya es la salida de este laberinto, tuya es la victoria» —leyó el maestro de ceremonias.

Observé a mis contrincantes. Mientras que todos iban adoptando una actitud convencida, Brandon se pellizcó la barbilla, pensativo. Si él estaba perdido, probablemente los demás solo fingían seguridad.

El problema era que, cuando nos adentrásemos en el laberinto, ellos atarían los cabos, mientras que yo seguiría igual de desorientada.

—Podéis defenderos de los vampiros, ¡faltaría más! —prosiguió Darius Hearnshaw—. Incluso acabar con su vida. Pero no podéis aprovechar el reto para deshaceros de vuestros compañeros. Quien lo haga, será castigado con la muerte. Y creedme, os tendremos vigilados. Mis soldados estarán siguiendo vuestros pasos. Ahora, ¡todos a sus puestos! Espero que os guste el desafío, lo hemos preparado con todo el cariño del mundo.

Apreté los labios ante sus últimas palabras. Seguía desconcertándome que hablara de un modo tan liviano de un reto de ese estilo. Los vampiros que nos acompañaban nos separaron y guiaron a cada uno hasta una entrada diferente del laberinto.

—¡Buena suerte! —me deseó Sam antes de que nos alejáramos.

Desde lo lejos, oí que Drew y Elizabeth empezaban a reírse por lo que les parecía un disparate. Para ellos, ni toda la buenaventura de la diosa Adhelia podría ayudarme.

«Ya veremos qué cara se os queda cuando os deis cuenta de que he superado la prueba... Si es que la pasáis», pensé con orgullo.

Los soldados me dejaron en una de las entradas. A través del acceso, distinguía diferentes setos y una figura al fondo. ¿Sería uno de los que nos vigilaban?

Respiré hondo. No me dejaría matar en esa prueba.

—¡Que lleguéis con vida al final del laberinto! —bramó Darius—. ¡Sangre y victoria!

Capítulo 14



Comencé a correr en cuanto el maestro de ceremonias dio inicio a la prueba. Aunque mi cuerpo quería ir lo más rápido posible, no era lo más inteligente. No sabía de dónde saldrían los vampiros ni dónde se encontraba el final del laberinto.

—Un vampiro solitario se levantó por la mañana. —Oí varias voces al unísono—. Harto de estar solo, salió de su casa para hacer amigos.

Era la historia de huye del vampiro. En lugar de contar hasta treinta, los niños relataban ese cuentecito. Estaba pensado para que cualquiera pudiera jugar, sin importar si iba a la escuela o no.

Las paredes me obligaban a seguir recto. Efectivamente, allí se encontraba un soldado vampiro con su armadura, su casco y una espada enfundada en un tahalí. El vampisano se encontraba pegado a una de las paredes de matorral; sostenía un cuenco de hierro y un candelabro. Imaginé que habría más de ellos a lo largo del laberinto para alumbrar el camino. Después de todo, la tenue luz de la luna ya iluminaba el cielo nocturno.

«Allá donde la luna caiga, la oscuridad te llamará. Tuya es la salida de este laberinto, tuya es la victoria». Maldije por dentro. Seguía sin

entenderlo.

—Se puso sus mejores vestimentas para sorprenderlos a todos. —Reparé entonces en que los soldados del laberinto eran los que contaban la historia del juego—. Pero quien no se asustó se rio de él por sus feos colmillos.

Cuando llegué a la altura del vampiro, me detuve unos instantes. Este se irguió, atento a cómo me debatía por qué dirección tomar. ¿Debía continuar por la izquierda o, por el contrario, torcer a la derecha? Solo podía fiarme de mi instinto.

—Entonces —lo oí relatar—, se fue a su casa llorando porque nadie lo quería.

No podía detenerme tanto tiempo, no quedaba nada para que aparecieran los diez vampiros sedientos de sangre. La derecha, tomaría la derecha.

—Y, cuando ya no quedó lugar para las lágrimas, apareció la sed de sangre.

Arranqué dos hojas del matorral y las rompí en diagonal. Después, las tiré al suelo y así, si volvía a ese camino, me daría cuenta de que había pasado por allí. Eso si el viento o las pisadas de mis contrincantes no lo fastidiaban.

El trayecto que había tomado me obligaba a torcer a la izquierda unos metros después, donde el camino se ramificaba en múltiples rutas. Se me aceleró el corazón al darme cuenta de que la prueba estaba empezando a complicarse, y todavía no habían salido los vampiros peligrosos.

Aunque para eso quedaba poco. Volví a coger dos hojas y repetí el proceso.

—Por eso ahora recorre las calles de este lugar para probar la sangre de los niños que viven aquí.

Me adentré en el segundo camino, a la izquierda, donde se hallaba otro soldado con su cuenco y su candelabro. Quizá su presencia marcaba el camino correcto y me permitiría encontrar la salida del laberinto.

Lo inspeccioné más de cerca, por si acaso. El cuenco que portaba estaba vacío, y tres llamas hondeaban en el candelabro. Cuando abandoné la zona, rompí de nuevo dos hojas en diagonal.

—¡Ten cuidado y huye del vampiro, porque es la hora de comer!

Tragué saliva y volví a correr. Era el final de la historia. Desde ese instante, los vampiros sedientos de sangre nos perseguirían hasta convertirnos en sus víctimas. Intenté que el instinto de supervivencia no nublara mi mente.

A través de las paredes de matorral, oí una respiración entrecortada, la misma que emitían los vampiros enfermos a los que me enfrentaba en Lokkat. Me detuve y traté de hacer el menor ruido posible para que no reparara en mi presencia. Volví con lentitud sobre mis pasos, intentando no encontrarme con él.

Segundos más tarde, vi que su figura cruzaba el siguiente camino para intentar capturar a alguno de los participantes. Me llevé la mano a la boca y la nariz para hacer el menor ruido posible. Aunque se había alejado de mí, podía darse cuenta de que estaba más cerca de lo que parecía. Poco después, proseguí mi marcha y regresé por donde había ido. Me fui sin coger las dos hojas del matorral; no podía permitirme perder ese tiempo.

Cuando salí, decidí torcer a la derecha para explorar otra ruta. De nuevo, vi a un soldado erguido frente a una de las paredes de

matorral, pero era un camino sin salida.

Sin embargo, me quedé petrificada cuando traté de salir del camino. Como si los segundos transcurrieran con lentitud, Cordelia apareció por mi derecha. Entonces gritó, y el vampiro de antes, en realidad una vampira, asomó por mi izquierda.

La criatura, que llevaba un cuerno colgado al cuello, se abalanzó sobre la parkisana, mientras yo intentaba hacerme pequeña en mi camino sin salida. Por mucho que Cordelia intentó librarse de su cruel destino, la vampira hincó los dientes en su cuello y comenzó a beber.

En silencio, observé la macabra escena. Una Savannah más joven habría intentado salvar su vida sin pensárselo dos veces. No obstante, a la de ese instante solo le importaba no verse afectada. Aguardé el momento idóneo para escapar de allí y caminé de puntillas para que la vampira no se percatase de que estaba a su lado.

Como no era invisible, mi contrincante se dio cuenta de que me encontraba allí.

—¡Ayúdame, ayúdame, por favor! —me pidió Cordelia mientras se removía bajo los colmillos de su depredadora.

Me estremecí y creí que, por un momento, la vampira iba a intentar detenerme. Sin embargo, estaba tan concentrada en beber de Cordelia que ni siquiera se molestó en levantar la cabeza.

Por un instante, valoré la idea de auxiliarla. No era fácil marcharse de allí cuando tenía la posibilidad de cambiar su trágico final. No obstante, eso significaría poner mi vida en peligro, y encima por alguien que me había evitado los dos últimos días.

Así que hui.

—¡No te vayas! ¡Savannah, por favor!

No podía soportar sus súplicas acompañadas de gritos de terror. Me alejé lo máximo posible para que su voz perdiera fuerza. Todavía transcurrió un buen rato hasta que oí que la vampira tocaba el cuerno. Cordelia estaba muerta.

Sacudí la cabeza e intenté pensar lo menos posible en que la había abandonado. Además, Cordelia tampoco habría tenido piedad conmigo y me habría dejado atrás como yo acababa de hacer con ella. Era el Sacrificio de la Corona: no había amigos, como le había dicho a Sam. Que ella hubiese muerto era señal de que yo continuaba con vida.

Cuando me alejé lo suficiente y logré calmarme un poco, continué con la misma estrategia que había seguido hasta ese momento: en los caminos que podía, rompía dos hojas en diagonal con la esperanza de que me indicasen si ya había pasado por esa ruta.

Hubo un momento en que me crucé con Elizabeth, que corría en dirección contraria a mí. En cuanto me vio, me dirigió una sonrisa e hizo el ademán de ponerme la zancadilla. Digo *ademán* porque ya esperaba un comportamiento así por su parte. Por lo que fue ella la que se llevó una patada accidental en la espinilla. Gruñó de dolor ante mi infortunado golpe.

—Lo siento —le dije moviendo los labios.

No lo sentía para nada.

Al instante vi a otro vampiro y me escondí en el primer recodo que encontré. En ese no había vigilantes, estaba a oscuras. Aguardé hasta perderlo de vista.

Sin embargo, cuando mis ojos se acostumbraron a la falta de luz, lo distinguí. En mitad de la ruta había un cuerpo. Al principio creí

que era uno de mis rivales, que habría muerto como Cordelia. Sin embargo, no solo no había oído el sonido estridente del cuerno, sino que además su espalda y su torso estaban manchados de sangre negra. Me di cuenta de ello porque alguien lo había dejado en ropa interior.

Era un vampiro.

Me agaché para inspeccionarlo. Por su aspecto, no creí que fuera uno de los que nos perseguían, puesto que su cuerpo estaba bastante sano, lo que indicaba que se alimentaba mucho mejor que las criaturas que querían desangrarnos en el laberinto.

Levanté la mirada y capté dos objetos que antes no había percibido. A lo lejos, tirados en el suelo, había un cuenco de hierro y un candelabro apagado.

Alguien había matado a uno de los soldados que nos vigilaban.

Capítulo 15



No quería quedarme a descubrir quién había matado a uno de los vampisanos que custodiaban el laberinto. Estaba convencida de que no había sido ninguno de mis rivales, no tenía sentido. La única opción era que hubiera sido otro vampiro. El porqué prefería no saberlo.

Cogí el candelabro para utilizarlo como arma y me marché de allí. Tenía un objeto con el que enfrentarme a los vampiros y una posibilidad de que me acusaran de haber acabado con la vida del soldado.

Corrí en dirección opuesta por si seguía cerca la persona que lo había matado. Quizá me estaba alejando de la salida del laberinto, pero solo me importaba distanciarme del peligro.

A lo lejos, oí una voz grave que gritaba del mismo modo que lo había hecho Cordelia. Uno de mis rivales había sido capturado por un vampiro; el cuerno no tardó mucho en sonar. De momento, dos contrincantes habían muerto en la prueba. Pero aún no había acabado.

En el siguiente cruce, vi dos hojas rotas en diagonal, ambas un poco alejadas entre sí. Había empezado a repetir las rutas, así que

volví sobre mis pasos para torcer a la izquierda y elegir otro recorrido.

Lo que no esperaba era encontrarme a dos vampiros nada más pisar la nueva ruta. No uno, dos. Eran un hombre y una mujer. Por la complicidad que destilaban, debían de conocerse de antes de la competición.

—No me lo puedo creer... —musité.

Aún llevaban el pañuelo de color blanco, lo que significaba que no habían matado a nadie. Tampoco iban manchados de sangre negra, así que ellos no habían sido los que habían acabado con el soldado.

Comprobé que no estábamos solos: al fondo, otro vampisano nos vigilaba. Había vuelto la cabeza y prestaba atención a todo lo que pasaba. No se mostraba impasible como los demás, aunque era cierto que una pelea de dos contra uno era lo suficientemente jugosa como para no perdérsela.

—¡Pero mira qué tenemos aquí! —celebró el cazador—. Hannah, hoy comeremos.

Apreté con fuerza el candelabro, dispuesta a atacar.

—Eso es lo que creéis vosotros —exhalé.

Estaban tan desesperados por conseguir comida que se abalanzaron sobre mí sin medir sus movimientos. Rápidamente, me hice a un lado para que lo único que probaran fuera la gravilla del laberinto. Ya que teníamos la oportunidad de defendernos hasta el final, estrellé la base del candelabro en la cabeza de ella. Mientras lo hacía, me cubrí el rostro con la manga para evitar que cualquier gota de su sangre me alcanzara.

Oí cómo se le fracturaba el cráneo; un riachuelo negro se abrió paso a través de su cuero cabelludo.

—¡Hannah! —aulló su compañero—. ¡No!

Me dispuse a atacar a la criatura que quedaba en pie. No obstante, a él le movía una rabia que identifiqué enseguida, pues era la misma que yo sentía desde hacía meses: la de haber perdido a un ser querido.

El vampiro se puso en pie y, antes de que pudiera atizarle con el candelabro, me empujó contra la pared de matorral. Lo hizo con tal furia que sin querer solté el arma.

Estaba jodida.

—¡Te voy a dejar seca! ¡¿Me oyes?!

El vampiro trataba de intimidarme antes de hincarme el diente. Quería que gritara de terror como lo habían hecho Cordelia y el otro rival. Sin embargo, no era la primera vez que estaba al borde de la muerte por uno de ellos.

—Te apesta el aliento —dije frunciendo la nariz.

Acto seguido, le propiné una fuerte patada en la entrepierna. El vampiro me soltó dolorido e intentó no perder la compostura, pero esos segundos de malestar me ofrecieron el tiempo necesario para recuperar el candelabro.

—¡Tranquila, Savannah!

Era la voz de Sam, que acababa de aparecer en mi campo de visión. Aprovechando la molestia del vampiro, le propinó un puñetazo que lo desorientó aún más.

—¡Sam! ¡¿Qué haces?!

—Ayudarte.

—Pero...

«... no necesito ayuda», me habría gustado decirle. Lo tenía todo controlado. No obstante, mis palabras se las llevó el viento cuando él

se convirtió en el nuevo objetivo del vampiro, como era obvio. A pesar de que forcejeó en varias ocasiones con éxito, la criatura acabó tirándolo al suelo y le hincó el diente.

Observé la escena desde la distancia. El vampiro se había olvidado lo suficiente de mí como para que pudiera escapar, pero no podía dejar que matara a Sam. Con Cordelia no había sido fácil, pero nada me ataba a ella; sin embargo, no era capaz de abandonarlo a él. Sobre todo, cuando se había metido en problemas por salvarme.

Al final, los rivales más peligrosos no eran los enemigos, sino los aliados a los que no podías traicionar. Y yo no podía fallarle, no cuando estaba al borde de la muerte por mi culpa.

—¡Sam! ¡Cúbrete la cara!

Mi compañero de habitación me obedeció y alzó los antebrazos. El vampiro se incorporó al oírme. No obstante, para cuando quiso reaccionar, ya le había destrozado el cráneo con el candelabro.

Sam emitió un bramido de sorpresa. Tener encima el cadáver de un vampiro no era agradable; sin embargo, su asombro se debía más a que no esperaba que lo ejecutara con tanta determinación.

—L-lo has matado.

Ojalá hubiera tenido la libertad de decirle que el primero lo maté a los trece años y que ese ya no suponía ningún cargo de conciencia para mí.

—Y a la vampira también —dijo mientras la señalaba.

—Ah, sí, también he sido yo.

Acababa de cargarme el personaje que había creado en torno a mí. A Sam le costaría creer de nuevo en esa versión de campesina débil que me había preocupado por tejer.

—Grac... —empezó a decir al tiempo que se quitaba de encima el cadáver del vampiro.

Desvié la mirada. No, eso sí que no. No soportaba los gestos de amabilidad. No sabía hasta qué punto lo había salvado por mi conciencia, no por él.

—No lo he hecho para que me des las gracias. —Le tendí la mano —. Vamos, salgamos de este laberinto de una vez.

Sam se puso de pie y, juntos, comenzamos a recorrer las ramificaciones del laberinto. Comprendí que, a partir de ese momento, colaboraríamos para salir vivos de la prueba. Aunque no me gustaba la idea de depender de alguien, podría ayudarme a interpretar los entresijos de la adivinanza.

—¿Has resuelto el acertijo? —le pregunté entre susurros.

—Estoy seguro de que está relacionado con los soldados que nos vigilan. No sé a qué se refería Darius con lo de que «caiga la luna», pero, cuando completemos ese paso, intuyo que tendremos que apagar el candelabro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¿Has visto alguna armadura de decoración con un cuenco de hierro y un candelabro? Es extraño. Deben de llevarlos por un motivo.

En realidad, tenía sentido. Sin embargo, yo no habría llegado a esa conclusión en mi vida porque en Lokkat las armaduras no se decoraban. No sabía si, en las casas acomodadas, esas figuras sujetaban una espada y un escudo u otro tipo de objetos.

—A todo esto, ¿a qué vigilante le has robado el candelabro? —me preguntó Sam en tono divertido mientras me daba varios codazos amistosos para reforzar esa intención.

Chasqué la lengua. Empezaba a arrepentirme de que el laberinto hubiera cruzado nuestros caminos. Estaba hablando demasiado y eso nos ponía en peligro.

—Alguien ha matado a un soldado —respondí con hastío.

Mi compañero de cuarto se detuvo ante mi revelación. Moví las manos en el aire con violencia para que continuáramos.

—¿Quién? ¿Uno de los nuestros? —preguntó mientras reanudábamos la marcha.

—No lo sé, no creo. —Soné tan cortante que Sam se percató de que no quería alargar más la conversación. Por desgracia, mi compañero tenía el don de hacerme sentir culpable, así que añadí—: Que sepamos, aún quedan ocho vampiros con vida en el laberinto. No estamos a salvo.

—Sí, sí. Lo entiendo.

En silencio, con el único ruido de nuestras pisadas, inspeccionamos las diferentes rutas. Debido a la teoría de Sam sobre el acertijo, exploramos caminos que ya había recorrido, pero ninguno de los vigilantes parecía distinto a los demás. En un momento de desesperación, mi compañero intentó apagar las velas del candelabro, pero el soldado se lo impidió.

—Tal vez la guardia no tiene nada que ver con el reto —supuse, exasperada.

—Que sí, Savannah. Estoy seguro.

Me rasqué la nuca. Desde luego, no estaba hecha para trabajar en equipo. Sam no podía hacerse una idea de la cantidad de veces que me arrepentí de haberme cruzado con él.

Por un segundo, nos vi muriendo bajo los colmillos de un vampiro o, peor aún, convertidos en uno de ellos. Hacía rato que no me

encontraba con mis rivales, y empecé a temer que todos hubieran superado el reto. Podía imaginármelos riéndose de la campesina que no había sido capaz de superar un sencillo laberinto.

Por fortuna, no todo estaba perdido. A lo lejos vimos a Layla, la parkisana que compartía habitación con Elizabeth y Drew. Al darnos cuenta de que huía de un vampiro, nos escondimos tras una de las paredes de matorral. Respiré aliviada: aún no había llegado todo el mundo.

Cuando nos quedamos solos, Sam se percató de que el camino por el que Layla había desaparecido tenía un vigilante. Una vez más, quiso entrar para asegurarse de si era la solución al acertijo. Este se movió en cuanto nos vio, como si nos estuviera esperando.

No tardé en darme cuenta de que, a diferencia de los demás, no llevaba ni cuenco ni candelabro. Además, la armadura estaba manchada de salpicaduras de sangre negra.

Tensé los hombros. Ante nosotros no se encontraba alguien de la guardia de Darius Hearnshaw. Era el vampiro que había matado a aquel soldado.

—No es un vigilante, Sam.

El hombre desenvainó la espada antes de revelar su identidad.

—Vaya, volvemos a vernos, campesina —dijo él, alzando la visera para mostrar el rostro.

Parpadeé repetidamente. Me costó reconocerlo, ya que la última vez que lo había visto su piel estaba en avanzado estado de putrefacción. Parecía más recuperado, lo habrían alimentado para el Sacrificio de la Corona.

—¿Lo conoces? —me preguntó Sam.

—Me enfrenté a este vampiro hace poco más de una semana en mi aldea.

Capítulo 16



Era el vampiro que había acabado con la vida del sastre y la de su hijo de ocho años. Entonces lo comprendí: las criaturas que eran detenidas no acababan en la cárcel. En su lugar, se convertían en juguetes para la competición que organizaba la Corona.

El descubrimiento me revolvió el estómago. A la Reina Colmillos no le importaba nadie, daba igual que fuéramos vampiros o humanos. Solo éramos sus peones.

—¿Cuáles eran las probabilidades de que tú y yo nos encontráramos hoy aquí? —rio mientras se acercaba—. En cuanto te he visto en este laberinto, he sabido que era obra de la diosa Amarea. Te ha puesto en mi camino para que acabe con tu vida.

Sam se estremeció. Parecía indignado por el modo en el queel muy sanguinario vampiro acababa de blasfemar sobre la diosa de la vida. Yo, en cambio, miré el candelabro. Era poca cosa contra alguien que iba con armadura y portaba una espada, por lo que tanto Sam como yo estábamos en clara desventaja.

Huimos.

Comenzamos a correr sin meditar demasiado nuestras decisiones. Mi respiración se agitó por una mezcla de cansancio y temor a morir.

Estaba bien entrenada, pero no era invencible. Padre tampoco lo fue.

Por un momento, creímos haberlo despistado, pero, en cuanto llegamos al final de ese camino, él apareció por la ruta contigua. Lo teníamos de frente.

—Conozco este laberinto como la palma de mi mano —resopló—. El maestro de ceremonias nos ha torturado durante días para que nos aprendamos el recorrido completo.

Huimos en otra dirección para esquivarlo, pero llegamos a un camino sin salida.

—¡No tienes escapatoria, campesina!

Me volví hacia él y nuestras miradas se cruzaron. Aún no había llegado a nuestra altura, pero no podíamos huir. Tendría que enfrentarme a él.

—¿Confías en mí? —me preguntó Sam casi sin despegar los labios.

—No.

—Pues tendrás que hacerlo.

No había terminado de hablar cuando me propinó un pisotón y, justo después, una patada a esa misma rodilla. Sentí un dolor agudo que se extendía por la pierna y caí al suelo. No podía moverme.

De reojo, vi que cogía el candelabro que yo había soltado tras recibir el golpe.

—¡Puto traidor! —mascullé.

Le había salvado la vida y así me lo pagaba, dejándome a merced del vampiro. Debería haberle dejado morir cuando tuve la ocasión.

—¡Yo no tengo nada contra usted, señor vampiro! —gritó—. ¡Se la entrego a cambio de que me deje con vida!

El asesino, que ya había llegado hasta nosotros, sonrió ante la traición de mi contrincante.

—Esta es la clase de finales felices que me gustan. —Se quitó el casco, desenvainó la espada y me apuntó con ella—. Por supuesto que te dejaré con vida, chaval. Pero tendrás que demostrarme que de verdad la quieres muerta.

Con la cabeza, señaló el candelabro que sujetaba Sam. Le estaba incitando a que me matara de un golpe en la cabeza.

Intenté idear un plan de huida, pero con dos personas armadas impidiéndome el paso era imposible. Había llegado mi fin.

Cerré los ojos. Así era como iba a terminar. Sin victoria, sin venganza. Yéndome sin ningún tipo de paz y reuniéndome con Morgana y padre en el Prado Más Alto. Aunque no era creyente, me gustaba pensar que había un lugar al que acudían las almas de los muertos. Que su muerte no era el verdadero final.

Aguardé el impacto de Sam.

—¡Cúbrete, Savannah! —gritó.

No me dio tiempo a hacerlo. Acto seguido, oí que el rostro del vampiro se resquebrajaba por el golpe de Sam. Un par de gotas me salpicaron la mejilla y me las retiré con la repugnancia que merecían.

Cuando abrí los ojos, el vampiro estaba en el suelo con el rostro ensangrentado. Al instante, Sam cogió la espada del suelo y se la clavó en la garganta.

Los dos aguardamos unos segundos hasta que comprobamos que el vampiro no se movía. Estaba muerto.

—Podrías haberme avisado de lo que pensabas hacer —repliqué mientras me ponía en pie, todavía algo molesta.

—Lo hice, pero dijiste que no confiabas en mí. —No le contesté—. ¿De verdad creías que te iba a dejar morir cuando antes me he metido en problemas por ti?

—Precisamente porque antes casi mueres creí que no querrías repetir la experiencia.

Cojeaba un poco por el dolor que aún sentía en la rodilla. Me dirigí hacia la salida del camino, pero me detuve cuando vi que Sam no me seguía. Tenía la mirada fija en el vampiro muerto. No era una imagen agradable: su rostro estaba desfigurado por las fracturas y la sangre negra. A pesar de que parecía un monstruo, daba menos miedo que cuando estaba vivo.

—Es la primera persona a la que... ya sabes. —Lo señaló con la espada.

Sentí compasión por él. Entendía el cúmulo de emociones contradictorias que debía de albergar. Las mismas que sentí yo cuando tuve que matar al primero para proteger a madre.

—Ese vampiro desangró a un niño de ocho años la semana pasada —le conté mientras le apretaba el hombro a modo de consuelo—. No has matado a un inocente.

Por fin salimos juntos del camino, él con el candelabro y yo con la espada en la mano. Nada más doblar a la izquierda, vimos a un vigilante con su pose similar a la de una estatua. Sam quiso ignorarlo, pero yo me moría de ganas de comprobar su teoría. Tal vez como muestra de gratitud por lo que acababa de hacer.

—Déjalo, Savannah, estabas en lo cierto. Está claro que no tienen nada que ver con la resolución del laberinto.

Pero ese sí.

En el interior del cuenco de hierro había un espejito. Entonces lo comprendí: con ese objeto debíamos reflejar la luna: «allá donde caiga la luna». Después, por fin, podríamos apagar el candelabro, porque «la oscuridad te llamará».

—¡Sam! —grité con voz queda—. ¡Sam!

Le enseñé mi descubrimiento. Ambos saltamos de alegría y nos abrazamos ante el hallazgo. No era propio de mí, pero la ocasión lo merecía: habíamos superado el desafío del laberinto.

—Tenías razón, Sam —celebré contra su hombro.

—No nos emocionemos antes de hora —dijo tratando de calmarse —. Terminemos con esto antes de que aparezca otro vampiro que quiera matarnos.

Sam me cedió los honores de mover el espejo dentro del cuenco hasta que, en efecto, la luna se posó sobre él. A continuación, apagó las tres velas del candelabro, y esa vez el soldado no se lo impidió.

El vigilante se movió y reveló un hueco en la parte baja de la pared de matorral. Era lo bastante grande para que pudiéramos cruzar hasta el centro del laberinto, es decir, hacia la salida. Jamás habría imaginado que, para superar el reto, tendríamos que imitar a los conejos cuando entran en su madriguera.

Sam y yo dejamos caer las armas y, sin pensárnoslo dos veces, nos colamos por la abertura. Primero, él; después, yo. Sabía que me arriesgaba a ser la última, pero era mi modo de agradecerle que me hubiera salvado la vida.

Por fortuna, no fuimos los últimos en llegar, aunque, como era esperable, tampoco los primeros. Antes que nosotros habían superado el desafío Brandon, Drew y otros rivales cuyos nombres

desconocía. Elizabeth aún no había aparecido. Ojalá fuera la desterrada del Sacrificio de la Corona.

Tanto Brandon como Drew me dirigieron una mirada de estupefacción desde la fuente de mármol blanco en la que estaban apoyados. Me rasqué la nuca; por supuesto, la campesina debería haber muerto.

—¡Enhorabuena! —Darius se acercó a nosotros—. Habéis apurado el reto hasta el final. ¡Ya veo que os habéis divertido!

Intenté no desencajar la mandíbula ante la elección de palabras del maestro de ceremonias. Nuestras ropas estaban manchadas de sangre de vampiro, Sam se había enfrentado a horrores que jamás había presenciado. *Divertido* no era el término que yo hubiese utilizado.

El cuerno había sonado dos veces, lo que significaba que aún quedaban dos rivales por llegar si la muerte no los acechaba antes. Esperaba que sobrevivieran para no acabar convertida en una criatura sanguinaria.

—Uno de los vampiros que nos perseguían ha matado a uno de sus soldados, maestro. De hecho, se vistió con su armadura —reveló Sam—. Usamos la espada y el candelabro para defendernos de él.

Yo no habría dicho nada, pero era cierto que los vigilantes nos habían visto cargar con esos objetos. Era mejor ser honestos que convertirnos en los sospechosos de un crimen que no habíamos cometido.

—¡Qué infortunio! ¡Muchas gracias por avisar! —respondió, y se alejó de nosotros.

Enarqué las cejas, confusa. Estaba convencida de que le habría molestado más saber que no nos habíamos divertido durante el reto.

—¿Ves como la unión hace la fuerza? —Sam me apretó el hombro tras quedarnos a solas.

Ese día me di cuenta de que Sam no iba del todo desencaminado: si todos los rivales colaboráramos, llegaríamos más lejos. En un mundo ideal, esa sería la estrategia. Pero, en la vida real, todos luchábamos por ser la última persona que quedara en pie.

—Todavía pienso ganarte en la competición —le contesté.

No obstante, le sonreí. Sam me caía bastante bien, y estaba convencida de que, en otras circunstancias, habríamos sido grandes amigos.

Aun así, era consciente de que, si yo sobrevivía al Sacrificio de la Corona, a él no le depararía un buen destino.

Nos sentamos en uno de los bancos de madera que estaban situados alrededor de la fuente. La plazoleta era acogedora, con baldosas de piedra en color crema y setos podados en forma de ciervos. Ese laberinto era el lugar perfecto para que dos enamorados se declararan su amor.

Pero habían optado por convertirlo en el lugar donde muriéramos desangrados.

—¡Elizabeth, al fin! —oí exclamar a Drew.

Volví la cabeza, entre contenta y decepcionada. Contenta porque no iba a convertirme en vampiro, pero decepcionada porque la hermana del mal no había sido la última. Aún podía sobrevivir a la prueba.

Los rizos encrespados de la parkisana se balancearon mientras su hermano la abrazaba.

—Te busqué por el laberinto —comentó Drew—, pero no te encontré.

Apostaría lo que fuera a que era mentira, aunque, por razones obvias, no le interesaba perder a su hermana como aliada. En mi opinión, seguía pensando que presentarse junto a un familiar tan cercano significaba aceptar que en algún momento tendrías que traicionarlo. Y no creía que Drew se fuera a sacrificar por Elizabeth.

—Al final, el acertijo no servía para nada, ¿no? —le preguntó a su hermano—. He visto el pasadizo y me he colado por él.

Entonces dirigí una mirada a Sam y ambos lo comprendimos: el vigilante que había sido asesinado era uno de los que custodiaban el final del laberinto.

—¿Por qué ha llegado esa antes que yo? —le espetó Elizabeth a su hermano.

No necesitaba mirarla para saber que *esa* era yo.

—Le ha ayudado su amiguito —contestó Drew—. De lo contrario, habría perdido.

—No me extraña.

Si hubiese podido revelar mi auténtica naturaleza, me habría levantado y le habría demostrado que se había equivocado al meterse conmigo.

Pero tocaba volver a ser la Savannah débil... Hundí los hombros y fingí que su comentario me había herido. Sam me escrutó perplejo: esa no era la Savannah que se había enfrentado a los vampiros con sangre fría.

—¡Llegué! —bramó Layla, la última rival, en cuanto apareció en el centro del laberinto.

Había despistado a su perseguidor, pero de poco le sirvió.

—Mis condolencias, Layla —comenzó Darius—. Has sido la última en resolver el laberinto.

—¡No...!

—No te preocupes. No perderás de vista a tus compañeros: participarás en el próximo desafío —anunció el maestro de ceremonias con una sonrisa—. Pero lo harás como vampira.

Era el peor de los destinos. No se iba a convertir en una vampira acomodada que disfrutara de lujos, sino en un peón que sería usado para el Sacrificio de la Corona.

Me volví para estudiar la escena con más atención. Mi ya antigua rival se llevó la mano a la boca con los dedos temblorosos. Hizo el ademán de huir, pero la guardia que siempre acompañaba a Darius la retuvo.

—¡Por favor, no me hagáis nada! —gimió—. ¡Esa campesina tendría que haber llegado la última, ha hecho trampas!

Chasqué la lengua con hastío.

—Es el pacto que hiciste cuando te presentaste —le respondió Darius—. No está bien faltar a tu palabra; es lo más importante que tenemos y lo que nos da valor como personas.

A Layla le cayó una lágrima por la mejilla mientras intentaba librarse del agarre. Al darse cuenta de que no podía escapar, comenzó a gritar, pidiéndonos ayuda. Me estremecí al ver cómo Darius se mordía la muñeca para sacarse sangre.

Como si de un lienzo se tratara, pintó dos rayas en vertical en los ojos de Layla y una mueca alegre en la zona de la boca. Se me formó un nudo en la garganta al ver que intentaba escupir sin éxito la enfermedad que ya formaba parte de ella.

—No estés triste —le dijo Darius—. Te he dibujado una cara feliz para que sonrías.

Capítulo 17



Quedábamos siete participantes, y yo era la única del pueblo llano que seguía en el Sacrificio de la Corona. Cordelia y su amigo habían muerto desangrados por los vampiros.

«Ella murió porque no la ayudaste», me recordé.

Eso significaba que, a partir de ese momento, sería el centro de atención. No solo tuve que aguantar miradas impertinentes de regreso al monasterio, sino que tampoco tuvieron ningún reparo en hablar mal de mí en voz alta.

—No tardará en morir —comentaba Elizabeth en el comedor—. Ya debería estar muerta.

La cena se había demorado porque algunos acudimos al pozo de los baños a tratar de limpiar la sangre negra de la ropa. Después, todos pudieron cambiarse mientras esta se secaba. En cambio, yo me tuve que conformar con seguir llevando mi vestido empapado.

—Come como una cerdita —siguió Drew—, ¿la habéis visto?

No sabía si podría continuar mucho más con mi interpretación. Apreté el puño y me clavé las uñas cuando todo el mundo comenzó a reírse. Todos menos Brandon y Sam.

«Tranquila, Savannah. No te interesa mostrarte como una rival fuerte».

—Es una cerdita —continuó Drew.

Me levanté dispuesta a abandonar la sala. Días atrás no habría creído que sería capaz de dejar una comida a medias por no aguantar sus burlas. Sin embargo, era tal el enfado que no me apetecía ni comer.

Los parkisanos multiplicaron sus carcajadas. Al principio pensé que era porque les parecía gracioso que me tuviera que marchar en mitad de la comida. Sin embargo, cuando vi a Elizabeth correr hacia la salida entendí lo que estaba ocurriendo: quería bloquearme el paso. Extendió los brazos, decidida a impedir que saliera.

—¿Ya te vas? —preguntó con sorna.

Respiré hondo para calmarme. Mientras, el resto reía.

—Déjame pasar, por favor —contesté con la voz temblorosa.

No me hizo caso. Debía de pensar que la voz me temblaba porque estaba a punto de llorar. La realidad era que estaba tan enfadada que creía que iba a perder el control de un momento a otro.

—Déjala pasar, Elizabeth —le ordenó Sam.

Al final obedeció, con tal de no ponerse en contra de alguien de la nobleza. En cuanto vi que no iba a impedirme la salida, hice ademán de abandonar el comedor. No obstante, ella me detuvo unos segundos para susurrarme al oído:

—No siempre tendrás a tu guardia personal contigo. Algún día te las verás conmigo sola.

Volví a apretar el puño para reprimir las ganas que tenía de estrellárselo en la cara.

Aun así, por el bien de mi competición, agaché la cabeza y me marché de allí, sin más. Sam vino detrás de mí.

—¿Estás bien, Savannah?

Desvié la mirada durante unos instantes y medité qué contestar. Me había visto tal y como era, así que no iba a ser fácil que volviera a considerarme la campesina débil que me empeñaba en mostrar.

—Me gustaría decirte que sí, pero... no lo sé.

Su mirada se llenó de escepticismo, y con razón. Estaba claro que no creía que fuera la Savannah que se dejaba amedrentar por sus contrincantes.

—Antes te he visto matar a vampiros con una frialdad inusitada —siseó—. ¿Y ahora te intimidan dos adolescentes con ínfulas?

Ambos nos dirigimos hacia el claustro, teñido de oscuridad por la noche, y nos sentamos en uno de los bancos. Me encogí sobre mí misma para fingir que estaba dolida.

—Es que tú no lo entiendes... Han encontrado mi punto débil.

—No me lo creo, Savannah. El otro día no dudaste en enfrentarte a Brandon cuando casi perdimos el reto. Si alguien debería haberte intimidado, hubiese tenido que ser él.

Me quedé en silencio sin saber qué responderle una vez más. No, desde luego que no me había acobardado ante Brandon. Que alguien llevara joyas y ropajes caros no hacía que me sintiera inferior. Al contrario, solía pensar que los inferiores eran ellos porque, bajo sus disfraces de personas ricas, no eran nadie.

—Es tu estrategia, ¿verdad? —me espetó.

—No sé de qué me hablas. —Me sujeté el brazo para forzar una actitud acobardada.

—Sí que lo sabes. Todo el mundo cree que eres una rival débil por ser campesina. Y tú les das motivos para que lo piensen.

Me reí con amargura, aceptando que de nada servía mentirle. Mejor ser honesta con él y firmar nuestra alianza silenciosa a que pensara que era una chica de la que debía desconfiar.

—¿Qué somos en esta vida, Sam, el fruto de nuestras acciones o lo que la gente piensa que somos?

—Así que es tu estrategia...

—No te hagas el sorprendido. Tú has sido más amable conmigo porque me considerabas inofensiva.

—No es cierto.

Sí lo era. Durante el reto del lago había sido simpático conmigo por los desplantes de Brandon hacia mi persona. Si me hubiera comportado como la Savannah de verdad desde el principio, no hubiera tenido la necesidad de acercarse a mí. Más aún, puede que incluso mi actitud cortante le hubiera parecido grosera.

—¿Por qué engañar a todos, Savannah? ¿No es mejor mostrarte fuerte y que te respeten?

Antes de contestar, comprobé que siguiéramos solos en el claustro.

—¿Quién es más peligroso —volví a preguntarle—, un noble bien entrenado o una campesina bien entrenada?

—Un noble, porque ha tenido acceso a una educación de la que la campesina ha carecido.

Negué con la cabeza, aunque dudaba de que él pudiera verlo a través de la oscuridad de la noche.

—Te equivocas, Sam. Del noble se espera que tenga esas habilidades, mientras que de la campesina no. Ya has visto cómo

están reaccionando porque he superado el reto del laberinto. No entienden que siga con vida. ¿Qué pasaría si supieran que sé leer o, por ejemplo, manejar la espada?

Oí un grito ahogado de Sam ante mi última revelación.

—Te respetarían.

—No, sería su objetivo en los retos. No tengo el estatus de Brandon como para que me adulen. Querrían deshacerse de mí cuanto antes.

Por mucho que Darius hubiera dejado claro que no podíamos aprovechar los desafíos para atacarnos, seguro que lo intentarían.

—Espero que no te moleste la pregunta, pero... ¿en serio eres campesina? ¿O forma parte de tu estrategia?

—Lo soy. Pero padre era ladrón y me enseñó todo lo que sabía.

Nos quedamos en silencio y Sam aprovechó para asimilar todo lo que le acababa de contar. Mientras tanto, una parte de mí se preguntaba si había hecho bien en sincerarme. Después de todo, quería enfrentarme al Sacrificio de la Corona por mi cuenta, sin depender de nadie. Aun así, reconocí que tener a un hijo de vizcondes como aliado no era tan mala idea.

—Agradecería que esto quedara entre nosotros, Sam.

—Por supuesto. Y... gracias por contármelo. Ahora ya no sé quién me asusta más, si Brandon o tú —bromeó.

—Te voy a dar un consejo: que no se te note que temes a Brandon. Su trato hacia los demás se vuelve bastante descortés cuando se da cuenta de que lo ven como a alguien superior. Le ocurre bastante con los barones de Zinnia.

—¿Cómo lo sabes?

Abrí la boca y la cerré al instante. Maldición, había hablado de más; no obstante, justo porque ya le había contado sobre mí, no vi la necesidad de evitar hablarle de ella.

—Me lo contó Morgana. Yo... la conocía.

Sam volvió a ahogar un grito, pero no de sorpresa, sino por la curiosidad que le causaba eso.

—¿Morgana, la hija de los duques de Dahlia? ¿La que se fue con el príncipe Clement?

A pesar de que no se había referido a ella con el mismo desdén con que lo hizo Drew, había usado el mismo tono moralista. Sam pensaba en ella como la joven que abandonó a sus pobres padres, que tanto la querían.

Me habría gustado callarme por respeto a su memoria, pero era tal el enfado que me causaba el juicio negativo hacia Morgana que le espeté:

—No se fue. Sus padres la echaron de casa porque era un estorbo para ellos. Cuando el príncipe Clement se convirtió en su nueva familia, aprovecharon para hacerse las víctimas, como si ella los hubiese abandonado por tener otras ideas políticas. Era una niña, joder.

Morgana era una hija bastarda dentro de la familia Latriffe. Su madre la concibió mientras el duque estuvo participando en una campaña contra los vampiros, en la época en que la Corona aún era humana. En cuanto el duque regresó y vio el vientre abultado de su esposa, estalló el escándalo. Pero, por fortuna, quedó dentro de palacio y acabó con la muerte del mejor amigo del duque en extrañas circunstancias.

Desde pequeña, Morgana recibió un trato diferente al de su hermana mayor. Cada pequeño error que cometía era recibido con insultos y desprecios. Además, buscaban cualquier excusa para castigarla y encerrarla en la bodega durante horas. Nunca entendió por qué, hasta que a los ocho años el duque le dijo que no reclamara su atención porque no era su padre ni lo sería nunca. Aun así, la que más la odiaba era su madre, que la culpaba de haber destruido su perfecto matrimonio.

Con casi doce años, no soportó más los constantes reproches y las malas formas, y se enfrentó a sus padres. Y estos encontraron la oportunidad perfecta para echarla del palacio. Imagino que pensaban hacerlo solo durante unas horas, para que aprendiera que podía quedarse sin nada si respondía demasiado.

No obstante, ese día coincidió que Clement había ido a visitar a los duques de Dahlia para convencerlos de que se unieran a la Alianza de la Sangre Roja; se encontró con Morgana y la acogió durante unos días. Cuando ella me contó su historia, entendí que el príncipe solo quiso utilizarla como moneda de cambio contra su familia. No obstante, se acabó encariñando de ella, que nunca regresó con los Latriffe, y Clement se convirtió en su padre.

El padre que ella nunca pensaba que fuera a tener.

Me dolía que la gente opinara sobre su historia como si la hubiera vivido, y me costaba asumir que Morgana prefiriera que la miraran con esos ojos que desde la verdad.

Sam no contestó, solo apoyó la palma en mi espalda a modo de consuelo. Entonces saqué del bolsillo el sobre que todavía no había sido capaz de abrir.

—Me escribió una carta antes de presentarse al Sacrificio de la Corona. —Me temblaba la mano—. Pero no he sido capaz de abrirla. Rompimos nuestra relación y me da miedo que, en su despedida, me diga que me odia.

Una parte de mí se resistía a abrirse de ese modo con Sam. Una cosa era revelarle quién era para formar una alianza y otra muy diferente contarle mis intimidades. No obstante, sentía que había llegado un punto en que ya estaba vomitando la información.

—No creo que te diga que te odia, Savannah. Si fuera así, no te habría escrito.

Levanté la mirada. Su expresión, llena de simpatía, me hizo sentir aún más vulnerable. Me tenía que callar ya.

—Ya te he contado demasiado esta noche. —Me puse en pie y me sacudí la falda como si realmente lo necesitara—. Debería marcharme a descansar. Ha sido un día muy largo.

Capítulo 18



Esa noche soñé con Morgana; en concreto, con el día en que me declaré. Teníamos diecisiete, y era una tarde de verano en la que ella había venido a visitarme sola. Llevábamos siendo amigas cinco años cuando todo cambió entre nosotras.

Aquel día, frente al lago Annan, no me hablaba de su maravillosa compañera de vida, la hermana de Brandon, como de costumbre; aun así, no me sentía cómoda. Verla ya no era una alegría, sino un puñal que me hacía sangrar el corazón. Mejor dicho, tres puñales al mismo tiempo.

—¿Te ocurre algo, Savie?

Morgana no era tonta, sabía que mi actitud no era la de siempre, aunque no estuviera siendo grosera con ella. Nos conocíamos demasiado bien para adivinar cuándo nuestras emociones se estaban desbordando.

Me encogí de hombros para darle a entender que no pasaba nada. Sin embargo, no supe disimular y mi semblante continuó igual de triste.

—Sabes que me lo puedes contar. —Me apretó la mano para reconfortarme.

La estudié con atención. Su mirada era sincera. Quería ayudarme, pero no era capaz de aliviar mi dolor. Amaba a otra, y eso no lo podría cambiar por mucho que me declarara.

Aun así, parecía tan preocupada por mí que tuve que explicarle parte del problema. Si había un asunto que me estaba haciendo sufrir casi tanto como el desamor era que la dueña de mi corazón sufriera por mí.

—Es que... me gusta alguien. —Me rasqué la nuca, nerviosa—. Pero sé que mi amor no es correspondido.

Pensé que, cuando lo dijera, sentiría que había soltado una gran carga. No obstante, lo único que noté fue que los puñales se me clavaban aún más. Una parte de mí necesitaba declararse por completo a Morgana.

—¿Cómo estás tan segura? —contestó—. Cualquier persona estaría encantada de estar contigo.

«Menos tú», pensé.

Me volví a encoger de hombros y me centré en las calmadas aguas del lago. No podía volver a mirarla, solo pensaba en que había metido la pata y en cómo encauzar la conversación para que dejara de importarle de quién estaba enamorada.

—¿Por qué te avergüenza decírmelo, Savie? No lo entiendo. No conozco a nadie de esta aldea, aparte de a ti y a tu madre. No es como si se lo fuera a contar a un vecino... ¿O quieres que se lo diga a tu madre? —bromeó.

Con sus palabras, intentaba que me riera y quitarle hierro al asunto. No obstante, solo logró que me sonrojara y enmudeciera.

Pero ya era demasiado tarde para rectificar. Había reparado en por qué tardaba tanto en decirle quién era esa persona que me robaba

el aliento.

—Oh —fue todo lo que contestó.

Acto seguido, me soltó la mano y yo agaché la cabeza a modo de respuesta. Había perdido a la única amiga que había tenido. A partir de ese momento, volvería a ser la Savannah solitaria que solo se relacionaba con sus padres. En realidad, seguía siéndolo cuando Morgana no visitaba Lokkat.

Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos cristalinos. No parecía muy contenta ante mi (casi) confesión. La había fastidiado, tendría que haberme callado y fingir que solo me encontraba mal.

—Sé que esto dañará nuestra amistad, pero...

El beso de Morgana me pilló desprevenida, tanto que me fue imposible cerrar los ojos. Debía asegurarme de que no fuera una alucinación.

Moví los labios con torpeza, por inexperiencia o porque me costaba creer que, de un modo u otro, ella sintiera lo mismo por mí. Pero Morgana me besaba con la urgencia de quien ve sus anhelos por fin correspondidos. La urgencia que habría mostrado yo si no continuara siendo víctima de la sorpresa.

—He soñado con este momento desde que te conocí —susurró mientras se separaba de mí y me acariciaba la línea de la mandíbula con mimo—. He rezado muchas noches a la diosa Namiria para que mi amor por ti fuera correspondido.

Me llevé la mano a los labios, intentando asimilar que, en efecto, no estaba alucinando.

—¿C-cómo que te gusto desde el primer día?

—¿En serio crees que te habría regalado una azalea si te hubiera visto solo como amiga?

Rememoré el episodio del que hablaba: habíamos estado jugando a huye del vampiro. Mientras le agradecía la amistad que habíamos empezado a crear, me regaló la flor que crece en mi ducado. Nunca sospeché que un simple obsequio pudiera ocultar un mensaje implícito.

—Recuerdo cuando me salvaste la vida, ¡cómo te enfrentaste a ese vampiro! —continuó, entrelazando las manos a la altura del pecho—. Quedé prendada de tus encantos. Aquel día descubrí lo que sentían las protagonistas de los libros cuando conocían a su amor. Fuiste tú, siempre fuiste tú.

Teniendo en cuenta que había malinterpretado sus intenciones con la azalea, ¿de cuántas maneras se habría intentado declarar y yo, ingenua de mí, las había ignorado?

—Pero pensaba que no era recíproco —prosiguió—. Siempre hablabas de lo buena amiga que era para ti y pensaba que nunca me verías como algo más que eso.

—Yo... entiendo que te gustara con doce años porque te salvé y, por ello, te parecí muy interesante —pensé en voz alta—. Pero ¿cuál es el motivo ahora, cinco años después?

Esa pregunta no me dejaba en muy buen lugar y, aun así, era una cuestión que debía abordar. ¿Por qué prefería a la campesina de piel tostada por el sol y ropajes desgastados cuando podía tener a una futura duquesa si así lo quería? Debía de haber perdido el juicio.

Morgana puso una mano sobre la mía.

—¿Por qué te menosprecias tanto, Savannah? —Su mirada brilló como el mismísimo sol—. Eres atenta, protectora, y luchas contra la injusticia. Y, por si eso fuera poco, eres la única persona que me ve

de verdad. Para ti no soy un apellido ni una causa política, solo Morgana.

Hablaba como lo haría alguien que llevaba años enamorada de mí en secreto. Aquello me pareció una locura y un sueño a partes iguales. Me sonrojé de nuevo y recordé que su corazón seguía ocupado por otra persona.

—Pero estás saliendo con la hija de los duques de Zinnia. —Fruncí el ceño—. Creía que estabas enamorada.

—Aprecio a Nessia, pero no estoy enamorada. No puedo estarlo cuando para ella solo soy la hija del príncipe Clement. Si continuara viviendo en Dahlia, sería invisible para ella.

Padre me había contado que, durante sus años de ladrón, había visto a mucha gente cortejarse por conveniencia, incluso por miedo a la soledad. No me cabía en la cabeza que la norma para muchos parkisanos fuera compartir lecho con una persona que no significaba nada para ellos. El caso de padre y madre podía asemejarse, pero era diferente: estaba yo, que necesitaba un seno familiar donde crecer.

Eso sí, nunca habría imaginado que Morgana sería una de esas personas.

—Entonces, ¿por qué estás con ella?

—Porque a Clement le hacía feliz. Porque reforzaría la participación de Zinnia en la Alianza. Y porque supongo que no quería estar sola.

Lo entendía: ¿qué beneficio le reportaría a Clement que Morgana estuviera conmigo cuando podía estrechar lazos con uno de los ducados?

—Si me dices que la deje por ti, lo haré, Savie. —Me levantó la barbilla—. Al fin y al cabo, la única persona con la que quiero estar eres tú.

Esa fue la única ocasión en que Morgana tomó una decisión opuesta a lo que Clement esperaba de ella. En el presente seguía pensando que todo había sido una alucinación y que, en realidad, Morgana me había rechazado porque no tenía el beneplácito del príncipe.

—¿Qué me dices, Savannah? ¿Aceptas?

Al principio me sentí mal por la compañera de vida de Morgana. No había llegado a conocerla; no obstante, debía de ser difícil darse cuenta de que la chica con la que planificabas un futuro no sentía nada por ti. Todavía más si encima te dejaba por una campesina cualquiera.

Sin embargo, yo también me merecía ser feliz por una vez en la vida. Así que no necesité meditarlo demasiado. Rodeé el cuello de Morgana con los brazos y la besé.



Me levanté con los tres puñales imaginarios clavados en el pecho. La Morgana de mi recuerdo solo había sido una ilusión que había cobrado vida en sueños. Era paradójico: la persona que debía ocupar mis lamentos y sueños era padre, no ella, que había fallecido hacía ya dos años. Tal vez era porque aún no me había acostumbrado a que padre hubiera partido, y, en el fondo, pensaba que seguía en casa. En cambio, había asumido que ella no iba a

regresar. Que no habría más visitas sorpresa ni ese futuro que deseaba compartir conmigo.

Pero en ese instante, en el monasterio de la Santa Sangrienta, recorría los mismos pasillos que ella cruzó cuando se presentó al Sacrificio de la Corona, y cada paso me recordaba que, a pesar de todo, seguía sus huellas.

Tras comprobar por la ventana que quedaba poco para el amanecer, me levanté para entrenar. Sin embargo, el alma se me cayó a los pies en cuanto llegué al pasillo de los retratos.

Aquella noche alguien había vandalizado el cuadro de Morgana y pintado las palabras puta y mejor muerta sobre su rostro. Con casi total certeza, habían sido los hermanos del mal; solo Drew utilizaría esas palabras para dirigirse a ella.

Con la ira embotándome los sentidos, fui al claustro y llené un cubo con agua del pozo. Cogí un paño de los baños públicos y lo pasé húmedo por el retrato para que quedara lo más limpio posible; sin embargo, lo único que logré fue que su rostro se emborronara en algunas partes, igual que su recuerdo había empezado a desdibujarse con el paso de los años.

Apoyé la mano en lo que quedaba de ella mientras reprimía las ganas de llorar.

—Lo siento.

Capítulo 19



La siguiente pista era aún menos reveladora que la primera. En el centro del claustro había siete estatuas de piedra, y una de ellas, la cuarta, estaba manchada de sangre roja. En silencio, las examiné más de cerca: sus rostros se habían erosionado por el paso del tiempo hasta hacerlos casi irreconocibles.

—Siete —comenzó Drew—, como los siete participantes que quedamos en el Sacrificio de la Corona. Uno de nosotros está manchado de sangre, pero ¿por qué?

«Tú sí que estarás manchado de sangre cuando acabe contigo», pensé. A pesar de mi enfado por lo sucedido con el retrato de Morgana, intenté mostrarme lo más calmada posible. A excepción de Sam, nadie sabía que había compartido un pasado con ella. Ni siquiera Brandon, que no parecía más irritado conmigo que con cualquiera de los demás participantes.

—No creo que signifique eso —le contestó su hermana—. Más bien, que alguien nos está señalando.

—¿Tendremos que decidir a quién matamos o convertimos en vampiro entre todos?

La pregunta de Drew estuvo acompañada de una mirada descarada hacia mí. No pude evitar poner los ojos en blanco. A veces, sus provocaciones me parecían demasiado obvias.

—¿Alguna idea, amigo? —le preguntó a Brandon cuando se cansó de molestarme.

El futuro duque parecía estar igual de harto de Drew y de que lo llamara constantemente *amigo*. Estaba convencida de que lo soportaba tan poco como yo, solo que él podía permitirse mirarlo con desdén. Mientras, yo tenía que fingir que me sentía intimidada.

Aun así, el parkisano pelirrojo no quiso darse por aludido.

—Si conoces la historia de la Corona —le respondió Brandon—, no te costará adivinarlo.

Me mordí el interior del labio. Me frustraba darme cuenta de que, una vez más, Brandon ya había adivinado a qué íbamos a enfrentarnos. No me daba la impresión de que su seguridad fuera falsa; al contrario, estaba muy tranquilo.

«Piensa, Savannah, piensa», me dije. Sin embargo, mis suposiciones no llegaban mucho más allá que las del resto. Alguno de los siete sería señalado en el próximo desafío. Así como los contrincantes estaban preocupados por el por qué, a mí me interesaba más el quién.

—Sam, ¿puedes leer el papel, por favor?

Con una mirada furtiva, le pedí que me ayudara a mantener el personaje de campesina desvalida. Mi compañero asintió con la cabeza y se dispuso a leer cuál era la fecha y ubicación de la siguiente prueba.

—Por supuesto. Pone «En tres días en las mazmorras, después del desayuno».

—Gracias.

Mi pregunta llamó de nuevo la atención de Elizabeth, que no dudó en cargar contra mí.

—No te mereces estar aquí. Hablo por todos cuando digo que deberías haber sido tú la que acabara convertida. O, mejor dicho, deberías haber muerto.

Cada silencio mío lo habían interpretado como una pequeña victoria, y en ese momento ya no eran comentarios o actitudes groseras, sino que se sentían con el derecho de faltarme al respeto a viva voz.

Drew y sus esbirros, dos burgueses con los que no había cruzado palabra, gruñeron que estaban de acuerdo con las palabras de Elizabeth.

De reojo, Sam parecía preguntarme si necesitaba que me defendiera por el bien del personaje. No obstante, negué con la cabeza. No quería involucrarlo más de lo que ya lo estaba por acercarse a mí.

«Para meterte tanto conmigo, niñita, tardaste más que yo en resolver el acertijo. ¡Ah, no! Perdona, que no lo resolviste. Solo te colaste por el pasadizo del vigilante muerto. Si no hubiese sido por ese detallito, habrías sido la última en llegar... Eso si antes no te desangraba un vampiro», le habría respondido fuera del Sacrificio de la Corona. Sin embargo, me vi obligada a ser más cortés con mi respuesta.

—Creo que todos los que estamos aquí nos lo merecemos. —Desvié la mirada a propósito—. Y eso me incluye.

—Solo superaste el reto porque tu escolta personal te ayudó, campesina. Aquí no engañas a nadie.

Se oyeron más vítores por parte de Drew y sus esbirros, y Elizabeth ensanchó la sonrisa. Me pregunté hasta qué punto hacía todo eso para obtener el beneplácito de su mellizo. En el fondo, me daba pena... pero muy en el fondo.

«Al menos yo tuve a alguien que se preocupara por mí», contesté en esa conversación imaginaria. «Tu hermano rezó por no toparse contigo en el laberinto porque sabía que serías un obstáculo para él».

—Sam y yo nos encontramos, pero lo hice sola. De hecho, esquivé a varios vampiros.

—Sí, ella resolvió el acertijo —concedió Sam.

—Si es que no puede ni defenderse sola... —se burló Drew.

Las risas subieron de tono al tiempo que Brandon abandonaba el claustro. Supuse que él no estaba de acuerdo con aquello, pero no le importaba tanto como para defenderme. No era Morgana.

—No, yo...

Mientras le contestaba, me di cuenta de que Elizabeth se preparaba para empujarme. Solo se había inclinado hacia atrás y había levantado un poco los brazos, pero para mí era suficiente; era tan obvia que supe predecir sus movimientos.

Mi primer impulso fue plantarle cara. No iba a permitir ningún tipo de agresión física. Sin embargo, cambié de parecer al ver de reojo que varios soldados aparecían por la galería del claustro. Seguramente venían a avisarnos de que el desayuno estaba listo.

Si dejaba que me tirara al suelo delante de ellos, Elizabeth quedaría señalada como la agresora. En cualquier caso, yo sería la buena y ella la mala.

Así que reprimí mi instinto. Cuando sus manos empujaron mis hombros, me dejé caer. Fingí sorpresa mientras sus carcajadas resonaban por todo el claustro.

—A ver si te enteras, campesina de mierda —bramó Elizabeth—. Deja de pasearte por el monasterio como si te merecieras estar aquí. No eres nadie, y en el próximo reto morirás, como deberías haber hecho desde el principio.

Ni Elizabeth ni su grupo se dieron cuenta de que la guardia había llegado al claustro. Ella siguió con su burla, confiada en que nadie la observaba.

No tardó en arrepentirse.

Los soldados hicieron sonar la campanilla para anunciar el desayuno, y el eco de ese sonido hizo que se tensara. Sabía que la habían visto, así que me tendió la mano para que me pusiera en pie, quizá para salvar las apariencias. No la acepté.

En silencio, me levanté y, como era costumbre, me sacudí la falda. En cuanto comprobó que no le iba a reprochar nada, se marchó con los demás al comedor. Algunos soldados me echaron un último vistazo y también se retiraron. Solo quedamos Sam y yo.

—¿Por qué no le has dicho nada a la guardia? Sabes que lo han visto y que la habrían castigado —preguntó sin esconder su escepticismo ante mi actitud.

—Prefiero que ella haya cavado su propia tumba sin saberlo. Por lo que pueda ocurrir.

Capítulo 20



Poco a poco, Sam fue recopilando información sobre el siguiente reto en la biblioteca. El día de antes ya había leído desde la historia de la Corona (por lo que había dicho Brandon) hasta posibles juegos infantiles.

—¿Crees que puede ser un juego como huye del vampiro? —pregunté.

—Puede, aunque la pista tampoco es muy reveladora.

Dado que estábamos solos en la sala, lo ayudé a leer diferentes volúmenes por si alguno aportaba luz al asunto. Sin embargo, ni la historia de la familia real ni los juegos tradicionales de Parkisan parecían concluyentes.

—A todo esto... —dijo Sam, que parecía cabreado consigo mismo —, ¿por qué estamos tan seguros de que la persona señalada es un rival?

—¿A qué te refieres?

—Hay siete estatuas. Por eso creemos que representan a los que quedamos. Pero ¿y si son siete vampiros? En el laberinto nos asignaron diez, uno por cada contrincante. Además, Darius le dijo a Layla que participaría en la próxima prueba. Con lo cual, habrá

vampiros. ¡Por eso la estatua está manchada de sangre roja, porque ha desangrado a alguno de nosotros!

Me acaricié la barbilla, pensativa. A Sam se le daban los acertijos mucho mejor que a mí, por lo que confiaba en su criterio más que en el mío. Aun así, había que valorar todas las opciones.

—Pero también puede representar un humano desangrado —pensé en voz alta—. Así como huye del vampiro tenía una pista más concreta, esta es más ambigua. Puede significar muchas cosas.

Sam chascó la lengua y enterró el rostro entre las páginas de los libros. Enarqué las cejas, confusa.

—¡Tengo que adivinarlo! —exclamó contra las páginas—. ¡No puedo permitir que este reto pueda conmigo!

—No seas tan exigente contigo. —Le acaricié la espalda para consolarlo—. Lo harás bien. Me lo demostraste en el laberinto.

Mi compañero de habitación levantó la cabeza, algo indignado ante mi intento por reconfortarlo.

—Si quiero ser miembro de la Orden de las Espinas, no puedo pasar nada por alto. ¿Y si en lugar de la pista de un desafío significara que van a atacar a alguien de la realeza?

La Orden de las Espinas era el conjunto de soldados que protegían a la familia real. Los mejores guerreros se destinaban a proteger a la Reina Colmillos y a su sobrina, Omelia Delagarde. Pero no entendí qué hacía en la competición si su objetivo era convertirse en un soldado real.

—¿La Orden de las Espinas? —Entonces lo comprendí—. Espera, ¿no quieres heredar Parkisan si ganas la competición?

—¿Heredar Parkisan? ¡Para nada! Ya soy noble. Tengo tierras, fortuna... ¿Para qué más responsabilidades?

—Por... no sé, ¿poder?

Sam negó con la cabeza.

—Estoy aquí por mi familia, no por mí. No quiero gobernar. Mi sueño siempre ha sido formar parte de la guardia real, pero nunca lo he tenido fácil por mi posición de vizconde. Ya que estoy aquí, si gano, tal vez pueda intercambiar el título por un puesto en la Orden de las Espinas.

Parpadeé, incrédula. ¿Por qué alguien aspiraría a ser de la familia real y se conformaría con convertirse en guerrero? Aunque quizá yo no era la más indicada para juzgarlo, pues me había presentado al Sacrificio de la Corona para unirme a la Alianza de la Sangre Roja y vengarme de la Reina Colmillos.

—¿Y no había otra manera de formar parte de la guardia real? Una que no implicara arriesgar tu vida.

—Bueno, me gustaría decirte que sí, pero... es imposible. La Orden de las Espinas es una organización muy hermética a la que solo puedes acceder si perteneces a una de las familias fundadoras. Mi cuna es demasiado alta para buscar oportunidades sin levantar sospechas y demasiado irrelevante como para que la Corona me las dé. A la reina Lilith solo le importa la nobleza a partir de los condes. Los vizcondes y los barones no existimos.

Siempre creí que los nobles contaban con privilegios por el hecho de serlo. Jamás habría imaginado que habría algunos que tendrían un rango peor al de la alta burguesía. Estos últimos, como decía Sam, podían buscar activamente las oportunidades a través de sus riquezas.

—¿En serio? —inquirí.

—¿Por qué crees que Brandon tampoco se junta conmigo?

—Porque es estúpido.

—Sí, bueno, y porque no soy nadie para él. Bueno, ni para la familia real. ¿Crees que la reina habría tenido una aventura con uno de sus escoltas si fuera vizconde? Ya te adelanto que no.

En ese instante volví a acordarme de ella.

—A Morgana nunca le importó que fuera campesina...

—Ya, seguro que a Clement no le pareció tan divertido.

Sam se llevó la mano a la boca, arrepentido por si había hablado más de la cuenta. Sin embargo, por mucho que me pesara, tenía razón. Cuando volví a verlo después de que Morgana dejase a la hermana de Brandon, no se mostró muy agradable conmigo. Tampoco me cogió cariño con los años, pero jamás olvidaré lo que ocurrió ese primer día.

Unas voces fuera de la biblioteca me sacaron de mi ensimismamiento. Eran Brandon y Drew. Sam y yo nos miramos y decidimos escondernos tras las estanterías para que no se enterasen de que estábamos allí. Entre los dos, cargamos los libros que estábamos leyendo para no delatarnos.

—¿Piensas seguirme a todas partes? —le reprochó Brandon.

—Esta noche vamos a gastarle una broma a la campesina. Como compartís habitación, ¿te gustaría unirte y se la hacemos en vuestro dormitorio?

Al oír aquello, sentí un nudo en la garganta.

En adelante, tendría que estar más atenta.

Me asomé y vi una cabeza castaña y otra pelirroja que se paseaban por las mesas hasta la estantería de ficción. Brandon se disponía a dejar el libro que había tomado prestado días atrás.

—No me siento cómodo burlándome de alguien —contestó—. Así que no.

—Pero si fuiste el primero que la amenazó cuando terminasteis de cruzar el lago, amigo.

—Ella y yo sabemos por qué. —Brandon hizo una pausa y después habló de nuevo—: Voy a darte un consejo. Tu hermana y tú estáis subestimando a la campesina.

Me dio un vuelco el corazón al oír esas palabras. Eso sí que no me lo esperaba.

—Solo es una campesina tonta.

—De tonta no tiene nada —respondió Brandon—. Si fueras un poco más inteligente, entenderías que eres tú el que está cayendo en su juego, no ella.

—¿Yo, en el juego de una analfabeta? ¡Estás loco!

El futuro duque se encogió de hombros y yo me escondí para que no repararan en un acto reflejo por el movimiento.

—No tengo que ayudarte a superar los obstáculos de esta competición —le recordó—, pero te advierto que es en la que menos confío.

Bufé, frustrada. Creía que lo había engañado lo suficiente como para que me viera como alguien débil. Al parecer, no lo había logrado. En realidad, me tenía bien vigilada desde el reto del lago.

—¿Menos que en mí? ¡Eso quiere decir que ya me consideras tu amigo!

Asomé la cabeza de nuevo y reparé en que Drew le propinaba un codazo con una actitud bromista.

—Tú eres imbécil, pero transparente. Ella, no.

En eso estaba de acuerdo con Brandon: yo no era fácil de descifrar, al contrario que Drew. Sin embargo, me habría gustado que no hubiera sido tan obvio para él.

Una vez abandonaron la biblioteca, Sam y yo volvimos a quedarnos solos.

—Me cago en todo —mascullé.

Sam arrugó la nariz, disgustado ante mi blasfemia. Yo no era la persona más formal a la hora de hablar, desde luego que no.

—Era obvio que él no se iba a tragar a tu personaje... —admitió mi compañero—. Lo inmovilizaste y amenazaste de muerte. No parece algo que hiciera una campesina desvalida.

Tenía razón, aunque Brandon había sido lo suficientemente listo como para hacerme creer que lo había engañado.



Me aseé en los baños públicos bien entrada la noche. A esa hora, gozaba de una intimidad de la que no disponía en otros instantes. A los ducados del Este no les importaba exhibir su desnudez; para ellos, era solo un cuerpo. Sin embargo, en el Oeste nos habían enseñado a asociarlo con la intimidad, de modo que no me gustaba mostrar mi figura escuálida a nadie.

Antes de zambullirme en el agua, me acaricié la marca de nacimiento de la cadera. Por el momento, la luna y las estrellas me habían guiado a la victoria en el reto del laberinto. No obstante, para el del día siguiente me abandonarían, pues transcurriría por la mañana.

Cuando me sumergí, repasé las pocas teorías que Sam y yo habíamos barajado. En cuanto amaneciera, nos enfrentaríamos a un desafío para el que no estábamos preparados. Por nuestro bien, esperaba que mis contrincantes se sintieran igual de indefensos ante la prueba.

Buceé un poco y, por un momento, sentí que me encontraba de nuevo en el lago Annan. Solo que estaba en una piscina termal situada en el sótano del monasterio. Me di la vuelta mientras observaba cómo las burbujas ascendían y deformaban la luz sobre mi cabeza.

Entonces algo llamó mi atención: por un instante, dos siluetas asomaron en la superficie y luego desaparecieron.

Salí y tomé una gran bocanada de aire. La luz de las antorchas no había sido suficiente para identificarlos, pero estaba casi segura de que no eran otros que Drew y Elizabeth. Debía de tratarse de la broma que aquel le había mencionado a Brandon. La pregunta era: ¿qué tenían planeado para mí?

Me volví, fijando la mirada en las sombras, pero no vi a nadie. Alerta, salí del agua y fui en busca de mi ropa. Tenía que salir de allí lo antes posible.

Recorrí el suelo con la mano, buscándola, mientras me mantenía atenta a todo lo que me rodeaba. Frustrada al no dar con la ropa, me recorrí los baños para localizarla, pero no estaba por ninguna parte. Alguien se la había llevado.

Me planteé salir de allí desnuda, pero no me dio tiempo.

Un crujido fue lo único que me avisó antes de que todo se emborronase.

Capítulo 21



Recuperé el conocimiento enseguida.

El golpe en la cabeza me hizo bajar la guardia durante unos segundos, los suficientes para que Elizabeth me inmovilizara en el suelo. Estaba a horcajadas sobre mi espalda, apretando mi mejilla contra las losas. Era una chica pequeña, pero también fuerte. No debí subestimarla. Había cometido el mismo error que ellos conmigo.

—Vaya, vaya... —Drew también estaba allí. De reojo, vi que tenía mi ropa entre los brazos; me miraba desde arriba—. Desnuda y atrapada. ¿Te sientes muy humillada?

Por mucho pudor que tuviese, la desnudez era la última de mis preocupaciones.

—Soltadme. Los dos. U os arrepentiréis.

Sabía que, en otras circunstancias, podría haberme deshecho del peso de su hermana sin apenas pestañear, pero el golpe me había dejado aturdida y aún me notaba algo mareada. Tenía que ganar un poco de tiempo mientras recuperaba las fuerzas.

—¡Y ahora nos amenazas! No te tenemos miedo, campesina —dijo Drew, riéndose.

Acto seguido, me dio una patada en las costillas que me hizo gemir de dolor. Mierda.

—Por cierto, he encontrado algo muy interesante en el bolsillo de estos andrajos que llevas siempre. ¡Es una declaración de amor muy bonita! Aunque no entiendo cómo alguien puede sentirse atraído hacia ti. Das asco.

Había leído la carta de Morgana, la que ni siquiera me había atrevido a abrir.

La rabia me recorrió por dentro, tan heladora que me obligó a calmarme y a planear mi siguiente movimiento.

—Hermano, ¿no te has dado cuenta de quién la firma? Morgana. ¿No será la de Dahlia? Está claro que la basura se relaciona con los de su condición.

Ambos rieron, y aproveché el momento.

Con un movimiento brusco, lancé a Elizabeth al suelo, que soltó un grito, y me levanté con rapidez. El mareo me sobrevino de nuevo, pero enseguida me recompuse.

Drew estaba de pie, a unos pocos pasos de distancia, con la carta en la mano. En su rostro seguía dibujándose una sonrisa mientras me repasaba con la mirada, provocándome náuseas. Elizabeth ya se había levantado y se acercaba de nuevo a mí. Sin embargo, me centré en su hermano.

—Devuélveme la carta, Drew.

—¿O qué? ¿Me la vas a quitar? Mira cómo tiemblo —se burló.

Suspiré.

—De acuerdo.

Me acerqué a él mientras seguía carcajeándose, aunque no le duró mucho. La risa se le cortó de raíz cuando estrellé mi puño

contra su nariz.

El crujido resonó en la estancia, seguido de su grito de dolor. Fue música para mis oídos.

La sangre manaba por su cara, le había fracturado el tabique. Mi contrincante solo reaccionó para taparse la nariz con la mano.

Me sentía poderosa. Por fin se daría cuenta de que se había metido con la persona equivocada.

—¿Me devuelves ahora la carta?

No aguardé a que obedeciera mi orden, se la arranqué de la mano. Mientras guardaba la hoja en el sobre, lamenté que estuviera manchada con la sangre de mi rival.

—¿¡Qué cojones te pasa!? ¡Me has roto la nariz!

Entonces cogí a Drew de su cabello pelirrojo y mascullé:

—¿Sigo pareciéndote una campesina tonta? Deberías haberle hecho caso a Brandon y tenerme un poquito de miedo.

Drew agrandó los ojos mientras ataba cabos. Acababa de darse cuenta de que o bien había estado escuchándolos a hurtadillas o bien Brandon me había contado su conversación. No pensaba aclararle cuál de las opciones era la correcta.

—¡Deja a mi hermano, campesina!

Elizabeth saltó a mi espalda, como si con eso fuera a reducirme. Por un momento solté a Drew para quitármela de encima y mi contrincante cayó de bruces. Me dirigí hacia ella mientras se sujetaba uno de los costados porque se había golpeado durante el impacto.

—Oh, mírala, si es la más merecedora de estar aquí... —Me agaché para quedar a su altura y presioné la contusión con los dedos, haciéndola gruñir—. No es capaz ni de tirar a una estúpida

campesina al suelo. Hablo por todos cuando digo que eres una fracasada a la que no respeta ni su hermano. Si hubiera querido encontrarte en ese laberinto, lo hubiera hecho.

Vi a Elizabeth derramar unas lágrimas, quizá por el dolor, quizá por la crueldad de mis palabras. Y eso me hizo sonreír; así aprendería a no burlarse de alguien a quien ella consideraba inferior.

Unas gotas de sangre cayeron a mi lado, revelando que Drew se preparaba para atacarme. Me puse en pie y volví a golpearle en la nariz fracturada para dejarlo noqueado en el suelo, junto a su hermana.

—Vamos, reíd, es gracioso, ¿no? ¿Cómo? ¿Ya no os divierto tanto? —pregunté con desdén—. A ver si os queda claro: os habéis metido conmigo porque os he dejado. Pero se acabó. La próxima vez no seré tan benevolente.

Los dejé en el suelo y recogí mi ropa. Entre ella estaba el camisón que me había dejado Sam la primera noche. Me lo puse con rapidez, aliviada al volver a cubrir mi cuerpo. Durante la pelea había tenido que ignorar que estaba enfrentándome a ellos totalmente desnuda. No obstante, una vez pasado el calor del momento, me sentí muy vulnerable.

Mientras guardaba la carta en el bolsillo del vestido, de soslayo, vi que los hermanos se levantaban del suelo.

—¿Algo más? —les dije con tono afilado, dándoles la oportunidad de retirarse.

No pude contener una carcajada cuando vi la expresión de temor de Elizabeth. Tal vez era solo una estratagema para conseguir clemencia por mi parte; aun así, me resultó irónico.

—Te vamos a delatar, maldita campesina —me amenazó ella.

—Ah, ¿sí? —Hice un puchero con los labios—. Buena suerte.

Ella parpadeó, confusa, porque creía que sus palabras me iban a intimidar.

—Le has roto la nariz a Drew y tienes una magulladura en el puño.

Mis nudillos palpitaron para recordarme el golpe que acababa de asestarle. Yo también estaba herida y no podía ocultarlo; no obstante, podía darle un sentido distinto.

—¿Una magulladura? ¡Ay, no! Esto me lo hice el otro día en el reto, cuando me defendía de un vampiro... —Utilicé una voz inocente para dejarles claro que era mentira.

Elizabeth arqueó las cejas, frustrada porque no estaba logrando en mí la reacción que esperaba. Su hermano hizo el ademán de replicar; sin embargo, ya era hora de que les revelara la telaraña en la que habían caído. Me incliné hacia ellos y les pregunté en voz baja, con la misma sonrisa burlona que ellos habían utilizado en los últimos días:

—¿A quién pensáis que creerá Darius? ¿A mí, que soy una pobre campesina que no sabe ni leer, o a vosotros, que ya habéis tenido problemas antes? Te recuerdo, Drew, que tú ya pasaste una noche en las mazmorras. Y habéis sido tan estúpidos que la guardia os descubrió el otro día metiéndoos conmigo. Además, estáis en los baños, donde yo estaba aseándome tranquila. ¿Quién ha ido a buscar a quién?

Mientras me escuchaban, apretaron los puños, cabreados y humillados. Me encantó verlos tan alterados. Así aprenderían a no reírse de nadie por su estamento en lo que les quedara de vida.

—Eres una zorra manipuladora —escupió Drew.

«Brandon tenía razón contigo». No pronunció esas últimas palabras, pero sabía que las pensaba.

—Es lo que he tenido que ser para sobrevivir —contesté—. Al menos, yo tengo excusa para no ser buena persona. ¿Cuál es la vuestra, señoritos burgueses?

La respuesta de ambos murió antes de ser articulada debido a un estruendo en la entrada de los baños. Darius apareció vestido con camisón para comprobar por qué estábamos allí y no descansando en los dormitorios.

Con disimulo, escondí el puño magullado entre la ropa.

—¿Qué hacéis despiertos a estas horas? —preguntó con voz calmada—. Y ¿qué le ha ocurrido a tu nariz, Drew?

Drew y Elizabeth me observaron de reojo, valorando si contar lo ocurrido. Solo se encontraron una mirada intimidatoria y una ceja arqueada por mi parte.

Como no respondían fui yo la que le explicó la situación a Darius.

—Me estaba bañando y, cuando me dirigía al pozo, me he encontrado con Elizabeth y Drew. Les estaba explicando que, como solo tengo este vestido, tengo que lavarlo muy a menudo, y Elizabeth se ha empeñado en regalarme uno de los suyos. No podría sentirme más agradecida con ellos.

Ella resopló, visiblemente indignada. Alcé una comisura, bastante divertida. Qué bien me sentaba la venganza. Si en ese instante era así, no quería ni imaginar lo que ocurriría cuando viera caer a la Reina Colmillos.

No obstante, el maestro de ceremonias no quedó satisfecho.

—¿Y su nariz? —inquirió Darius.

—Se ha resbalado en el suelo mojado y se ha dado de bruces —me adelanté—. ¡Pobrecito! Se ha hecho bastante daño. Mira que le he dicho que tuviera cuidado, que me acababa de bañar...

Drew pareció meditar si merecía la pena contradecir mi historia. Después de todo, que una campesina lo hubiera reducido ya era bastante humillante.

—Sí, esto... Me he caído...

Elizabeth lo observó con una mirada cargada de decepción. Su hermano, al que tanto admiraba, se había acobardado ante mí. No obstante, ella tampoco era demasiado valiente, dado que no abrió la boca.

Acto seguido, el maestro de ceremonias esbozó una sonrisa que claramente dejaba entrever que nuestro teatro no le había convencido, pero lo dejó pasar.

—No os acostéis tarde. Tenéis que estar descansados para el reto de dentro de unas horas.

Sin aguardar a que nos despidiéramos de él, desapareció por donde había llegado. Los tres nos quedamos perplejos. Una parte de mí esperaba algún castigo, pero no había sido así. Lo único que le importaba era que todos estuviésemos a la altura en aquella estúpida competición. No entendía cómo era capaz de banalizarla de ese modo: ¿de qué servía estar descansados si todos íbamos a acabar muertos, o algo mucho peor?

Antes de marcharme, Drew hizo el ademán de atacarme de nuevo. Sin embargo, fui más rápida y le propiné una patada en la entrepierna. Tenía pensado hacerlo de todos modos porque aún no había terminado con él.

El parkisano cayó al suelo de rodillas y rechinó los dientes para mostrar el daño que acababa de hacerle.

—¡Drew! —gritó su hermana.

—Esto es por lo que dijiste de Morgana, por vandalizar su cuadro y por haber leído su carta.

Los ojos de Drew y Elizabeth se llenaron de entendimiento al confirmar que la Morgana que me había escrito era la que ellos tanto odiaban. Si ya me detestaban, desde ese instante lo harían aún más al saber que había tenido una relación con ella. Como se decía en Parkisan: «Desconfía de los amigos de tus enemigos tanto como si fueran tus propios enemigos».

Para abandonar los baños, caminé hacia atrás, por ridícula que pareciera. No me fiaba de dar la espalda a los hermanos del mal.

—¡Yo que tú me andaría con ojo en la prueba de mañana! —Elizabeth se agachó a la altura de Drew para consolarlo—. ¡Vamos a ir a por ti!

Puse los ojos en blanco. Era muy insistente con sus estúpidas amenazas, pero no me intimidaba lo más mínimo.

—¡Eso será si me dejo! —respondí con una sonrisa—. Por cierto, me pasaré por tu habitación para coger ese vestido nuevo que me has prometido. Si no, Darius sospechará. ¡Gracias, amiga!



De vuelta al dormitorio, reparé en que Sam estaba sumido en un sueño profundo, tanto que incluso roncaba un poco. Por otro lado, vi que Brandon aún no dormía. Era como si se hubiera quedado en vela para comprobar cuándo regresaba.

—Has tardado mucho en volver del baño —dijo a modo de saludo —, casi tanto como cuando abandonas la habitación antes de que amanezca.

Tragué saliva. Lo importante de sus palabras no era lo que decían, sino el mensaje que escondían: «Sé que ocultas algo».

—Se ha complicado mi retorno. No ha sido queriendo.

Su atención se centró entonces en mi nueva prenda de vestir, que había doblado con esmero para que no se me arrugara.

—¿Ese vestido no es de la hermana de Drew? Recuerdo habérselo visto el primer día.

En efecto, había pasado por el cuarto de los mellizos, que no estaba cerrado con llave. Como sus otros compañeros ya no formaban parte de la competición, no había nadie más allí. Había cogido el primero del baúl de Elizabeth, y era bastante bonito, de seda, en color crema. Era un cambio agradable para alguien que jamás había imaginado vestir nada que no fuera su traje de campesina.

—Eh, sí. Me han gastado una broma y, como no ha salido bien, me han regalado este vestido. Al final, esos dos hermanos no son tan malvados.

Escéptico, Brandon descendió la mirada hasta la magulladura que tenía en los nudillos. Maldición, me había olvidado de la mano. En cuanto vi que estaba escudriñándola, la escondí bajo el vestido que cargaba. Pero ya era demasiado tarde.

—Lo que yo decía —musitó.

En otras palabras, había reafirmado su creencia sobre mí. No era una contrincante de la que debiera fiarse.

—¿Qué decías?

—Nada, que eres muy afortunada, campesina. Si no fuera por las horas que has pasado bajo el sol, cualquiera te confundiría con una burguesa.

Capítulo 22



El desayuno antes de la siguiente prueba fue uno de los momentos más tensos que viví en el Sacrificio de la Corona. Y no fue porque estuviéramos preocupados sobre lo que pudiera suceder, sino por la pequeña venganza que me había cobrado la noche anterior.

—Eh, Liz, ¿ese vestido no es tuyo? —preguntó uno de sus esbirros.

—Sí, se lo di yo, Jane —susurró Elizabeth con un hilo de voz.

Tenía las ojeras muy marcadas, no había descansado bien tras nuestro encuentro.

—Pero ¿qué dices? ¡Eh, campesina! ¿Has estado robando?

Me divertía tanto el recuerdo de la noche pasada que me costó contener una carcajada tras su acusación.

—Jane, basta —le ordenó Drew—. No le digas nada.

—¿Qué mosca os ha picado? —intervino otro parkisano que los apoyaba—. Y ¿qué te ha pasado en la nariz?

Los hermanos del mal se quedaron callados, posiblemente rememorando lo mal parados que habían salido de nuestro encuentro la noche anterior.

Drew volvió la cabeza, se topó conmigo e intentó envalentonarse, al menos, ante una de sus aliadas. No obstante, al ver mi expresión desafiante, se acobardó.

—Me caí. —Se rascó el cuello—. Le gastamos una broma, pero luego nos arrepentimos y Elizabeth le regaló el vestido.

Sam me estudió expectante. Sentía curiosidad por si yo era la responsable de lo que le había sucedido a Drew. Me encogí de hombros y esbocé una sonrisa, confirmando lo que era obvio.

—¿Qué pasó anoche? —musitó.

—Se metieron con la persona equivocada.

Con la mirada, mi compañero parecía preguntarme: «¿Durante la caída de la que habla fue cuando te hiciste daño en la mano que escondes bajo la mesa?».

Volví a encogerme de hombros, con expresión satisfecha.

Metí la mano en el bolsillo en el que guardaba la carta de Morgana. Durante la noche me planteé la posibilidad de leerla, ya que había sido profanada por alguien que no merecía hacerlo. No obstante, el miedo por lo que pudiera contener me acobardó una vez más, y me seguía acompañando como si fuera mi talismán.

Tras el desayuno, los siete contrincantes bajamos en distintos grupos a las mazmorras. El ambiente se tornó frío y húmedo conforme descendíamos a las profundidades del monasterio de la Santa Sangrienta. A ambos lados se encontraban las celdas, diez, para ser exactos. Como el número de los que el primer día habíamos cruzado con éxito el lago.

En la explanada de piedra que había en el centro se encontraba Darius junto a sus escoltas y siete vampiros con un número en el torso, uno por cada participante del Sacrificio. Entre ellos estaba

Layla, la chica que había perdido en la prueba del laberinto. Llevaba el número cuatro y nos miraba a todos con cierto rencor, supongo que por no haber movido un dedo cuando la convirtieron. El rostro de las criaturas parecía amenazante por la sombra que generaban las antorchas que portaban los soldados.

Sam no iba desencaminado: en el reto habría siete vampiros.

—Serás un buen integrante de la Orden de las Espinas —le susurré—. Estabas en lo cierto.

Sam esbozó una sonrisa ante el cumplido e imité su mueca alegre, pero al instante la borré. No podría llegar a ser el soldado que deseaba; eso implicaría mi derrota. Y no iba a consentirlo.

—¡Bienvenidos al siguiente reto del Sacrificio de la Corona! —comenzó Darius—. Este no es mi favorito, pero se le acerca. Un miembro de la familia real debe trabajar en equipo y estar en forma, pero también ha de saber reconocer a los enemigos. Los más peligrosos no son los que se presentan como tales, sino los que fingen ser nuestros aliados.

Con un movimiento de mano, animó a los vampiros numerados a que dieran un paso adelante.

—Cada uno tendrá su turno para adivinar qué vampiro es el enemigo infiltrado. Después, apagaremos las antorchas. Si habéis acertado, cuando volvamos a encenderlas, habrá muerto. En cambio, si os equivocáis, seréis vosotros los que sufriréis ese destino. Los adversarios no perdonan la vida a nadie.

Al instante comprendí el comentario que había hecho Brandon días atrás sobre conocer la historia de la Corona. Hacía dos décadas, cuando esta sufrió el ataque en el Amanecer de la Sangre Negra, gran parte de la familia real murió, y la Reina Colmillos se convirtió

en vampira. Quizá el golpe contó también con la ayuda de alguien de confianza, porque asediar un castillo no era tarea fácil ni para el rival más aventajado.

—Pero los enemigos no trabajan solos, siempre hay un traidor en nuestro bando que colabora en secreto con ellos —añadió Darius, como si hubiera leído mi pensamiento—. Así que una de las grandes sorpresas de este reto es que alguno de vosotros será el aliado del vampiro. La primera vez que nos sumamos en la oscuridad, el enemigo elegirá a un traidor para que lo acompañe en sus fechorías. Ese parkisano no tendrá turno, pero morirá si el vampiro es descubierto. La prueba acabará cuando alguien acierte la identidad del enemigo infiltrado o, por el contrario, si solo queda el cómplice con vida.

En resumidas cuentas, otro reto cargado de muerte.

Acto seguido, los escoltas de Darius abrieron las celdas y nos instaron a que cada uno entráramos en una. A mí me metieron en la tercera del lado izquierdo. En las dos anteriores introdujeron a Brandon y a Jane, la aliada de Elizabeth y Drew, mientras que en la cuarta encerraron a Sam.

En el ala derecha se encontraban el otro esbirro de los hermanos, Elizabeth y Drew, en ese orden.

Una vez estuvimos todos en nuestras posiciones, uno de los soldados sacó un manojo de llaves y cerró los cubículos. A pesar de que las rejas nos permitían ver qué ocurría en otras celdas y en las mazmorras, sentí que me faltaba el aire, como si no fuera suficiente para llenar mis pulmones.

Por si me quedaba alguna duda tras los caimanes y los lobos vampiros, mi suposición se convirtió en certeza: era su prisionera, no

una participante.

—Como veis, no podéis salir, así que os será imposible huir del enemigo infiltrado cuando vaya a por vosotros —sentenció el maestro de ceremonias. Después, sacó un dado del bolsillo y lo alzó —. Con esto, elegiré las celdas. De este modo, no habrá desventajas ni privilegios entre participantes y todo dependerá del azar. Si sabéis ver más allá e identificar al adversario, no tenéis nada que temer. Que la diosa Adhelia os brinde fortuna. ¡Sangre y victoria!

Me acomodé en el asiento de madera de la celda para calmarme un poco. Al hacerlo, mi cabeza se golpeó con la cadena oxidada del grillete que colgaba de la pared.

La prueba acababa de empezar.

Darius indicó a los vampiros que se colocaran en fila para que todos pudiéramos verlos. Iban manchados de sangre roja para que el asesino no se delatara cuando nos fuera matando. Cualquiera podía ser el enemigo: esgrimían una expresión seria, intimidatoria en algunos casos. Me pregunté si, a excepción de Layla, el resto de las criaturas habían sido detenidas por la guardia, como había ocurrido en el laberinto. En cualquier caso, lo que sí podía afirmar era que, una vez más, ellos también eran siervos del Sacrificio de la Corona.

Segundos más tarde, Darius lanzó el dado, momento en el que se me detuvo el corazón por si era la elegida.

—Celda número cinco —anunció en voz alta. Respiré tranquila.

Entonces, se colocó frente a la primera celda del lado derecho, donde aguardaba uno de los aliados de Elizabeth y Drew.

—¿Quién es el enemigo infiltrado? Di un número del uno al siete.

El parkisano parpadeó, incrédulo, ante el modo en que había comenzado el desafío.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —preguntó.

—El azar es caprichoso. Míralos bien, ¿quién es el enemigo?

—¡No es justo! ¡Estoy en desventaja! —replicó—. ¿Cómo voy a saber quién es?

Durante unos segundos, se quedó en silencio para idear una solución rápida al problema. Desesperado, observó a todos sus rivales hasta que su mirada se posó en mí.

—¡La campesina debería ser la primera! ¡Oculta algo en la mano!

Si no hubiera estado encerrada en la celda, lo habría matado. Ese fue el momento en que Drew y Elizabeth vieron la oportunidad de delatarme, creyendo que de ese modo se asegurarían mi muerte.

—¡Es cierto, tiene la mano magullada! —bramó ella—. ¡Se lo hizo anoche cuando le rompió la nariz a mi hermano por una mísera broma! ¡Yo también llevo un moretón en las costillas por su culpa! ¡Y me ha robado el vestido!

El maestro de ceremonias ladeó la cabeza y se encaminó hacia mi celda para que le diera explicaciones. Se me formó un nudo en la garganta cuando alcanzó su destino.

—¿Lo que dicen tus compañeros es cierto?

Me puse en pie y le enseñé la mano magullada con forzada tranquilidad. Mientras tanto, empecé a pensar en situaciones que me provocaban tristeza para romper a llorar.

—Esto me lo hice en la prueba mientras me defendía del vampiro que mató al vigilante. Os lo juro por las cuatro diosas —dije con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

—¡Esa campesina miente más que habla! —gritó Drew, acompañado por los vítores de sus aliados.

—Lo que dice Savannah es cierto —intervino Sam—. ¡Yo estaba con ella y lo vi!

«Piensa en cosas tristes, Savannah. Piensa».

Padre muerto.

Morgana muerta.

Madre, a la que era muy probable que no volviera a ver.

Con ese último pensamiento comenzó mi llanto. Me tapé la cara para darles a entender que me avergonzaba que me vieran en una situación tan vulnerable.

—Me están haciendo la vida imposible —sollocé—. Desde que empecé la competición, se burlan de mí porque soy campesina. Y ayer... ayer me gastaron una broma, pero luego me pidieron perdón porque habían llegado demasiado lejos. —Me descubrí para que Darius viera mi rostro anegado en lágrimas—. Pensé que a partir de ahora querían ser mis amigos. No sospeché nada cuando Drew se cayó. Creía que había sido un accidente, no la excusa para incriminarme hoy durante la prueba.

Volví a llorar con fuerza y, de reojo, distinguí que uno de sus escoltas se acercaba a nosotros.

—Señor, el otro día vi que la empujaban en el claustro. Empezaron a decir que no se merecía estar aquí y que hoy moriría.

Me cubrí la boca con la mano y me pellizqué los labios para no esbozar una sonrisa. Sabía que aquel día habían cavado su propia tumba y que eso me había convertido en la buena de la historia.

—De acuerdo —asintió Darius mientras se acercaba de nuevo a la quinta celda—. A estas alturas del desafío, las riñas entre vosotros no me importan lo más mínimo. No me hagas perder el tiempo y di

un número. De lo contrario, morirás. Créeme, esta mañana no he bebido sangre, así que tengo mucha hambre.

Lancé a Drew y a Elizabeth una mirada que solo ellos entendieron. Como les aseguré la noche anterior, se habían propasado conmigo, y ese había sido su error.

Los dos me dedicaron una expresión hostil a modo de respuesta.

—El número —ordenó de nuevo Darius.

—Eh... el seis.

El seis era el vampiro con la apariencia más peligrosa: hombros anchos, cabello largo y facciones duras. No hacía falta conocer su historia para llegar a la conclusión de que ese vampisano ya había matado con anterioridad. En resumidas cuentas, no era él. El enemigo infiltrado no sería un vampiro con apariencia peligrosa, sino uno que pasara desapercibido.

Se hizo la oscuridad y volví a sentarme en la tabla. Entonces oí que el enemigo infiltrado abría la primera puerta para elegir a su aliado. Eso nos daba a entender al resto que nuestro contrincante se había equivocado de decisión. Se iba a enfrentar a una muerte inevitable.

—¡No, por favor! —gimió el parkisano al darse cuenta de que lo iban a matar.

El vampiro no me escogió a mí, de modo que tendría que enfrentarme a mi turno si antes no averiguaban su identidad.

Después se hizo el silencio. Segundos más tarde, oí un ruido de llaves en otra celda.

Acto seguido, lo oímos aullar de terror. Todos aguardamos en silencio hasta que los gritos cesaron, en mi caso con el corazón en un puño por cómo se me estaba revolviendo el estómago.

De una en una, los soldados encendieron las antorchas, y las mazmorras se iluminaron de nuevo. Todos observamos al muchacho que había elegido mal al enemigo infiltrado. A través de las rejas, distinguí su mirada perdida en el techo y su mandíbula desencajada.

Estaba muerto.

Capítulo 23



La parkisana que estaba más cerca de mí, que hasta ese momento había sido su aliada, comenzó a gritar horrorizada. Desde la distancia, examiné el cuerpo. Quien hubiera bebido de él no lo había llegado a desangrar, sino que le había quitado la vida perforándole el corazón. De ese modo todo sería más rápido. Dado que no veíamos armas, imaginé que el enemigo infiltrado llevaba un puñal o una daga bajo los ropajes.

—Una lástima —musitó el maestro de ceremonias—. No era el número seis.

Acto seguido, el vampiro aludido dio un paso atrás para indicar que no era el adversario.

Sin darnos más tiempo para asimilar la grotesca muerte de nuestro rival, volvió a lanzar el dado. El tiempo se ralentizó mientras el objeto daba vueltas en el aire, hasta que cayó sobre la palma de Darius.

—Celda número dos.

Suspiré aliviada. Se trataba de Jane, la aliada de Elizabeth y Drew que quedaba con vida, quien volvió a gritar. Mientras Darius caminaba hacia donde se encontraba, miré al frente. Noté una

presión en el pecho en cuanto reparé en que la ropa de Drew tenía salpicaduras de sangre. Con total certeza, había sido el traidor elegido por el enemigo infiltrado. Cuando nuestras miradas se cruzaron, esbozó una sonrisa burlona, confirmando lo obvio.

Me sorprendió darme cuenta de que no parecía arrepentido de haber ayudado a matar a su esbirro. El parkisano había sido un gran apoyo hasta hacía unos instantes, pero Drew no se mostraba triste por haber colaborado en su muerte.

Al contrario.

—Tu turno —le indicó el maestro de ceremonias a la siguiente—. Dime un número del uno al siete.

Jane tembló, asustada. En silencio, estudió al contrincante eliminado y la fila de vampiros que la miraban impasibles. Al igual que Drew contaba con sangre en sus prendas, escudriñé a cada uno de los potenciales enemigos con el objetivo de comprobar si alguno tenía una mancha nueva, aunque era difícil saberlo, dado que habían acudido a la prueba con la ropa sucia.

Aun así, me fijé en que la número siete tenía una mancha de sangre en el borde de la falda que no me parecía haber visto antes. Además, intentaba mostrarse inofensiva mirándonos con una sonrisa inocente a los del lado izquierdo.

Tenía que ser ella o, en su defecto, otro que tuviera un perfil bajo. Era mi sospechosa, pero tendría que comprobar si estaba en lo cierto cuando matara a la segunda rival. Estaba convencida de que mi contrincante tampoco resolvería el misterio.

—El número —insistió Darius.

—¡N-no lo sé! —se lamentó la parkisana.

La joven agachó la cabeza, intentando empequeñecerse. Quería desaparecer del Sacrificio de la Corona, porque sabía que su destino era morir.

—Es una lástima ver que los jóvenes desperdiciáis la vida como si el mañana no fuera a llegar. Míranos. Estoy aquí, pidiéndote un número que, si hubieras sido más lista, sabrías cuál es. No es un desafío difícil.

Darius estaba haciendo uso de lo que para él sería una compasión desmedida antes de condenar a muerte a los participantes. Todos (incluida ella) éramos conscientes de que era el fin de la muchacha.

—¿E-el número dos?

Correspondía a un vampiro que, como el seis, parecía peligroso, pero lo que le aportaba un aspecto amenazante no era su cuerpo grande y musculoso, sino la cicatriz que le recorría una de las mejillas, incluido un ojo del que había perdido la visión.

Tampoco era él.

Volvieron a apagar las antorchas y la oscuridad hizo a la parkisana vulnerable al peligro. Me acerqué lo máximo que pude a su celda y pegué la cara a las rejas que separaban la suya de la mía. Los sonidos serían importantes para ayudarme a descartar rivales. Además, en cuanto entrara el enemigo, extendería el brazo para intentar tocarlo. Ignoraba si me serviría de mucho, pero era lo único que podía hacer. De lo contrario, me enfrentaría a la prueba totalmente a ciegas si nadie adivinaba al adversario antes.

La puerta se abrió. Era mi oportunidad. La parkisana comenzó a gritar y a pedir ayuda. Chasqué la lengua, frustrada; chillaba con tanta fuerza que no se oía al vampiro.

En ese instante, un ruido me sobresaltó: alguien acababa de abrir mi celda. Antes de que pudiera reaccionar, esa persona (que no dudaba de que fuera Drew) me agarró del cuello del vestido y me tiró al suelo. Distinguí parte de su silueta mientras se colocaba encima de mí y comenzaba a estrangularme.

Empezó a faltarme el aire, esa vez de verdad.

—Vas a morir, campesina de mierda —me susurró al oído para que nadie lo oyera.

Estaba aprovechando que los gritos de la parkisana ensordecían las mazmorras para asesinarme por lo de la noche anterior. Al principio mi mente solo podía pensar en que me estaba asfixiando. Sin embargo, pronto acomodé el pie derecho en la parte interior de su rodilla y, con todas mis fuerzas, rodé hacia la izquierda. Eso desestabilizó a Drew, que me soltó al instante. Acto seguido, oí un golpe seco; parecía haberse golpeado la cabeza contra la pared de piedra.

El impacto lo dejó desorientado, supuse, ya que no volvió a arremeter contra mí. Gateé hasta él y mi mano encontró un pequeño charco. En el suelo, el pelirrojo gruñía de dolor y no parecía estar del todo consciente.

Desde luego, el golpe no había sido inofensivo. Como mínimo, debía de tener una conmoción.

Los gritos cesaron y, poco después, volvieron a encender las antorchas. Todo el mundo ahogó un grito en cuanto la luz reveló lo que había ocurrido en mi celda, que seguía abierta. Drew yacía en el suelo, y su cabeza descansaba sobre un charco de sangre. Muy despacio, abría y cerraba los ojos, y no parecía inmutarse por lo que estaba sucediendo.

—¡Drew! —rugió Elizabeth hasta que su voz se rompió.

—¡Savannah! —bramó Sam con una mezcla de preocupación y asombro por no haberse enterado de nada.

Observé mi mano: no era la magullada, pero estaba empapada de sangre. Entonces caí en la cuenta de que el ataque no era una decisión unilateral. El enemigo infiltrado estaba de acuerdo con lo que el pelirrojo pensaba hacer, puesto que le había entregado la llave de mi celda para que entrara. Era cómplice de mi intento de asesinato.

Solo había un vampiro que me detestara tanto como para participar en algo así. Alguien que pensaba que yo tendría que haber sido la perdedora del reto del laberinto, no ella.

—¡Dejadme salir! ¡Es mi hermano! —voceó Elizabeth—. ¡Esa campesina ha intentado matarlo!

Me sentía tan desorientada por lo que acababa de vivir que no reaccioné cuando Darius entró en mi celda.

—Parece que Drew es el cómplice del enemigo infiltrado —musitó —. ¿Qué hace en la celda equivocada?

El aludido movió la cabeza para mirar a Darius; no obstante, no fue capaz de emitir palabra alguna. Se mostraba desconcertado, como si le hablara en un idioma desconocido.

—¿Has utilizado tus privilegios para atacar a una compañera?

—Eh... —Drew entrecerró los ojos.

—¡Es él el que está herido! —gritó su melliza—. ¡Ella no tiene ni un rasguño! ¡Lo ha atacado!

Las llaves de las celdas asomaban por el bolsillo de mi rival, así que el maestro de ceremonias se agachó y las sacó.

—Creía que había dejado claro que no podíais aprovechar las pruebas para atacaros entre vosotros —le reprendió—. Como castigo, serás el próximo en elegir al enemigo infiltrado.

Chascó los dedos.

—¡Guardia!

Un par de vampisanos aparecieron sin sus antorchas para retener a Drew. Entre los dos, lo levantaron y arrastraron hasta el exterior de la celda, ya que se le doblaban las rodillas. Se me formó un nudo en la garganta al reparar en que no les importaba que estuviera malherido. A pesar de que me había intentado asesinar, nadie merecía morir de ese modo tan deshumanizado.

—Savannah, ¿cómo te encuentras? —me preguntó Sam.

Me encogí de hombros; ni siquiera yo lo sabía. Ver a Drew moribundo a través de los barrotes me había dejado horrorizada. Me encogí un poco mientras la imagen del chico sujetado por los escoltas en el centro de las mazmorras se me grababa en la memoria. Un riachuelo de sangre fluía por su sien, y a cada segundo parecía perder un poco más la conciencia. Iba a morir de todos modos, ¿por qué no lo dejaban irse en paz?

—Has colaborado con el vampiro, por lo que deberías saber quién es. —Darius le hablaba como si Drew estuviera en condiciones de responder—. Así, en la próxima vida, el enemigo aprenderá a no saltarse las normas.

Como era de imaginar, él no contestó, solo balbuceó algunas sílabas inconexas. El resto observamos la escena en silencio; Elizabeth fue la única que suplicó por su vida.

—¡Tiene una conmoción, no puede hacer la prueba en estas condiciones! ¡¿No lo veis?! ¡Necesita un médico!

Pero ninguno de los organizadores le hizo caso. Al contrario, todos trataron de forzar una respuesta hasta que Drew dejó caer la cabeza. Acababa de perder el conocimiento.

—Qué desafortunado, parece que no quiere hablar —musitó Darius—. ¡Apagad las antorchas!

Volvimos a sumirnos en la oscuridad, pero en esta ocasión el que gritó no fue Drew, sino Elizabeth, que nos suplicaba que hiciéramos algo por su hermano. Sentí que las ganas de vomitar amenazaban con arruinarme el desafío.

Cuando volvieron a prender el fuego, el cuerpo de Drew yacía sin vida en el suelo, con una puñalada en el corazón. Elizabeth se rompió y cayó de rodillas mientras inundaba las mazmorras con su llanto.

Haciendo caso omiso, Darius escogió el próximo turno con su dado. Estaba tan sobrecogida que no reparé en que se acercaba a mi celda hasta que no estuvo frente a mí. Pero no estaba nerviosa, tenía clara a mi sospechosa, que se mostraba apenada ante la muerte de Drew. Muerte que ella había causado.

—El azar ha convenido que sea tu turno —dijo Darius sonriendo—. Del uno al siete, ¿quién es el enemigo infiltrado?

Observé a mi elegida, que me devolvió la mirada con expresión de terror. Sabía que la había descubierto.

—El número cuatro. Layla.

El cuerpo de la antigua participante se tensó y negó con la cabeza al oírme. Eso la delató. No solo había perdido el reto del laberinto y había sido convertida en contra de su voluntad, sino que además Darius la había elegido como enemiga. Aunque parecía que su vida se había alargado al ser una vampira, los participantes del Sacrificio

de la Corona no estábamos destinados a sobrevivir. La organización buscaría un modo u otro de hacernos morir.

A Layla la habían escogido como adversaria para obligarla a matar a antiguos aliados y rivales. Cuando llegara el momento oportuno, sería sacrificada para unirse a aquellos que ella había matado.

Era cruel, despiadado. Solo alguien carente de alma podría idear un plan así.

No sentía lástima por Layla, pero me entristecía lo que representaba: un sueño imposible truncado y una inevitable condena a muerte.

Layla sollozó cuando apagaron las antorchas, sin fuerzas para gritar o resistirse. No alargaron mucho su sufrimiento, dado que pronto dejó de llorar. De hecho, la luz regresó con más rapidez que en otras ocasiones. Junto a Drew se encontraba el cuerpo sin vida de Layla, la enemiga infiltrada.

Capítulo 24



Cuando acabó la prueba, solo me quedaban las fuerzas necesarias para arrastrarme hasta el dormitorio sin la compañía de nadie. No obstante, en el pasillo de las habitaciones sentí que alguien me empujaba contra la pared. Al instante me encontré con el rostro anegado en lágrimas de Elizabeth, que me miraba con una rabia que no había visto en ella hasta ese momento. Me había observado con burla, sarcasmo e incluso maldad, pero jamás con rabia.

Dejé que me retuviera por los hombros. No me sentía con fuerzas de luchar.

—Mi hermano ha muerto por tu culpa.

A pesar de que la detestaba con toda mi alma, comprendía su sufrimiento. Además, la muerte de Drew seguía provocando emociones agridulces en mí. A pesar de que había intentado estrangularme, jamás deseé que muriera de ese modo tan inhumano.

—Te mataré, campesina —masculló—. No sé cómo, pero te juro que acabaré contigo.

—Eso no te devolverá a tu hermano.

«Igual que la muerte de esos vampiros no me devolvió a padre», pensé.

Elizabeth me soltó de forma brusca e intentó darme un puñetazo. La sujeté del antebrazo para evitar que sus nudillos impactaran en mi rostro. Trató de librarse de mi agarre, pero solo la solté cuando comprobé que no iba a atacarme de nuevo.

—Ojalá mueras. Y ojalá no quede nada de ti y que tus seres queridos no puedan llorarte.

Acto seguido, me escupió en la cara y se marchó a su habitación.



Esas emociones contradictorias por la muerte de Drew siguieron clavándose en mí hasta bien entrada la tarde. Para estar lejos de Sam, Brandon y Elizabeth, me escondí en el centro del laberinto del segundo reto. Me senté en un banco, con la mirada perdida en la fuente. El correr del agua me ayudaba a no pensar en nada, ni siquiera en aquello que me reconcomía.

Sin embargo, Sam acabó encontrándome y, en silencio, se acomodó a mi lado. No me dijo nada, sino que aguardó a que yo decidiera abrir la boca, algo que hice cuando estar callada se me hizo más insoportable que hablar.

—Debería sentirme aliviada, intentaba matarme.

—Te refieres a lo de Drew...

—Sí. Por un lado, me alegro de que esté muerto. Por otro, no sé... es extraño. Ha sido horrible ver cómo lo sujetaban cuando él ya estaba más muerto que vivo.

Volví a revivir la escena en mi mente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Sam me abrazó para consolarme y, para su sorpresa, le devolví el gesto.

—Te entiendo. Después de hoy, me pregunto si participar en la competición ha merecido la pena —confesó—. Sabía que era dura, que poca gente sobrevivía, pero no imaginaba esto.

—¿El qué?

—Que se divirtieran con nuestra muerte. Nueve de nosotros se han ido al Prado Más Alto de la manera más cruel, y a Darius le parece gracioso. Ya lo vi cuando convirtió a Layla en vampira, pero hoy... se me ha revuelto el estómago.

Hablaba con la inocencia de quien había vivido dentro de una burbuja de privilegios. No obstante, yo estaba habituada a convivir con los azotes de los más poderosos y también me había alterado.

—¿Y te sorprende? —Cambié de posición para estar más cómoda en el banco.

—Sí, porque no me cabe en la cabeza que la reina permita estas atrocidades.

—Sam, a los pobres lleva décadas dejándonos desamparados. Tanto a humanos como a vampiros. Le damos igual... ¿Por qué le iban a importar unos participantes que luchan por un título que no les pertenece por nacimiento?

Sam no me contestó, sino que se quedó pensativo ante lo que le acababa de decir. Yo, en cambio, sentí que no podía permanecer callada, así que proseguí:

—Nadie en su sano juicio que sepa cómo es esta competición se presentaría sin un motivo de peso.

El problema era que poca gente sabía qué ocurría en realidad en el Sacrificio de la Corona, dado que ninguno había regresado para contarlo. Sí, los parkisanos eran conscientes de que muchos morían o acababan siendo vampiros o sirvientes de sangre. Sin embargo, si algo caracteriza al ser humano es la soberbia de que puede conseguir un logro que otros muchos no.

En mi caso, si el deseo de venganza no hubiera nublado mi juicio, me habría quedado en Lokkat con madre.

Mi mente comenzó a divagar, recordando todo lo que sabía sobre esa maldita competición en la que jamás había vencedores, y, como si fuera capaz de viajar en el tiempo, me di cuenta de que ya no estaba con Sam, sino con Morgana. Y, por supuesto, no estaba frente a la fuente del laberinto, sino ante el lago Annan. Llevábamos casi tres años saliendo y ese fue el último. Porque se presentó al Sacrificio de la Corona.



—El año pasado, una de las pruebas se hacía en un carrusel —me explicó—. Tenían que encontrar una llave dentro de un caballo de madera. Como nadie lo hizo en el tiempo indicado, los mataron a todos. Hubo otra edición en que la persona que superó todas las pruebas del monasterio no le caía bien al maestro de ceremonias, así que la desangró de todos modos.

Un escalofrío me recorrió al oír cómo los organizadores incumplían sus propias reglas a su conveniencia. No era una competición justa, era un mero entretenimiento para la Corona.

—¿Y sabiendo eso te presentas?

—Es lo que desea Clement.

—Ya, y padre. Pero no forma parte de mis objetivos, como tampoco de los tuyos.

Morgana se abrazó las piernas y apretó los labios antes de darme una estocada con sus palabras.

—Pero no es lo mismo, Savie.

—¿Por qué? ¿Porque tú tienes posibilidades y yo no?

Sabía leer entre líneas, me estaba infravalorando, como hacía siempre cuando le decía que quería unirme a la Alianza de la Sangre Roja. Y yo empezaba a hartarme de sentir que nunca sería suficiente para ella.

—No empecemos. Siempre confundes mis palabras con desprecios, y no es así.

—Entonces explícame a qué te refieres.

Morgana bajó la mirada a sus rodillas y no me habló hasta que reunió el valor para revelarme sus pensamientos más profundos.

—Si no me presento, Clement dejará de quererme.

Al principio se me escapó una carcajada, pero no porque me pareciera gracioso. En realidad, pensaba que estaba bromeando o excusándose de la peor de las maneras. No obstante, cuando vi que se entristecía, entendí que hablaba en serio.

—Clement no te dejará de querer porque le digas que no deseas participar en sus planes.

—Pero lo hará. ¿Crees que no sé que me acogió porque era el arma perfecta? «¡Pasen y vean! La hija de los duques de Dahlia cambia de bando».

Me dio un vuelco el corazón al oírla, porque era lo que yo llevaba pensando desde que la conocí. Sin embargo, estaba convencida de

que, más allá del interés, también había surgido cariño paternal genuino.

—El día que tú y yo nos conocimos, Savie, llevaba un mes viviendo con él. Al darse cuenta de que no quería hablar o aparecer en sus visitas por Parkisan, me preguntó cuándo pensaba volver con mi familia. Por eso hui. Fue entonces cuando me encontraste con el vampiro. Tras regresar con Clement, le prometí que sería la Morgana que él quisiera. La que aparecería en sus asambleas y la que se presentaría al Sacrificio de la Corona para infiltrarse en el castillo. Lo necesario para que él tampoco me abandonara.

Se me rompió el corazón cuando la oí hablar de sus sentimientos. No solía hacerlo, y, en cuanto se atrevía a ser un poco vulnerable, enseguida cambiaba el curso de la conversación.

—De acuerdo —contesté—, a lo mejor te ve como un arma, un escudo, ¡lo que sea!, pero sé que se preocupa por ti. Te quiere de verdad. Y no creo que se enfade si le explicas que quieres servir a la causa de otro modo.

—Créeme, si pudiera elegir, no serviría a la causa de ninguna manera.

Fruncí el ceño ante su revelación.

—Pues díselo.

—Dejará de quererme.

—No lo hará. Pero, si sucede, ¿merece la pena dedicar tu vida a alguien que te abandona al primer revés?

Morgana se puso en pie, cabreada por mi comentario. De hecho, reparé en que había comenzado a llorar. Intentaba entenderla, aunque se me hacía incomprensible que fuera a perder la vida por agradar a una persona. Por mucho que fuera su padre adoptivo.

—Para ti es muy sencillo pensarlo, porque tienes una familia que te adora. Incluso tu madrastra te cuida como si te hubiera dado a luz. —Se golpeó el pecho con la yema de los dedos—. Yo viví el día en que los duques de Dahlia dejaron de quererme. El poco amor que tenían por mí desapareció por no saber complacerles. Pues esa misma expresión fue la que puso Clement cuando le dije que dejaba a Nessia por ti.

Tragué saliva, algo dolida, pero yo ya lo sabía.

Morgana dulcificó la mirada y continuó diciendo:

—Si le confieso que no quiero presentarme, me retirará la palabra para siempre.

—¡Morgana, estamos hablando de tu vida, joder! —exclamé—. ¡Vas a morir! Esa competición no la ha ganado nadie.

—Lo sé, y también sé que mis posibilidades de lograrlo son nulas. Pero no pasa nada porque...

—¡¿Cómo que no pasa nada?! —estallé. No daba crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Tan poco valoras tu vida? ¿Tan poco valoras lo que tienes conmigo? ¡Te quiero incondicionalmente! Has perdido el juicio, parece que delires.

La expresión afable de Morgana se ensombreció ante las últimas palabras que escupí.

—Es mi deber. No espero que lo entiendas.

Estaba cansada de sentir que yo solo era un mero entretenimiento para ella dentro de su vida de misiones contra la Reina Colmillos. No pude controlar mis pensamientos caóticos y empecé a decir lo primero que pensaba:

—Sí, lo entiendo a la perfección, Morgana. Si fueras más valiente, no te presentarías, a pesar de las consecuencias. Pero lo que pasa

es que eres muy cobarde.

—¡No soy cobarde! Si supieras lo que es estar dentro de mi mente, no opinarías tan a la ligera.

«Contrólate, Savannah. Solo estás enfadada, no digas algo de lo que te puedas arrepentir», me advertía una vocecita de mi cabeza. Sin embargo, era como un caballo desbocado. No lo podía controlar, y empeoré aún más la situación.

—Ah, cierto. —Me puse en pie y me crucé de brazos—. Se me olvidaba que has sido la única que ha sufrido en este mundo. Parece que mi vida, en comparación con la tuya, ha sido un camino de azaleas. De acuerdo, tengo una familia maravillosa, pero vivo con el miedo eterno de que no superen la próxima hambruna. ¿Sabes lo que es eso? No, porque eres una privilegiada de mierda cuya única preocupación es que no puedes ser tú misma.

Intenté convencerme de que eso era lo que quería espetarle desde hacía mucho tiempo, y que se merecía cada una de las palabras que estaba pronunciando. Digo *intenté* porque sabía que, en cuanto regresara a casa, me arrepentiría de todo lo pronunciado.

Por otro lado, Morgana tampoco estaba siendo la persona más comedida del mundo, y también se defendía vomitando todo aquello que se le ocurría.

—Así que ahora no puedo sufrir. Tú eres la campesina más desgraciada de Parkisan. Perdona, no sabía que mis traumas no eran importantes porque tú también lo pasas mal.

Agaché la mirada. Esa vocecita dentro de mí logró que me callara y no empeorara aún más la situación. Era consciente de que, si hubiera vivido su infancia, yo también tendría un miedo apabullante a que todo el mundo me abandonara. Mi forma de ser se adaptaría a

las necesidades de cada uno, sería lo que los demás quisieran que fuera.

Aun así, nunca justificaría que estuviera a punto de perder la vida por ello.

—¿Lo ves? —Su mirada brilló mientras rompía a llorar—. Siempre hay alguien que me deja de querer por mis decisiones, y no puedo hacer nada para evitarlo. Si no me presento al Sacrificio de la Corona, perderé a Clement. Pero, si me presento, te perderé a ti.

Levanté la cabeza con un nudo en la garganta. En otras palabras, estaba eligiendo entre Clement o yo. Estaba escogiendo entre la vida que debía llevar y la que quería disfrutar.

—¿Y qué pérdida te supondría menos dolor? —inquirí.

Morgana abrió la boca, pero no fue capaz de emitir sonido alguno. El hecho de que tuviera que pensárselo fue suficiente para darme cuenta de que yo no era su primera opción. Intenté contener las lágrimas por una cuestión de dignidad, pero la voz quebrada me delató.

—Es normal. Solo soy la campesina que se interpone en tus planes... Adiós, Morgana.

Me marché de allí corriendo para que no viera que me estaba derrumbando, y aguardé a que me llamara, a que viniese y me detuviera. No lo hizo.

Aquella noche no pude dormir pensando en que aquel era el último encuentro antes de que partiera. Lo nuestro no podía acabar así. El último encuentro debía acabar con promesas, esperanzas y una en brazos de la otra, desnudas. Nunca habíamos intimado de esa manera, pero estaba dispuesta a hacerlo por ella. A ambas nos habían criado con las creencias del Oeste de que debíamos esperar a

estar casadas para ofrecerle nuestra virginidad a aquella persona con quien fuéramos a compartir la vida para siempre. Aunque Morgana ya se había desprendido de esa convicción, a mí me costaba. Yo no mantenía mi castidad porque quisiera, sino porque me lo habían impuesto.

Por desgracia, a la mañana siguiente, cuando fui a solucionar la discusión, Morgana ya se había marchado. Y no pude despedirme de ella.

Capítulo 25



De vuelta al presente con Sam, saqué la carta que me había entregado el príncipe Clement y la miré. Acaricié el sello de cera roja, profanado por Drew. Tras pedirle insistentemente a Morgana que fuera valiente, me pregunté si ese era el momento de dar ejemplo y dejar de ser una cobarde.

—¿Piensas abrirla?

—Ha llegado la hora de enfrentarme por fin a mi pasado. —Exhalé una gran bocanada de aire—. Sin miedo.

A pesar de mis palabras, mis manos temblorosas demostraban que me aterraba lo que pudiera encontrar en ella. Extendí la carta con delicadeza y, durante unos segundos, sentí que no era capaz de descifrar lo que ponía y que había olvidado cómo leer.

Savie:

Espero que no leas esta carta, porque, si lo estás haciendo, quiere decir que no he superado la competición. Solo deseo que puedas perdonarme por haberme marchado de tu lado. Tenías razón: si fuera menos cobarde, no me presentaría y me

quedaría contigo. Ojalá hubiera sido más valiente, porque entonces ya te habría convertido en mi esposa. Y viviríamos juntas en una casita alejada de humanos y vampiros.

Veo tu recuerdo en todas partes, y no, tu pérdida no es la que menos me dolería. Intenté convencerme de que así era cuando me planteaste esa pregunta; por eso no pude responderte, porque mi cabeza y mi corazón habían entrado en conflicto. Volvería atrás en el tiempo para cambiar nuestro último día juntas, pero ya es tarde.

Amor, desde allá donde esté, siempre te cuidaré y amaré.

Morgana

No me di cuenta de que había empezado a llorar hasta que una lágrima emborronó parte de la tinta con la que me había escrito. Las dos nos arrepentíamos de lo que había ocurrido ese día, y nuestro enfado, y quizá también nuestro orgullo, no nos permitió sincerarnos. Y ya era tarde para despedidas.

—No me odiaba —gimoteé—. No me odiaba, y ahora está muerta.

Sam apoyó la mano en mi hombro a modo de consuelo, y me atrajo hacia sí.

—Lo siento tanto, Savannah.

Cuando comprobó que empezaba a temblar por el llanto, continuó diciendo:

—Pero... pero seguro que te cuida desde el Prado Más Alto, queriéndote como siempre. —Intentó consolarme, aunque no había nada que pudiera apaciguar ese dolor—. ¿Quieres que recemos por su alma? —me propuso.

Aunque no era del todo creyente, quizá eso me ayudaría a despedirme de ella como no pude hacer cuando vivía.

—No sé cómo se hace, Sam. En Lokkat no tenemos templo.

A pesar de que había visto rezar a Morgana en alguna ocasión, nunca le había prestado mucha atención. Una cosa era interesarme por la mitología y otra muy diferente hacerme devota de unas diosas que parecían habernos olvidado a mi familia y a mí.

Sin embargo, en aquel momento era distinto, sentía que debía honrar su alma.

—Te acompaño.

Junto a mi compañero de dormitorio, salimos de los jardines. Antes de entrar por el portón trasero, vimos que Elizabeth se hallaba cerca del lago. Ambos observamos la escena que se presentaba ante nosotros, intentando hacer el menor ruido posible.

—¡Ya no merece la pena! —gritó para ella misma.

Se agachó, cogió una piedra del suelo y la lanzó lo más lejos que pudo para comprobar si era posible cruzar el lago a nado sin llamar la atención de los caimanes.

No obstante, algunos emergieron y pelearon entre sí al creer que la piedra era comida. Como decía Darius, cada año había participantes que querían abandonar el Sacrificio de la Corona, y aquel le había tocado a Elizabeth. Era consciente de que no podía marcharse sin sufrir el mismo destino que su hermano, de modo que se levantó y realizó una promesa en alto, como si él pudiera oírla:

—Ganaré, Drew, te lo juro por las cuatro diosas. Y te juro también que la campesina sufrirá la peor de las muertes.

Chasqué la lengua. Elizabeth ni siquiera había podido defenderse de mí la noche anterior. Desde luego, no le resultaría fácil darme «la peor de las muertes».

Decidimos dejarla sola con su pena y nos adentramos en el monasterio. A paso ágil, nos dirigimos hacia uno de los corredores del claustro, el que conducía al templo. Sentía curiosidad por ver cómo era; después de todo, era la primera vez que visitaba uno. Mostré un gesto de asombro en cuanto Sam abrió el portón blanco con motivos florales.

Lo que más me cautivó fue que el suelo no estaba pavimentado, sino que mostraba la naturaleza en su máximo esplendor. Era como volver a casa sin estar en ella. En el centro, un sendero guiado por arbustos de dalias, azaleas, zinnias y gardenias nos llevaba hasta cuatro estatuas de yeso, las cuatro diosas: Talamia, diosa de la salud; Amarea, diosa de la vida; Namiria, diosa del amor; y Adhelia, diosa del destino y la buenaventura. Sus figuras formaban un círculo pavimentado con baldosas.

Lo que no comprendía era por qué la iluminación era tan lúgubre, pues era el lugar de culto a las cuatro diosas. La poca luz que entraba era de la luna, que se colaba a través de las vidrieras de colores cercanas al techo. Imaginé que no había cirios, candelabros u otro tipo de iluminación para no provocar un incendio.

Como era de esperar, Sam me indicó que me arrodillara en el suelo pavimentado para que empezáramos a rezar. Vi que cerraba los ojos y formaba dos círculos con el índice y el pulgar de ambas manos. Acto seguido, imité sus movimientos.

—Ahora podemos recitar una oración en voz alta para dedicársela a ella o, simplemente, puedes pedir por su alma en tus pensamientos.

—Eh... no sé cómo se hace. Prefiero que recites la oración.

Sam se dispuso a comenzar y yo, en lo más hondo de mí, no solo le dediqué sus palabras a Morgana, sino también a padre. Allá donde estuvieran, en el Prado Más Alto, si existía.

Oh, diosas nuestras,
cuidad de las almas que han partido hacia vuestra bendita gloria.
Diosa Amarea, llévalas a la vida después de la muerte.
Diosa Talamia, otorga salud a sus almas para que no se corrompan.
Diosa Namiria, bríndales el amor de aquellos que no partieron
y los recuerdan.
Diosa Adhelia, depárales un bienaventurado destino en vuestra
bendita misericordia.
Que así sea siempre.

Tras eso, Sam y yo nos quedamos en silencio durante un tiempo, pero él seguía moviendo los labios sin emitir sonido alguno. Debía de estar orando para sus adentros, como hacía Morgana. Yo lo intenté, pero ningún tipo de plegaria acudió a mí, así que aguardé hasta que por fin dio por finalizados sus rezos.

—¿Vamos, Savannah?

Asentí con la cabeza.

—Gracias, Sam.

«Eres un buen amigo». No llegué a decirlo en voz alta; no quería que me viera como algo más que una aliada. Me generó un regusto amargo haberlo conocido durante el Sacrificio de la Corona. Aparte de Morgana, nunca había creado un vínculo especial con nadie. ¿Por

qué el destino era tan caprichoso que me hacía conocerlo cuando uno de los dos acabaría muerto?



Al alba siguiente descubrí las verdaderas intenciones de Brandon en el Sacrificio de la Corona, si había alguna duda de cuáles eran.

No pude dormir en casi toda la noche, rememorando la prueba del día anterior y recordando la carta de Morgana. Cuando cerraba los ojos, veía el cuerpo semiinconsciente de Drew; al abrirlos, se me aparecía Morgana y volvía a oír las últimas palabras que me dedicó.

De modo que me levanté temprano para entrenar en el pasillo de los retratos. De regreso a mi cuarto, vi una silueta que se movía con sigilo por el monasterio. Era Brandon. Siguiendo mis instintos, decidí ir tras él.

El chico subió a la última planta del monasterio, donde se hallaban los aposentos privados del maestro de ceremonias. Vi que se colaba en el despacho y, con cautela, me acerqué a la estancia. Después, entreabrí la puerta sin que él reparara en mi presencia.

Brandon estaba rebuscando en los diferentes documentos del escritorio y sus cajones hasta que dio con uno que contenía la información que necesitaba.

—Así que Agathy Norvan Emmons... Ya te tengo.

Sin querer, dejé caer el peso contra la puerta que sostenía, y el chirrido alertó a Brandon, que enseguida se puso en guardia.

—¿Quién es Agathy Norvan Emmons? —susurré mientras abría la puerta, revelando mi presencia antes de que hiciera alguna tontería, como intentar atacarme.

Se le desencajó la mandíbula en cuanto se dio cuenta de que alguien lo vigilaba. Tardó en procesar que era yo, y no Darius o sus escoltas.

—¿Qué haces aquí? —masculló.

—Lo mismo debería preguntarte a ti.

En ese momento, lo dejó todo tal como estaba y salió del despacho. Después, me tomó de la mano y me instó a volver a las áreas comunes, a uno de los muchos pasillos de la planta baja.

—Espero que no vayas a contarle a Darius Hearnshaw lo que has visto. —Sus palabras sonaron toscas.

—Depende. —Sonreí—. ¿Qué gano yo?

—Que no te mate. Si no lo hago yo, lo hará el príncipe Clement en persona.

De modo que Brandon pertenecía a la Alianza de la Sangre Roja...

Siempre me había extrañado que él, perteneciente a una familia que estaba en contra de la Reina Colmillos, participara en la competición por la gloria que esta prometía. Aun así, tuve que reconocer que en los últimos días no le había prestado demasiada atención.

Eso podría venirme muy bien para conseguir mis objetivos, así que ensanché mi mueca sarcástica.

—Mmm... No es una amenaza que me parezca lo suficientemente atractiva como para callarme.

No tenía miedo a la muerte. En todo caso, me habría intimidado si hubiera mencionado a madre.

Era evidente que la tal Agathy significaba algo para el príncipe Clement. Tal vez incluso era el motivo de que Brandon estuviera allí... o quizá que participase Morgana. Y lo supe: si era un espía del

bando que se oponía a la reina, quizá no pensáramos de una forma tan distinta.

—Quiero formar parte de la Alianza de la Sangre Roja —confesé.

Brandon me miró incrédulo durante unos segundos antes de echarse a reír como si acabara de contarle la anécdota más divertida de mi vida. Jamás lo había visto mudar su expresión seria, ni siquiera cuando los demás participantes lo adulaban sin descanso.

—Perdona que no te tome en serio —dijo entre carcajadas—, pero no considero que una campesina valga mucho más que para... bueno... para lo que se supone que haces. Has superado algunos retos, sí, pero no te creas especial. Solo lo has conseguido porque los demás han sido más incompetentes que tú.

Me mordí el interior del labio, irritada. Imaginaba que me costaría convencerlo de que podía ser valiosa para la causa, pero no que intentara humillarme de esa manera. Cuadré los hombros, dispuesta a devolverle el golpe con algo que le borrara esa sonrisa de estúpido.

—No nos menosprecies por nuestro oficio —le dije al oído—, no sea que otra campesina te quite a tu cuñada de nuevo.

En efecto, Brandon borró toda expresión divertida del rostro. Al fin, se había dado cuenta de quién era.

—Tú... tú eres esa campesina que vivía en una aldea perdida de Azalea.

—Mi nombre es Savannah, no *esa campesina*. Imagino que Morgana te lo diría varias veces... Pero tu cerebro no es capaz de retener información que no se refiera a lo maravilloso que eres.

—Sabía que había algo de ti que no me gustaba.

Era consciente de que su actitud hacia mí se volvería más hostil en cuanto hiciera la gran revelación. No obstante, no soportaba que me infravalorase. Por fin me veía como a una contrincante, no como a alguien invisible que no merecía su atención, así que aguardé con mucho gusto lo que fuera a decirme, incluso aunque fueran improperios.

—No te puedes hacer una idea de lo mal que lo pasamos en mi familia. —Me apuntó con el dedo—. Morgana parecía haber perdido la razón... ¡Irse con una del pueblo llano cuando tenía a mi hermana a sus pies!

Sí, la verdad era que yo también me lo seguía preguntando, pero no iba a dejar que se diera cuenta de que me sentía como alguien inferior.

—Tal vez si tu familia no mirara a los demás desde el torreón más alto de un castillo imaginario entenderías por qué me prefirió a mí.

Brandon se quedó callado unos instantes, durante los cuales se planteó qué contestarme. Ensanché mi sonrisa y esperé.

—No, no lo entiendo —continuó—. Con mi hermana hubiera tenido un buen futuro.

Me encogí de hombros, y el hijo de los duques de Zinnia hizo el ademán de marcharse. Sin embargo, no podía acabar la conversación de ese modo, no con un potencial aliado.

—Pronto comprenderás que no he superado los desafíos porque los demás sean peores que yo, como dices. —Se detuvo al escucharme—. Y también que no soy una mala aliada para la causa del príncipe Clement.

En cuanto me callé, Brandon rio de nuevo, demostrándome que no me tomaba en serio. Al fin y al cabo, seguía siendo la campesina.

—Me conmueven tus intentos por sentirte útil en esta alianza. —Se secó unas lágrimas imaginarias—. Y tal vez podrías serlo. Pero, si eres inteligente, sabrás que en el Sacrificio de la Corona solo puede quedar uno. Y esa persona seré yo.

Capítulo 26



Dos días después de mi conversación con Brandon, los cuatro participantes que quedábamos nos presentamos en el claustro del monasterio de la Santa Sangrienta, el lugar donde se llevaría a cabo la siguiente prueba. La pista que nos habían dado en jornadas anteriores era la bandera de Parkisan manchada de sangre roja y negra. Los chorretones se disimulaban en la tela azul marino; solo podían percibirse a través de la cruz blanca que recorría el símbolo de nuestro reino.

Ninguno adivinamos qué desafío ocultaba esa pista; al menos, Brandon y Elizabeth no parecieron demostrar que así fuera. Incluso Sam podía estar mintiéndome. A pesar de que nos habíamos ayudado el uno al otro, cada vez quedaba menos para el final y las posibilidades de alcanzar la victoria eran mayores.

En el claustro nos esperaba Darius junto a dos escoltas, esta vez con el casco puesto. El maestro de ceremonias nos recibió con los brazos abiertos, como si ya fuéramos los ganadores de una competición en la que nadie había vencido.

—¡Bienvenidos al siguiente desafío del Sacrificio de la Corona! —dijo sonriendo—. Hoy os pondremos a prueba en todos los sentidos.

Sobre todo porque, para superar este reto, no solo deberéis proteger vuestra vida, sino también la de vuestro compañero. La prueba se realizará por parejas.

Sonreí y, acto seguido, Sam y yo nos acercamos el uno al otro. Conseguiríamos superar aquello y pasaríamos al último reto en el interior del monasterio.

Sin embargo, mi mueca alegre se esfumó tan rápido como había aparecido.

—Las parejas serán Savannah y Brandon, y Sam y Elizabeth —nos informó el maestro.

Me puse muy nerviosa. ¿Brandon? No, de ningún modo. Era cierto que podía haber sido peor, me podría haber tocado con Elizabeth. Aun así, estaba convencida de que Sam y yo habríamos sido el mejor equipo para resolver la prueba.

Mi compañero de desafío se llevó la mano a la frente, frustrado. Estaba tan decepcionado como yo, quizá más. Seguro que pensaba que iba a fastidiar su prueba. La suya, no la nuestra.

—Y no... —Los iris de Darius se clavaron en los míos—. No se admiten cambios de pareja.

Se me formó un nudo en la garganta. Entendí que, si ganaba yo, no volvería a ver a Sam, uno al que me negaba a llamar *amigo*. Sabía que, si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, lo hubiese defendido con mi propia vida, si hubiera sido necesario. Pero los universos paralelos no servían de nada, y la realidad era que él podía llegar a perder la vida como nuestros demás rivales.

—Para que una pareja supere el reto —prosiguió Darius—, tendrán que llegar con vida los dos, no sirve que lo haga uno solo. Los

perdedores se enfrentarán a diferentes destinos: uno será sacrificado y el otro, convertido en sirviente de sangre.

«¿Qué preferís: una muerte rápida o una lenta y agónica?», parecía decir.

Brandon me estudió con desdén. Le iba a tocar colaborar conmigo y no podría escapar de su destino.

En ese momento, Elizabeth le dedicó una mirada asesina a Sam.

—Si perdemos, estás muerto.

La lástima que había sentido por ella días antes, si aún quedaba algo, acababa de desvanecerse. Abrí la boca para defenderlo; sin embargo, él habló primero.

—¿En serio crees que les merece la pena dejarme morir? Nobles como yo no hay tantos. Plebeyos sin valor como tú, muchos. Mide bien tus palabras, no vaya a ser que te atragantes con tu propia sangre cuando te sacrifiquen.

Aunque sé que lo hacía para contraatacar la amenaza de Elizabeth, su respuesta me dejó pensativa. Si Brandon y yo fracasábamos, sería yo la sacrificada y él, el sirviente. No era una situación que me pareciera agradable, pero me parecía mejor final que convertirme en alimento de vampiros durante el resto de mi vida.

Eso sí, no estaba dispuesta a perder. Ni siquiera por Sam y su sueño de ser soldado real.

—No si yo te mato antes —siseó Elizabeth.

—Recordad que vuestra falta de compromiso os podría costar la vida a los dos —apostilló el maestro de ceremonias.

Acto seguido, chascó los dedos para que nos entregaran un saco mediano a cada pareja. Cuando lo sostuve, me di cuenta de que era

pesado.

—Aquí tenéis un obsequio que os será de vital ayuda para el reto —nos explicó—. No lo abandonéis bajo ningún concepto.

Curiosa por descubrir qué había en su interior, lo abrí. No obstante, Darius intervino para que me detuviera en el acto.

—Aún no, Savannah. Si adivinas su contenido, tendrías una ventaja injusta respecto a tus compañeros.

Me maldije por no haber sido capaz de descubrir qué había en su interior. Le hice un nudo para cerrarlo y aguardé a que el maestro de ceremonias nos diera más información sobre la prueba. Sin embargo, solo paseó su mirada mientras esbozaba una sonrisa que mostraba sus afilados colmillos.

—¿De qué va el desafío? —pronuncié, empezando a perder la paciencia.

Como si estuviera esperando esa pregunta, ensanchó su inquietante sonrisa y dijo:

—Un buen miembro de la familia real debe trabajar en equipo, estar en forma y reconocer a los enemigos, pero también...

En ese momento, uno de los soldados desenvainó la espada y le rajó la garganta a Darius. Los cuatro participantes ahogamos un grito, paralizados por lo que nuestros ojos acababan de presenciar.

La sangre del maestro de ceremonias gorgoteó en la herida mientras se ahogaba con ella. Segundos más tarde, se desplomó en el suelo.

Las pulsaciones comenzaron a ensordecerme. Me consideraba una persona capaz de reaccionar con rapidez ante cualquier situación; sin embargo, no me esperaba que uno de los escoltas que protegían

al maestro de ceremonias lo atacara. En realidad, no esperaba que alguien tratara de boicotear el Sacrificio de la Corona desde dentro.

Durante unos instantes que no podía permitirme, me pregunté si los vampisanos estaban de nuestro lado o pretendían asaltarnos. Cuando hicieron el ademán de abalanzarse sobre nosotros con un grito de guerra, entendí que no iban a apoyarnos. Solté el saco y hui con los demás.

—¡Coge el saco, campesina! —exclamó Brandon, y señaló a Sam, que todavía cargaba con él.

Darius nos había dicho que no nos olvidáramos de él durante la prueba. Pero eso había sido antes de ser asesinado por uno de sus escoltas, de modo que supuse que eso ya daba igual.

Al reparar en que no pensaba volver a por él, Brandon retrocedió sobre sus pasos y se encontró con la furia de los soldados. No tardó en desarmar y reducir a uno de ellos, pero el otro consiguió derribarlo. Mientras perdía de vista a Sam y Elizabeth, que huían por los corredores, me debatí entre abandonar a Brandon a su suerte o, por el contrario, auxiliarlo.

No fui capaz de dejarlo atrás, sobre todo cuando nos necesitábamos unos a otros para salir con vida del monasterio.

—¡Savannah! —me llamó Sam.

—¡Seguid vosotros! ¡Ahora vuelvo!

Me oculté entre la maleza y, cuando lo creí conveniente, me hice con la espada que Brandon le había quitado a uno de los soldados. Después, me lancé sobre el que lo retenía y le puse la hoja a la altura del cuello. Mientras el vampiro estaba inmóvil, le levanté la visera del casco.

Brandon esbozó una sonrisa, como si eso fuera lo que esperaba por mi parte, y estrelló el puño contra su rostro. Este gritó, comenzó a sangrar por uno de los ojos y soltó a mi rival.

Entonces me di cuenta de que los anillos de oro de Brandon no eran simples joyas. En su interior había pequeños cuchillos que asomaban cuando se activaba el mecanismo. Las armas del exterior estaban prohibidas en el Sacrificio de la Corona, pero él se las había arreglado para introducir una.

Con destreza, el noble le robó el arma, cogió el saco y salimos corriendo de allí. Antes de abandonar el claustro, observé que en la galería del último piso ondeaba una bandera manchada de sangre. La misma que habían utilizado como pista de una prueba que ya no se iba a celebrar.

Me estremecí cuando, por esa planta, asomaron soldados que celebraban el asesinato del maestro de ceremonias.

—¡Muerto el bufón, se acabó la competición! —gritaron, demasiado embebidos en su triunfo como para darse cuenta de que seguíamos allí.

Seguimos los pasos de Sam y Elizabeth antes de que los perdiéramos de vista por el pasillo. Tenía la esperanza de que, si lo hacía, me encontraría con él. Ilusa de mí, el lugar era muy grande.

Por los corredores del monasterio de la Santa Sangrienta escuchamos los mismos vítores que habíamos oído antes, en esa ocasión más difusos. Lo único que podía pensar era cómo se suponía que íbamos a escapar, si el lago estaba repleto de caimanes. Más allá, tendríamos que enfrentarnos a soldados y lobos.

Estábamos muertos.

Salimos por la parte trasera del monasterio, donde se hallaban los jardines. No había ni rastro de Sam y Elizabeth; debían de haber tomado otro camino. Hice el ademán de regresar al interior para buscar a mi amigo. Sin embargo, Brandon me retuvo por la muñeca.

—¿Has perdido el juicio?

—Debemos buscar a Sam. ¡Tengo que saber que está bien!

Su mirada perpleja se intensificó. En efecto, para él había enloquecido.

—No vamos a ir a buscar a Sam.

—¡Pues iré yo sola! —exclamé mientras me zafaba de su agarre.

—¿No te das cuenta de que, para superar la prueba, necesitamos llegar con vida los dos?

Fruncí el ceño, pues el que parecía haber perdido el juicio en ese instante era él.

—No hay ninguna prueba, Brandon. El maestro de ceremonias ha muerto.

Aprovechando mi confusión, volvió a sujetarme por la muñeca y logró arrastrarme sin demasiado esfuerzo hasta el interior del laberinto. Me guio al centro y, cuando se aseguró de que estuviéramos a salvo allí, se limpió la sangre negra de la mano con el agua de la fuente. Después, abrió el saco.

Dentro había provisiones: agua dentro de una calabaza seca, algo de fruta, dos ballestas y dos carcajes con quince flechas cada uno. De pequeña, padre me había enseñado a usar esas armas, pero no practicaba desde hacía tiempo. Siempre había preferido la espada. Esperaba que mi puntería no se hubiera visto demasiado afectada.

Por último, Brandon sacó una carta del interior del saco. Iba dirigida a nosotros.

—¿Haces los honores de leerla, campesina? —preguntó mientras alzaba el sobre con dos dedos.

—No sé leer —musité.

—Oh, sí que sabes. No creas que no me he dado cuenta de cómo miras de reojo las ubicaciones y fechas de las pruebas.

Abrí la boca y, durante unos instantes, me planteé de qué manera podía continuar con mi mentira. No obstante, la expresión escéptica de Brandon me indicó que sería imposible que lograra convencerlo. Nunca se había tragado mi interpretación.

Le quité el sobre y, cuando lo abrí, me quedé muda. El responsable de mi silencio era el contenido de la carta, que al principio no fui capaz de verbalizar. Solo podía leerlo para mí y comprobar que, efectivamente, Brandon tenía razón.

Mis queridos participantes:

¡Bienvenidos a la siguiente prueba del Sacrificio de la Corona! Un buen miembro de la familia real debe trabajar en equipo, estar en forma y reconocer a los enemigos. Pero también responder con rapidez y elegancia a sus ataques. Hoy habéis perdido vuestro pequeño castillo: el monasterio de la Santa Sangrienta. Si estáis leyendo la carta, significa que habéis sobrevivido a los insurrectos. Por ahora.

Para superar el reto, debereís encontrar la bandera de Parkisan que hemos escondido en el monasterio. Pero cuidado, porque los peligros acechan y los soldados están sedientos de sangre humana.

Tenéis total libertad para matarlos si es necesario. Después de todo... son traidores.

Sangre y victoria,

Darius Hearnshaw

Capítulo 27



¿Eso significaba que el golpe contra el Sacrificio de la Corona era mentira, que todo había formado parte de la prueba? Probablemente, Darius seguía vivo en el interior del monasterio mientras se reía por cómo reaccionamos a su muerte.

—¿Qué pone en la carta? —inquirió Brandon.

Solo entonces fui capaz de revelar su contenido. A medida que avanzaba, curvó las comisuras hacia arriba. No ocultaba el orgullo que le producía haber acertado de nuevo. Intenté ocultar mi frustración, ya que, por una vez, su avanzado intelecto me aventajaba a mí también.

—Debemos encontrar esa bandera —sentenció.

—La he visto, está en la última planta de la galería del claustro. No parece un reto muy complicado.

—Si está tan a la vista, no nos lo pondrán fácil. —Acto seguido, alzó una de las ballestas—. Nos tocará luchar.

—Juntos.

—Solo esta vez, campesina.

Asentí con la cabeza como respuesta a sus palabras. Esa sería nuestra pequeña alianza, que duraría lo que tardáramos en

conseguir la bandera de Parkisan.

Brandon dejó allí el saco y solo se llevó una ballesta y un carcaj. No quiso coger la espada que le había robado al soldado; quizá le era más útil atacar con sus anillos. Parecía dispuesto a recuperar el control del monasterio de la Santa Sangrienta cuanto antes.

Sin embargo, no llevaba todo; olvidaba las provisiones.

A pesar de que me aventajaba en ciertos aspectos, en momentos como ese me daba cuenta de que había vivido demasiado cómodo en su palacio. No era consciente de las adversidades a las que nos podíamos enfrentar dentro y de que, tal vez, necesitaríamos comida y agua para no desfallecer. Por tanto, cogí la calabaza seca que habían llenado de agua, me la até a la cadera con el cinturón que portaba el recipiente y, después, me guardé una manzana en el bolsillo. También elegí la ballesta y el carcaj, y dejé allí la espada. Algo me decía que era mejor que Brandon no se diera cuenta de que era hábil con ella.

A través de uno de los accesos del laberinto, vimos que dos soldados estaban custodiando el portón trasero para que no entráramos por él. No llevaban casco para que fuera más sencillo reducirlos. Uno de ellos me resultaba familiar, y recordé que había formado parte de la prueba del enemigo infiltrado. Así que, para ese reto, habían utilizado de nuevo al grueso de vampiros que detenían en Parkisan día tras día. Criaturas puestas a nuestra disposición para matarlas.

¿Por qué me extrañaba? La Corona nunca pondría en peligro a los vampiros de confianza.

Con sigilo, nos ocultamos tras diferentes matorrales del jardín. Cuando nos situamos en el más cercano a ellos, en la parte baja de

las escaleras, les apuntamos con las ballestas. Cerré un párpado para apuntarles a la cabeza; no obstante, estaba algo oxidada con esa arma. No me sentía cómoda desde una distancia tan prudente.

Fallé estrepitosamente.

—Joder —musité para mí.

Como no podía ser de otro modo, repararon en nuestra presencia.

Una de las flechas de Brandon acabó en la frente de uno de ellos. Su compañero avanzó hacia nosotros mientras desenvainaba la espada, pero no llegó muy lejos.

No erré ese segundo disparo.

—Buen tiro, campesina. Aunque algo me dice que ha sido suerte —dijo con una sonrisa de suficiencia—. Tú preocúpate de no morir en esta prueba y déjame los soldados a mí.

Apreté la ballesta con fuerza para apartar la idea de darle una lección. Por un lado, era buena señal que me subestimara de ese modo; por otro, mi orgullo se sentía herido.

Ambos comprobamos que no había más soldados a nuestro alrededor y, tras ponernos en pie, nos acercamos al portón trasero.

En ese instante, Sam apareció corriendo hacia mí, seguido por Elizabeth, que no parecía tan contenta de vernos.

—¡Sam, estás bien! —celebré mientras me abrazaba.

Una oleada de alegría me invadió al reparar en que, por el momento, había sobrevivido a la prueba. Sin embargo, pronto me vi obligada a deshacer esa muestra de cariño. No éramos compañeros, sino rivales. Aun así, su gesto seguía siendo sincero, y eso hacía que me costara mantener el mío.

—¡Vamos, Sam, joder! —protestó Elizabeth, que también quería entrar en el monasterio cuanto antes.

No obstante, él la ignoró y se dirigió hacia nosotros.

—Deberíamos trabajar juntos para atrapar esa bandera —sugirió.

—Sí, y luego nos repartimos el premio, si te parece —respondió Brandon con ironía.

Para mí, la propuesta de Sam no supuso una sorpresa. Ya sabía que abogaba por trabajar unidos; sin embargo, en esa ocasión no sería posible. En ese reto no podríamos sobrevivir colaborando. Si una pareja ganaba, implicaba que la otra perdía.

Aproveché la conversación para recuperar la flecha del cuerpo del soldado.

—Solo de ese modo podremos con los vampiros —siguió Sam—. Es lo que quieren: que intentemos traicionarnos unos a otros. Ellos trabajan en equipo, mientras que a nosotros nos dividen por parejas para ponernos en una situación de desventaja.

—¿Y cómo sé que no es una trampa para ganar vosotros? —Brandon arqueó una ceja.

—Sam no es así... —intervine.

—¿«Sam no es así»? —repitió el noble con incredulidad—. ¿Acaso sois amigos desde la niñez? ¿O lo conoces desde hace el mismo tiempo que a mí, poco más de una semana?

Ignoré sus reproches mientras me aseguraba de que no nos acecharan los vampiros. Estaban tan concentrados en su conversación que habría sido el momento perfecto para matarnos a todos y no dejar a ningún ganador con vida.

—Deléitame con tu plan todo lo que quieras —respondió Brandon a unas palabras de Sam que no había llegado a oír—. No pienso caer en él.

—Si alzamos la bandera a la vez, tendrán que nombrarnos ganadores a los cuatro.

En ese momento, Elizabeth se abrió paso entre nosotros y chocó adrede contra mi hombro para demostrar que nuestra relación seguía siendo hostil, más aún tras la muerte de su hermano.

—¡¿Acaso eres estúpido?! No vamos a ayudarles. Vamos a ganar. —Abrió el portón y se adentró en el monasterio—. Y, cuando lo hagamos, reconsideraré si vale la pena no matar... ¡Aaah!

Al igual que con la muerte del maestro de ceremonias, fui incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo.

El cuerpo de Elizabeth desapareció y, al instante, su carcaj se estrelló contra el suelo junto a las flechas. Solo se oyó un corte seco. Entendimos lo que pasaba cuando su cabeza decapitada cayó sobre la funda de cuero.

La parkisana, cegada por sus ansias de victoria, no había reparado en que, durante el tiempo en que habíamos estado fuera, habían puesto una trampa. Una cuerda había atrapado su pie y la había dejado colgando, boca abajo, cerca de la alta bóveda del monasterio. En ese instante, el mecanismo se activó y un hacha cruzó el aire a la altura de su cuello, con una precisión brutal.

Se me removió el estómago, sobre todo cuando la sangre cayó al suelo y comenzó a mancharle el rostro. El espectáculo macabro, sumado a su expresión horrorizada, me obligó a apartar la mirada.

—¡No! —La voz de mi amigo se quebró.

Sam no lamentaba el destino de su compañera, sino que ahora le sería imposible superar la prueba. La advertencia de Darius se había cumplido: si no trabajaban en equipo, acabarían los dos sin vida. De ese modo, Elizabeth había encontrado una muerte inesperada.

—H-has perdido la prueba —pensé en voz alta.

—Mirad el lado bueno —comentó Brandon—. Que ella haya caído en la trampa significa que nosotros ya no caeremos en ella.

El comentario fue tan inoportuno que mi amigo no pudo mantener la compostura y lo empujó contra la fachada del monasterio. A Sam le temblaron los labios mientras apretaba el antebrazo contra la garganta del noble, pero lo retuve para intentar calmarlo.

—Sam... —supliqué.

—Vamos, no te pongas así —rio Brandon—. Ella está muerta, así que tú acabarás convirtiéndote en sirviente de sangre. En el fondo, te ha hecho un favor. No ibais a ganar.

Tiré con suavidad de Sam y logré apartarlo de mi compañero. Sin embargo, no pudo contestar al hijo de los duques de Zinnia. El ruido había alertado a un grupo de cinco soldados. Los vampiros corrían hacia nosotros desde el interior del monasterio, con una mirada cargada de ansia por matar.

Brandon y yo levantamos las ballestas y disparamos. Cayeron un par, pero estábamos en clara desventaja. Solo éramos dos, y debíamos recargar nuestras armas. Entonces Sam levantó la suya y, juntos, terminamos con ellos.

—No voy a hacerte nada, Brandon —dijo Sam al fin—, por Savannah. Si no gano yo, que lo haga ella.

Sus palabras me dejaron desconcertada, a pesar de que respondían a la clase de persona que me había demostrado ser. Aun así, no me esperaba que fuera a arriesgar su vida por mí.

No fui capaz de contestar.

—¿Nos ayudarás a ganar una prueba que ya has perdido? —Brandon verbalizó la pregunta que estaba pasando por mi cabeza.

—Creo que la unión hace la fuerza, aunque yo no salga beneficiado.

Brandon asintió ante la convicción de Sam. Acababa de ganarse su respeto, algo que nadie había conseguido en esos días.

—Pues matemos a esos vampiros de una vez —sentenció mi compañero de prueba mientras recogía las flechas de Elizabeth, que todavía podían servirnos.

Acto seguido, los tres nos adentramos en el monasterio y comprobamos que no hubiera más trampas. El hacha ensangrentada que colgaba del extremo de la cuerda se volvió tentadora; sin embargo, no estábamos seguros de si al cogerla activaríamos otra trampa. Por lo tanto, dejamos atrás una de las armas más suculentas del desafío.

Reparé en que, al contrario de lo que había sucedido con los de la puerta, a estos soldados los habían dejado desarmados para que fuera más fácil acabar con ellos. Su única arma eran sus colmillos y las trampas que habían puesto a la entrada del monasterio.

El camino estaba despejado, y así continuó hasta que llegamos al claustro. Los cánticos por la muerte de Darius Hearnshaw habían cesado. Si no hubiese sido por el desarrollo de la prueba, habríamos pensado que éramos los únicos dentro del monasterio.

Mientras cruzábamos las galerías para llegar a las escaleras, vi que el cuerpo del maestro de ceremonias aún estaba tirado en el centro del claustro. Parpadeé sorprendida. ¿Seguía representando su personaje por el bien de la prueba? ¿O había muerto de verdad?

En ese momento, una flecha cayó frente a nosotros. Se me aceleró el corazón por lo poco que había faltado para que acertaran.

De haberla disparado los verdaderos vigilantes del monasterio, estaríamos muertos.

Los tres levantamos la cabeza y observamos que, en la galería de la última planta, nos apuntaban con sus ballestas.

—¡A cubierto! —bramé.

Sam, Brandon y yo corrimos lo más rápido que pudimos. Mis compañeros dispararon a los vampiros y, aunque al principio los acompañé en la defensa, utilicé mis flechas para las distancias más cortas, para los vampiros que aparecían en nuestra planta.

—¿Cuántos vampiros hay aquí, joder? —protesté.

Entre Sam y Brandon lograron reducir a parte de los enemigos del último piso, pero no fue suficiente. Volveríamos a verlos tras subir a la última planta para coger la bandera.

En cuanto comenzamos a correr por los escalones en forma de caracol, más enemigos empezaron a acecharnos. Habría al menos dos decenas, y todos eran vampiros desarmados y torpes en la lucha. Aun así, eran más y se encontraban en una situación de ventaja porque la forma de espiral de la escalera nos entorpecía a la hora de luchar con la ballesta.

—La buenaventura de la diosa Adhelia quiso que mi mano dominante fuera la izquierda —se enorgulleció Brandon.

Al ser zurdo, la dirección de nuestro movimiento no le entorpecía tanto como a Sam o a mí, que éramos diestros. Por tanto, lideró la marcha por las escaleras. Sam se encargó de cubrirnos las espaldas y yo, de reducir a los pocos vampiros que nos alcanzaban. También tuve que dejarle alguna flecha a Brandon, puesto que había gastado todas las suyas. Poco a poco, los vampisanos cayeron heridos de muerte y pudimos ascender hasta la última planta. Nuestra

conquista del monasterio de la Santa Sangrienta fue lenta pero efectiva.

Cuando llegué al final de las escaleras, me sorprendió darme cuenta de que no estaba fatigada. En cualquier ocasión, correr cargada y subir escalones me habría agotado, pero la buena alimentación, aunque hubiera sido durante unos días, estaba mejorando mi resistencia.

Inspeccioné el corredor. Me dio un vuelco el corazón en cuanto vi que, encima de un atril, se encontraba la bandera de Parkisan, la misma que nos llevaría a la victoria. Tras comprobar que estábamos solos, a excepción de una estatua de piedra con una ballesta, Brandon y yo avanzamos a pasos agigantados hacia nuestro destino. Sin embargo, de pronto me detuve.

—¡Un momento, Brandon!

El noble, para mi sorpresa, me hizo caso.

—¿Qué ocurre? —dijo un poco fastidiado.

—¿No te parece raro que no haya nadie? Alguien debería haberse quedado cuidando la bandera.

—Los hemos matado a todos. ¿Quién queda para impedirnos la victoria?

Padre solía advertirme de que, cuando el botín que iba a robar estaba desprovisto de seguridad, solía ser porque esta se encontraba oculta a través de trampas. Era lo que había pasado con Elizabeth. No nos iban a poner tan fácil la victoria, demasiado que habían dejado a muchos soldados sin armas.

Me di la vuelta y retrocedí hasta la estatua que portaba la ballesta, seguida por Brandon. El arma era de verdad, así que supuse que se

activaría en cuanto sacásemos la bandera del atril. Reparé en que, a sus pies, había una inscripción.

«Dejad cuatro flechas inutilizadas en mi carcaj y yo os daré la libertad».

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¡Me quedan tres flechas! —lamenté.

Brandon abrió mucho los ojos, horrorizado, y trató de buscar alguna en su carcaj. A pesar de que era consciente de que se había quedado sin ellas, su estado de negación le obligó a comprobar si aparecían más de forma milagrosa.

—¡No puede ser! —Furioso, lanzó la funda de cuero al suelo—. ¡Maldita sea!

Por fortuna, en nuestro campo de visión apareció una nueva flecha. La de Sam, que se había mantenido a parte, vigilando el acceso a la torre.

—Tomad la mía —dijo Sam—. Usadla.

Brandon se quedó boquiabierto ante la oferta de mi amigo. Era un gesto impropio de él, pero le estrechó la mano tras coger la flecha, expresando su agradecimiento. El momento duró poco, pues su lado orgulloso le obligó a recuperar la imagen del parkisano arrogante que no valoraba a nadie que no fuera él.

Cuando se apartó, abracé a Sam. No solo como agradecimiento, sino como despedida por si no podíamos hacerlo después. Lo iba a echar mucho de menos durante todo el tiempo en que yo sobreviviera. No me hacía a la idea de que ya no formara parte de la competición y de que su sueño de formar parte de la Orden de las Espinas se hubiera truncado para siempre.

—Venga, Savannah —dijo apartándose de mí—. Tienes un reto que superar.

Asentí con la cabeza. Brandon me pasó la flecha en otro raro gesto de amabilidad y, tras unirla a las mías, las coloqué en el carcaj.

Contuvimos el aliento hasta que la estatua soltó la ballesta. La cogí en el aire para que no se accionase por el impacto y nos hiriera, o peor aún, matara a alguno de nosotros.

Entonces, por fin, Brandon y yo nos dirigimos hacia la bandera de Parkisan y la alzamos para dar por finalizada la prueba.

Capítulo 28



Alguien aplaudió. En el umbral de las escaleras apareció Darius, que sonreía mientras avanzaba hacia nosotros. Su cuello y sus ropajes estaban manchados de la sangre de vampiro falsa que había utilizado. Además, iba acompañado por sus escoltas, los de verdad.

—¡Enhorabuena! —celebró—. Pasáis al último desafío dentro del monasterio.

Brandon y yo nos dedicamos una mirada de confusión. No comprendíamos por qué había fingido estar muerto cuando ya sabíamos que todo era parte del Sacrificio de la Corona.

—Ha sido divertido ver cómo presenciabais mi muerte. Pero no temáis, ni un ejército de vampiros sería capaz de conseguir mi cabeza... —Se quedó pensativo y añadió—: Aunque vuestra compañera Elizabeth no pueda decir lo mismo.

Apreté los dientes hasta que sentí que iba a partirme una muela. Yo era la primera en odiar a Elizabeth, y su muerte no me había afectado más allá de por lo macabra que había sido. Sin embargo, bromear sobre un asesinato que él mismo había perpetrado me parecía demasiado desagradable.

Acto seguido, Darius reparó en Sam. Tragué saliva. Se acercaba el momento que tanto temía: comunicaría a mi amigo cuál iba a ser su trágico destino.

—Sam, ha sido un honor tenerte como participante en el Sacrificio de la Corona.

Me pareció verle fruncir el ceño desde la distancia, gesto que yo imité. Lo normal en el maestro de ceremonias habría sido dedicarle una despedida burlona, sarcástica, incluso tétrica.

—No lo entiendo, maestro —contestó mi amigo.

—Solo tú has comprendido el espíritu del Sacrificio de la Corona. Cuando todos tus compañeros miraban por ellos mismos, tú te has preocupado por el bien común. Has luchado junto a Savannah y Brandon cuando ya habías perdido el reto. Hoy has perdido, pero a la vez has ganado, porque ellos no habrían vencido sin ti.

Sam no parecía muy convencido ante las efusivas palabras del maestro de ceremonias. Al igual que Brandon y yo, cada vez se sentía más confuso.

—¿Sabes por qué tus compañeros han sufrido esos destinos tan horribles? —Le sujetó las manos para captar su atención—. Porque solo pensaban en ellos, pero tú no. Habrías sido un buen heredero de Parkisan.

—G-gracias.

—Vivirás muy bien como sirviente de sangre. —Estrechó los brazos de mi amigo con las manos—. Me encargaré de que tengas una familia digna de un participante como tú.

Sam se vio obligado a mostrarse conmovido por el extraño gesto de deferencia del vampiro. Al fin y al cabo, Darius le estaba dando la oportunidad de ser un sirviente de sangre privilegiado. Me

preguntaba si en realidad viviría tan bien o todo formaba parte del discurso pasional del maestro de ceremonias.

Sin embargo, su actitud con Sam no debía de ser del todo mentira, puesto que le permitió despedirse de nosotros. Los anteriores rivales no habían tenido la oportunidad de hacerlo.

—Supongo que se acabó —dijo Sam, triste, cuando se acercó a nosotros.

Abrí la boca, pero no fui capaz de emitir palabra alguna. Para mi sorpresa, empecé a llorar, y las lágrimas me cerraron la garganta. Todo el mundo que me importaba se acababa marchando de mi lado por culpa de los vampiros. Padre, Morgana, incluso madre con la competición... y Sam. Tal vez estaba destinada a perder todo lo que me importaba. Tal vez estaba destinada a estar sola mientras los demás celebraban con júbilo la compañía de los demás.

Cuando mi amigo vio que estaba destrozada, me estrechó entre sus brazos con fuerza. Él también lloraba, tal vez también por mí. Pero, principalmente, porque nunca podría cumplir su sueño.

Cuando nos separamos, al fin logré decir:

—En otra época, estoy segura de que habríamos sido grandes amigos.

—Ya lo somos, ¿no?

Luché contra las lágrimas. Al llegar al Sacrificio, estaba convencida de que pasaría la competición sola. No me imaginaba que iba a conocer a una persona que me marcaría de esa forma.

—Ah, y gana a Brandon por mí. —Lo señaló con la cabeza.

—Si crees que se lo voy a poner fácil, no me conoces —intervino Brandon con tono sarcástico.

Desde que Sam se había ofrecido a ayudarnos, había bajado la guardia con él. El Brandon que hablaba no era el que había sido un arrogante con nosotros, sino el que había agradecido su ayuda a Sam.

—Nunca te olvidaré, Savannah —se despidió de mí—. ¡Gracias por haber hecho que esta experiencia fuera menos terrorífica!

Esbocé una sonrisa e intenté mantener el semblante calmado; sin embargo, mi corazón se resquebrajaba por dentro a cada paso que daba. Cuando mi amigo desapareció por las escaleras con el maestro de ceremonias y sus escoltas, entendí que Sam se había convertido en el eco de un pasado que no iba a volver.



A la mañana siguiente, Brandon y yo descubrimos que íbamos a realizar la última prueba del monasterio ese mismo día. Después de desayunar, tendríamos que enfrentarnos a un duelo de espadas en el templo. Por primera vez, la pista estaba clara: dos armaduras en guardia y con sus respectivas espadas en alto.

—Ha sido un placer colaborar contigo, pero la victoria de este duelo es mía, campesina.

Brandon estaba tan embebido en su prepotencia que creía que sería una rival fácil de vencer. Seguro que no se imaginaba hasta qué punto padre y yo habíamos entrenado con las espadas. No pensaba defraudarlo, allá donde estuviera. Esa era mi prueba, y le demostraría que todo aquello que me había enseñado no había sido en vano.

Después del último banquete, nos dirigimos hacia el templo. Intuí que el duelo se llevaría a cabo en el centro asfaltado, donde se encontraban las estatuas de las cuatro diosas, porque Darius se había situado allí con sus escoltas.

A diferencia de la noche en que Sam y yo rezamos por el alma de Morgana, aquel día la luz que entraba por los ventanales iluminaba algo el templo. No demasiado, seguía siendo lúgubre, pero lo suficiente como para distinguir formas y figuras.

—Bienvenidos a la última prueba en el monasterio de la Santa Sangrienta. —Extendió los brazos en cuanto nos vio aparecer—. Hoy es un día para celebrar. La culminación de un viaje maravilloso.

Intenté no desencajar la mandíbula al oír cómo hablaba, una vez más, del Sacrificio de la Corona, como si no hubiera sido una carrera sangrienta en la que habían jugado con nosotros como si fuéramos peones en un tablero de ajedrez. Sobre mis hombros pesaban todas las muertes y los sueños truncados de mis antiguos rivales, y sabía que las pesadillas no me dejarían en paz mientras tuviese conciencia.

La indignación corría por mis venas, y apreté los puños. De reojo, vi que Brandon hacia lo mismo, con las manos cruzadas a la espalda.

—Pero, como bien dicen —prosiguió ajeno a nuestra reacción—, solo puede quedar el mejor. Y el vencedor de hoy se enfrentará al último reto en el castillo de Branamor. Además, como cada año, no estamos solos. ¡Tenemos a una invitada muy importante entre nosotros!

De pronto apareció una joven de piel negra vestida de verde oscuro con los rizos recogidos en una coleta alta y una sonrisa

demasiado tranquila para la ocasión. Caminaba como si todo aquello fuera un espectáculo preparado para entretenerla.

Brandon palideció al verla, y todos, incluso Darius, se inclinaron en una profunda reverencia.

No me costó adivinar quién era, aunque nunca la había visto: Omelia Delagarde, la sobrina de la Reina Colmillos. Mientras yo también me inclinaba, la observé con atención. Su expresión bobalicona pertenecía a alguien cuya única preocupación era no aburrirse demasiado. Ni siquiera había hablado y ya me caía mal.

—Es un honor para mí estar aquí hoy —comenzó—. Siempre me gusta conocer a los aspirantes al último reto en el castillo de Branamor. Que las diosas os guíen en el camino hacia la victoria.

Brandon se tensó aún más a medida que Omelia hablaba. De hecho, reparé en que ella se forzaba a mirarme solo a mí, como si mi adversario no existiera. Estaba claro que se habían visto antes y que algo había pasado entre ellos.

Omelia inclinó la cabeza, se retiró del centro del templo y se sentó junto a sus escoltas en la primera fila de bancos para presenciar el duelo.

—Un buen miembro de la familia real debe trabajar en equipo, estar en forma, reconocer a los enemigos y responder a los ataques —prosiguió Darius—. Pero también debe saber luchar, porque no siempre tendremos a nuestros soldados para que nos defiendan.

Con la mano, señaló una mesa repleta de espadas que habían puesto a nuestra disposición para el duelo.

—Podéis elegir hasta dos armas para defenderos. El combate finalizará cuando uno quede desarmado. Por supuesto, no podéis aprovechar la prueba para heriros intencionadamente. El ganador

decidirá el destino del perdedor: sacrificio, servidumbre de sangre o pérdida del título.

Contuve la respiración. En mi caso solo podría enfrentarme a los dos primeros. Y ninguno me parecía apetecible, así que prefería vencer a Brandon.

En silencio, nos dirigimos hacia la superficie de madera e inspeccionamos las armas. Él se decantó por una espada bastarda y, tras meditarlo, yo también elegí una de esas. Sin embargo, no iba a ser suficiente para desarmarlo con seguridad, por lo que busqué una daga concreta hasta que la encontré. Era igual que la que le entregué a madre en Lokkat, y la elegí porque su empuñadura ocultaba un secreto: un botón que abría la hoja de la daga en un tridente.

Me hice con ella y, después, cogí un cinturón para enfundarla y desenvainarla cuando fuera necesario.

A continuación, miré a Brandon, que seguía con su espada bastarda.

—¿No vas a coger dos armas, como yo?

Aunque no debería habérselo dicho, por si cambiaba de opinión, me apenaba aprovecharme de él de ese modo. No dudaba de que fuera un buen espadachín, pero él creía que yo no lo era. Y sus elecciones se basaban en que iba a ser fácil vencerme.

—Es mejor elegir algo sencillo y efectivo que complicado e inútil.

—Puede... —Me encogí de hombros.

Nos situamos en el centro del templo, con las estatuas de las cuatro diosas mirándonos fijamente. Darius y sus escoltas se hicieron a un lado para no entorpecer el reto.

Respiré hondo y me preparé para demostrar lo bien que padre me había formado. Eché el pie izquierdo hacia atrás, sujeté la empuñadura de la bastarda con ambas manos y coloqué la espada protegiendo mi torso.

Desde la distancia, vi que Brandon se había quedado estupefacto por la facilidad con la que me había posicionado. Tal vez debería haberme mostrado más vacilante por el bien del desafío.

—¡Que comience el duelo y que gane el mejor aspirante a heredero de Parkisan! —anunció Darius—. ¡Sangre y victoria!

Capítulo 29



Esperaba que Brandon fuera el que diese el primer paso, pero no se movió. No sabía si estaba estudiando mis posibles movimientos por su desconcierto de antes o si pretendía darme ventaja por no ser hábil en el uso de la espada.

No lo veía tan generoso, pero me acercaría, pues.

Apoyé la bastarda en el hombro durante unos segundos mientras me acercaba con paso ágil. Él frunció el rostro y se preparó para la primera estocada. Respondió a mi ataque con destreza, tal y como esperaba.

Aun así, no se mostraba tan arrogante como de costumbre.

—¡Sabes luchar! —gruñó.

—Nunca te dije que no supiera.

Brandon y yo nos alejamos durante unos instantes, lo suficiente para pensar rápido en la próxima estrategia. De momento, debía defenderme más que atacar a mi oponente, dado que él trataría de desarmarme acortando las distancias. La diferencia de altura no estaba de mi parte en el duelo.

—¿Quieres luchar? —Brandon tragó saliva—. Pues lucharemos.

Como preveía, se abalanzó sin dudar, buscando pillarme por sorpresa. Retrocedí unos pasos, esquivando su primera embestida sin apartar los ojos de su espada.

Al instante, fui yo la que me lancé, pero con más cautela. Nuestras espadas chocaron, y un sonido metálico resonó por todo el templo. Brandon maldijo por lo bajo al ver que su táctica no había surtido efecto. Intentaba sobresalir en la prueba, y no solo por ganarme. Parecía que quería lucirse ante Omelia, que seguía observándolo con indiferencia.

—Tendrás que pensar en otra cosa si quieres desarmarme —jadeé —. Deberías haber cogido las dos espadas.

Deseaba provocarle. Si atacaba sin pensar, tendría una oportunidad. Pero se mantuvo callado, moviéndose a mi alrededor, con los ojos fijos en los míos.

Imité su movimiento, flexionando las rodillas, buscando con la espada un hueco en su defensa. Con cada paso, dibujábamos un círculo en el suelo. El duelo se convirtió en una tensa danza bajo la pétrea mirada de las cuatro diosas.

De pronto, cambió de estrategia. Ya no se lanzaba al ataque, estocada tras estocada, sino que esperaba estudiándome.

Aquello me puso alerta. No era buena señal.

El siguiente golpe llegó por encima de mi cabeza. Lo bloqueé y devolví una estocada rápida, demasiado alta. Él sonrió.

Había caído en su trampa.

Las hojas se engancharon durante un instante y él aprovechó para arrimarse e intentar quitarme la espada por el mango. Forcejeamos, hombro con hombro, jadeando. Sentí el metal temblando en mis

manos. Él trataba de arrancarme la bastarda y yo, de continuar con ella.

Durante un segundo pensé en quitarle la suya, pero habría sido demasiado arriesgado.

—¡Dámela, Savannah! —rugió.

—Nunca.

Me impulsé hacia atrás y, tras un par de intentos, logré librarme de la trampa que me había tendido. El corazón me latía con fuerza, había estado a punto de perder. Si se hubiera quedado con mi bastarda, la daga habría caído poco después. Respiré agitada, aún aturdida por el error que había cometido. Debería haber visto antes su intención, cuando levantó la espada por encima de la cabeza. Podía imaginarme a padre negando con la cabeza: era una estrategia que habíamos practicado muchas veces.

Cuando Brandon bajó la espada en posición de primera defensa, desenvainé la daga con la mano derecha. Si no lo conseguía en ese momento, no lo lograría nunca.

Durante un minuto nos acercamos y retrocedimos sin éxito, hasta que fingí que empezaba a cansarme. Inspiré y espiré profundamente, mientras el sudor brillaba en mi frente.

Quería que creyera que sus golpes me debilitaban, que la espada me pesaba cada vez más. Que, por una vez, estaba siendo una rival transparente.

Su arrogancia era tal que no reparó en que todo era una farsa.

—Vamos, Savannah, estás cansada. —Sonrió con sorna—. No te esfuerces más sacando esa daga como último recurso. No te servirá de nada.

—No..., tengo que... continuar —forcé las palabras entrecortadas.

Volví a acercarme, lanzando estocadas cada vez más débiles, fingiendo el agotamiento de una persona que lucha por ganar aunque sabe que lo tiene todo perdido. Cuando Brandon intentó arrebatarme la bastarda de nuevo, retrocedí, dejando que creyera que huía de él.

Él acortó la distancia. Solté una palabra malsonante y miré mis armas con fingidos nervios. Brandon se engrandeció ante mi aparente debilidad y se lanzó, espada en mano.

«Ahora», pensé.

Mientras atacaba, acerqué la daga a su hoja y pulsé el botón.

Mi rival no tuvo tiempo de reaccionar y la hoja de su espada quedó enganchada en uno de los huecos de mi arma, en forma de tridente. Sus ojos se abrieron de golpe, buscando en un segundo la salida a mi trampa.

Muchas cosas podían suceder en ese segundo.

Brandon podía liberarse de mi agarre en ese segundo.

Yo podía perder la daga y, después, la bastarda en ese segundo.

Pero no aceptaría lo que podía llegar a ocurrir, sino lo que yo quería que pasase. Y yo deseaba quitarle el arma.

Por ello, en ese segundo en que él se mostró perplejo, tiré con fuerza de la daga.

—¡No! —bramó Brandon.

Sus manos trataron de agarrar el arma al tiempo que esta quedaba suspendida en el vacío. Para su desgracia y mi fortuna, sus dedos solo arañaron el aire que respirábamos.

Clonc.

La espada cayó con un golpe seco. Brandon agachó la cabeza, derrotado. Había perdido.

Eso significaba que yo sería la que viajaría hasta el castillo de Branamor y, por fin, podría ponerme en contacto con el príncipe Clement y armar mi venganza contra la Reina Colmillos.

Y quizá, solo quizá, podría ser la primera ganadora del Sacrificio de la Corona.

«Padre, Morgana... vuestra muerte no fue en vano».

—¡Brandon, eliminado! —anunció Darius—. ¡Savannah se enfrentará al último desafío en el castillo de Branamor!

Brandon ya no me miraba con su peculiar altivez. En su lugar, un rayo de amargura le cruzaba el rostro. Se dejó caer sobre las rodillas, esperando su cruel final.

—Savannah, la vida de Brandon está en tus manos. Sacrificio, servidumbre o pérdida del título. ¿Qué designios le aguardan contigo?

Ninguno me parecía justo, como tampoco el que tuvieron todos los demás. Brandon había sido un rival excepcional, pero no podía librarlo de su destino. Debía decidir cuál era el menos cruel.

Me pregunté qué habría elegido él si yo hubiera perdido. Si me tuviera aprecio, habría elegido la servidumbre, por mucho que yo prefiriera la muerte. No obstante, no estaba convencida de que su orgullo le permitiera perdonarme la vida.

—Hazlo ya —suplicó con hostilidad.

Por sus palabras, entendí que esperaba morir. Sin embargo, mis manos ya estaban demasiado manchadas de sangre, no quería más muertes innecesarias. Tampoco podía condenarlo a ser un sirviente de sangre, sobre todo cuando compartíamos opinión respecto a los vampiros.

Solo había una opción.

—Brandon Wintersmouth, perderás tu título nobiliario y no podrás heredar Zinnia —sentencié—. Vivirás con tu familia, pero serás uno más de la plebe.

Se oyó un grito ahogado y ambos nos volvimos hacia él. Omelia, que hasta ese momento había mantenido la compostura, se había llevado las manos al pecho y respiraba con agitación. Parecía aliviada.

Pero no sabía si Brandon se mostraría igual. Pensé que me odiaría por haberle arrebatado lo que lo convertía en una persona tan arrogante. Sin embargo, su postura se relajó.

—Gracias, Savannah.

Fue la primera vez que me llamó por mi nombre, que dejó de referirse a mí como *campesina*. Ignoraba cuándo me había ganado su respeto: al vencerle en el duelo o al perdonarle la vida.

Sin decir nada más, con la mirada empañada de gratitud y frustrado por haber llegado hasta allí para quedarse a las puertas del último reto, salió del templo.

Capítulo 30



Tras el duelo, Darius me pidió que regresara a mi habitación para recoger mis pertenencias. Aparte del vestido de Elizabeth que llevaba puesto, solo tenía el camisón que me había regalado Sam y mi viejo traje de campesina, que estaba preparada para dejar atrás. No tardaría mucho en regresar del dormitorio.

En el interior del cuarto estaba Brandon, guardando sus posesiones en su baúl. Ni siquiera levantó la cabeza cuando crucé el umbral, pero me preguntó:

—¿Quién eres, Savannah?

Entreabrí los labios para responderle, pero no sabía muy bien qué pretendía decir.

—¿A qué te refieres?

—No querrás que crea que eres una simple campesina... —rio con amargura.

Lo mismo que supuso Sam cuando se dio cuenta de que era hábil en la lucha. Una campesina no debía ser diestra con las espadas, no era lo que el orden natural había dispuesto.

—Padre era un ladrón muy hábil con las armas —confesé—. Si te hubieras preocupado por conocerme, como Sam, no te habría

sorprendido.

Sentí un puñal clavándose en mi estómago al recordarle. ¿Habría llegado a su destino o seguiría en camino? ¿A qué parte de Parkisan lo habrían enviado? ¿Estaría cerca de aquí?

A modo de respuesta, Brandon emitió una carcajada cargada de aflicción.

—¿Ahora ya puedo formar parte de la Alianza de la Sangre Roja? —inquirí.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

Confusa, quise preguntarle a qué se refería, pero de pronto apareció Omelia Delagarde e interrumpió nuestra conversación para felicitarme.

—Savannah, enhorabuena.

No soportaba esa voz tan dulce y melódica. Hablaba como si fuera una flor delicada que fuera a marchitarse con el primer revés de la vida. Aun así, contuve el rechazo que me provocaba y volví a hacer una reverencia. Sin embargo, ella me detuvo antes de que apoyara la rodilla en el suelo.

—Oh, no, por favor. Levántate. Ahora aspiras a heredar Parkisan.

Movió la mano con tal elegancia que sentí que iba a vomitar.

—¿Vas a ignorar que estoy a tu lado?

La voz de Brandon contrastó con la dulzura de la joven aristócrata. Parecía herido ante su desprecio.

La actitud delicada y elegante de Omelia desapareció, hasta el punto de que incluso cambió su timbre de voz.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que eres un desvergonzado que te has presentado a la competición solo por hacer daño a la prima de

mi madre? Conozco tu táctica —contestó mientras esbozaba una sonrisa sarcástica.

Viendo que la conversación se estaba volviendo demasiado íntima, me retiré con cuidado, dirigiéndome a la que había sido mi cama esos días, y comencé a plegar el camisón con lentitud. De soslayo, presencié la escena.

—Me he presentado para volver a verte —confesó él.

Omelia rio de forma exagerada, como si fuera la anécdota más divertida que jamás le hubieran contado.

—Ay, Brandon... Si se lo hubieras dicho a la Omelia de hace cinco años, se lo hubiera creído. Pero ya no tienes ningún efecto sobre mí.

De reojo, vi cómo el joven se acercaba a ella y le sujetaba las manos con cariño. Me habría encantado que Sam y Morgana hubieran estado ahí para presenciar el espectáculo que estaban dando.

—Omelia, por favor...

Ella liberó sus manos de un tirón.

—No, no finjas que te importo. Si fuera verdad, no habrías participado en esta competición. Te habrías presentado en el castillo y no te habrías marchado de allí hasta verme.

«Razón no le falta», pensé mientras me mantenía como testigo silenciosa. Desplegué el camisón en cuanto terminé con la labor y repetí el proceso con la misma lentitud, buscando alargar mi estancia durante la disputa. Pero, para mi desgracia, ella dio por finalizada la charla.

—Vamos, Savannah, no quiero oír más mentiras de este traidor. Te vienes conmigo al castillo de Branamor.

Asentí con la cabeza gacha para seguir pareciendo invisible y me dirigí a la salida del dormitorio. Los mechones castaños cubrían mi rostro, y no podía ver prácticamente nada a través de ellos.

—Adiós, Brandon —me despedí de forma casi ininteligible.

Él ni siquiera me respondió. Seguía con los ojos fijos en Omelia.

—Hasta pronto, Brandon. Por desgracia, sé que volveremos a vernos —dijo ella.

—«Volveremos a vernos cuando nuestro amor arda más que nuestro miedo», ¿recuerdas?

Estaba claro que Brandon buscaba derribar sus muros, recordarle que en algún momento habían sido importantes el uno para el otro. No obstante, ella puso los ojos en blanco a modo de respuesta.

—Te has aprendido la frase de memoria. Casi me conmueves.

La sobrina de la Reina Colmillos tiró de mí, y ambas salimos de allí. Me habría gustado oír más; solía tener un interés algo insano por la vida ajena cuando la mía no estaba contra las cuerdas.



Para salir del monasterio de la Santa Sangrienta, cruzamos el pasillo de los retratos. Allí me recibió por última vez el rostro emborronado de Morgana. Se me rompió el corazón al pensar que no la vería nunca más. Desde ese instante, su imagen solo perduraría en mis recuerdos. Me habría gustado despedirme como era debido, pero no era el momento.

La carta que me había escrito latió en mi bolsillo.

Fuera nos esperaba Darius, junto a sus escoltas y los de Omelia.

—Savannah —comenzó el maestro de ceremonias—, quería felicitarte por la maravillosa competición que has desempeñado. Te mereces ser aspirante al título.

Asentí con la cabeza, sin hablar. No hacía falta que jurara y perjurara que le había gustado como participante, lo sabía. Recordé de nuevo las historias que Morgana me había contado sobre él, sobre cómo hubo una ocasión en que había matado a un aspirante por el mero hecho de que no le caía bien.

—Darius, ¿tardarás mucho en regresar al castillo? —le preguntó Omelia.

—No mucho, hasta que las sacerdotisas y los monjes regresen al monasterio.

Parpadeé, sin tener muy claro cuál era el papel de Darius Hearnshaw en la Corona. Parecía tener un rol importante en el día a día de la Reina Colmillos.

Mientras Omelia, sus escoltas vampiros y yo cruzábamos el lago Meliwin con la barca, ella me contó la vinculación que compartía con la familia real.

—Darius Hearnshaw es miembro de la corte, es nuestro bufón desde hace casi tres décadas.

Su voz se había tornado melódica de nuevo. Volvía a ser esa flor delicada que podía marchitarse a la mínima que el sol no se posara sobre sus pétalos. No obstante, en esa ocasión pude ver más allá y entender que la real era la que se había enfrentado a Brandon. Al igual que yo había interpretado el papel de la débil durante el Sacrificio de la Corona, Omelia fingía ser lo que Parkisan esperaba de ella.

No me caía tan mal, después de todo. Si su familia no fuera la que era, no la despreciaría tanto.

—Vuestro bufón —repetí.

—Sí. Como habrás comprobado, es una persona a la que le encanta entretenernos. Por eso mi tía pensó que sería el maestro de ceremonias perfecto para el Sacrificio de la Corona. Tiene ideas muy... variopintas —dijo, eligiendo con cuidado las palabras.

En contra de mi voluntad, mi mente recordó cada una de las muertes que había presenciado. Cuando la cabeza de Elizabeth volvió a caer sobre su carcaj, el vello de la nuca se me erizó.

—Se ha entregado en cuerpo y alma, desde luego —fue todo lo que contesté.

Una vez cruzamos el lago, un carruaje nos aguardaba para llevarnos hasta Dhoul, la capital de Parkisan, donde se ubicaba el castillo de Branamor. Me quedé anonada al ver lo grande y ostentoso que era el transporte, con trazos de pan de oro en su estructura y un interior aterciopelado.

—Haz los honores, Savannah, por haber superado la primera parte de la competición —me indicó Omelia haciendo un gesto para que entrara antes que ella.

[...] Savannah Montgomery alzó su espada con un grito de guerra,
y la guio con destreza en el monasterio de la Santa Sangrienta.
Su próximo destino, el castillo de la reina.
«No temas, padre, no temas, Morgana,
porque juré venganza,
y los vampiros pagarán por la sangre derramada»,
prometió Savannah. [...]

El cantar de Savannah, Anónimo

Capítulo 31



Jamás me había sentido tan inquieta en toda mi vida. No sabía qué me ponía más nerviosa, si estar a punto de conocer a la vampira que había provocado todos mis males o hallarme más cerca de ser sacrificada por ella.

Sacudí la cabeza cuando apareció ese pensamiento. No lo iba a permitir. Haría lo posible por vencer en cualquier reto que me deparara.

Alcanzamos Dhoul, la capital de Parkisan, después de cenar, cuando las estrellas ya poblaban el cielo nocturno. Eran como una señal: la luna y los astros, como los que marcaban mi piel, me llevarían a la victoria.

Me sorprendió darme cuenta de que la capital se aislaba del resto del país rodeada por un muro de piedra. La ciudad estaba muy bien vigilada, y multitud de soldados, tanto vampiros como humanos, comprobaron nuestra identidad. De algún modo, era como si pasáramos a un territorio extranjero.

Padre me contó que la vigilancia de Dhoul era extrema porque los hurtos eran mayores. Más aún, él jamás se atrevió a atacar la capital porque algunos de sus compañeros habían sido ejecutados tras ser

detenidos. Era mejor no meterse con la ciudad que más protegía la Corona.

Lo que vi en el interior de Dhoul me dejó estupefacta; por un momento, olvidé mi destino. Allí, humanos y vampiros paseaban juntos con normalidad. En el monasterio de la Santa Sangrienta ya me había percatado de que mi tolerancia a esas criaturas era distinta a la de muchos de mis rivales. No obstante, lo que estaba presenciando era algo casi antagónico a lo que había vivido en Lokkat. Me dio un vuelco el corazón en cuanto vi a un chico besar a una vampira, imagen que jamás pensaba llegar a presenciar, y estuve a punto de vomitar después de que un grupo de jóvenes saliera de una taberna, tres de ellos con una jarra de cerveza y uno portando una de sangre.

Las criaturas no eran peligrosas ni se consideraban enemigas, como ocurría con las que visitaban Lokkat. Aquel día quedó demostrado que los únicos que sufríamos las consecuencias éramos los pobres.

—¿Qué opinión te merece la capital, Savannah? —me preguntó Omelia.

Privilegiada. Grotesca. Vomitiva. Odiosa. Y podría haber seguido.

—Muy... bonita.

Las calles empedradas terminaron de forma abrupta, y el carruaje ascendió por una colina. El fin del pavimento marcaba la frontera simbólica entre la realeza y la plebe. Desde allí, comencé a distinguir en el horizonte la silueta del castillo de Branamor. Su arquitectura no se asemejaba a nada que hubiera visto antes, ni siquiera en mi imaginación. Cuatro torreones de diferentes alturas conformaban la

residencia de la Corona, construida a base de piedra gris y tejados cónicos de color negro.

Conforme nos acercábamos y el castillo se volvía más grande, mi asombro se convirtió en miedo. Sobre todo cuando Omelia me preguntó con una sonrisa:

—¿Estás preparada para la última prueba?

—¿C-cómo? ¿Me tengo que enfrentar a ella ya?

—Por supuesto, ¿qué pensabas que ibas a hacer al llegar, si no?

El corazón se me aceleró hasta el punto de que sentí que me iba a desmayar. Sinceramente, ignoraba qué estaba pensando, pero creía que me darían un margen antes de enfrentarme a la última prueba. Una pista, quizá, como en el monasterio.

Otro alto muro de piedra nos recibió al llegar al castillo. Cuando la guardia, un grupo formado por humanos y vampiros, nos permitió pasar, sentí que me iba a desvanecer como el humo. Me costaba respirar.

En cuanto cruzamos el patio, detuvieron el carruaje y bajamos. Frente a nosotros había una fuente mucho más grande que la del laberinto. Por allí, transitaban multitud de parkisanos, tanto vampiros como humanos, que parecían trabajar en el castillo. Sus ropajes estaban confeccionados con seda de la mayor calidad, y eran más voluminosos gracias a enaguas; los jubones contaban con múltiples motivos dorados, y los calzones eran aterciopelados.

Por una razón que aún desconocía, algunos humanos solo se cubrían con camisones blancos. Aun así, su tejido era más exquisito que el de las vestiduras de los gobernantes de mi aldea. Por lo que veía, incluso la gente más pobre del castillo era de un rango muy

superior al que pudiera ostentar la persona más rica de mi amado y odiado Lokkat.

Algunos, no muchos, repararon en mi presencia. Sin embargo, no parecían sorprendidos, sino más bien apenados. Entre cuchicheos, parecían divagar sobre mi hipotético y trágico final. Debían de pensar que solo era una joven más a la que en un rato iban a sacrificar. Y, por desgracia, yo también comenzaba a creerlo.

Omelia, sin separarse de sus escoltas, me guio hasta el interior del castillo. Reparé en que era un lugar lúgubre, con muchos ventanales tapiados. Lo que quizá antes fue un espacio repleto de luz se había sumido en la oscuridad por el rechazo de los vampiros al sol. Múltiples candelabros alumbraban el camino hacia nuestro destino: la sala del trono.

Estaba tan nerviosa por mi inminente encuentro con la Reina Colmillos que los lujos del interior del castillo no me provocaron ningún tipo de reacción. Ni los suntuosos muebles, ni las esculturas, ni siquiera los lienzos con la historia de la familia Delagarde. Solo podía pensar en que me iba a enfrentar a un desafío para el que no estaba preparada.

Según me había comentado Omelia durante el recorrido por el castillo, la sala del trono se hallaba en la planta baja. Sin embargo, el camino era eterno, parecía que no llegaríamos nunca. Aunque tampoco quería hacerlo.

—Como verás, el castillo de Branamor es nuestro pequeño país —bromeó Omelia, en un intento de relajarme.

Estaba claro que mi pose de fingida tranquilidad no estaba surtiendo efecto.

Cuando por fin alcanzamos nuestro destino, esbozó una amplia sonrisa para darme ánimos. Entonces, dos soldados abrieron las puertas de la sala del trono. Respiré hondo.

—Su alteza Omelia Delagarde, acompañada de la aspirante del Sacrificio de la Corona de este año —anunció el mayordomo oficial.

Omelia entró con la comodidad de saberse en su hogar. Tras dos filas de escoltas de la Orden de las Espinas a ambos lados, humanos y vampiros observaban la escena, entre ellos algunos con ese extraño camisón blanco.

Una alfombra roja marcaba mi camino desde la puerta hasta la vampira que más odiaba en el mundo.

Allí estaba ella: la Reina Colmillos. Nunca había visto un retrato de ella, de modo que no se parecía en nada a como la había imaginado.

Aunque hacía tiempo que había alcanzado la mediana edad, parecía mucho más joven. Su cabello, liso y castaño claro, le caía hasta la altura de las rodillas, y portaba un vestido de color ámbar que le favorecía a su tez clara y de una calidad superior incluso al de Omelia.

Después de todo, era la reina.

Yo, en cambio, llevaba el vestido que le había quitado a Elizabeth, aún manchado de sangre y suciedad por las pruebas de los últimos días y que no había podido limpiar bien.

Mientras caminaba, observé a la vampira responsable de la decadencia de Parkisan. La Reina Colmillos lucía una tiara con rubíes, zafiros y esmeraldas engarzados, una joya con la que todo el ducado de Azalea podría alimentarse durante meses. En contraste, el trono no destacaba por su ostentación, sino por el esmero con el que había sido elaborado. Desde la tarima en que se alzaba,

distinguí que todo el respaldo estaba decorado por las cuatro flores más emblemáticas de Parkisan. Eran flores frescas que debían cuidarse para que no se marchitaran.

La Reina Colmillos no retiró la mirada de mí en el tiempo que tardé en recorrer el camino hasta su trono. Bebía de su copa de sangre a la espera de que yo acortara la distancia entre nosotras.

Cuando estuve cerca de Omelia, que se había situado a un lado, decidí arrodillarme en señal de sumisión a nuestra terrible monarca. Las piernas me flaqueaban mientras realizaba la reverencia. Me quedé en esa posición hasta que ella lo consideró oportuno.

—Álzate. —Su orden sonaba solemne. Aunque no hubiera llevado corona ni estado sentada en el trono, habría sabido que ella era la reina solo por su voz—. ¿Cuál es tu nombre y de dónde vienes?

Al igual que no me fue fácil mostrarle mis respetos, también me costó levantarme. Sentí que, en cualquier momento, las rodillas me iban a fallar. Maldición. No iba a dejar que esa mujer pudiera conmigo. Carraspeé y dije, tragándome el miedo:

—Soy Savannah. Mi apellido no es relevante. Como bien decía padre, «Cuando alguien no es nadie, su apellido queda en el olvido».

La Reina Colmillos arqueó las cejas ante mis palabras, y se alzó un murmullo entre los asistentes, como si nadie se hubiera atrevido a hablarle así antes.

Hice caso omiso y proseguí, intentando que no me temblara la voz.

—Vengo de las profundidades de Parkisan, de una aldea que... —Me trabé y maldije en lo más hondo de mí—. Que colinda con Lemanat. Su nombre es Lokkat, y es la tierra que me ha visto convertirme en una parkisana honrada.

Resopló con hastío, dejando claro que mi relato no le había gustado. Tal vez esperaba una presentación mucho más breve por mi parte, dado que mi vida le interesaba lo mismo o menos que la de los demás presentes.

Bebió un poco de sangre, y el poco coraje que quedaba en mí desapareció. Sabía que, después de esa pausa, me enfrentaría al último reto.

—De acuerdo, Savannah Sin Apellido —dijo con sorna—. Bienvenida a «Verdad o morir», la última prueba del Sacrificio de la Corona y la única que se repite cada año. Si quieres alzarte con la victoria, deberás elegir. Si escoges «Verdad», deberás responder correctamente a una sencilla pregunta. Si te decantas por «Morir», tendrás que enfrentarte a mi guardia.

Juraría que una gota de sudor frío me recorrió la sien. «Morir» no era la mejor de las opciones, puesto que tendría que enfrentarme a varios integrantes de la Orden de las Espinas, parkisanos y vampisanos que habían servido a la monarca desde hacía generaciones. «Verdad» parecía la elección más sensata. Pero ¿una sencilla pregunta? Entonces, ¿por qué nadie había respondido bien hasta ese momento?

—¿Qué eliges?

—«Verdad» —contesté, aún dubitativa.

—De acuerdo. ¿Qué tienes que perder?

Abrí la boca y se me resecó el paladar. Pensé si se trataba de un acertijo, como el que tuvimos que resolver en el desafío del laberinto, o si pretendía que removiera mis entrañas hasta mostrarle mis secretos más íntimos. En cualquier caso, debía contestar.

Miré al resto de los presentes como si en sus siluetas se encontrara la respuesta. Sus caras seguían desdibujadas ante mis nervios; pronto se convertirían en los testigos de mi sacrificio.

—Habla.

Se me acababa el tiempo, tenía que decir algo o me sacrificaría.

—No tengo nada que perder.

Alguien que había arriesgado su vida por heredar Parkisan (en mi caso, por vengarme) no tenía nada que perder. Había infinidad de respuestas a esa pregunta, pero solo una de ellas era la que la reina buscaba. Deseé con todas mis fuerzas haber acertado, aunque sabía que no lo había hecho.

—Respuesta incorrecta.

Ahogué un grito. Se había cumplido el peor de los escenarios: la Reina Colmillos me iba a sacrificar.

Un torrente de pensamientos cruzó por mi cabeza. Mientras el final de mi vida se acercaba, uno se alzó por encima de todos: no podía morir de ese modo.

Si aquel iba ser mi final, me llevaría a Lilith II conmigo hasta el Prado Más Alto. Mis ojos recorrieron la sala del trono. Decenas de soldados nos rodeaban. ¿Cuántas posibilidades tendría de robarle el arma a uno de ellos y matar a la monarca? Pocas. Pero debía intentarlo, debía...

—Te quedan dos oportunidades, Savannah Sin Apellido —señaló la reina—. La siguiente será la semana que viene, mismo día, misma hora.

Mi cabeza se detuvo de repente.

—¿Cómo que dos oportunidades más? Pensaba que iba a morir ya.

Mis palabras de sorpresa despertaron las risas de los presentes. Ellos ya sabían que no iba a morir ese día. No obstante, nadie me había avisado de que tenía tres oportunidades para completar su desafío.

—¿No agradeces mi benevolencia? —respondió, irritada—. ¿Te sería de mayor agrado que te sacrificara en este instante?

—N-no, disculpad, Majestad. Creía que, una vez perdida la primera oportunidad, sería sacrificada por vos.

Las carcajadas de los parkisanos cogieron aún más fuerza.

—No sabía que Savannah Sin Apellido se hubiera convertido en nuestro bufón —replicó la Reina Colmillos y, a modo de respuesta, al instante las risas cesaron. Entonces se dirigió a mí—: Bienvenida al castillo de Branamor. Será el tiempo el que demuestre si tienes el valor necesario para heredar Parkisan.

En ese momento, dos soldados aparecieron a mi lado y, tras hacer una reverencia de despedida, me escoltaron hasta la salida de la sala del trono. Su labor era acompañarme hasta el que sería mi nuevo dormitorio durante las próximas semanas. Ellos lo llamaban *aposentos*, pero no me sentía digna de nombrarlos de ese modo.

Las sensaciones dentro de mí eran agridulces. Por un lado, estaba aliviada por no ser sacrificada esa noche; pero también preocupada, porque no sabía cómo contestar a la pregunta de la Reina Colmillos. Y, por supuesto, mi interacción con ella me había confirmado lo mucho que la odiaba.

Lucharía por acabar con su vida.



Mi habitación se encontraba en la primera planta y era más grande que toda mi choza. Me parecía imposible que solo yo fuera a dormir en una habitación así.

Sus paredes eran de color crema, y de ellas colgaban varios cuadros de paisajes y retratos. Un somier de madera con cortinas hacía que la cama, gigantesca también, destacase por encima del resto del mobiliario. Un gran ventanal me permitía ver los jardines del castillo, y al lado se ubicaba un tocador de madera blanca. Me acerqué al mueble emocionada; jamás había visto un espejo. Por fin vería mi reflejo sin la inestabilidad del que percibía sobre la superficie del agua.

No parecía la misma Savannah de Lokkat. Primero, por el vestido, que era de un estamento superior al mío. Y también porque había cogido algo de peso. Además, mi piel seguía bronceada, aunque ya no como antes. Era un cambio imperceptible, pero ahí estaba. Mi cabello castaño estaba sucio y lleno de enredos, pero nada que no pudiera arreglar con un buen baño.

Acerqué mi rostro al espejo para seguir examinándome; sin embargo, un estruendo me sobresaltó. Alguien acababa de entrar en mi habitación y había cerrado de un portazo.

—¿Qué haces aquí, Savannah?

Esa voz... Hacía años que no la oía. Aún estaba haciendo las paces con la idea de que jamás volvería a escucharla.

Que nunca volvería a verla.

Tuve que apartarme del tocador para comprobar que, efectivamente, no había perdido el juicio.

Estaba allí.

—Morgana.

Capítulo 32



Me sujeté a la mesa del tocador. Las piernas volvieron a fallarme. En esa ocasión no era por terror, sino por una mezcla de inmensa confusión mezclada con una alegría que me desbordaba. ¿Cómo era posible que estuviera viva? La Reina Colmillos la había sacrificado tras fracasar en el reto «Verdad o morir», todo el mundo lo sabía.

Y no, no era un fantasma del pasado. La Morgana de aquel entonces no era la que tenía delante. Su rostro estaba demacrado, mostraba unas profundas ojeras y un cuerpo más delgado y frágil. En sus antebrazos se entrelazaban dibujos y palabras trazados con tinta negra. Ya no vestía su emblemática capa azabache, la que siempre llevaba en mis recuerdos, sino un camisón blanco.

Morgana parecía totalmente ajena a mi sorpresa, y siguió diciendo mientras avanzaba hacia mí:

—Al principio no creí que fueras tú. Bueno, lo sabía porque podría reconocerte entre un millón de réplicas. —Apenas nos separaban dos pasos, pero era incapaz de reaccionar—. Entonces hablaste y ya no tuve dudas... No me malinterpretes, me alegra que hayas llegado hasta aquí. —Su expresión cambió y se puso seria de nuevo—. Pero

esa no es la cuestión: ¿por qué te has presentado al Sacrificio de la Corona, Savannah?

Morgana debía de haber estado en la sala del trono, pero como yo estaba tan nerviosa porque pensaba que iba a morir, no fui capaz de verla más allá de aparecérseme como un rostro borroso.

Al instante, la confusión y la alegría dieron paso a otra emoción: el enfado. ¿Por qué no me había dicho que seguía con vida? Si no hubiera superado los retos del monasterio de la Santa Sangrienta, jamás lo habría sabido.

—Estás viva —musité.

—¡Podrías haber muerto! —Se cruzó de brazos, preocupada.

Entonces me di cuenta de que tenía mi inicial, una sencilla S, grabada en la piel. En concreto, en la muñeca anterior derecha. ¿Era por mí?

—Estás viva.

Morgana parecía desconcertada por mis palabras, como si fuera una información que yo debería haber tenido. Pero la realidad era que durante dos años había sufrido su pérdida para nada. Más aún, había rezado por su alma con Sam cuando ella ni siquiera estaba en el Prado Más Alto. Me sentí estúpida.

—Estás viva, y yo he llorado tu muerte en vano.

—Lo siento, Savannah. Sé que tardé en decírtelo, pero...

—¡¿Cómo que tardaste en decírmelo?! ¡Hasta ahora no sabía que estabas viva!

La confusión en Morgana creció, también mi enfado.

—Claro que sí, te lo conté en la carta que te escribí el mes pasado. Aproveché que Clement por fin iba a Lokkat para que te la diera. Porque te la entregó... ¿verdad?

Me la dio porque yo fui a hablar con él. De lo contrario, quizá ni se habría molestado en buscarme para hacerlo.

Mientras hablaba, saqué la carta que tanto me había asustado leer y se la acerqué. Me pareció que Morgana se sonrojaba al reparar en que la había llevado conmigo durante la competición. Atenta, repasó el contenido de lo que había escrito.

—Claro, es esta —afirmó.

En ese instante fui yo la que la observó perpleja.

—Pues enséñame dónde has escrito que estás viva.

—Si coges las mayúsculas de la carta, verás que forman la frase «Estoy viva».

Me quedé boquiabierta. No podía creer que se hubiera acordado de eso.

Cuando pasábamos mucho tiempo separadas, Morgana me escribía cartas. Para hacerlo más divertido, escondía alguna palabra o frase en las mayúsculas que yo tenía que adivinar. Por lo general, eran acertijos sencillos para que no me costara demasiado: a veces era solo una palabra cariñosa; otras, el lugar y la hora donde nos encontraríamos cuando volviera a Lokkat y pudiera escapar de Clement.

Yo utilizaba el reverso de las suyas para contestarle, y también le escondía mensajes (con mi nefasto talento para hacer adivinanzas).

—Morgana, cuando la recibí, para mí llevabas dos años muerta. No pensé que hubiera nada más importante que... —Suspiré, frustrada—. ¿Cómo iba a pensar que me habías dejado un mensaje secreto cuando ya no había nada que hacer?

Morgana tragó saliva.

—No podía decirte explícitamente que estaba viva. Pensaba... pensaba que acabarías dándote cuenta.

Una punzada de rabia me recorrió el cuerpo. Estaba convencida de que los duques de Zinnia, incluida la excompañera de vida de Morgana, sabían que estaba viva. Pero a mí me lo había dicho con sutilezas.

Morgana se acomodó en el largo taburete del tocador y me invitó a sentarme junto a ella.

—Iba a contártelo, Savie, el último día que estuvimos juntas: empecé a decirte que no pasaba nada, pero me interrumpiste y no pude añadir que sabía que no moriría en el Sacrificio de la Corona. Tenía las de ganar, y estaba convencida de que llegaría al reto «Verdad o morir». Pero la conversación tomó otro rumbo y... —Parecía que intentaba decirme algo, pero se quedó en silencio—. Y ya no pudo ser.

Me revolví, incómoda. Sin querer, me acerqué a ella. Recordé el instante de nuestro encuentro, en el que ella me dijo que no pasaba nada y yo estallé. Tal vez debería haberla dejado hablar. Aunque me lo podría haber dicho en cualquier otro punto de la conversación.

Morgana siguió hablando, pero mi atención se fue hacia otros derroteros. Poco a poco, nos habíamos ido acercando hasta que nuestros cuerpos se tocaron desde el hombro hasta la rodilla. Ya no había espacio entre nosotras, y fui dolorosamente consciente de ella. De que estaba allí de verdad.

Tenía muchas ganas de besarla, de tenerla entre mis brazos y de recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, a pesar de la carta, no sabía si se sentía igual que yo. Puede que su amor hacia mí la

hubiera abandonado y que el contenido de la carta fuera mero relleno para ocultar su mensaje.

—¿Me escuchas? —me preguntó Morgana.

—Eh... —Me sonrojé.

—Te decía que sabía que no iba a morir. Hace años que la Reina Colmillos no sacrifica a nadie y, aunque no lo parezca, mucha gente lo sabe. Prefiere convertirnos en sirvientes de sangre.

Por eso todo el mundo se había reído cuando pensé que iba a ser sacrificada: hacía años que ese no era el destino de nadie. Ni siquiera el de la persona con la que más daño podría perpetrar la Reina Colmillos a su hermano.

—Pero tú no eras una aspirante común. Eres la hija de Clement.

—Justo por eso no me puede matar. Si la Reina Colmillos hiciera una excepción conmigo y me matara, el conflicto entre ella y Clement se acrecentaría y provocaría una guerra civil. Nos aprovechamos del hecho de que todo el mundo sabe quién soy, de que hay mucha gente que nos apoya. Tal vez para Dahlia y Gardenia solo soy una traidora, pero, para los demás, soy una hija de duques que dejó la comodidad de su vida en un palacio para luchar por sus ideales. Si hubiera muerto, eso le hubiera complicado mucho las cosas a Lilith. Además, soy la moneda de cambio perfecta: la Reina Colmillos cree tenerme en su poder para herir a Clement. Puede que me haya obligado a alimentar a esos monstruos, pero mi servicio a la Alianza continúa desde dentro... —Dejó la frase en el aire.

Por eso Clement me dijo que valoraría mi participación en la Alianza de la Sangre Roja una vez llegara al castillo de Branamor. Porque allí estaba Morgana.

Me hirvió la sangre al pensar que él había tenido la oportunidad de contarme que estaba viva. Y ni entonces se había apiadado de mi dolor.

—Entonces, ¿vas con el camisón blanco porque eres una sirvienta de sangre? —pregunté para despejar la mente y mitigar la rabia.

—Sí, es para distinguirnos de los parkisanos corrientes.

Morgana cerró los ojos unos instantes; daba la sensación de que iba a dormirse de un momento a otro. La vitalidad con la que la recordaba había desaparecido; parecía que el mero hecho de mirarme la agotara, y eso me rompió por dentro. Darius tenía razón, había destinos peores que la muerte. Morgana debía de perder más sangre de la necesaria para rendir a diario.

Cuando abrió los ojos, me puso la mano en la mejilla. No vacilaba tanto como yo ante su deseo de besarme y, en cuanto vio el momento oportuno, lo hizo. Posó sus labios sobre los míos, primero con timidez, por si rechazaba el gesto. No obstante, en cuanto comprobó que compartíamos el mismo anhelo, su muestra de cariño se volvió un poco más urgente. Como si quisiera recuperar una eternidad en un instante.

Sus labios sabían a segundas oportunidades y a lágrimas. Las dos comenzamos a llorar.

—Te he echado tanto de menos... —confesó.

—Y yo a ti. Siento mucho lo que te dije.

—Y yo, mi vida —me aseguró, asiéndome las manos—. Pero ¿por qué te has presentado al Sacrificio de la Corona?

—Porque quiero formar parte de la Alianza de la Sangre Roja.

Morgana se apartó de mí con suavidad para observarme.

—Savie...

—Sí, ya sé que no estás de acuerdo —le espeté—. Pero he demostrado mi valía, puedo ser una buena aliada. Incluso he vencido a Brandon Wintersmouth. Quiero ayudar.

La que había sido mi compañera de vida apretó los labios y meditó su respuesta.

—No iba desalentarte. En realidad, iba a decirte que, si yo tuviera elección, no estaría aquí. Tú tienes la posibilidad de disfrutar de tus padres, ¿por qué arruinar tu vida en esta prisión con forma de castillo solo por esa Alianza?

—Porque padre murió asesinado por dos vampiros.

Pensaba que, si lo decía sin preámbulos, dolería menos. Pero dolió más, sobre todo cuando Morgana abrió la boca en señal de sorpresa y, después, se la tapó con la yema de los dedos.

—L-lo siento. No lo entiendo. Era muy fuerte, te enseñó todo lo que sabes...

—Ni él pudo con dos vampiros sedientos. —Comencé a rememorar lo que ocurrió aquel día y lo vomité—: Salimos a cazar al anochecer y nos separamos para buscar comida. Cuando regresé, ya era demasiado tarde. Padre había reducido a uno de ellos, pero la otra criatura casi lo había desangrado. Y lo peor, Morgana, es que no le oí. Seguro que gritó mi nombre y no lo oí. Cuando acabé con el vampiro que quedaba, su última voluntad fue que me presentara a esta competición. Ya sabes que siempre insistió mucho en eso con la esperanza de mejorar nuestra vida. Y yo... pensé que podría vengar su muerte y unirme a la causa de Clement.

—Savie...

Intenté ignorar su escéptico tono de voz. No quería enfadarme con ella tras nuestro reencuentro.

—Al menos, sé que no moriré sacrificada. —Me reí con amargura —. Pero no me basta. Quiero ganar y volver con mi madre. Y necesito que me ayudes.

A modo de respuesta, Morgana volvió a negar con la cabeza, lo que aumentó mi pesar.

—Savie, no vas a ganar. —Abrí la boca, molesta ante su pesimismo, pero ella colocó dos dedos sobre mis labios para explicarse—. No hay una respuesta correcta a «Verdad», y vencer a la guardia en «Morir» es imposible. La Reina Colmillos dará todas las respuestas por erróneas y te convertirás en una sirvienta de sangre. Como yo, como todos.

—Entonces, ¿para qué crear una competición, si se supone que nadie puede ganarla?

—Porque ya hay un ganador...

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Aunque no se haya presentado?

—Aunque no se haya presentado. —Morgana asintió y, algo dubitativa, continuó—: Quizá no debería contártelo, pero estás aquí, así que ya no hay vuelta atrás. El Sacrificio de la Corona es una excusa para que el verdadero heredero de Parkisan lo herede sin que los que formamos el bando de Clement podamos impedirlo. Un día se presentará, amañarán todas las pruebas a su favor y ganará. Así de simple.

Mientras ella hablaba, sentí que cada vez me faltaba más el aire.

—¿Hay un heredero? —pregunté, incrédula—. ¿Es hijo de la reina?

—Entenderás que no pueda revelarte mucho más por el momento. Ya te he contado más de la cuenta.

Si ya odiaba a la Reina Colmillos, el descubrimiento de esa noche despertó en mí unas ansias irrefrenables de que muriera con el peor de los sufrimientos.

—¡Pero es horrible! Mucha gente ha muerto por la ambición de hacerse con el título.

Y lo había hecho de la manera más grotesca. La cabeza de Elizabeth volvió a aparecer en mi recuerdo, y sentí una mezcla de lástima y horror. Había caído en una trampa mortal en vano, por un sueño que jamás podría cumplir. Ni tampoco Sam podría cumplir su deseo.

—Mi misión en el castillo es descubrir todo lo que pueda del heredero para que Clement lo detenga antes de que se presente a la competición —me reveló—. Nunca te hablé de mi labor en la Alianza porque no quería involucrarte en todo esto. Si el bando de la Reina Colmillos hubiera descubierto que sabías demasiado, habría ido a por ti. Y en tu familia no teníais hordas de escoltas que os protegieran. Erais vosotros contra el peligro.

Comprendí entonces que su escepticismo sobre mi participación en la Alianza no era porque no me viera capaz de servir a la causa como merecía.

—Te enfadabas conmigo cuando no te tenía en cuenta —me explicó—, pero solo quería protegerte. Ahora ya estás aquí, y todos los ojos están puestos en ti y en tu familia.

Entonces volvió a besarme, pero no como antes, sino a modo de despedida. Morgana se dirigió hacia la puerta y, antes de abrirla, recitó unas últimas palabras a las que no contesté:

—Ahora la Reina Colmillos ya sabe que existes.

Capítulo 33



No fui capaz de conciliar el sueño. Solo podía pensar en que Morgana seguía viva. Cuando mi mente se cansaba de ese pensamiento, se centraba en su revelación: ya había un ganador del Sacrificio de la Corona.

Era tal el asombro que me había provocado el regreso de Morgana desde el Prado Más Alto, que no había reparado en ello antes. Pero en ese instante, entre la confusión y el insomnio, recordé el nombre que Brandon había encontrado en el despacho de Darius.

Agathy Norvan Emmons.

A pesar de las reticencias que mostraba Morgana con que nos vieran juntas, decidí que debíamos encontrarnos. Cuando una criada vino para llevarse mi desayuno, le pregunté dónde estaban los sirvientes de sangre. No tenía claro si podía salir de mi habitación (aunque nadie me había dicho lo contrario), pero la mujer no dudó en decirme que ya estarían alimentando a los diferentes vampiros del castillo.

Por ello, tras vestirme, fui en su busca. Me perdí más veces de las que me gustaría admitir. No sabía a qué vampiro había sido

asignada, ni siquiera si se encontraba en los aposentos de la Reina Colmillos.

Por fortuna, de vuelta en la primera planta, oí la voz de Morgana en el interior de una de las estancias.

—Todos los sirvientes de sangre están hablando de la nueva aspirante del Sacrificio de la Corona...

Me detuve y, a través de la puerta entreabierta, atisbé una melena azabache. Tenía la muñeca derecha expuesta y el vampiro, un hombre de mediana edad con bigote, estaba clavando el cuchillo en su piel, en la zona libre de tinta negra.

—¿Crees que tiene posibilidades de ganar? —le preguntó él.

—Todos mis compañeros han apostado un día de descanso a que se unirá a nosotros. Y yo... no creo que una parkisana corriente consiga lo que otros como yo no lograron.

Sentí una punzada en el estómago al oír la frialdad con la que hablaba, aunque entendía que debía disimular.

A través de la ranura, percibí que el vampiro ya bebía de ella. Sin embargo, pronto se apartó.

—¡Ah! —bramó, asqueado—. Entre los tatuajes y que cada vez comes peor, tu sangre es vomitiva.

—Me esforzaría más si fueras la reina, Aaron, pero ya sabes que ella no me quiere como alimento. No soy digna.

Morgana le había respondido en un tono jocoso y con cierta confianza. Claramente, no era la primera vez que lo alimentaba.

—La reina quiere a lo mejor de lo mejor —dijo el vampisano, que se limpió la sangre con un pañuelo—, y te recuerdo que tú eres una traidora que abandonó Dahlia por irse con Clement. No bebería de tu sangre ni aunque fuera la última en este reino.

—Pero soy una traidora que te da muy buena conversación. Por eso siempre me eliges.

El vampiro rio con simpatía al escucharla.

—Ya le he dicho a Lilith que recapacite —respondió—, que de jóvenes todos nos desviamos del camino correcto. Tras dos años aquí, lo que yo veo es a una parkisana arrepentida que quiso enmendar sus errores presentándose al Sacrificio de la Corona.

Parpadeé, sorprendida, ante el modo en que Morgana había logrado manipular a ese Aaron, que, por lo que decía, parecía pertenecer a la corte.

—Eso sí, deja de hacerte tatuajes y come bien, por favor. Rebelarte para que tu sangre sepa mal no hará que la reina te perdo...

En ese momento, un gran grupo de sirvientes apareció por el pasillo en el que me encontraba, así que recorrí el tramo junto a ellos para que no se dieran cuenta de que estaba escuchando a hurtadillas. Cuando la zona quedó despejada, regresé al despacho. Para entonces, el vampiro había decidido alimentarse un poco más de Morgana.

—¿Tú crees que debería irme a ese viaje? —le preguntó tras separarse de ella.

—Aaron, los asuntos del amor no se pueden obviar. No puedes permitir que él se vaya con otra parkisana. Debes obedecer los planes que la diosa Namiria tiene para vosotros.

—Tienes razón, Morgana. Gracias por escucharme, como siempre. Puedes retirarte.

Me alejé un poco y dejé que Morgana reparara en mi presencia tras salir del despacho. En cuanto lo hizo, vino hacia mí y me guio

hasta una estancia vacía para que pudiéramos hablar.

—Savannah, ¿qué haces aquí? —me preguntó, confusa, mientras cerraba la puerta—. ¿C-cómo me has encontrado?

—Quiero ayudarte en la causa de ya-sabes-quién. Necesito vengar a padre y que mi partida no haya sido en vano.

Me pareció que se mordía el labio, pensativa. Esperaba que, al fin, estuviera considerando mi proposición, no buscando una evasiva en la que excusarse.

—Savie, tampoco hay nada en lo que me puedas ayudar ahora. No... no siempre tengo asuntos que resolver. A veces —dijo mientras se limpiaba una gota de sangre que le caía de la muñeca—, solo soy una sirvienta.

Había optado por la excusa. Rebufé y me dispuse a contarle lo que había descubierto en el monasterio.

—Tengo un nombre que darte respecto al posible heredero... —expliqué— o heredera. Uno que encontró Brandon en el despacho personal del maestro de ceremonias.

Morgana se quedó boquiabierta; era la reacción que yo esperaba. Si lo hubiera sabido, habría sido un chasco. Sin embargo, Brandon no había conseguido ganar y, por ello, no había podido infiltrarse en el castillo.

—No puede ser... —susurró Morgana.

—Pues lo tengo. —Esbocé una mueca pícara.

—¿Cuál es?

Podía notar la urgencia en su voz, pero no dije el nombre que guardaba en mi memoria.

—No te rendirás hasta que te unas a nosotros, ¿verdad? —Había dado en el clavo.

—Ya sé que quieres protegerme a toda costa de los vampiros malvados, Morgana, pero sabes que soy capaz de hacerles frente. Además, ¿no recuerdas quién te salvó hace diez años de ellos? —añadí, intentando bromear.

Morgana sabía perfectamente que lanzar piedras no era mi único talento.

—Sí, Savannah. —Alargó las palabras para forzar la sensación de hartazgo y puso los ojos en blanco. Estaba muy cerca de convencerla—. Recuerdo que fuiste tú.

—Imagínate que la reina te descubre y te ataca. Necesitarás una valerosa guerrera que te salve de los colmillos de ese ser inmundo y te saque en brazos del castillo. Debes prepararte para lo peor, y por eso me necesitas a tu lado.

Morgana me rodeó el cuello con los brazos y, tras una espera que se hizo eterna, me besó.

—Eres consciente de que utilizarán a tu madre para hacerte daño, ¿verdad? —comentó cuando nos separamos—. En cuanto la reina te vea acercarte a mí...

Era cierto, me habían visto con madre en mi última mañana en Lokkat. Ella sería su objetivo si me descubrían.

—No tiene por qué, si nos adelantamos.

Mis palabras sonaban optimistas; no obstante, confiaba en que sería cuestión de tiempo que el príncipe encontrara a la parkisana que llevaba años buscando. Por fin tenían un nombre, uno que yo les iba a dar.

Me acerqué más a ella y le susurré al oído el nombre: Agathy Norvan Emmons. Morgana se estremeció, aunque no supe si fue por la revelación o por sentirme tan cerca.

—De acuerdo —afirmó cuando nos separamos—. Dentro de dos días, el chambelán de la reina se irá de viaje. Es una de sus manos derechas.

—¿Aaron? ¿El hombre con el que hablabas? Os estaba escuchando.

Mi acompañante abrió mucho los ojos, algo sorprendida, pero acto seguido asintió.

—Aaron Brackstone, sí. Mientras él esté fuera, tú y yo entraremos en su despacho. Allí descubriremos más sobre ANE. —Utilizó las iniciales como nombre en clave—. No me decepciones, aliada.

Una sensación cálida recorrió mi corazón. ¡Por fin! Por fin me iba a unir a la Alianza de la Sangre Roja y probaría mi valor ante ella y ante el resto de los parkisanos que apoyaban al príncipe.

—Te demostraré que sirvo a la causa como se merece —contesté agradecida.

—En cuanto me sea posible, me pondré en contacto con Clement a través de un aliado. Entonces le revelaremos lo que has descubierto. Juntas.

Quise corregirla y recordarle que había sido Brandon el que había conseguido el nombre; sin embargo, al final decidí callarme. Si me atribuían ese logro, el príncipe me tomaría en serio.

Ella hizo el ademán de marcharse de la zona sombría del sótano, pero la detuve.

—Morgana, quería escribir a mi madre. No puedo contarle que no moriré sacrificada, ¿verdad?

Como me encontraba en el castillo, supuse que por fin podría ponerme en contacto con ella. En el monasterio estábamos aislados por un lago y una horda de caimanes y lobos vampiros. De un modo

u otro, desde que había llegado a Dhoul la vida había recuperado la normalidad.

—Toda carta que sale del servicio oficial de mensajería del castillo es interceptada. Así que no, al menos no de forma explícita.

Chasqué la lengua, decepcionada. En otras palabras: tendría que contárselo con un acertijo, como ella había intentado conmigo. No obstante, sería en vano, porque ni el sangrero de Lokkat, que era el que se la iba a leer, ni madre verían más allá.

Tras salir de la estancia, nos encontramos a un sirviente de sangre con el cabello rubio, corto y lacio.

—¿Qué haces con la nueva aspirante, Morgana? —dijo, guiñándole un ojo.

Me tensé, aunque no denotaba nada más que una extrema curiosidad. Me relajé en cuanto percibí que ella no parecía nerviosa, al contrario.

El joven no dejó que le respondiera, sino que compuso una expresión entre el asombro y la admiración, como si acabara de conocer a alguien de quien había oído hablar durante mucho tiempo.

—Espera, dijiste en la sala del trono que te llamabas Savannah. ¿No serás su Savannah, de la que tanto habla?

Entorné la mirada.

—¿Os ha hablado de mí?

Había sido una parte muy importante en su vida en esos últimos diez años. Sin embargo, me costaba imaginármela hablándole de mí a otra persona. Solía ser bastante reservada. De reojo, vi que las mejillas de Morgana se habían sonrojado ante tal revelación.

—¡Claro! —El parkisano terminó de atar cabos—. Además, lleva un tatuaje de tu inicial en la piel.

Ya había oído esa palabra en el despacho de Aaron Brackstone, pero no sabía qué era un tatuaje. Fruncí el ceño. ¿Lo que llevaba Morgana en los antebrazos se llamaba así?

—Es un honor conocer a la gran Savannah al fin —continuó el muchacho—. Soy Ryan, encantado. Hace cinco años, también fui aspirante del Sacrificio de la Corona. Espero que tú seas más lista y no acabes aquí con nosotros —dijo riéndose para enfatizar que era una broma, aunque no me hizo gracia.

En ese instante se mostraba muy simpático, pero seguro que era de los que habían apostado una jornada de descanso a que iba a perder.

Ryan nos dejó solas de nuevo, mientras Morgana suspiraba y negaba con la cabeza, irritada. Si había algo que no le gustaba era que se metieran en su vida, daba igual cuánto la conocieras. Si compartía intimidades era porque antes había tenido ganas de contarlas.

Aun así, por la actitud que había mostrado el sirviente de sangre con ella, se notaba que mantenían una buena amistad. Al menos, él se creía con derecho a preguntar sobre mí.

—¿Es de los nuestros? —susurré.

—No, solo es un sirviente de sangre fisgón. Buena gente, pero a veces un poco así... Un poco Ryan.

Capítulo 34



Los dos días que tardé en volver a ver a Morgana se me hicieron eternos. Aproveché para escribir una carta al viejo Timmy, nuestro sangrero. Pensé en mil y una maneras de revelarle que no iba a morir. Sin embargo, me resultaba imposible hacerlo con sutileza. También fui comedida respecto a la opinión que tenía de la Reina Colmillos; dudaba de que la enviaran si decía algo negativo sobre ella.

Querido Timmy:

Te escribo esta carta desde el castillo de Branamor. Contra todo pronóstico, soy la aspirante al último reto. Me gustaría que le transmitieras estas palabras a mi estimada madre, a la que echo de menos profundamente.

Madre, supongo que no te esperabas que fuera a llegar tan lejos, ni yo lo hacía, pero el destino y las diosas han querido traerme hasta las puertas de la reina.

No me reconocerías si me vieras, madre, aunque solo hayan pasado unos días. Llevo un vestido de burguesa

acomodada y he cogido algo de peso. Cualquiera pensaría que provengo de un estamento superior.

Necesito que me cuentes cómo te encuentras. Espero de corazón que estés bien y que la calma haya llegado a Lokkat, aunque eso es más un deseo que una esperanza.

Volveremos a vernos, te lo prometo. Ni la mismísima muerte podría separarme de ti.

Te quiero más que los cuervos a nuestra cosecha,

Savannah

Me pregunté cuánto tardaría en recibir la carta. Ni siquiera la había entregado a los mensajeros y ya ansiaba recibir su respuesta. Deseaba que los días hubieran sido tranquilos y que los vampiros no hubieran atacado la aldea o algo peor. Ni siquiera quería imaginármelo.



Horas más tarde, Morgana apareció después de cenar.

Aquel era el día en que nos íbamos a infiltrar en el torreón de la Reina Colmillos. Lo primero que hizo fue señalar mi atuendo. Además de la lujosa habitación que me asignaron, en apenas un día me hicieron unos preciosos vestidos a medida. Me pregunté a cuántas sirvientas habrían tenido trabajando para que los terminaran tan rápido.

No solía dar importancia a esas cosas, pero el vestido de Elizabeth parecía andrajoso en ese lugar. Mis nuevas prendas, de varios

colores, no desentonaban con la decoración. Esa noche me puse un vestido negro que creí que me ayudaría a pasar desapercibida en la oscuridad. Morgana, sin embargo, no parecía estar de acuerdo.

—¡No pensarás ir así!

—¿Cómo, si no? —pregunté, confusa.

En el armario solo había ropajes suntuosos.

—Necesitas ser invisible, no llamar la atención por lo bonito que es el vestido. Eh... —Entonces se fijó en el camisón que me había regalado Sam, que estaba doblado encima de la cama—. Ponte esto y te confundirán con una sirvienta de sangre. Y el calzado, eh... Ve descalza. Ah, y esto. Debemos esconder esa melena. —Me ayudó a colocarme un gorro idéntico al que ella llevaba—. Lo utilizan los sirvientes de sangre más desnutridos. Así no se ve la pérdida de pelo por la falta de plasma y hierro tras los sangrados. Suelo llevarlo para pasar desapercibida.

Intenté que no se me notara, pero me dio un vuelco el corazón. Ese era el destino de Sam, como el de todos.

—¿En qué piensas? —me preguntó Morgana, capaz de leer mis pensamientos.

—Durante el Sacrificio hice un amigo. Se llama Sam. —Ella abrió la boca, como si fuera a transmitirme sus condolencias, pero la detuve —. No, no está muerto. Ahora es... un sirviente de sangre. No puedo evitar pensar en cómo le afectará todo esto...

«Eso si el vampiro al que sirve no lo mata sin querer», me guardé para mí. Darius le había dicho que prosperaría en su nueva realidad, pero yo lo dudaba.

Morgana me puso las manos en los hombros para reconfortarme y yo esbocé una tierna sonrisa.

—La vida es terrible, Savie. Entiendo que te angustie su situación. Pero, cuando derroquemos a la reina, tu amigo volverá. Te lo prometo.

—Gracias.

—Además, tiene que ser agradable para que digas que es tu amigo —dijo mientras me ayudaba a esconder unos mechones que se salían del gorro.

Recordé todos los momentos que habíamos compartido en el monasterio. No eran muchos, pero sí los suficientes para saber que podría haber sido un buen amigo.

—Lo es.

Tras dar por finalizada la charla, aguardé a que se diera la vuelta o se fuera del dormitorio para desvestirme con tranquilidad. Sin embargo, se quedó allí, mirándome, y comenzó a parpadear en cuanto comprobó que seguía sin quitarme el vestido.

—¿A qué esperas?

—¿Acaso quieres verme desnuda, Morgana? —dije esbozando una sonrisa seductora.

En cuanto me oyó, agachó la cabeza para ocultar sus mejillas sonrojadas y se volvió para mirar hacia la pared. Intenté ser lo más rápida posible.

Cuando estuve lista, carraspeé para indicárselo. Morgana tomó mi mano y la besó con suavidad. Sentí un cosquilleo en el estómago al notar sus labios sobre el dorso.

—Saludos, bella damisela. ¿Estáis preparada para desentrañar los secretos de la Reina Colmillos?

Por un momento temí que fuese un sueño del que fuera a despertar y que acabase dándome cuenta de que ella, en efecto,

seguía muerta. Por suerte, no fue así.

—No podría estarlo más —contesté.



El atardecer era un momento en que el castillo de Branamor parecía estar más despejado por la cena de la familia real y porque los trabajadores que no vivían allí ya se habían marchado a sus casas de Dhoul a descansar.

El pasillo donde se ubicaba el despacho del chambelán de la Reina Colmillos estaba desierto. Tras comprobarlo, nos dimos cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave. Antes de que entrara en pánico, Morgana sacó una del bolsillo del camisón.

—No te preocupes, el otro día le robé la llave de repuesto.

Comprobó que nadie acechara y, cuando se cercioró de que estábamos solas, abrió la puerta y la cerró con llave detrás de nosotras.

Para ser el despacho de uno de los confidentes de la reina, me sorprendió que estuviera tan vacío. El único mobiliario consistía en un escritorio con sillas, algunas estanterías a los lados llenos de documentos y un gran retrato de Brackstone. Unas cortinas rojas cubrían la ventana; las descorrí solo un poco para que la luz que quedaba en el horizonte se colara en la estancia. Aunque el cristal era translúcido, no podía permitir que la gente reparara en nuestras siluetas. Aaron estaba a decenas de kilómetros de allí. Era la oportunidad perfecta.

—Empecemos por las estanterías —me ordenó Morgana en voz baja.

—¿Cómo sabré si he encontrado algo importante?

—Créeme, lo harás.

Juntas, averiguamos qué documentos se escondían en esa zona. Para nuestra desgracia, no parecía que hubiera nada que pudiera ser de nuestro interés, como tratados con los ducados de Dahlia y Gardenia, correspondencia oficial entre ellos...

Sin perder más tiempo del necesario, Morgana se dirigió al escritorio y revisó lo que había encima del mueble. Me acerqué a ella y comencé a ayudarla con cierto recelo.

Tras comprobar que los objetos que había no eran de valor para la causa, los colocamos tal y como estaban antes de ojearlos.

Morgana rebuscó entre los enseres personales del chambelán de la Reina Colmillos y me sorprendí pensando en lo mucho que la admiraba... Aunque aquel día, hacía ya tiempo, hubiera dicho enfadada que era una cobarde, no lo era. Era la chica más valiente del mundo.

Maldije por lo bajo cuando levantó la mirada y me descubrió.

—Sé que te gusta lo que ves, pero tenemos una misión que cumplir.

Tragué saliva y seguí comprobando los documentos de los cajones. En principio, no había nada relevante: antiguos encargos, un mapa político de Parkisan y una decena de sobres para futuras misivas.

Sin embargo, nuestra fortuna cambió cuando Morgana encontró un compartimento dentro de uno de los cajones en el que Aaron guardaba las cartas que le mandaban.

—Por favor, cuatro diosas, que aquí haya algo —suplicó para sí misma.

Ambas las revisamos una a una lo más rápido que pudimos, hasta que mi aliada se quedó ojiplática y releyó con calma la carta que tenía en las manos. Había encontrado algo.

—«Agathy está de acuerdo en presentarse el año que viene. Díselo a Lilith de mi parte» —recitó en voz baja—. La fecha es de hace dos semanas. Ya tenemos el quién y el cuándo. Ahora hay que averiguar el dónde.

Acto seguido, revisó el reverso del sobre y dio con una dirección.

—Iceles.

—¿Iceles? —pregunté.

—Provincia de Gardenia. —Morgana guardó la carta junto al resto tras comprobar el remitente—. Tengo que avisar a Clement para que haga una de sus asambleas allí. Por fin le dirán dónde está ANE.

Así que Morgana no solo no me había hablado del amaño del Sacrificio de la Corona... Tampoco de la verdadera intención tras los múltiples viajes de Clement.

—¿Asambleas? ¿Todos sus viajes son solo para encontrar a ANE?

—¿Qué esperabas?

—Que fuese para ganarse la confianza del pueblo y derrocar a su hermana —afirmé.

Cerró el cajón y me miró con semblante serio.

—Para eso ya habla con los duques, no con el resto de los mortales. Sus visitas a la plebe son para dar con nuestra querida amiga.

Satisfechas con nuestro trabajo, nos encaminamos hacia la salida del despacho. Morgana entreabrió la puerta y comprobó que estuviese despejado; sin embargo, la cerró al instante.

—¡Maldición, vienen unos soldados! —siseó.

Con el índice, le hice un gesto para que se callara. Se suponía que la estancia debía estar vacía. Por desgracia, el problema no era lo que pudieran oír, sino lo que ya habían visto.

—¿No te ha parecido que esa puerta se movía? —escuché a través de la pared.

Se me aceleró el corazón. Si entraban en el despacho, estábamos muertas. La respiración agitada nos delataba. Ni siquiera cubriéndome la boca y la nariz con la mano lograría pasar desapercibida para un vampiro. A mi lado, incluso Morgana se mostraba nerviosa. Miró brevemente la llave, con la intención de cerrar la puerta con ella, pero le sujeté la barbilla y negué con la cabeza para quitarle esa idea. Si oían el cerrojo, confirmarían que había alguien dentro.

Morgana movió sus ojos de forma errática hasta que se detuvieron en el retrato del chambelán. Entonces, me asió de la muñeca, empujándome en esa dirección.

—No me ha parecido ver nada —contestó el otro soldado—. Pero ¿no se suponía que el chambelán se había marchado?

Mi acompañante comenzó a palpar el lienzo, y yo la imité para ayudarla, aún sin saber qué trataba de encontrar. Entonces, hundí los dedos en la zona del bigote.

«¡Lo he roto!», pensé. Mi expresión se tiñó de terror mientras aguardaba el peor de los destinos. En cambio, el semblante de Morgana se tornó triunfante. ¿Qué narices le pasaba?

Lo entendí en cuanto el cuadro se separó de la pared.

Morgana tiró de mí y nos metió dentro de un agujero. A continuación, atrajo la parte trasera del cuadro hacia nosotras, como

si cerrara una puerta. La oscuridad nos ocultó de ellos, que poco después entraron en el despacho.

—El muy cabrón se ha ido a arruinar una boda —protestó uno. Su voz sonaba nítida—. No tiene nada más en lo que pensar, con los problemas que tenemos aquí.

Se me formó un nudo en la garganta; habíamos estado muy cerca de ser descubiertas. Un segundo más y nos habríamos convertido en comida para vampiros.

—No hay nadie... ¿Crees que habrán usado los pasadizos?

Así que eso eran los famosos pasadizos... Padre me habló de que las casas ricas solían contar con túneles secretos como ese.

—No había nadie desde el principio, ni en los pasadizos ni en el despacho. Lo de la puerta han sido imaginaciones tuyas... —dijo su compañero.

Relajé los hombros que no sabía que estaba tensando. Entonces volví a sentir la mano de Morgana en torno a mi muñeca.

—¡Vamos! —me susurró.

Juntas, nos adentramos en la oscuridad de los pasadizos.

Capítulo 35



De regreso al dormitorio, las dos respiramos agotadas.

—¡Ha sido increíble! —exclamé gesticulando muy rápido mientras Morgana se tumbaba en mi cama y se quitaba el gorro, revelando su larga melena de nuevo. Yo la imité—. ¿Cómo sabías que el despacho tenía un pasadizo?

—Porque hay uno en todos los lugares importantes por lo que pueda suceder a los altos mandos, como al chambelán.

Era lógico: si un ataque azotaba el castillo de Branamor, la gente importante debía hallar el modo de huir.

—Tengo el corazón desbocado. Pensaba que íbamos a morir. —Reparé en que Morgana se mostraba bastante tranquila—. ¿Por qué no estás alterada?

—Cuando vives rodeada de enemigos, acabas por acostumbrarte.

—Saldremos de aquí pronto, te lo prometo. Daremos con Agathy y arruinaremos los planes de la Reina Colmillos —le aseguré levantando el puño, con la energía contenida saliéndome por los poros.

—No te emociones, Savie. Clement aún tiene que recibir la información.

Me acomodé al lado de Morgana y comencé a acariciarle el cabello. Ella cerró los ojos, dejándose mimar.

—¿Y cuándo se supone que la reina tuvo a su heredera? Nunca había oído nada al respecto.

Se lo pregunté casi sin pensar en que lo más probable era que no pudiera responderme. Sin embargo, estaba ya tan metida en el plan de encontrar a Agathy que cedió en su explicación.

—Cuando eran jóvenes, la madre de Clement y Lilith, Pandora I, les dijo que aquel que diera un heredero a Parkisan la sucedería en el trono. Clement estaba prometido con Kendra IV de Korane.

—¿La Reina de Nadie?

La mujer que se había quedado sin súbditos sobre los que reinar, ¡había estado prometida con el príncipe!

—Sí, él estaba muy enamorado de ella. Así que no la llames de ese modo delante de él si no quieres que se ponga furioso. —Bostezó—. Pues eso, que se iban a casar, pero su hermana se adelantó y se quedó embarazada a propósito para quitarle la Corona.

—¡Qué valor!

—Sí, fue un escándalo que no se reveló a los plebeyos, pero, aun así, Lilith fue nombrada futura reina. Como imaginarás, tras vivir esta terrible traición, Clement se marchó del castillo.

La actitud calculadora de la Reina Colmillos no me sorprendía. Solo había que ver lo mala monarca que era para creerla capaz de hacer lo imposible por mantenerse en el poder. Incluso robárselo a su hermano o ponerse de parte de los vampiros cuando se convirtió en uno de ellos.

—¿Y criaron a Agathy lejos del castillo por este escándalo?

—No. Al poco de nacer, los vampiros tomaron Branamor y la mitad de la familia real murió en el Amanecer de la Sangre Negra, incluida Pandora. Entonces Lilith se convirtió en la Reina Colmillos. Ella pensó que el motivo del ataque era acabar con Agathy y la puso a salvo para que nadie pudiera matarla. Mientras tanto, creó el Sacrificio de la Corona para que pudiera tomar su legítimo trono sin que nadie reparara en quién es. Ahora, por suerte, conocemos su nombre y dónde está.

Todo Parkisan vivía engañado tras el espectáculo del Sacrificio.

Aunque, pensándolo bien, ningún monarca en su sano juicio regalaría a cualquiera su reinado. Ni aunque se lo mereciera más que la legítima heredera.

—¿Clement tuvo algo que ver con el ataque a su familia? —pregunté.

—¿Qué? —Morgana cerró los ojos y esbozó una sonrisa, incrédula —. ¡No! Él nunca habría atacado a su familia, y menos con vampiros.

Yo no estaba tan convencida. Un hombre desdichado, que se sentía traicionado por los suyos, era capaz de cualquier afrenta con tal de recuperar su honor. Incluso si tenía que aliarse temporalmente con aquellos a los que odiaba.

—¿Y qué hará Clement cuando encuentre a Agathy?

Nada bueno, imaginé.

No me respondió.

—¿Morgana?

Entonces reparé en que no me había oído. Seguía con los ojos cerrados, y su respiración se había acompasado. Acababa de quedarse dormida, y, aunque no era el lugar para hacerlo y nos ponía en peligro a ambas, fui incapaz de despertarla. Así que la moví

con delicadeza para ajustar las mantas de la cama y nos cubrí con ellas.

Antes de cerrar los ojos, la miré maravillada. Morgana, mi Morgana, estaba allí, conmigo. Solo por eso, la competición había merecido la pena. Le di un beso en la frente y concilié el sueño.

—Te quiero —me pareció que balbuceaba.

«Y yo», pensé.



Cuando abrí los ojos, aún no había amanecido, pero Morgana ya se había ido de mi dormitorio sin que me diera cuenta. Sabía que no podía quedarse conmigo, pero habría deseado que ella fuese lo primero que viera al despertar.

Durante el desayuno en la habitación, guardé un melocotón para dárselo luego a Morgana. Estaba convencida de que, más allá de la pérdida de sangre, no se alimentaba bien a conciencia. El chambelán ya la había reprendido por eso hacía unos días. De modo que mi misión sería encontrarla para entregarle la pieza de fruta.

Sin embargo, cuando estaba dispuesta a salir del dormitorio, alguien llamó a la puerta y, acto seguido, un parkisano entró en la estancia.

—Buenos días. Savannah, ¿verdad? Espero no ser inoportuno con mi visita.

En realidad lo era, pues tenía una misión que cumplir. Pero no podía utilizar a Morgana como excusa para escabullirme.

—No, no te preocupes. Y tú eres...

—El pintor oficial de la Corona —se presentó—. Como habréis visto en el monasterio de la Santa Sangrienta, todos los años me encargo de plasmar en lienzo a los aspirantes a herederos por lo que pueda ocurrir. Me gustaría pintar un retrato vuestro, si no es molestia.

«Por lo que pueda ocurrir». En otras palabras, por si, contra todo pronóstico, alguno de nosotros ganaba. Al final, solo servían como recordatorio para los siguientes participantes de que, si nosotros no lo habíamos conseguido, ellos tampoco lo harían. Y menos al año siguiente, cuando Agathy lograría el título de princesa.

—Por supuesto. —Esbocé la más forzada de mis caras alegres—. Me encantaría que pintaras un retrato.

El parkisano me condujo hasta una salita en la segunda planta en la que se dedicaba a sus labores de artista. Como mobiliario, había una mesa baja de madera y dos sillones tapizados en una tela de rayas en color amarillo y crema. En el centro de la estancia, el pintor había colocado un lienzo de tamaño considerable encima de un caballete.

A diferencia de otros lugares del castillo, la habitación estaba bien iluminada.

—Sentaos donde queráis.

Tras acomodarme en uno de los sillones, el hombre comenzó a abocetar el que sería mi retrato. Ya me imaginaba que sería una experiencia agotadora. No obstante, no me había hecho a la idea de que estaría dándome instrucciones sobre mi postura e, incluso, mi expresión, cada cinco segundos. Tampoco había caído en la cuenta de que podría durar horas. De hecho, comí en esa salita, no en mi habitación.

Para cuando el parkisano dio por finalizado el encuentro, me sentía exhausta.

—Mañana más —concluyó con una expresión cálida.

—¿Mañana más?

Si ese día había sido una tortura, repetir la jornada sería aún peor.

—¿Cuánto creéis que se tarda en pintar un cuadro? —me preguntó—. Me demoré cinco meses en terminar el último retrato de la reina Lilith II. La necesité en esta estancia una semana entera para dibujar su boceto.

Esperaba que conmigo fuera más rápido o que, al menos, no me necesitara tantos días seguidos. Eso solo era una prueba más de que era una persona ajena a ese tipo de vida.

Fuera de la prisión artística donde había estado encerrada toda la mañana, me dispuse a buscar a Morgana para darle su melocotón. Tenía ganas de verla.

Primero, intenté encontrarla en los dormitorios compartidos, situados en el sótano, pero allí no había nadie. Estuve una eternidad merodeando por todos los rincones del castillo hasta que hubo un momento en que me sentí más perdida que en el laberinto del monasterio.

Al fin la encontré. La vi con los demás sirvientes de sangre en los jardines traseros, tomando lo que había oído que llamaban su baño de luz diario. Creían que eso les haría perder menos nutrientes cuando alimentaran a los vampiros.

Morgana estaba conversando con algunos de sus compañeros, incluido Ryan, con quien había hablado hacía unos días.

En cuanto ella me vio, me hizo una señal para que nos reuniéramos en el establo. Primero entré yo. El hedor a cuadra me

recordaba bastante al de Lokkat. Solo faltaba que apareciera un vampisano putrefacto para que ya fuera como estar en casa.

—Como ahora el sol está en su punto más alto, no hay nadie por aquí —me explicó mientras cerraba la puerta tras de sí—. Quien lleva el establo es una vampira.

—Para ti. —Le entregué la fruta y, justo después, le di un corto beso.

—¿Un melocotón?

—Tienes que alimentarte.

Morgana abrió la boca para replicar, pero meditó mejor su respuesta antes de contestarme:

—¿Es porque anoche me quedé dormida en tu cama? Savie, estoy bien... No te preocupes.

—No, no estás bien, Morgana. Te arrastras por todas partes. —Se apoyó en la pared del establo en un acto instintivo—. ¡Como ahora!

Se enderezó en cuanto me oyó. Agachó la mirada y buscó la manera de tranquilizarme; sin embargo, no la iba a encontrar entre los montones de paja.

—De acuerdo, tienes razón —confesó—. Sabía que la Reina Colmillos no me trataría bien cuando llegara. Siempre ha sido gran amiga de los malnacidos de mi familia, en Dahlia. Y no iba a perder la oportunidad de humillar a la hija adoptiva de Clement, pero no imaginé...

Con cuidado, se tumbó en un montón de paja y me invitó a que me uniera a ella.

—Muchos vampiros buscan excusas para beber de mi sangre y seguir con ese juego de humillación, alentados por Lilith. Ha habido días en que he superado el número de tomas diarias y, aun así,

siguen desangrándome. Ya oíste al chambelán: me prometen en vano que, si los alimento lo suficiente, la reina me perdonará. Pero nunca lo hará. Solo soy un estorbo del que no se puede deshacer, pero a quien puede humillar.

Cuando me encontré a su altura, extendió los antebrazos para enseñarme las marcas negras.

—He tenido que dejar de comer para que mi sangre sea débil y tatuar mi piel para que cada vez les cueste más beber de mí —siguió —. Parece que la tinta agría la sangre y eso no les gusta. Pero siempre encuentran el modo de seguir humillándome.

Recorrí sus tatuajes con la yema de los dedos, admirándolos y odiándolos al mismo tiempo.

—¿Te dolieron mucho?

Morgana asintió, y una lágrima se deslizó por su mejilla. Se me encogió el corazón.

—Un poco, pero lo peor fue el castigo. Otro sirviente de sangre me los hizo en secreto y, cuando la reina me vio, ordenó que me encerraran en las mazmorras. No podía hacerme daño directa ni públicamente, pero la oscuridad, el hambre, la sed, el aislamiento, los mordiscos de las ratas... Eso fue suficiente.

Mis peores temores se confirmaron. La Reina Colmillos la utilizaba como arma para dañar a sus enemigos. Además, era el castigo por haber abandonado su bando y haberse unido al de su hermano.

Sin embargo, para mí había alguien tanto o más responsable que la monarca de Parkisan.

—Clement no debería permitir que siguieras aquí.

Tal vez me había pasado. No me gustaba hablar mal del príncipe porque sabía lo que él significaba para ella, pero no pude

contenerme. Sobre todo, después de ver el deplorable estado en que se encontraba.

—Él es el primero que quiere sacarme de aquí. Además, no le he contado más de lo necesario. No quiero decepcionarlo. Soy... soy una cobarde.

—No eres una cobarde —le solté, queriendo borrar las palabras que dije hacía mucho tiempo—. Hay que ser muy valiente para quedarse, para aguantar.

—Soy una cobarde. Tenías toda la razón del mundo.

Morgana se quedó pensativa mientras observaba el melocotón, del que aún no había probado bocado. Separé los labios e intenté pensar un modo de convencerla de que no le faltaban agallas. Al contrario, le sobraban.

—Lo importante es que queda poco para acabar con la misión. —Volvió a mirarme—. Y todo gracias a ti, Savie.

—En realidad fue Brandon.

Me sabía mal que se hubiera olvidado del hijo de los duques de Zinnia.

—¡Que le den a Brandon!

Rodeó mi cintura con los brazos y me besó. Fue un beso tierno, agradecido; sin embargo, pronto sentí un cosquilleo en la parte baja del abdomen. Era uno que ya había notado antes y que me había hecho perder la razón más de una vez. No obstante, el pudor y la culpabilidad siempre vencían en esa batalla.

En esa ocasión, la dicha que sentía por habernos reencontrado era tal que no me importó lo que fuera a suceder entre nosotras. Más aún, quería que ocurriera. Si volvía a perderla, me arrepentiría de

haberme dejado llevar por lo que se suponía que debía hacer, no por lo que me dictaba el corazón.

El beso se tornó más intenso, más voraz. No quería parar, estaba tan fuera de mí que ni siquiera pensé que cualquiera podía entrar en el establo y descubrirnos en un momento tan íntimo.

—¿Estás segura? —dijo separándose de mí durante unos segundos.

Asentí con la cabeza; no tenía palabras para expresar cómo me sentía. Entonces Morgana comenzó a explorarme con las manos y la boca, y yo, sin tanta destreza, hice lo mismo. Pronto las ropas quedaron sueltas, dando paso a las caricias, y sus dedos recorrieron el contorno de mis caderas desnudas.

De repente, antes de que pudiera retener en mi memoria aquel instante o procesar lo que estaba sucediendo, se apartó de mí y se levantó de manera apresurada.

—Yo... me tengo que ir.

Parpadeé varias veces, sin entender nada. Algo había cambiado de repente y no comprendí a qué se debía. Estábamos bien hasta hacía apenas un suspiro.

—¿Cómo? —pregunté mientras me incorporaba sobre el montón de paja.

—Lo siento, Savannah. Yo... tengo cosas que hacer.

Y, sin más, se marchó.

Capítulo 36



No volví a saber de Morgana en todo el día, y mentiría si dijera que no pensé en lo que había ocurrido. Repasé la escena cientos de veces, hasta que hubo un momento en que su cambio de actitud fue lo único que ocupó mi mente.

Solo podía culparme. Había hecho algo mal, pero no sabía qué.

Al día siguiente seguía dándole vueltas mientras el pintor del castillo de Branamor continuaba con mi retrato.

—Levantad la cabeza —me ordenaba cada vez que mi mirada se perdía en la falda que llevaba—, que se os vea segura.

Pero no podía. Cuanto más quería sacar el recuerdo de mi cabeza, más me invadía.

Tras la sesión, la última en la que tendría que estar presente tantas horas, a excepción de algún momento esporádico en el futuro, estaba tan exhausta mentalmente que no tuve ánimos de buscarla. Me encerré en mi habitación y dejé pasar las horas. Mientras mi mirada se perdía en el reflejo que me devolvía el espejo, pensé en madre, en si le habría llegado la carta o estaría a punto de hacerlo. Quizá había pasado muy poco tiempo, pero necesitaba que me llegara su respuesta lo antes posible. De ese modo, tendría la

oportunidad de mandarle otra antes de que Parkisan anunciara que había sido sacrificada.

Hubo un momento en que la puerta se abrió y, por un instante, se me iluminó la mirada. Sin embargo, volví a mi pozo de sufrimiento en cuanto vi que era Omelia. Me di cuenta de que llevaba un libro abrazado contra el pecho.

—¿Cómo están siendo los primeros días en el castillo? —Su actitud volvía a ser como la de una flor delicada—. No quería molestarte; pensé que igual necesitabas tiempo para habituarte al ajetreo de la vida real.

Si no hubiese sido por los instantes compartidos con Morgana, mi paso como aspirante a ganar el Sacrificio de la Corona habría sido más bien aburrido.

—Es un lugar tan grande que siempre tienes algo que hacer —mentí con una sonrisa.

—Así es. Pero por si en algún momento te colma el aburrimiento, tengo un libro para ti.

Entonces me entregó el tomo que custodiaba entre los brazos como un bien preciado. Se llamaba *Las cinco llamaradas del dragón*, pero no entendí qué era un dragón ni qué tenía que ver con el fuego. El título me resultaba familiar, pero no recordaba por qué.

—Porque sabes leer, ¿verdad? —me preguntó de pronto, pensativa.

—Sí, sí...

—¡Genial! Es mi libro favorito. Bueno, supongo que lo conocerás, porque todo el mundo habla de él. Espero que la historia sea de tu agrado tanto como lo fue para mí.

«Supongo que lo conocerás». Omelia se habría quedado estupefacta si hubiera sabido que los libros no llegaban a Lokkat. Aún más si hubiera sabido que tampoco había templos.

—Gracias —dije con la misma sonrisa forzada.

—No te interrumpo más. Me marcho para que disfrutes de la lectura.

—¡Esperad!

Ya que Omelia había acudido a mi dormitorio, debía aprovechar el momento. Cualquier información que me diera podría ser útil para la venganza, por estúpida que pudiera parecer.

—Eh... ¿Qué consejo me daríais para el reto «Verdad o morir»? La reina me impone bastante, y me gustaría dar lo mejor de mí en la próxima oportunidad.

—Habla desde el corazón, Savannah —me contestó—. A nuestra reina le encanta que la gente se abra con ella. Aunque no dé esa impresión, es muy sensible y tiene una gran capacidad de escucha.

Rectifico: la información no parecía estúpida, lo era. Y entonces me di cuenta de que quizá mi pregunta también lo había sido. Debería haberle cuestionado sobre otro tema, pero ¿cómo hacerlo sin que Omelia reparara en que todo era una estratagema?

No me dio la oportunidad de seguir hablando con ella, puesto que se marchó. Observé el libro más de cerca. Sinceramente, no tenía ánimos para ponerme a leer ni tampoco ganas de inspeccionar el castillo, de modo que me tumbé en la cama, absorta en mis pensamientos, hasta que me quedé dormida.



Me despertó una caricia. Morgana estaba allí, y pude volver a respirar con normalidad. Sin embargo, se la veía más cansada de lo habitual, y eso me alertó.

—Siento lo de ayer, Savie. —Se sentó a los pies de la cama—. Estarás enfadada conmigo.

No era esa la palabra que reflejaba mis sentimientos. Me incorporé y me acomodé a su lado.

—No estoy enfadada, pero no te mentiré: me dejaste muy preocupada. ¿Hice algo mal? No comprendo por qué...

Morgana negó con la cabeza y me tomó la cara entre las manos. Acto seguido, me dio un beso para demostrarme que no tenía ningún problema conmigo.

—No digas eso. Es solo que pensé que llevábamos mucho tiempo esperando como para que la primera vez que estuviéramos juntas fuera en un establo —me explicó.

—En Lokkat no lo habríamos hecho en un lugar mejor.

—En Lokkat. Pero aquí creo que podemos permitirnos un sitio más especial.

Tenía sentido. Sin embargo, si me conocía, debería haber sabido que el lugar me daba igual porque, para mí, lo importante era estar con ella.

—Sigo sin entender por qué desapareciste de repente y no has venido a verme hasta ahora.

—Me llamaron para alimentar a Darius Hearnshaw, que ya ha regresado del monasterio. He estado indispuesta desde entonces.

¿El maestro de ceremonias estaba aquí? Un escalofrío me recorrió la nuca al pensar en volver a verle.

Entonces Morgana se levantó la manga izquierda del traje de sirvienta de sangre y le vi un cortecito en el interior del codo. Alrededor había un pequeño derrame a modo de moretón.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—He estado mejor.

De hecho, su mirada no mentía. Tenía los párpados hinchados hasta el punto de no poder casi ni abrirlos.

—Morgana, no puedes seguir así...

—Me quedaré aquí hasta que haga falta, ¿de acuerdo? —Se apartó de mí.

Su respuesta fue tan cortante que no supe qué más añadir, de manera que me quedé en silencio y aguardé a que fuera ella la que decidiera hablar de nuevo.

—Queda solo un año para que llegue ANE —añadió—. Si tengo que resistir el mayor de los horrores para detenerla, lo haré. No me rendiré. Además, ¿no quieres vengarte de la Reina Colmillos? Si me voy, no podrás hacerlo.

Agaché la cabeza, dubitativa. Sí, tenía razón. Me había presentado al Sacrificio de la Corona para que la monarca pagara por todo lo que había hecho; si mi conexión con el príncipe Clement se marchaba, no podría hacerlo. Pero no quería que fuera a costa de perder a Morgana para siempre.

—Me importa más tu vida —musité.

—La reina no me matará —explicó—. Ya lo sabes.

—Así que la alternativa es que abusen de ti todo lo que deseen hasta que llegue ANE.

Morgana se rascó la nuca, cansada. Molesta por su terquedad, me crucé de brazos y necesité unos instantes para recomponerme. Por mucho que la reina no intentara matarla, ¿hasta cuándo su cuerpo aguantaría en esas condiciones?

—Mañana te necesito al alba, Savie —me pidió mientras me ponía la mano en el hombro—. Tenemos que comunicar todo lo que sabemos sobre ANE.

—¿Viene quien yo creo que va a venir?

—No. El día que lo haga será para hacerse con la cabeza de su hermana. Pero hablaremos con uno de sus emisarios. Él le transmitirá nuestras palabras.

Asentí agradecida por la nueva oportunidad que se me brindaba para demostrar mi valía en la Alianza, y esbocé una sonrisa, satisfecha.

«Padre, estarás orgulloso de mí», pensé.

—Ese libro te lo ha dejado Omelia.

Las palabras de Morgana me devolvieron a la realidad. Observé el ejemplar que me había prestado, que reposaba sobre el tocador.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Omelia tiene dos personalidades —rio con un tinte amargo y burlón—: la de la sobrina de la Reina Colmillos y la que recomienda el fastidio de *Las cinco llamaradas del dragón* a todo el mundo.

—¿A ti también te lo dejó?

—No, porque me odia. —Se encogió de hombros—. Pero no le faltan motivos.

No me extrañaba, pertenecían a bandos enemigos. Entonces consideré oportuno hablarle de mi conversación con Omelia, a pesar

de que no hubiera llegado a germinar como yo quería.

—He estado hablando con ella por si podía sacarle algo para nuestra misión, pero creo que no he planteado la cuestión indicada.

—¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado cómo podía superar «Verdad o morir». Me ha contestado que hable a la reina desde el corazón.

Morgana miró al techo y jugueteó con uno de sus largos mechones azabache, en un estado casi meditativo. Aguardé a que me contestara, pero no lo hizo, así que solté en voz alta la ristra de pensamientos que me dominaban en ese instante.

—Creo que Omelia quiere que elija «Verdad» para que vuelva a perder. Quizá esta vez escoja «Morir». Puede que tenga más posibilidades.

Había ganado a Brandon en el duelo de espadas, aunque enfrentarme a la Orden de las Espinas sería una experiencia completamente distinta. Sin embargo, mi orgullo y desesperación por ver a madre de nuevo me decían que podía lograrlo.

—¿Contra toda una horda de vampiros? —Me miró de nuevo—. Nadie elige «Morir», Savie. La última persona que lo hizo quedó muy malherida, según me contaron.

—No quiero perder sin luchar.

—Sabes que no estás destinada a ganar.

Su afirmación reverberó en mi cabeza durante unos instantes, pero me negaba a creer que no hubiera nada que pudiera hacer para superar el reto.

—Aun así, puede que haya alguna posibilidad de boicotear la competición y convertirme en ganadora. Si venzo, ANE no podrá presentarse porque le habré quitado el título. ¿Me entiendes?

Morgana apretó los labios en señal de duda y cerró los ojos, agotada. En un momento dado, su cabeza cedió hacia un lado y pensé que se había quedado dormida. La coloqué sobre mí para que reposara un poco.

—Siempre creemos que con nosotros será diferente —dijo, sobresaltándome—. Pero no lo es.

Le acaricié la cabeza mientras ella se acomodaba en la curvatura entre el cuello y el hombro.

—Lo digo en serio —insistió.

—Estás dormida.

—Estaba respondiendo a lo que habías dicho antes. —Bostezó y se incorporó—. Pasaré a por ti cuando los primeros rayos de sol se cuelen por tu ventana, ¿de acuerdo?

Me besó a modo de despedida. Aunque el cuerpo le pedía a gritos quedarse conmigo para reponer fuerzas, se arrastró hacia la salida.

Capítulo 37



Recordaba el día en que volví a ver a Morgana después de que dejara a la hija de los duques de Zinnia por mí. En esa ocasión, no acudió sola; el príncipe Clement la acompañaba en una de sus visitas rutinarias.

Madre y yo la habíamos invitado a comer en nuestra choza. Para preparar el almuerzo, habíamos utilizado casi las mejores hortalizas de la cosecha. Digo *casi* porque, una vez más, las mejores se las habían llevado los duques de Azalea.

—Jamás había probado un estofado de verduras tan rico, Mildred —le dijo Morgana a madre.

Las dos supusimos que lo decía más por compromiso que porque lo pensara de verdad. Sin embargo, hacía tantos esfuerzos por demostrar que estaba a gusto que no la contradijimos.

Tras la comida, Morgana se puso en pie y se dirigió a madre. Me sonrojé, porque ya me hacía una idea de cuál era el motivo por el que se había levantado.

—Mildred, hace un mes, Savannah y yo empezamos a salir. Pero no me gustaría seguir con ella sin tu bendición.

Madre se enteró de que nos habíamos besado justo la tarde en que había sucedido; no me pude resistir a contárselo. Padre sabía algo, pero muy por encima; no se sentía cómodo conociendo la intimidad de su hija. Para él, siempre sería su niñita.

—Por supuesto. Savannah y tú sois amigas desde hace años, y no podría pensar en otra persona que pudiera hacerla más feliz que tú.

Sin embargo, la reacción de Clement no fue la misma que la de madre. Después de hacer su espectáculo en la plaza del mercado, me encontró mirando un puesto y me llevó a una zona apartada. Por un momento, pensé que quería felicitarme por mi relación con su hija o, al menos, que pretendía llegar a un entendimiento. Sin embargo, no me imaginaba que la conversación empezaría como lo hizo...

—Dime cuánto quieres por romper con Morgana —ladró.

—Perdonad, n-no os entiendo... —dije, pero claro que lo había comprendido. De hecho, contuve las ganas de llorar.

—He dicho que cuántas monedas de oro son necesarias para que te alejes de la vida de mi hija.

Tardé en contestar porque sentía que, si lo hacía en ese instante, inundaría la estancia con mis lágrimas.

—Ninguna, señor. Amo a su hija.

—¿La amarías tanto si fuera una parkisana del pueblo llano? —Cogió un saco de monedas del bolsillo—. Sé que debe de atraerte mucho la idea de casarte con una futura princesa.

—¿A mí? Al contrario, preferiría que fuera del pueblo llano para que estuviera siempre conmigo.

Empezaba a nacer en mí la inseguridad de que, cualquier día, se enamoraría de otra mujer en uno de sus múltiples viajes. Entonces

se daría cuenta de que lo que había ocurrido entre nosotras era algo temporal.

—¿Mil monedas de oro serán suficientes? —Me tendió el saco.

Mil monedas de oro... Era lo que entregaba durante sus visitas. Mil monedas de oro serían suficientes para no tener que preocuparme jamás del hambre, si nos sabíamos administrar.

No obstante, la Savannah de diecisiete años por fin había comprendido por qué madre rechazó el saco de Clement cuando nos trató como a gente ruin. Ni todo el oro del mundo podría comprar nuestra dignidad y, en mi caso, mi libertad de amar.

—No podréis acabar con mi amor ahogándolo con monedas.

Clement arqueó una ceja, divertido. Entonces guardó el dinero, como recordatorio de la oportunidad que había perdido.

—Como quieras... Pero eres del pueblo llano, el dinero marca vuestra vida y vuestras decisiones. No tardarás en regresar suplicando que te entregue las mil monedas.

Nunca lo hice.

Aquel día me marché de allí con el corazón roto, pero jamás le dije nada a Morgana. Sabía que, si le contaba mi desencuentro con Clement, le rompería el corazón.

Quizá el príncipe me tomaría más en serio ahora. Quizá dejaría de verme como una influencia deplorable para su hija.



Cuando abrí los ojos, Morgana ya estaba en mi habitación, observándome desde la cama.

—Despierta, Savannah. —Me acarició la nariz—. Tenemos una misión que cumplir.

Me sobresalté un poco al darme cuenta de lo cerca de mí que estaba su rostro, pero no me importó. Algún día, ella sería la primera persona a la que vería cada mañana.

—¿M-me he quedado dormida? —balbuceé, aún somnolienta.

—Así es. Levanta, el tiempo apremia.

Me despejé lo más rápido que pude y nos pusimos en marcha. Como la otra vez, yo llevaba el camisón que me había regalado Sam y portábamos el gorro de sirvienta. Sin embargo, en esa ocasión iba calzada.

Esa mañana el castillo estaba casi desierto. De vez en cuando veíamos a algún soldado de la Orden de las Espinas o a algún trabajador cuyo oficio no sabría identificar, pero no nos encontramos con nadie más.

—Este es el mejor momento —dijo, como si pudiera leer mis pensamientos—. Muchos vampiros ya se han ido a dormir para evitar las horas de sol, pero la mayoría de los humanos aún no se han despertado.

Nuestro destino eran las cocinas, que se hallaban en la planta baja, próximas al comedor real. Allí solo se encontraba un parkisano humano calvo. Sospeché que estaba preparando el desayuno de la Reina Colmillos, dado que la comida iba acompañada de un vaso de sangre. Era el emisario del príncipe Clement.

—¿Qué deseas, Morgana? Como verás, estoy ocupado —nos espetó, levantando la mirada—. ¿Y quién es tu amiga, otra sirvienta de sangre?

—Es Savannah, la nueva aspirante a superar el Sacrificio de la Corona.

Asentí con la cabeza y levanté la mano a modo de saludo.

—Ah... —Se quedó callado durante unos instantes—. Mi más sincero pésame.

El emisario no me resultó agradable. Y no solo por lo que me dijo, sino también porque no se había dignado a presentarse.

—Veníamos porque tenemos una información muy jugosa sobre nuestro objetivo. —Sacó un sobre cerrado del bolsillo del camisón y se lo entregó al parkisano. Después, me miró—. Está todo en la carta.

—Se la haré llegar al pájaro cuando visite Dhoul mañana, no te preocupes.

Entendí que con el *pájaro* se refería a Clement en clave.

Más que participante, me sentí testigo de ese encuentro con el traidor de la reina. Era consciente de que nunca tendría la posición de Morgana en la revuelta; no obstante, pensaba que me había levantado al alba por un motivo muy distinto a estar escuchándolos en silencio.

Antes de que terminasen la conversación, ella pareció reparar en mi presencia y me preguntó, con un tono algo inquisitivo:

—¿Hay algo que quieras añadir, Savie?

—Has dicho que lo has incluido todo en la carta —musité—. No creo que tenga mucho más que aportar a la reunión.

—Es por si recuerdas algo acerca de lo que encontró Brandon en el monasterio.

Repasé mentalmente la escena en el despacho de Darius. Sin embargo, no había nada de valor.

—Todo lo que descubrimos de importancia, sin contar el nombre, estaba en las dependencias del chambelán.

Morgana arqueó una ceja y volvió a dirigirse al emisario. Vi que emanaba orgullo por los poros. Por fin iba a triunfar en su misión, algo que llevaba dos años esperando. Mientras tanto, yo lo observaba todo y me preguntaba si mi apoyo a la causa del príncipe sería reconocido o si, de nuevo, Clement seguiría considerándome la campesina que no merecía ni un mínimo de atención. Quizá incluso se plantease de qué manera podría deshacerse de mí para no entorpecer el maravilloso futuro que le deparaba a su hija.

Cuando finalizó el encuentro, me sentí extraña, casi ridícula al pensar que podría cambiar la forma en la que el príncipe me veía.



Al día siguiente, en cuanto anocheció, fui convocada en la sala del trono para enfrentarme a la segunda oportunidad del reto «Verdad o morir». Cuando llegó el momento, unos soldados de la Orden de las Espinas vinieron a por mí, pero antes me entregaron una carta con una invitación.

Estimada Savannah:

Su majestad Lilith II la invita a un baile oficial para celebrar el nacimiento de Parkisan como país el próximo miércoles.

Rogamos que confirme su asistencia.

No recordaba que pronto sería la celebración de la creación de nuestro país. O, en otras palabras, el aniversario del asesinato de la Santa Sangrienta. Por lo que ponía en el sobre, se celebraría dentro de tres días y, por supuesto, no podría escabullirme. «Rogamos que confirme su asistencia» era una mera cortesía, no una realidad. Tendría que ir de todos modos.

Nuestros escoltas me acompañaron en silencio a la que sería mi segunda oportunidad para fracasar en el Sacrificio de la Corona. Sin embargo, no pensaba rendirme, sobre todo después de ver el modo en que me ignoraba la Alianza de la Sangre Roja. Les demostraría que se habían equivocado de parkisana, y se verían obligados a tomarme en serio.

En cuanto me abrieron las puertas de la sala del trono, el heraldo anunció mi llegada:

—A continuación, Savannah Sin Apellido de Lokkat.

La disposición de los parkisanos era la misma que durante la semana anterior: los soldados a ambos lados de la estancia y, detrás de ellos, trabajadores y siervos del castillo. A la izquierda, vi a Morgana junto a su amigo Ryan, con el que había hablado días atrás.

Al fondo, como en el intento anterior, se hallaba la Reina Colmillos. En esa ocasión no estaba bebiendo sangre de la copa, sino que se alimentaba directamente de un sirviente.

A los pies del trono se encontraba Omelia, que me deseó la mejor de las fortunas con una sonrisa. Mentirosa. En el fondo, tanto ella como yo sabíamos que no quería que ganara. No era necesario que fingiera amabilidad.

La Reina Colmillos dejó a su sirviente para atenderme. Sin embargo, antes de hacerlo, se limpió los restos de sangre de las comisuras con un pañuelo.

—Bienvenida a la segunda oportunidad del reto «Verdad o morir», Savannah Sin Apellido. ¿Qué eliges, «Verdad» o «Morir»? ¿Responder a mi pregunta o enfrentarte a mi guardia?

Miré hacia la fila de armaduras que me rodeaba y asumí que lo que iba a hacer era una locura. «Verdad» no me había llevado lejos, y quería creer que tenía alguna posibilidad. No podía dejar que pasaran los días hasta que me convirtiera en la nueva perdedora de la competición.

—«Morir».

Capítulo 38



La Reina Colmillos torció el gesto ante mi respuesta.

—Así que crees que tienes posibilidades... —Chascó los dedos—. ¡Guardia, ya la habéis oído!

Acto seguido, parte de los soldados que custodiaban la sala del trono se situaron en el centro para enfrentarse conmigo. Serían una decena en total, entre humanos y vampiros, y todos apuntaron sus alabardas hacia mí para darme caza.

Mientras tanto, yo continuaba indefensa. Y no me refería a que tendría que enfrentarme a diez espadas largas, sino a diez armas que compartían características con una lanza y un hacha.

—¿Dónde está mi espada? —pregunté mientras formaban un círculo perfecto a mi alrededor.

—Nadie ha dicho que fueras a tener una —contestó la monarca con sorna.

Se me aceleró el corazón al ver que estaba en clara desventaja y que eso no iba a cambiar. Aunque intentara desarmar a uno de mis atacantes, los demás lo defenderían. Por algo se llamaba «Morir», porque las probabilidades de vencer eran escasas.

A pesar de mi situación, me lancé hacia el parkisano que parecía más débil y le así con fuerza las muñecas. Después lo pisé y, para terminar, le propiné un rodillazo en la entrepierna. Era consciente de que, con la armadura puesta, no le haría mucho daño, pero bastó para que soltara el arma.

Me agaché a cogerla con rapidez y me coloqué delante de ellos en posición de defensa.

No me iba a rendir.

Aproveché su sorpresa para atacar al que tenía más cerca, y logré dar un par de estocadas, pero reaccionó enseguida y tuve que ponerme en guardia de nuevo. De repente, sentí la primera laceración. Un soldado había hundido la hoja curvada de su alabarda en mi brazo. Jadeé; el dolor me dejó sin aire.

Me volví hacia él, rabiosa, y contraataqué. Bloqueé a otro, pero eran demasiados. Una nueva cuchillada me abrió la espalda, y la sangre calentó la tela de mi vestido. Apreté los dientes e intenté huir, pero era imposible.

Sentí otra alabarda que se me hundía en el hombro contrario. Gemí de dolor y, a modo de respuesta, solté el arma.

Caí al suelo, empequeñeciéndome mientras los soldados se cernían sobre mí. El ambiente se tornó más denso, cargado de sangre y hierro.

—¡Me rindo! —bramé—. ¡Me rindo!

A pesar de mis palabras, sentí otra laceración en el muslo y cerré los ojos, asustada. Cuando los abrí, temí por mi vida, porque las diez puntas de las alabardas me señalaban. Iban a matarme. Aunque el futuro de sirvienta de sangre de la reina me parecía todavía peor, no

quería morir justo ahora... Mi venganza no había hecho más que empezar.

Eso debió de ser lo que padre sintió en sus últimos instantes: miedo, desesperación y, sobre todo, la certeza de que su historia no había terminado y que, si lo hacía, era en contra de su voluntad.

Cerré los ojos de nuevo y aguardé mi último aliento.

—¡Deteneos!

Recibí la orden de la monarca como la mejor de las noticias, y solté una gran bocanada de aire, inconsciente de que lo había estado conteniendo. Entonces se retiraron de mi lado y se colocaron de vuelta a ambos lados de la Reina Colmillos.

—¡Levántate, Savannah Sin Apellido!

Quise obedecer, pero una punzada de dolor me atravesó la pierna y me vi obligada a quedarme de rodillas.

—He ordenado que te levantes.

—N-no puedo —gemí, muy a mi pesar.

—¡Levantadla!

Dos de sus escoltas me sujetaron por los brazos para ponerme en pie y me retuvieron en esa posición. Gruñí de dolor porque uno me asió justo por una de las heridas, pero no me soltaron.

—El orgullo es el peor defecto que puede tener una aspirante a heredar Parkisan, y esta es la prueba —comenzó—. ¿En qué momento creíste que podrías vencer, desarmada, a mis diez mejores soldados?

El dolor nublaba mi capacidad de habla; no obstante, sabía que, si no contestaba, la Reina Colmillos exigiría que lo hiciera. Y no quería comprobar cómo me obligaría a ello.

—Yo... creí estar... preparada —respondí como pude.

—¿Sabes cuántos de ellos han sido los mejores en la batalla y, aun así, han acabado perdiendo la vida? Ni toda la destreza del mundo puede evitar la muerte en condiciones desfavorables. Para que un guerrero caiga, solo hace falta que esté de pie.

Volví a recordar a padre en sus últimos momentos; nunca creí que unos vampiros hambrientos pudieran acabar con alguien como él. No con él, que en Lokkat se había enfrentado a tantos de ellos junto a mí.

La Reina Colmillos prosiguió con su reprimenda:

—Yo también fui una joven orgullosa y pagué un precio muy alto por ello. Aún lo sigo pagando. —Me dio la impresión de que hablaba de su condición de vampira y de la situación en Parkisan—. No me gustan los aspirantes que se creen por encima del bien y del mal. Te queda una oportunidad, Savannah Sin Apellido. Si sigues por el sendero del orgullo, te auguro el mismo destino que la semana pasada y que hoy.

Con un movimiento de mano, me desconvocó por fin de la sala del trono.



—¡Ay!

El ungüento de hierbas que me estaba aplicando de vuelta en mi habitación dolía más que las heridas que me había infligido la Orden de las Espinas. No solo tenía que soportar la molestia de las laceraciones, sino también la medicina que ardía sobre ellas.

A excepción de la ropa interior que me cubría la entrepierna, estaba desnuda. Sin embargo, era uno de los momentos menos

íntimos de mi vida, porque lo único que quería era que terminara esta tortura. Y, por la expresión de Morgana, estaba convencida de que ella también.

En un acto instintivo, me moví para que no me aplicara pomada sobre el hombro.

—¡Estate quieta, Savannah! Así no hay quien te cure las heridas. Y tienes suerte de que las alabardas no hayan tocado hueso.

—Es que lo que sea que me estás poniendo escuece mucho.

Morgana había traído vendas y un ungüento que preparaba cuando las heridas de los sirvientes de sangre se complicaban demasiado. Las curanderas aún no habían venido porque estaban ocupadas con los soldados a los que había herido. A pesar de que yo había salido peor parada porque no llevaba armadura, sería la última en recibir ayuda como castigo a mi orgullo.

Me retuvo por el brazo sano y al fin aplicó el ungüento sobre mi hombro. Aullé de dolor mientras lo hacía.

—¿A quién se le ocurre elegir «Morir»? —me regañó Morgana mientras me vendaba el hombro—. Esa palabra no vaticina un futuro muy prometedor.

—No quiero quedarme de brazos cruzados mientras ANE se prepara para ganar.

Morgana se mostró exasperada y me miró con una expresión un tanto indescifrable.

—Pues precisamente porque ANE es la que va a vencer no es necesario que arriesgues tu vida en el intento. ¿Cómo vas a ser mi aliada si estás malherida?

Sabía que tenía razón. Había sido una temeraria, me había dejado llevar por el orgullo, como bien había dicho la Reina Colmillos, por

mucho que me pesara... Me quedé callada.

Dejé que terminara de curarme sin quejarme. Percibí que era su forma de tranquilizarse, de asegurarse de que estaba bien. Cuando acabó, me ayudó a incorporarme con delicadeza y me pasó el camisón por la cabeza, vistiéndome con mimo.

—Savannah, sé que es difícil quedarse quieta, sobre todo cuando siempre has sido una chica de acción —empezó, con expresión amable—, pero, te guste o no, ya no estás en Lokkat, ni siquiera en el monasterio de la Santa Sangrienta. Ahora juegas en un entorno mucho más peligroso. Por favor, te lo suplico, no te arriesgues más de lo que ya lo estás haciendo.

—Pero... —intenté protestar, aunque no me dejó.

—Ni tus deseos de venganza ni los deseos de justicia de Clement se harán realidad si no vamos con cuidado —me espetó, severa—. La Alianza tiene un plan, y vamos a seguirlo. No podemos echarlo todo a perder cuando estamos tan cerca.

«Querrás decir que yo lo eche todo a perder», pensé, pero no lo dije. Me limité a asentir, resignada.

Morgana suspiró.

—Lo siento, Savie. Es solo que... no quiero perderte.

—¿Te quedas conmigo un rato? —opté por decir.

Solo quería abrazarla.

Morgana dudó, pero asintió. Se tumbó a mi lado, y yo me recosté en su pecho.

Por fin, volví a respirar.

Capítulo 39



Cuando desperté, Morgana había vuelto a desaparecer. Las curanderas habían ocupado su lugar, pero, en cuanto vieron que alguien había sanado mis heridas, se marcharon. Ni siquiera comprobaron si lo había hecho bien; las vendas manchadas de ungüento fueron suficiente para ellas.

Por la mañana temprano, vinieron a tomarme las medidas para hacerme un vestido a medida para el baile. Era como si todos los que tenía en el armario no fueran lo bastante bonitos para la ocasión.

Cuando las parkisanas salieron, apareció Morgana. Al igual que la noche anterior, traía el ungüento y más vendas. Chasqué la lengua al comprobar que continuaría la tortura.

Se sentó a mi lado y me tocó la frente para ver si tenía fiebre. A continuación, me ayudó a desnudarme y me retiró las vendas de la noche anterior.

—Las heridas evolucionan bien —comentó.

Entonces comenzó a aplicarme el ungüento de nuevo, lo que hizo que me retorciera de dolor, aunque intenté aguantar.

—No esperaba que la reina llegase tan lejos con «Morir»... —dijo, retomando la conversación mientras me vendaba de nuevo—. Anoche, algunos compañeros que habían elegido esa opción me contaron que el combate solía ser cuerpo a cuerpo con un único soldado. Tal vez dos. Pero no diez. Fue como si quisiera darte una lección.

Abrí mucho los ojos, incrédula. Con solo un miembro de la Orden de las Espinas, mi fortuna podría haber sido diferente. ¿Podría haberle dado muerte y alzarme con la victoria de Agathy Norvan Emmons? La Reina Colmillos habría tenido que inventarse una excusa para hacerme perder ante decenas de testigos.

—Por un momento pensé que ibas a morir —lamentó—. Pero no era lógico que lo hicieras. Nadie muere en el último reto del Sacrificio de la Corona, no desde hace años.

—¿Crees que fue porque sospecha de mi lealtad o porque sabe que soy diestra con la espada?

—Más bien por lo segundo. Darius le habrá hablado de tus habilidades.

Me quedé en silencio, sopesando mi pésimo futuro en la competición.

—Me queda una última oportunidad y la voy a perder.

No importaba si elegía «Verdad» o «Morir», fracasaría. Era curioso: el día anterior, mi orgullo había albergado la esperanza de poder cambiar mi destino. Sin embargo, en ese instante veía la realidad con otros ojos. Estaría destinada a no reencontrarme jamás con madre y a pasar inadvertida para la Alianza de la Sangre Roja.

—Por cierto, me han invitado al baile anual por la fundación de Parkisan —comenté para dejar de pensar en eso.

Esperaba encontrarme mejor cuando llegara el momento.

—Lo sé, cada año invitan a todos los aspirantes. —Morgana se rascó la nuca, incómoda—. Y cuando digo «a todos» es porque nosotros también estaremos allí, solo que no lo haremos en la misma categoría que tú.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunté.

—Ser la sombra de la reina. Después de todo, eres la aspirante a heredar Parkisan.

Me dio un vuelco el corazón al oír que, durante toda la velada, tendría que estar junto a la Reina Colmillos. Una de mis peores pesadillas hecha realidad.

La expresión de Morgana se ensombreció de pronto y desvió la mirada. Si no la conociera, le habría preguntado qué le pasaba; sin embargo, cuando se perdía en sus pensamientos, era porque no quería hablar con nadie. Solo consigo misma.

—Debo irme. No podemos dejar que nos pillen juntas. Demasiado estamos arriesgando.

Asentí, dándole la razón, aunque lo que quería era que se quedara conmigo.

Se acercó a mí y me dio un beso, uno de esos lentos y bonitos. Después se apartó, sonriendo, y yo atesoré esa sonrisa, como todas las demás que me dedicaba, tan escasas.

Una vez sola, sabiendo que no estaba bien para deambular por el castillo, decidí guardar reposo y plantearme mis siguientes movimientos. El aburrimiento era un lujo que jamás había disfrutado y que no soportaba. De reojo, vi el libro que Omelia me había dejado. No tenía muchas ganas de leer, pero tampoco había nada

mejor a lo que dedicar el tiempo, así que me estiré con cuidado en la cama para cogerlo.

Me recosté en los mil cojines que adornaban mi lecho y leí el título de nuevo: *Las cinco llamaradas del dragón.* Aún no sabía qué criatura era, pero empecé, esperando descubrirlo.

La novela giraba en torno a un mundo donde había lagartos con alas que escupían fuego; *dragones*, los llamaban. Tras morir su maestro, convocaron las pruebas para encontrar al nuevo. La protagonista parecía la menos indicada para ganar, y uno de sus rivales era un antiguo amigo de la infancia que se había convertido en enemigo.

Cuando recuperé la noción del tiempo, estaba a punto de atardecer. Había cambiado de postura cincuenta veces, no sabía si por la molestia de las heridas o porque me sentía inquieta por la historia. La protagonista tenía que ser la próxima maestra, no había duda. Además, después de tanta tensión, se había enamorado de su rival. Por desgracia, se veían obligados a tomar caminos distintos.

> Y Prometheus me dijo: «Acantha, hemos sido hielo y fuego toda la vida. Y ahora que nos separamos me doy cuenta de que no quiero que estemos lejos el uno del otro. Nos volveremos a ver cuando nuestro amor arda más que nuestros miedos».

Se me borró la mueca que había esbozado por la emoción. Al fin, él había confesado cómo se había sentido todos esos años. Sin embargo, la última frase no me era ajena. Aún podía oír esas mismas palabras en labios de Brandon.

—No me fastidies... —musité.

Horas después, cuando Morgana volvió a entrar sigilosamente en la habitación (ojalá no tuviera la intención de volver a echarme aquel ungüento del demonio), la esperaba despierta y deseosa de explicarle mi hallazgo.

—Morgana —dije enseguida, sobresaltándola—. He estado leyendo el libro de Omelia.

—Ah, muy bien.

Se sentó a los pies de mi cama, con visible desinterés por mi opinión sobre la obra. Su respuesta había sido una mera cortesía para no hacerme un desprecio.

—No, no. No lo entiendes. Hay una frase... —No me salían las palabras—. Eh... Es lo que le dijo Brandon a Omelia en el monasterio de la Santa Sangrienta.

Entonces, ella palideció. No le había agradado lo que le había contado.

—¿Brandon y Omelia hablaron en el monasterio? —inquirió—. ¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora?

—No sé... n-no me acordaba... No le di importancia.

Al instante abrí el libro y le enseñé qué había dicho Brandon. Morgana cogió el ejemplar y estudió la escena con atención. Después, cerró el libro y ladeó la cabeza, expectante.

—Es muy importante, Savie. Dos claros miembros de ambos bandos han conversado sin mediadores, y la frase en cuestión es una declaración de amor. ¿Qué pasó exactamente?

Cerré los ojos y me masajeé las sienes para recordar el intercambio de palabras.

—Omelia acudió al dormitorio que compartía con Brandon para felicitarme. Eh... Él se sintió insultado porque lo había ignorado

durante todo el reto. Ella le dijo que no iba a caer en su trampa de nuevo y él pronunció la frase de Prometheus. —Intenté rememorar más partes de la conversación—. ¡Ah! Y él le aseguró que, en parte, se había presentado para volver a verla. Algo así.

Morgana no era una persona de reacciones desmedidas; no obstante, no pudo evitar que se le desencajara la mandíbula al descubrir los detalles de la conversación entre Brandon y Omelia.

—Este chico no deja de sorprenderme... —Se sujetó la frente con la mano—. Se presenta para ayudarme contra la reina, pero, a la vez, quiere conquistar de nuevo a Omelia.

—Tal vez lo decía para despistarla —pensé en voz alta.

—Conociendo a Brandon, no. Puede que solo se presentara al Sacrificio de la Corona para volver a verla con nuestro beneplácito. Eso habría sido contraproducente para la Alianza.

Al instante, comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro, presa del estrés.

—Brandon es del tipo de personas que serían capaces de cambiar de bando solo por amor —masculló—. Y tiene que saber cuál es su lugar...

Ya no sabía si hablaba conmigo o con ella misma. Mi duda se resolvió cuando comenzó a susurrar algo en una voz tan baja que era ininteligible. La observé con los ojos cargados de estupefacción mientras la oía hablar consigo misma.

—¡Soy estúpida! —se insultó.

—Piensa en el lado bueno —intenté calmarla—, le gané. Ya no tendrás que preocuparte por si conquista a Omelia de nuevo o no.

Acto seguido, me miró con una expresión indescifrable y negó con la cabeza, irritada. Ignoraba qué se suponía que le había molestado,

pero que yo estuviera ahí era muy buena señal.

—¿Qué? —le pregunté.

—Tengo que irme, Savannah. Aaron Brackstone precisa mis servicios.

Y se marchó, dejándome sola de nuevo.

Capítulo 40



Cuando llegó el día del baile, mis heridas estaban mejor. Al fin la curandera se había dignado a revisarlas y me dijo que aún quedaba mucho para que sanaran del todo. Era probable que dejaran una fea cicatriz, pero ya no me dolían tanto ni se me habían infectado. La única molestia era la de la costra, que estaba tirante en la piel.

Ese día, 12 de abril, me probaron el vestido para el baile de conmemoración por si tenían que ajustarlo más. Era granate, con media manga y escote cuadrado, y la sobrefalda lo hacía aún más voluminoso. A continuación, me calzaron unos zapatos de terciopelo del mismo color.

Mientras me miraba en el espejo, reparé en que no me sentía cómoda con la imagen que me devolvía. Si ya me sentía extraña con los vestidos habituales, con aquel todavía más. No parecía Savannah.

Antes de que cayera el sol, dos doncellas vinieron a arreglarme. Durante el tiempo que llevaba allí, había estado en contacto con muchos trabajadores del castillo, pero no estreché vínculos con ninguno. Venían a hacer su labor y se marchaban. Me pregunté si para Omelia (o para la reina) todo era tan impersonal.

Las doncellas, además de vestirme (algo a lo que al principio me negué), me peinaron y maquillaron. Pese a los cuidados que me habían prodigado desde mi llegada al castillo, mi pelo seguía siendo una indomable mata castaña y quebradiza, aunque debo reconocer que hicieron un gran trabajo. Acto seguido, me aplicaron polvos blancos en el rostro para crear una palidez que no tenía. Encima espolvorearon otros sonrosados en mis mejillas y labios para que mostrase un rostro mucho más atractivo. Por último, me echaron perfume y me dijeron que esperara hasta que alguien pasase a por mí.

Sola de nuevo, me horrorizó la imagen que me devolvía el espejo. Si ya antes me veía rara, con ese aspecto tan... tan de la realeza no parecía yo, y me dio miedo. ¿Quién se supone que eres cuando no reconoces a la persona que te mira desde el espejo?

Cuando por fin aparecieron los dos escoltas que me iban a acompañar, y durante todo el trayecto hasta el salón de baile, fui consciente de lo incómoda que me sentía con esa falda tan voluminosa y esos zapatos, más bonitos que confortables. Las heridas me seguían molestando, y cualquier movimiento brusco me recordaba que aún no habían cicatrizado.

Cuando llegamos, me abrieron las puertas.

—A continuación, Savannah, aspirante a ganar el Sacrificio de la Corona —anunció el heraldo.

Contuve la respiración al ver lo inmenso que era el lugar. Imaginaba que sería tan grande como la sala del trono, pero era casi el doble. Cientos de personas me convirtieron en la protagonista de sus miradas. Me sentí muy observada, incluso tuve la impresión de que, a través de los altos ventanales, los habitantes de Dhoul

también me estaban mirando, aunque fuera imposible. Para no cruzar la mirada con nadie, agaché la cabeza y me enfoqué en el suelo de baldosas marrones y blancas.

Mis escoltas me guiaron hasta una zona más despejada, y el servicio me dio una copa de licor. Parecía que la Reina Colmillos aún no había llegado. A lo lejos, en un rincón, vi a Morgana, a su amigo Ryan y a otros sirvientes de sangre. Ojalá pudiera acercarme a ella; me sentiría más segura.

En ese instante, el heraldo anunció la llegada de la familia real.

—A continuación, Omelia Delagarde, infanta de Parkisan.

Omelia apareció acompañada de sus propios escoltas. Como siempre, vestía un traje verde oscuro, pero no era el que le había visto. Ese era más voluminoso y llevaba una solapa de lino en el cuello. La condujeron hasta donde yo me encontraba y lo primero que me dijo fue:

—Estás guapísima, Savannah. No pareces tú.

La sonrisa que había empezado a esbozar por cortesía se me congeló ante su atrevimiento. No consideraba que dejar de parecer yo fuera algo positivo. Demostraba que mi identidad se estaba diluyendo.

No le respondí. Para mi desgracia, acto seguido apareció la monarca.

—A continuación, su majestad Lilith II de Parkisan.

Su vestimenta era muy similar a la de Omelia, con la diferencia de que ella usaba el color ámbar. Como había visto en otras ocasiones, en aquella celebración también portaba una copa de sangre.

—Bienvenida a la conmemoración por la fundación de Parkisan, Savannah —me dijo cuando llegó hasta mí.

Acto seguido, alzó la copa para acompañar su saludo.

Realicé una reverencia, con el corazón casi desbocado. Nunca había estado tan cerca de la Reina Colmillos; la tarima de la sala del trono me ofrecía cierta distancia de ella y, por tanto, una protección imaginaria. Pero en ese momento no solo no podía evitar tenerle miedo, sino que además sentía un profundo odio.

—Levántate —me ordenó cuando estuve demasiado tiempo encorvada.

Me erguí, y mi cuerpo se tensó ante el malestar que me suponía estar frente a ella.

—¿Te intimido, Savannah? —inquirió con una sonrisa desafiante, enseñándome los colmillos.

La pregunta me pilló por sorpresa, pero traté de mostrarme lo más segura posible. Parecía divertirle que me empequeñeciera ante ella. Si algo me había enseñado padre era que nunca debía mostrarme débil ante el enemigo.

—No, Su Majestad.

Por su expresión, no parecía muy convencida; mi temor parecía divertirla. Se volvió hacia los asistentes y levantó la copa para proponer un brindis. Una mezcla nauseabunda de hierro y alcohol me invadió las fosas nasales. Parecía que lo que estaba bebiendo no solo era sangre.

—¡Queridos conciudadanos! —exclamó—. Me complace celebrar un año más con todos vosotros la fundación de Parkisan como país. Hace 1337 años, una joven de la tribu de Dahlia tuvo una visión. Hoy celebramos la visión que nos unió en un solo reino. ¡Por 1337 años más!

Todos levantamos la copa para imitar el gesto de la reina. Cuando llegó la hora de beber, vacié la mía de un trago, como todo el mundo. Fruncí el rostro al darme cuenta de que estaba muy fuerte; no estaba acostumbrada a beber. Después, me retiraron el vaso y me sirvieron otro. Ese tardé un poco más en terminarlo.

Al cabo de un momento, un grupito comenzó a tocar. Reconocí entre los músicos a Darius Hearnshaw, que hacía sonar la flauta travesera, y le acompañaban el arpa y el laúd. En alguna ocasión había oído música en directo en Lokkat, cuando alguna feria visitaba la aldea, pero nunca había escuchado algo tan refinado.

Los presentes comenzaron a hacer corrillos y a bailar. Por su parte, la reina entabló conversación con Aaron Brackstone, que mostraba un semblante ensombrecido.

—¿Qué tal fue la declaración? —le preguntó ella en tono burlón.

En la mirada de la monarca se atisbaba un «Te lo advertí».

—Mal —respondió de manera escueta.

—Ya te dije que la diosa Namiria te castigaría por intentar separar a dos enamorados.

Mientras tanto, Omelia y yo observábamos la escena en silencio. De reojo, intenté buscar a Morgana, pero no la encontré a ella ni tampoco a los demás sirvientes. Parecía que se habían marchado del salón de baile.

En ese instante, vi que una mujer de mediana edad se acercaba a nosotras. Tenía el cabello negro cortado por los hombros y llevaba un vestido azul oscuro. En cuanto reconocí la tiara rota que decoraba su cabeza, supe quién era. Tenía entendido que la utilizaba como símbolo de la soberana que podría haber sido.

—¡Lilith —la abrazó—, qué alegría verte de nuevo!

La Reina Colmillos dejó atrás su actitud atemorizante y la vi relajarse en ese gesto cálido. Se notaba que su vínculo se había afianzado en las décadas que ya duraba su amistad.

—Kendra, querida, muchas gracias por venir —contestó la monarca.

Tras separarse, Kendra saludó a Omelia, y entonces reparó en mi presencia. Me sonrió a modo de bienvenida. A diferencia de la monarca de Parkisan o incluso de Clement, se la veía una persona cercana. Me apenaba pensar que habría sido una buena soberana si hubiese tenido a alguien sobre quien reinar.

—Así que ella es tu nueva aspirante. Un placer, soy Kendra IV de Korane.

Realicé una reverencia, aunque no estaba obligada, puesto que no gobernaba sobre mí.

—Encantada, soy Savannah.

—¡Qué linda! —Me tendió la mano para que me levantara. Entonces, observé que, colgado al cuello, llevaba un pequeño frasco con un líquido transparente—. No tienes que hacerme una reverencia. Después de todo, soy la Reina de Nadie.

Esto último lo dijo con amargura, sin estar orgullosa de su apodo impuesto. Kendra era la única reina de las inmediaciones con peor reputación, si eso era posible, que la Reina Colmillos. Cuando tan solo era una adolescente, una maldición asoló la pequeña isla de Korane y se quedó sin nadie sobre quien reinar. Su dios exigía una vez al año un rito en un lago bajo la luz de la luna, y Kendra, en una ocasión, se negó. Según decían, él la castigó por su atrevimiento y mató a toda la familia real y a sus súbditos. A partir de ese instante, se la empezó a conocer como la Reina de Nadie y se convirtió en

alguien al que ningún otro monarca (a excepción de la familia real de Parkisan) quería acercarse, por si les contagiaba la maldición.

Sinceramente, no creía que hubiera ningún dios, y mucho menos que sus poderes divinos hubieran matado a todo un reino. Tratar una desgracia como una maldición era, como mínimo, irrespetuoso.

De hecho, cuando la enfermedad del vampirismo asoló nuestro país, Korane fue el único reino que no nos cerró sus fronteras. Lemanat y Nibringar, las naciones colindantes, no habían querido saber nada de nosotros en más de veinte años.

Me sorprendía que Kendra y Lilith se llevaran tan bien. Después de todo, según me había contado Morgana, esta última le había arruinado su compromiso con Clement... Aun así, que la Reina Colmillos la recibiera con calidez no significaba que los parkisanos del baile no la evitaran. Como si no estuviéramos suficientemente malditos...

La reina y Omelia me presentaron a personas importantes de la nobleza. Primero, a Zacharias y a Liam Atkinson, duques de Gardenia, también vampiros. Tragué saliva. Si estaba Gardenia, Dahlia también.

En efecto, tras algunas palabras de cortesía, nos acercamos a ellos. Los duques, humanos, eran un hombre de pelo y barba cobrizos, y una mujer con el cabello negro. Iban acompañados de su hija mayor, Mary Anne, que se parecía mucho a Morgana. Si no fuera por el cabello cobrizo, habría dicho que eran dos gotas de agua.

—Nicolas y Margot Latriffe y... —comenzó la Reina Colmillos.

—Los duques de Dahlia —exhalé, interrumpiendo a la monarca.

Al instante entendí por qué Morgana se había mostrado tan poco emocionada por el baile. A pesar de que ya habían pasado diez años

desde que empezara una nueva vida con Clement, verlos no debía de ser agradable. Sobre todo, cuando ella se encontraba en esa situación tan dolorosa.

La familia real aguardó a que la saludara, igual que había hecho con Kendra y los duques de Gardenia. Sin embargo, me salté el protocolo y, en vez de mostrar mis respetos con una pequeña reverencia, decidí saludarles con una leve inclinación de cabeza. Eran los responsables del dolor de una de las personas que más quería, de modo que no iba a fingir ningún tipo de amabilidad.

La Reina Colmillos se mostró irritada al ver la poca cortesía con la que estaba tratando a los duques de Dahlia.

—Perdonadla —se excusó la monarca—. No es más que una campesina.

La expresión de los duques se relajó al oírla. Para ellos, había pasado de ser una parkisana maleducada a solo una ignorante.

Me volví para buscar a Morgana con la mirada. Había regresado al salón de baile y, desde la distancia, se mostraba muy atenta a todo lo que sucedía. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, volví a centrarme en los duques.

—Así que campesina... —comenzó Nicolas Latriffe con una sonrisa —. Mi más sincera enhorabuena, Savannah. No habrá sido un camino fácil, y has demostrado que eres igual de válida o más que otros participantes.

—Siempre lo digo —continuó su esposa—: el verdadero talento está en la gente que realiza grandes hazañas sin haber tenido una vida tan privilegiada como nosotros.

Los duques eran afables, y me trataban con exacerbada simpatía para que me sintiera integrada en la conversación. Mary Anne no

habló, solo escuchó en silencio lo que me decían. Si no fuera porque Morgana me había contado los horrores que había vivido en su palacio, habría pensado que eran de las pocas personas agradables del baile.

Ese día me di cuenta de que a las peores personas les interesaba mostrarse como gente encantadora. Suponía que, de ese modo, el relato de los que sufrieron con ellas perdía fuerza a oídos inocentes. Sin embargo, siempre acababan mostrando su verdadera naturaleza, ya que es imposible huir de ella.

—Me rompe el corazón ver a mi hija en ese estado —comentó Margot Latriffe cuando vio a Morgana a lo lejos—. Que prefiera estar como sirvienta de sangre en vez de en brazos de su madre...

—Cada año, al verla tan demacrada, rezo a la diosa Talamia para que la cuide y proteja su salud... —El duque rodeó a su mujer por los hombros—. Aunque ella no quiera saber nada de nosotros...

Parpadeé varias veces, estupefacta por sus palabras. ¿Cómo tenían el valor de hacerla sentir una enemiga dentro del que era su hogar y encima victimizarse de ese modo? Escucharlos me provocaba náuseas... Sentí que, si me quedaba allí más tiempo, acabaría enfrentándome a ellos. Quizá me cobraría mi venganza por todo lo que le habían hecho a Morgana.

—Si me disculpáis... No me encuentro bien, me ha sentado mal el licor. Iré a tomar el aire —me excusé, esta vez sí, con una reverencia.

Omelia me dedicó una mirada confusa, y estaba convencida de que la de la reina no era distinta, pero no me atreví a descubrirlo. No era la actitud más inteligente; sin embargo, no podía quedarme allí escuchando mientras fingían apenarse por ella. Solo les

importaba la imagen que estaban dando sobre el asunto de su hija, no Morgana.

No quería saber nada más de ellos.

Capítulo 41



Un poco mareada, me acerqué al grupo de Morgana, aunque no demasiado, y me apoyé en el alféizar de una ventana abierta. Los duques me siguieron con la mirada durante unos segundos, pero pronto se les presentaron otros nobles y se pusieron a hablar entre ellos, olvidando mi existencia por completo.

Al cabo de unos minutos, noté que una mano rozaba la mía durante unos instantes. De reojo, vi que Morgana se había ido acercando a mí, pegada a la pared del salón. Estábamos en un rincón apartado, de modo que era difícil que alguien reparara en nuestra proximidad.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó en voz baja, pero audible entre el gentío y la música.

Apreté el puño con rabia al recordar la conversación con los duques. Sin embargo, preferí guardármelo. No quería entristecerla.

—Nada, no te preocupes. Solo necesitaba alejarme un momento de todo.

Morgana me miró con escepticismo y no se calló sus dudas.

—Te he visto hablar... con ellos.

Fruncí los labios y desvié la mirada; no quería pensar en ello. Porque, de lo contrario, el impulso que estaba creciendo en mí cobraría fuerza. Ya había bajado la guardia con el licor, no podía dejarme llevar por el instinto.

—¿Han dicho que soy la persona más horrible del mundo? —cuestionó con fingida diversión.

—No, peor... —No pude contener mis palabras—. Han dicho que no entienden por qué prefieres estar en estas condiciones que con ellos. Que les rompe verte así.

Nada más decirlo, me arrepentí de haberlo hecho. No quería que Morgana siguiera sufriendo por la sombra de un pasado que jamás la abandonaría. Para Parkisan, ella siempre será la hija descarriada de los duques de Dahlia.

—Típico de ellos —dijo mientras asentía con la cabeza.

Al principio creí que no le habían afectado tanto mis palabras, pero, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, me di cuenta del gran error que había cometido. Y ese fue el detonante para dejarme llevar por mis impulsos y actuar sin pensar.

Entrelacé mis dedos con los suyos y, aunque al principio intentó apartarse, me devolvió el apretón.

—No debería haberte dicho nada —me disculpé.

—No es culpa tuya —dijo con tono grave—. Es solo que no soporto su condescendencia, la tranquilidad con la que se pasean después de hacerme la vida imposible.

—Alégrate de ser la villana de su historia. Si fueras la heroína, serías tan horrible como ellos.

«Como los duques, la Reina Colmillos...», pensé.

Morgana esbozó una sonrisa y se apartó de mí para recuperar la distancia que yo había acortado.

—Cómo desearía pedirte un baile... —confesé.

—Savannah, no deberían vernos juntas. Nos estamos arriesgando demasiado...

—Me da igual. No voy a permitir que andes por este salón sintiéndote inferior a ellos.

Las últimas palabras bailaron un poco en mi lengua, y esto a Morgana le dejó algo claro.

—Has bebido...

—Sí, pero sé lo que digo.

Un deseo irrefrenable de besarla se apoderó de mí. Sabía que no debíamos, pero aún notaba el calor de su piel y podía conjurar sus suaves labios rozando los míos. En sus ojos leía la misma pasión que gritaba mi alma.

«Nadie nos verá en este rincón apartado. Es solo un beso», intenté convencerme.

Con cuidado, deslicé una mano por su cintura y acorté la distancia que nos separaba. Casi podía saborearla, con su aliento acariciándome la piel.

—¡Sirvienta! —ladró un soldado de la Orden de las Espinas que acababa de aparecer, haciendo que nos separáramos de inmediato —. ¡No estás aquí para relajarte, estás aquí para servir! Dame de tu sangre, quiero beber.

Morgana me dedicó una mirada triste y acató la orden. Mientras, observé la escena desde la distancia. Sentí una presión en el pecho cuando el soldado le dio un empujón porque tardó en extender el

brazo. Entonces Morgana ofreció su sangre y él resopló, furioso, al ver sus tatuajes.

—Piensas que así me alimentaré de otro sirviente, ¿verdad? Quizá te funcione con los demás, pero no conmigo.

Le cogió la muñeca con fuerza y, sin más preámbulos, le hizo un corte con su cuchillo y comenzó a beber de Morgana. En cambio, yo solo podía pensar en el momento en que hiciera desaparecer a todas las criaturas sanguinarias del mundo.

En la pared opuesta, oí que Darius, nuestro maestro de ceremonias, había comenzado a decir:

—Un año más nos reunimos aquí sin un heredero en Parkisan. Su Majestad, sé que es muy jugoso conseguir nuevos sirvientes de sangre en cada edición del Sacrificio de la Corona, pero agradecería que nombrarais a un ganador. —Todos se rieron, incluso el soldado que se estaba alimentando de Morgana, de cuya boca se derramaron algunas gotas de sangre. Asqueroso—. Trabajo noche y día sin descanso para reunir a los mejores candidatos. Ya han pasado veinte años... ¿no creéis que es hora de dar la competición por finalizada?

Las carcajadas crecieron ante el incisivo comentario de Darius. Si yo hubiese sido la monarca, no hubiera tolerado que alguien me hablara de ese modo. No obstante, pensé que era lo que se esperaba del bufón de la corte. A lo lejos, me pareció ver a la reina esbozar una sonrisa antes de beber de su copa. Le dedicó una mirada cómplice a Darius, supuse que porque él también sabía que, hasta que no llegara Agathy, no acabarían los años de sueños truncados.

El soldado de la Orden de las Espinas se separó de Morgana, poniendo fin a su sufrimiento. En cuanto se alejó, vi que un hilo de sangre recorría su antebrazo e, instintivamente, presioné la herida con la manga de mi vestido nuevo. Era de color granate, así que no se notaría.

—¿Estás bien, Morgana? —le preguntó Ryan, que acababa de acercarse a nosotras.

Ella asintió con la cabeza. Entonces, el sirviente de sangre le dio un trozo de pan que ocultaba en el puño.

—Lo he cogido de las cocinas —explicó—. No se han dado cuenta.

—Muchas gracias.

Acto seguido, se lo comió con disimulo.

Mientras tanto, oí a Darius, que seguía hablando.

—Los presentes no os podéis imaginar lo que sufro. Cada año llegan jóvenes con ansias de heredar Parkisan. ¿Cómo les explico que el mejor de sus destinos será ofrecer su sangre a la reina? —Los invitados volvieron a reírse—. Claro... los desmoralizaría. Savannah, nuestra nueva aspirante, debe de estar percibiendo ya el aroma de la derrota.

Levanté la cabeza al oír mi nombre en los labios del maestro de ceremonias. Por desgracia, también había llamado la atención de la reina, y vio que estaba con Morgana. Me separé un poco de ella, pero sentí que ya era tarde.

—Su Majestad, os ruego que encontréis un heredero cuanto antes —finalizó Darius—. De lo contrario, su hermano Clement nos cortará la cabeza a todos.

Como había ocurrido antes, el público volvió a estallar en risas. De repente, la vampisana que estaba tocando el arpa se levantó y, tras

descubrir un cuchillo que ocultaba bajo el vestido, le cortó la garganta a Darius.

Al principio creí que formaba parte del espectáculo, como en la prueba del monasterio. Sin embargo, después de ver su expresión de terror, acompañada de los gritos de la gente, entendí que lo habían atacado de verdad. Se llevó la mano a la garganta para intentar frenar la hemorragia, pero fue en vano. Poco después, cayó al suelo.

A su vez, el vampiro que se había alimentado de Morgana atacó a un noble que estaba cerca de él.

La gente comenzó a correr de un lado a otro para huir de la muerte. Me aferré con fuerza a la mano de Morgana y tiré de ella hacia la puerta principal del salón. Sin embargo, Ryan nos retuvo.

—¡Acompañadme! —bramó entre el griterío—. ¡Sé dónde podemos escondernos!

Ambas obedecimos y, con el corazón en un puño, corrimos en dirección contraria. Me daba la sensación de que estaba haciendo lo opuesto a lo que me dictaba mi instinto, pero la expresión confiada de Morgana me relajó.

Un humano de la nobleza nos atacó con una espada larga que acababa de desenvainar. Como hice con el soldado días atrás, le sujeté con fuerza las muñecas y, tras propinarle una patada en la entrepierna, soltó el arma. Mis movimientos fueron más torpes, pues continuaba mareada por el licor. Pero ¿quién iba a pensar que ocurriría algo así en plena celebración?

Al menos, ya no estábamos indefensos del todo.

Cogí la espada, haciendo caso omiso al dolor que me recorrió el brazo tras sentir que una de mis heridas se había abierto, y

seguimos corriendo hasta el retrato de un antiguo rey de Parkisan que estaba apoyado en el suelo. Era otro pasadizo, como el que llevaba al despacho de Aaron Brackstone.

Ryan movió el cuadro como si de una puerta se tratara. Sin tiempo que perder, nos adentramos en el túnel, pero el sirviente de sangre no cerró el paso, sino que animó a más gente a que se protegiera con nosotros.

—¡Corred, corred! —susurró Ryan, haciendo gestos con la mano para que todos pasaran.

No me parecía bien ayudar a los demás, pues no sabíamos quiénes podían ser enemigos. Sin embargo, en cuanto vi a Kendra y a Mary Anne, la hermana de Morgana, intuí que no nos iba a pasar nada. Al instante, Ryan cerró y colocó una silla bajo el pomo de la puerta para impedir la entrada de los de fuera.

Morgana se tensó en cuanto vio a su hermana mayor, pero no dijo nada, ni siquiera la saludó. Se limitó a darle la espalda para dejarle claro que no pensaba hablar con ella.

No estábamos en un pasadizo, sino en una estancia pequeña. Debía de ser como mi choza. En el centro había una vela encendida sobre un soporte de metal, lo que aportaba algo de luz, y algunas sillas. Morgana se sentó en una y continuó de espaldas a nosotros. Yo también me acomodé mientras se me pasaba el mareo.

—Nos ocultamos aquí cuando hay una celebración y no quieren que la estropeemos con nuestra presencia —explicó Ryan—. Solo salimos si llaman a la puerta tres veces seguidas.

Al otro lado, aún se oían los gritos de la gente, pero más apagados debido a la pared que nos separaba de ellos. La puerta tembló por la desesperación de algunos parkisanos que querían

salvar su vida... Quizá fueran sirvientes de sangre que conocían el lugar o puede que nos hubieran visto entrar. En cualquier caso, no nos arriesgamos a abrir para comprobarlo. Ni siquiera cuando aporrearon tres veces seguidas. Pronto desistieron.

O se habían marchado o los habían matado.

Capítulo 42



Me llevé la mano al pecho y repasé lo que acababa de suceder. Estábamos tan tranquilos escuchando a Darius cuando la arpista lo había asesinado... Era un acto premeditado, de alguien que quería poner en jaque la celebración.

—Ha tenido que ser el príncipe Clement —comenzó Mary Anne en voz baja.

—No creo —musitó la Reina de Nadie—. Clement honra el aniversario de Parkisan, no sería capaz de hacer algo así en este día. Ni siquiera a su hermana.

Noté que el ambiente se tensaba. No necesitaba ver el rostro de Morgana para hacerme una idea de lo mucho que le molestaba que hablaran de él.

—Clement jamás utilizaría a vampiros para sus ataques —aclaró de forma cortante pocos segundos después—. Y no, desde luego que no lo haría el día de la fundación de Parkisan.

—Morgana, ese hombre te ha comido la cabeza —le espetó su hermana mayor—. Te está utilizando para herir a nuestros padres. Lleva diez años haciéndolo, pero ¿hasta cuándo?

Acto seguido, la aludida se levantó con una calma innata en ella. Morgana no era de las que estallaban de rabia, sino que soltaba su veneno a través de un aguijón, como si de una avispa se tratara.

—Ya me extrañaba que la fortuna te hubiera traído hasta aquí... Estabas en la otra punta del salón —contestó—. Has venido a propósito para hablar conmigo.

De repente, a Mary Anne dejó de importarle que la Corona estuviera sufriendo una insurrección, y exclamó:

—¡Pues sí! ¡No quiero morir en este ataque sin hablar contigo una última vez! He pensado que, quizá, si te hago entrar en razón, volveremos a ser una familia.

Contuve las ganas de defender a Morgana, porque entendía que ella querría responderle. Así que, al igual que Kendra y Ryan, me limité a escuchar con atención.

—¿Qué familia, Mary Anne? ¿La de los insultos? ¿La que muchas noches me obligaba a dormir en el granero? ¿O la del día que tu padre me pegó porque, según él, lo había mirado mal? Dímelo.

Se me encogió el corazón al oír parte de los horrores que había sufrido, algunos de los cuales yo ya conocía. Apreté el pomo de la espada con fuerza hasta que noté que el cuero de la empuñadura se me clavaba en la palma.

—Sé que contigo no eran perfectos, pero te querían de verdad. No como otros que fingen preocuparse por ti para lograr sus fines...

—En otras palabras: era mejor que me quedase con una familia que me trataba mal porque, según tú, me profesaba amor real. Qué manera más confusa de demostrarlo, entonces.

—¡Me tenías a mí! —Mary Anne se cruzó de brazos, visiblemente molesta—. Sabes que yo te defendía siempre.

Morgana chascó la lengua y soltó todo el aire que contenía. Así como su hermana estaba enfadada y dolida, a ella solo la agotaba una conversación que no deseaba mantener.

—¿Y eso era suficiente para que me quedase?

—A Clement no le importas, Morgana. Él sigue contigo para hacernos daño —repitió.

Al parecer, era su único argumento.

No dudaba de que, al principio, él la hubiera utilizado como arma contra el bando de la Reina Colmillos. Siempre lo había pensado. Y aunque era un hombre que dejaba mucho que desear, apreciaba a Morgana como si fuera su propia hija.

Me mordí la lengua para no decir nada. Si no lo hice fue porque Morgana se me adelantó.

—Si tanto te preocupas por mí, ¿por qué nunca te has puesto en contacto conmigo? Visité Dahlia muchas veces y jamás vi que te interesase que nos reencontráramos. A diferencia de ti, intenté reunirme contigo, pero los sirvientes del palacio no me dejaron pasar. Les entregué tantas cartas para ti que ya he perdido la cuenta.

Aquello pareció tomar desprevenida a la mayor de los Latriffe.

—Nunca recibí ninguna.

—Que no las recibieras no te exime de que, en el fondo, tú tampoco lucharas por verme.

Mary Anne volvió a quedarse sin palabras. Por suerte, la reina de Korane carraspeó para llamar su atención.

—Me parece muy interesante vuestro reencuentro —intervino Kendra—, pero ahí fuera están matando a los invitados. No

deberíamos aprovechar este escondrijo para resolver cuentas pendientes, sino para idear un plan.

Al instante, se arremangó la falda. Para mi sorpresa, y probablemente para la de todos, la vi sacar dos dagas de unas fundas que llevaba atadas a los muslos. Acto seguido, las colocó en cruz frente a ella. Ahogué un grito, fascinada ante la destreza con la que las blandía.

—Siempre voy armada —comentó tras ver mi reacción—. Cuando una no tiene escoltas, debe aprender a protegerse.

Escondí el arma que llevaba tras la falda, pero era demasiado tarde.

—Tu espada nos vendrá bien.

—No pienso salir —repliqué.

No deseaba arriesgar la vida por una Corona a la que no apoyaba. La espada la había tomado como defensa, no para recuperar el control del castillo.

—Este acceso es un escondrijo para sirvientes —contestó la monarca—. Estamos seguros, pero no por mucho tiempo.

—Su Majestad tiene razón —la apoyó Ryan—. Si quisieran echar la puerta abajo, no tardarían en hacerlo. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Entonces, ¿por qué nos había ocultado en ese cuartito? Si el objetivo era luchar o ponernos a salvo, deberíamos haberlo hecho desde el principio. Íbamos armados, la mayoría sabíamos luchar, de modo que hubiésemos podido enfrentarnos a las amenazas. No nos habrían pillado por sorpresa, como al maestro de ceremonias antes de ser asesinado.

—La Orden de las Espinas ya habrá neutralizado a muchos de los atacantes —recordó Morgana, que estaba a mi favor—. No creo que sea necesario salir.

—Pero primero habrán puesto a Lilith y a Omelia a salvo —apuntó Mary Anne—. Y, bueno, luego a nuestros padres, y a los duques de Gardenia. Deberíamos hacer algo, la Reina de Nadie tiene razón.

Kendra le dedicó una mirada poco amable por cómo la había llamado, lo que la hizo rectificar.

—No lo digo con mala intención —se excusó Mary Anne llevándose la mano al pecho—, sino con admiración por tu iniciativa. Batallaremos con todas nuestras fuerzas.

—Mary Anne, ni siquiera sabes luchar... —la acusó Morgana—. Solo nos entorpecerás.

—Y tú estás muy débil, tampoco creo que seas de mucha ayuda.

Su hermana lo había dicho para defenderse, pero tenía razón: Morgana no se encontraba bien.

—Pues por eso me quedaré aquí —afirmó ella mientras volvía a sentarse en la silla—. Mataos entre vosotros. Yo no voy a perder la vida por Lilith.

El orgullo estaba nublando su razón. Si ese ataque no lo había provocado Clement, algo que no sabíamos, otra persona pretendía hacerse con el trono. Alguien ajeno al parkisano al que era leal.

—¿Te gustaría que otra persona reinara en Parkisan? —le espeté —. ¿Alguien que no fuera Lilith ni Clement?

Había dicho esas palabras por un motivo totalmente egoísta. No tenía claro que no fuera él el que estuviera detrás de todo aquello... Lo veía capaz de aliarse hasta con vampiros con tal de hacerse con el poder. Sin embargo, sabía que Morgana se quedaría allí sola,

aunque el lugar no fuera seguro. Tal vez, si la convencía de que el atacante podía ser una tercera persona, saldría del escondite con nosotros.

—No te hará caso —me aseguró Ryan. Al instante, lanzó una de las sillas contra el suelo y se quedó con una de sus patas, como si de una estaca se tratara—. Cuando se le mete algo en la cabeza, ya es tarde.

—Lo sé, la conozco desde hace diez años.

Tal vez mi respuesta había sonado brusca, pero me enervaba la gente que hablaba de algo o de alguien como si lo conociera más que yo.

La mirada de Morgana se ensombreció ante las palabras que yo le había dedicado. Acababa de entender a qué me refería, pero no iba a demostrar que se había dado cuenta de que quedarse era una mala idea. Por lo tanto, se levantó y cogió otra de las estacas improvisadas de Ryan.

Mientras tanto, Mary Anne agarró una tercera estaca improvisada.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —nos espetó Morgana, aún molesta.

Sin esperar a nadie, se dirigió a la puerta y, tras entreabrirla y comprobar que la sala estaba aparentemente vacía, salimos. Noté presión en el pecho al ver el paisaje de muerte y decadencia. En realidad, solo había diez personas muertas, tanto humanos como vampiros, pero la cantidad de sangre y destrucción era tal que parecía como si hubieran asesinado a gran parte de los invitados.

—Me recuerda a una de las pruebas que hicimos —musité—. Incluso lo de la muerte de Darius.

No obstante, en esa ocasión él no se levantaría para dar por finalizado el reto. Lo habían matado de verdad.

En mi cabeza se repetían las palabras que Darius nos había dirigido en el monasterio de la Santa Sangrienta: primero debíamos identificar a nuestros enemigos y, después, recuperar lo que habían invadido.

En ese momento entraron en el salón un vampiro y una humana, que se acercaron con determinación al vernos. Era extraño, solo ella iba armada con un sable. ¿Cuál era el propósito de atacar un castillo sin armas? Los colmillos no eran suficientes para acabar con la vida de alguien diestro... Cuando el vampisano se abalanzó sobre Kendra, esta no perdió el tiempo y le hundió las dagas en los ojos.

La humana, que se había acercado a mí, se estremeció al ver que su compañero caía malherido. Esa pequeña bajada de guardia le costó la vida, pues le clavé la espada en el corazón. De nada le sirvieron las armas. Cayó fulminada al suelo.

—No deberíais matarlos —protestó Morgana al tiempo que cogía el sable de la humana. En una mano llevaba la estaca y, en la otra, la espada—. Si lo hacéis, jamás averiguaremos quién los envía.

Maldición, Morgana estaba en lo cierto. Habíamos perdido la oportunidad de sonsacarles información, y yo no había reparado en ello. Estaba demasiado concentrada en que la insurrecta no me atacara.

—¡Morgana! —le advirtió su hermana—. ¡Suelta el arma, pesa mucho para ti!

Todos le dirigimos una mirada poco amistosa porque estaba hablando a voz en grito.

—Estoy bien.

Era obvio que Mary Anne jamás había cogido una espada, puesto que solían ser bastante ligeras. Estaban hechas para aguantar

batallas prolongadas, así que no tendría sentido que fueran macizas. De lo contrario, muchos enfrentamientos acabarían nada más alzarlas.

Ryan y Mary Anne recorrieron la estancia y cambiaron sus estacas por las bastardas de dos parkisanos muertos. Por la manera en que la hermana de Morgana empuñaba la espada, se notaba que era la primera vez que lo hacía. Ryan se dirigió hacia la puerta y comprobó si era seguro salir del salón de baile.

—Está despejado —siseó—. ¡Vamos!

Fuera de la sala, la muerte seguía abriéndose paso: otra decena de personas que había logrado huir del ataque yacía en el suelo. Los cinco caminamos a través de los cuerpos, pero alguien me sujetó el tobillo. Era la vampira del arpa, la que lo había iniciado todo y ahora estaba haciéndose la muerta.

Me pilló desprevenida y logró hacerme caer de espaldas. Sentí una punzada de dolor allí donde la alabarda me había herido días atrás. Maldije.

—¡Savannah! —gritó Morgana.

Acto seguido, le clavó el sable en las lumbares. La vampira se retorció lo suficiente para que pudiera ponerme de pie y escapar de su trampa.

—¿Quién eres y quién te ha ordenado atacarnos? —le exigió.

—Me llevaré el secreto a la tumba.

—Créeme, gente como tú jamás encontrará el descanso eterno en el Prado Más Alto.

Aguardó a ver si su amenaza surtía efecto. Sin embargo, la vampisana se preparó para morder su propia muñeca y escupirle en

la cara. Antes de que consiguiera su objetivo, le hundió la espada en la nuca.

Morgana se acercó a mí y, con la mirada, me preguntó si estaba bien. Asentí con la cabeza, algo dolorida y aturdida por la trampa que me acababan de tender. Ya me había dado cuenta de que no podíamos confiar en los vivos, pero en ese momento asumí que tampoco en los muertos.

Al terminar el pasillo, doblamos a la derecha y vimos a una soldado vampira que parecía buscar supervivientes. En cuanto reparó en nosotros, nos pusimos en alerta. No sabíamos si era amiga o enemiga, pero sus palabras nos sacaron de dudas.

—¡Escondeos! —nos ordenó—. No es seguro estar fuera.

—Queremos luchar —contestó Kendra—. No dejaré sola a mi amiga. Siempre ha estado conmigo; haré lo mismo por ella.

Ella vio que los cinco íbamos armados, pero aun así negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. No queremos lamentar más muertes esta noche, y menos la de una reina del país vecino.

—Sabemos defendernos —le aseguró Morgana—. Mi pérdida no será tan importante como la de Kendra. Permíteme luchar.

Su cambio de opinión no era repentino, sino el resultado de la profunda convicción de que el príncipe Clement debía ser el único que tomara posesión del trono. Le daba igual la Reina Colmillos, lo que le preocupaba era quién podía estar tras el ataque, en caso de que no fuera él.

Para su desgracia y mi fortuna, la soldado de la Orden de las Espinas se lo impidió.

—La respuesta es no. La reina valora a sus sirvientes tanto como a su propia familia. Acompañadme todos.

Al ver a Morgana, cualquiera se hubiese dado cuenta de que no trataba del mejor modo a los que servían en el castillo de Branamor.

Con paso ágil, regresamos con ella al pasillo que llevaba al salón de baile. Nos detuvimos frente a una escultura blanca de la Santa Sangrienta cargada de flores y la vampisana la desplazó hacia la derecha. Al instante, esa zona de la pared se movió y creó un hueco que conducía a otra estancia secreta. Con un movimiento de la mano, nos animó a entrar. Ryan, Mary Anne y yo lo hicimos con determinación, pero Kendra y Morgana se mostraban dudosas.

—Regresaré cuando todo haya acabado —nos prometió.

Devolvió la estatua a su sitio y nos ocultó en aquel escondite.

Capítulo 43



No tardaron en neutralizar a los veintitrés traidores que se habían infiltrado en el castillo gracias a diferentes oficios e invitaciones falsas. Diez trabajadores y trece «invitados» . La arpista y el soldado, junto a otros, apenas llevaban unos meses en la residencia real y no habían despertado las sospechas de los demás.

Solo mantuvieron con vida al soldado vampiro para interrogarlo. En cuanto a los demás, se suicidaron para no delatar al cabecilla o fueron ajusticiados en defensa propia.

No obstante, algo no encajaba en la historia. Si había un traidor en la Orden de las Espinas, ¿por qué no matar a la reina? ¿Por qué la pusieron sobre aviso con el asesinato de Darius? Yo no era experta en organizar emboscadas, pero ¿para qué matar a un bufón cuando puedes acabar con la monarca?

Tras sacarnos del escondite, nos llevaron al gran vestíbulo del castillo. Allí se encontraban los supervivientes del ataque, además de los duques de Dahlia y Gardenia, Omelia Delagarde y la Reina Colmillos. En cuanto esta reparó en nosotros, suspiró aliviada. Después se acercó a la Reina de Nadie y la estrechó con fuerza.

—Estás bien. —La monarca de Parkisan se separó de ella—. Yo... no tengo palabras por lo de esta noche. Aún no sé qué ha ocurrido.

Kendra apretó los labios y ladeó la cabeza.

—Ha sido terrible, y en un día como hoy... —contestó su homónima en Korane—. ¿Tienes alguna idea de quién ha podido ser?

—No, pero la experiencia ha sido tan similar al ataque que vivimos hace más de veinte años... Tal vez los haya mandado mi hermano, aunque abriremos una investigación.

En ese momento, la monarca de Parkisan me vio, y aparté la mirada a modo de respuesta. De reojo, observé que le hacía una señal a Kendra para que se uniera a ella. Después, llamó la atención de Mary Anne y la mía para que las acompañáramos.

Me despedí de Morgana con un movimiento de cabeza. En cambio, Mary Anne la abrazó. Su hermana pequeña rechazó el gesto, pero la noble no se apartó de ella.

—Prométeme que volveremos a vernos —le pidió.

Morgana puso los ojos en blanco, pero sentí que algo se rompía en su interior. Esa muestra de cariño había llegado demasiado tarde, tal vez por ignorancia, tal vez por cobardía.

—Si no he muerto, nos veremos el año que viene, en el próximo baile anual —le contestó.

Mary Anne no fue la única que se despidió de Morgana; también lo hizo Kendra.

—Saluda a Clement de mi parte.

—Ahora no finjas que te importa...

Me tensé al oír una respuesta tan directa. A Morgana le dio igual que estuviera la monarca de Parkisan y que se diera cuenta de que

seguía apoyando a Clement a pesar de ser su sirvienta de sangre. Aunque era un secreto a voces, confirmarlo no la favorecería.

—Siempre lo amé, pero se convirtió en una persona que era incapaz de reconocer.

Por sus palabras, parecía que su exprometido le seguía importando. Quizá ya no lo amaba, pero seguía preocupada por la persona con la que una vez estuvo a punto de casarse.

—Pues díselo tú —le espetó Morgana redirigiendo el rumbo de la conversación. De esa manera, disiparía las sospechas que ella acababa de levantar en un impulso—. Hace años que no lo veo ni sé nada de él. Ahora trabajo para su majestad Lilith II.

Para no dilatar la conversación, Morgana tiró de la manga del camisón de Ryan y se dirigieron hacia donde se encontraban los demás sirvientes de sangre. Me pareció que todos seguían con vida; a excepción de Morgana, ninguno era un parkisano de valor para quien quisiera tomar el castillo.



A la mañana siguiente, hubo un funeral por la muerte de Darius Hearnshaw, el único miembro de la corte que había fallecido. Tras el velatorio, descansaría en la Cripta Real del monasterio de la Santa Sangrienta.

Como aspirante a ganar el Sacrificio de la Corona, fui invitada a velar el cuerpo del maestro de ceremonias. El color fúnebre era el marrón, que representaba las flores marchitas del Prado Más Alto, de modo que escogí un vestido en ese tono del armario de mis aposentos.

Unos soldados me sentaron junto a ellos en un banco de la primera fila, distinto a aquel donde se hallaban la Reina Colmillos y Omelia Delagarde. Esta última lloraba desconsolada mientras observaba el cuerpo sin vida de Darius. Él yacía sobre el suelo del centro del templo, para que su espíritu conectara con la tierra y pudiera ascender al Prado Más Alto. Le habían limpiado la herida de la garganta y lo habían vestido con un camisón verde.

Repasé a los asistentes. Muchos se mostraban afectados, quizá no solo por la muerte de Darius, sino también por la de sus seres queridos.

Una parkisana de avanzada edad, con el cabello canoso rozando el suelo y vestida con un camisón grisáceo, recorrió el pasillo hasta el centro del templo. Todos se pusieron de pie en cuanto la vieron aparecer, y yo también me vi obligada a hacerlo. Como descubrí más tarde, era la Suma Sacerdotisa de Parkisan. Se creía que era la décima reencarnación de la Santa Sangrienta y que venía del Prado Más Alto a expandir su sabiduría.

—Cerremos los ojos y recemos por el alma de nuestro amigo Darius Hearnshaw —dijo, y obedecí.

Entonces canturreó las palabras que Sam había recitado cuando rezamos por Morgana en el monasterio.

Oh, diosas nuestras,
cuidad de las almas que han partido hacia vuestra bendita gloria.
Diosa Amarea, llévalas a la vida después de la muerte.
Diosa Talamia, otorga salud a sus almas para que no se corrompan.
Diosa Namiria, bríndales el amor de aquellos que no partieron
y los recuerdan. Diosa Adhelia, depárales un bienaventurado destino
en vuestra bendita misericordia.
Que así sea siempre.

La Suma Sacerdotisa habló sobre la ascensión del espíritu de Darius al Prado Más Alto y otros asuntos religiosos, pero no presté atención. Deseaba que el rito acabara cuanto antes.

La Reina Colmillos se levantó de su banco para ofrecer unas palabras sobre el maestro de ceremonias del Sacrificio de la Corona.

—Darius era un buen hombre. Nos conocíamos desde niños, y su objetivo en esta vida siempre fue entretenernos. Espero que las diosas guíen su espíritu.

El funeral no duró mucho más. A la salida, oí que la monarca de Parkisan protestaba junto a su cronista. Él era el encargado de transmitir a las generaciones actuales y futuras cómo era su reina y cuáles habían sido sus hazañas y debilidades.

—Mi hermano ha llegado demasiado lejos. Es capaz de utilizar a los vampiros, si es necesario, para acabar conmigo. Pero no lo logrará. Sobre lo acaecido anoche, quiero que escribas que el ataque fue sofocado con rapidez y que no hubo que lamentar demasiadas muertes. Eso sí, añade que Darius sacrificó su vida para protegerme. Quiero que su muerte tenga sentido en la historia de Parkisan. Él lo merecía.

Al oír aquello, tuve que contener una pequeña carcajada. Lo que perduraría en la historia de Parkisan no era lo que había ocurrido, sino una manipulación de los hechos.

En ese instante, la Reina Colmillos levantó la mirada y me descubrió escuchando la conversación a hurtadillas. Pedí a mis escoltas que me llevaran de nuevo a mi habitación para dar por finalizado el velatorio de un hombre cuya muerte no me había dolido.

De regreso al dormitorio, reparé en que había una carta aguardándome en el tocador. No me hizo falta mirar el remitente para saber que era la respuesta que llevaba días esperando. La carta de madre.

Con una amplia sonrisa, me acomodé en el taburete, rajé el sobre y saqué su contenido. Respondería al viejo Timmy, el sangrero, nada más terminar de leer la carta para, al menos, enviarle una despedida a madre. Lamentaba no poder decirle que no iba a morir, pero lucharía para que pudiéramos reencontrarnos.

«Lo siento, madre, por no haber podido ganar. Pero esto no quedará así».

Sin embargo, la mueca alegre desapareció de mi rostro al leer la misiva:

Querida Savannah:

Me gustaría ser portador de buenas noticias... El otro día, una vampira atacó la plaza del mercado y acabó con la vida de alguno de nuestros vecinos. Por desgracia, tu madre fue una de sus víctimas. Ojalá pudiera decirte que llegó a leer tu carta, pero te mentiría. Recibí tu correspondencia al día siguiente.

Lo siento mucho,

Timmy

Capítulo 44



La carta se me resbaló de los dedos y una lágrima emborronó parte del mensaje.

No. No podía ser cierto.

Madre muerta.

Ese no podía ser el final entre nosotras. Se suponía que yo regresaría después de ayudar al príncipe Clement a recuperar el trono. Me olvidaría para siempre de la venganza y viviríamos felices en un mundo sin vampiros.

Pero el destino era caprichoso y había decidido que la perdiera unos meses después de llevarse a padre. Se me formó un nudo en la garganta y, por un momento, sentí que me ahogaba. Tambaleante, me dirigí hacia la ventana y, tras abrirla, vomité.

Después de vaciarme, me senté en el suelo y rompí a llorar como nunca lo había hecho. Me abracé las rodillas para hacerme aún más pequeña y desaparecer. Madre, mi todo, se había ido y no iba a volver. Y, aunque pareciera sorprendente, su muerte me estaba desgarrando con más fuerza que la de padre. Al menos, de él me pude despedir. Mi último recuerdo sobre madre sería aquel adiós interrumpido antes de partir al monasterio de la Santa Sangrienta.

«Si no te hubieras presentado al Sacrificio de la Corona, seguiría viva», me recriminé. Mi orgullo me recordaba que, si no me hubiese marchado, tal vez habría podido acabar con esa vampira. Y, muy probablemente, seguiría con vida.

La puerta se abrió y apareció Morgana. Antes de encontrarme con su mirada, ya sabía que era ella porque no acostumbraba a llamar antes de entrar.

—Quería saber qué tal te encontrabas después de... ¿Qué te ocurre?

Me levanté con dificultad. El malestar me estaba engañando para que creyera que todo era un sueño. Mi cabeza flotaba sobre un mar de lágrimas, del que Morgana me rescató con un abrazo.

—Está muerta —sollocé—. Mi madre... ¡está muerta!

Me apartó un poco, atónita por lo que acababa de contarle. Sus ojos temblaron y se tornaron vidriosos mientras digería lo que le acababa de decir. Poco después, comenzó a llorar.

—No, Savannah... —Se llevó una mano a la boca.

Ella apreciaba a madre, nunca se marchaba de Lokkat sin verla. De modo que lloramos las dos. Cuando la separación fue más dolorosa que estar juntas, volvimos a abrazarnos. Con los pulgares, Morgana secó mis lágrimas y luego me besó en la cabeza.

—No llores, por favor —me pidió con la voz rota—. Ella no querría verte triste desde el Prado Más Alto. Seguro que desearía que aprovecharas tu vida en el castillo... aunque acabes como sirvienta de sangre.

Conforme la escuchaba, una idea iba tomando fuerza en mi cabeza.

—Ha sido la Reina Colmillos —exhalé—. Me lo advertiste y no te hice caso.

Debía de habernos visto juntas antes del baile, y quizá supuso que yo también pertenecía al bando de Clement.

O puede que lo hubiesen hecho sus escoltas.

Me separé de Morgana y mi mente comenzó a dar sentido al relato que se estaba narrando en mi cabeza. El día que accedimos al despacho del chambelán para encontrar información sobre el paradero de Agathy, estuvieron a punto de descubrirnos. Tal vez lo hicieron. Quizá tuvimos algún descuido y, en vez de ajusticiarnos, la reina mandó a su guardia a matar a madre para recordarnos que ella siempre estaba al mando.

La amenaza había sido más efectiva con ella, dado que era una simple campesina, no un príncipe rodeado de escoltas.

«Es el precio que hay que pagar por estar en la Alianza», pensé.

—¡La mataré! —dije mientras cerraba las manos en torno a un cuello invisible.

—Savannah...

Recorrí la habitación de un lado a otro para soltar toda la rabia contenida. Las lágrimas y la tristeza habían abandonado mi cuerpo, solo sentía ira.

—Te pido que, cuando llegue el momento, me dejes hacerlo, Morgana.

—¡Savannah, por favor, escúchame!

Me detuve en seco para observarla.

—No sabes si la reina es la responsable. Tal vez solo ha sido una desgracia.

No daba crédito a lo que estaba diciendo. Ella tenía que avivar las llamas de mi rencor, no apagarlas.

—Claro que ha sido ella. ¿Por qué intentas excusarla?

—Porque no lo sabemos con certeza y precipitarnos no beneficiará a nadie —me contestó con un tono compasivo—. Solo hará que acabes en el Prado Más Alto con ella.

Agaché la mirada, pensativa. En el fondo de mi corazón, sabía que había sido la Reina Colmillos. No obstante, entendía la prudencia de Morgana. El odio visceral que sentía hacia la monarca ya no era comedido; desbordaba por todos los poros de mi piel. Si no lo controlaba, arruinaría mi participación en la Alianza. Más aún, quizá incluso la de Morgana.

Tendría que respirar hondo y rezar a las diosas a las que la Reina Colmillos tanto veneraba para que la mataran de la peor de las maneras.

Con delicadeza, mi compañera de vida se acercó a mí y me puso una mano sobre el hombro para ayudarme a volver a la realidad.

—Te prometo que vengaremos la muerte de tus padres —me prometió—. Y si la reina ha matado a tu madre, dejaré que seas tú la que detenga su corazón.



Me pasé el resto del día presa de una realidad alterada. Sentía que era víctima de una pesadilla y creía que pronto despertaría. De hecho, me movía como en un sueño, era todo demasiado irreal para ser cierto. Quizá, con suerte, amanecería en la cama y la muerte de madre sería fruto de una terrible ensoñación.

El problema fue que no desperté.

Morgana no pudo quedarse mucho rato conmigo; se fue para continuar con sus quehaceres como sirvienta de sangre. Sin embargo, no tardaron en abrir la puerta. Al principio creí que era ella de nuevo, por su costumbre de no llamar, pero era Omelia, que venía sola.

Forcé una sonrisa y me sequé con disimulo las pocas lágrimas que surcaban mi rostro. La sobrina de la Reina Colmillos parecía estar tan perdida en sus pensamientos que no reparó en que me había pillado en mitad del llanto.

—Gracias por venir, Omelia. —Mi voz sonó congestionada—. ¿Os encontráis bien después del ataque de anoche?

—Su Majestad me ha pedido que te entregue esto —se limitó a decirme con voz fría, sin contestar a mi pregunta, al tiempo que me daba una carta—. Le habría gustado hacerlo en persona, pero, como podrás imaginar, está muy afectada por lo sucedido.

No, no me lo imaginaba. Probablemente, a la Reina Colmillos solo le preocupaba saber si su hermano había estado detrás del ataque y manipular el relato de su cronista.

Se me aceleró el corazón al descubrir qué había en su interior.

Estimada Savannah:

Su majestad Lilith II la invita a un ajusticiamiento mañana por la mañana y, después, a un banquete en el comedor real.

Rogamos que confirme su asistencia.

Estaba convencida (nótese la ironía) de que una ejecución antes de comer era lo que necesitaba para que me abriera el apetito. De todos modos, aunque no la hubiera, dudaba que tuviera mucha más hambre. Cada vez que mirara a la Reina Colmillos, solo podría pensar en la gente que había perdido por su culpa.

Omelia se dirigió al tocador, donde estaba *Las cinco llamaradas del dragón*, el libro que me prestó.

—¿Lo has terminado ya? —me preguntó.

Por su tono, no lo hacía con ánimos de conocer mi opinión, sino de saber si ya se lo podía llevar de vuelta a su torreón.

—Sí, me encantó.

En efecto, ni siquiera se preocupó por saber qué me había parecido. El día que trajo el ejemplar, me comentó lo mucho que le encantaría descubrir qué pensaba al respecto. En ese instante, en cambio, parecía no importarle. Ese cambio de actitud no se debía a la insurrección de la noche anterior o a la muerte de Darius, sino a otro asunto.

—Por cierto, Savannah. No sé qué tendrás con Morgana, pero no deberías confiar en ella.

Luché por no estremecerme. Si Omelia se había dado cuenta, la Reina Colmillos también, sobre todo después de habernos visto juntas anoche. Ya sospechaba de la monarca por lo que le habían hecho a madre, y esto sirvió para confirmarlo.

Y eso sin tener en cuenta que quizá conocían nuestro vínculo con anterioridad.

—No sé qué tiene de malo. —Intenté no apretar el puño por la rabia—. Es una sirvienta de sangre. Sí, se fue con Clement, pero

ahora sirve al castillo. Está luchando para pagar sus errores del pasado.

—Es una sirvienta de sangre que está en contra de todo aquello que apoyen sus padres.

No me esperaba la manera tan cruda en que Omelia atizó sus palabras sobre mí. Era consciente de que su actitud cándida no era auténtica, pero el modo en que se comportaba conmigo era peor que con Brandon. Con él se la veía enfadada y dolida. En cambio, a mí me miraba con decepción, desprecio y frialdad.

—¿Crees que Morgana conspira contra la reina? —Me puse la mano en el pecho para simular sorpresa.

—Eso es imposible. Nunca me ha hablado mal de ella, al contrario.

—No te hagas la ingenua, Savannah. Sé que os conocíais de antes. Es tu inicial la que lleva tatuada. Tenía mis dudas al respecto, pero, después de lo de ayer, solo he confirmado lo obvio.

Toda expresión se borró de mi rostro. Estaba tan acostumbrada a ver a Morgana con esos tatuajes que lo había olvidado. Había sido muy insensata al marcarme en su piel, pero quizá ella creía que eran ínfimas las probabilidades de que se enteraran de la referencia. Después de todo, ella no sabía que me iba a presentar a la competición.

—Te estás acercando al bando que nos atacó ayer —siguió Omelia.

Tragué saliva.

—¿Cómo estás tan segura? Había vampiros entre ellos.

No quería que las sospechas se centraran en Morgana. Intenté que su vida no corriera peligro.

—Porque alguien como Clement los utilizaría para despistarnos. No se puede estar en todas partes, Savannah —concluyó la sobrina de la monarca de Parkisan—. No puedes aspirar a ganar el Sacrificio de la Corona si te acuestas con el bando enemigo.

Estaba claro que había dejado de caerle bien, tal vez me viera como a una traidora. Lo que ella no sabía era que, para serlo, primero tendría que haber estado de su parte.

Me encontraba en desventaja respecto a ella; aun así, no pude contener más la ira. No soportaba los reproches que me estaba lanzando y que encima esperase que yo no replicara.

—¿Es eso lo que te dijo la reina cuando te descubrió con Brandon Wintersmouth?

Fue una estocada de mal gusto, pero le recordaría que yo sabía lo ocurrido entre ellos. Por mucha lealtad que profesara a la Reina Colmillos, hubo un tiempo en que Omelia creyó que el amor podría con todo, incluso con las enemistades políticas.

Para mi sorpresa, no se enfadó. Tras camuflar una breve expresión de amargura provocada por mi comentario, forzó una sonrisa. De pronto, volvía a ser la misma flor delicada de siempre.

—No soy tu enemiga, Savannah. No es a mí a quien tienes que pedirle explicaciones.

Capítulo 45



La ejecución del vampiro de la Orden de las Espinas se realizó en el patio de armas. Tras horas de tortura, aún no había revelado quién lo mandaba ni el motivo de su traición. De modo que, ya al borde de la muerte, la Reina Colmillos decidió ajusticiarlo.

Junto a la reina se encontraban Omelia, los duques de Dahlia, Mary Anne, el chambelán Brackstone y algunos escoltas que nos protegían. Los duques de Gardenia ya debían de haber emprendido su partida hacia palacio.

Cuando llegué a su altura, hice una reverencia general. En cuanto mi mirada se cruzó con la de la monarca, solo pude pensar en lo mucho que deseaba su cabeza por lo que le había hecho a madre. Aún no tenía pruebas, pero las conseguiría, no me cabía la menor duda.

Al día siguiente me enfrentaría a la última oportunidad del reto «Verdad o morir» y, para mi pesar, me convertiría en sirvienta de sangre para siempre. Por desgracia, ya nadie me echaría de menos.

Luché por no romperme mientras el recuerdo de madre me invadía la mente.

—Savannah, ¿cómo te encuentras? —Omelia se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos con fingida calidez—. Gracias por venir.

No creí que fuera un gesto cariñoso, y menos al recordar nuestra conversación del día anterior. Ese cambio de actitud era su forma de marcar territorio y darme a entender que su simpatía era fingida. En el fondo, seguía pensando lo mismo sobre mí: que me estaba acercando al enemigo.

—A ti, Omelia. —La abracé y, para reforzar ese sentimiento cariñoso, le apreté los brazos—. Me cautivó nuestra conversación de ayer, gracias por abrirte conmigo.

Si ella iba a ser hipócrita, yo también. De reojo, vi que los duques de Dahlia no se alegraban de verme. Al contrario, no dudaron en fruncir el rostro, asqueados. Por eso deduje que ellos también me vieron con Morgana.

El día anterior, tras cerciorarme de que Omelia no regresaría a mi habitación, salí en busca de Morgana. No me habían gustado las palabras que le había dedicado y quería advertirle sobre la situación. Sin embargo, no pude encontrarla. El castillo era un lugar inmenso, pero no tanto como para no dar con ella tras recorrer todos sus rincones. De hecho, me crucé con Ryan, su compañero, y él tampoco la había visto desde por la mañana. Me temí lo peor, y más cuando me vi obligada a regresar a mi cuarto. El cansancio y el incipiente duelo por la muerte de madre me forzaron a volver sobre mis pasos para descansar. Seguía sin saber nada sobre Morgana, y la preocupación iba en aumento.

Me alejé de mis pensamientos en cuanto unos soldados trajeron a su antiguo compañero de las mazmorras. Para su ejecución, ya no llevaba su armadura, sino unos ropajes raídos y manchados de

sangre negra. Si no hubiera sido porque su piel aún gozaba de un brillo sano, habría creído que era uno de los vampiros que solían atacar Lokkat.

Lo obligaron a arrodillarse frente a nosotros y a prepararse para la muerte. No se mostraba arrepentido ni triste, más bien orgulloso. Echó el pecho hacia delante, nos analizó y sonrió.

Uno de los ellos le tendió un hacha a la Reina Colmillos para que le diera la sentencia de muerte. Ella se acercó a él con paso solemne y levantó el arma.

—¿Unas últimas palabras a tu reina?

El enemigo infiltrado comenzó a reírse ante la pregunta que le acababan de formular. Después, le escupió en el vestido y la miró a los ojos.

—Tú no eres mi reina.

El hacha bajó, y los humanos presentes nos tapamos la cara con las manos. De ese modo, la sangre negra no salpicaría zonas vulnerables. Me descubrí en cuanto oí dos golpes secos: la cabeza y el cuerpo habían caído.

Tragué saliva mientras examinaba la expresión divertida del vampiro ajusticiado. En ese instante recordé las miradas horrorizadas de todos los participantes del Sacrificio de la Corona, sobre todo la de Elizabeth.

—No hay nada que me abra más el apetito que dar caza a los traidores. —Lilith entregó el hacha ensangrentada a uno de sus escoltas y se limpió las manos y el rostro con un pañuelo. Observé también que su vestido ámbar estaba salpicado de gotitas de restos del ajusticiado—. Es hora de ir a comer.

La familia real y los duques tomaron un camino diferente al mío. Ellos entraron en el castillo por el portón principal, mientras que a mí me guiaron hasta la parte trasera de la residencia. Fruncí el ceño, confusa, creía que se llegaba al comedor por un único lugar. Entonces un pensamiento cruzó mi mente: «La próxima ejecutada seré yo».

Me llevé la mano al pecho. Omelia me había advertido de las consecuencias. Primero, habían matado a Morgana, luego al soldado, y yo sería la siguiente. Cuando la sobrina de la Reina Colmillos me habló sobre mi relación con Morgana, había creído que las miradas solo se centraban en ella. Me equivocaba.

Estudié la única salida que había en el castillo de Branamor. Por desgracia, estaba bastante controlada, de modo que no podría escapar antes de que me apresaran, torturaran y mataran.

—¿Os encontráis bien? —me preguntó uno de mis escoltas.

Se había dado cuenta de que me mostraba intranquila.

—N-no entiendo por qué la familia real y los duques se han ido por otro lado.

No debería haber sonado tan sincera, pero mi temor era tal que no se me ocurría ninguna excusa. Ellos se rieron en respuesta a mi voz temblorosa.

—Porque sois una plebeya aspirante —me explicó—. No tenéis derecho a entrar al comedor real por el mismo acceso que ellos.

Quizá estuviera mintiendo, pero algo en su contestación me tranquilizó. Sí, tenía sentido: en comparación con ellos, yo no era nadie. Acompañarlos durante el baile o en una ejecución como aquella eran meras excepciones.

Me instaron a entrar por la puerta trasera y vi que un grupo de sirvientes de sangre nos acompañaba al interior. Comprendí que accedería al comedor real junto a ellos, dado que estaba más cerca de ser como ellos que como la Reina Colmillos.

En ese momento, mi mirada se encontró con la de Morgana y me detuve. Estaba viva, no le había pasado nada. ¡Por supuesto que estaba viva! ¿Qué se suponía que le iba a suceder? Ella misma lo había dicho: si muriera, estallaría una guerra civil entre Clement y Lilith Delagarde.

Morgana aminoró el paso en cuanto reparó en mí. El tiempo se detuvo entre nosotras, como si tuviéramos la oportunidad de parar el presente y convertirlo en nuestro refugio. Aunque nos moríamos de ganas de hablar, no era buena idea hacerlo con los soldados delante.

Tras llegar al comedor real, cerca del patio interior, los vampisanos me abandonaron. En efecto, me llevaron hasta la entrada lateral del comedor, no la principal. Entonces Morgana se acercó a mí y me dio un corto abrazo.

—¿Cómo estás?

Me sentía tan aliviada tras comprobar que se encontraba bien que no entendía por qué me preguntaba eso. Tardé en recordar de qué hablaba hasta que noté que los párpados me pesaban por lo mucho que había llorado. Madre había muerto, y mi mente seguía sin asimilar que la había perdido. Una parte de mí seguía creyendo que me esperaría en Lokkat, preocupada por si no superaba la competición.

—Estoy —respondí.

Morgana también tenía los ojos hinchados y rojos; en las últimas horas, había estado llorando. Sabía que apreciaba a madre, pero no imaginaba que su partida le iba a afectar tanto.

—Te han invitado a tu primer banquete real —dijo cambiando de tema para que no le preguntase por su estado de ánimo—. Enhorabuena.

En ese momento, me daba igual que intentaran engatusarme con lujos y riquezas que nunca serían míos. Lo que me preocupaba era qué le había sucedido a Morgana el día anterior.

—Ayer te busqué por todas partes y no te encontré —siseé.

—La reina nos dio el día libre después de lo que pasó. Cuando acabé de hablar contigo, me oculté en el escondrijo del salón de baile. Quería... quería estar sola.

Vi que sus compañeros, sobre todo Ryan, situados tras ella, seguían la conversación atentos. Me sentí tentada de guiarla hasta la sombra que proyectaba una de las esculturas para tener algo de intimidad, pero hubiera levantado sospechas, así que intenté que mi advertencia no fuera demasiado obvia.

—Ten cuidado.

—¿Con qué?

—Ya lo sabes.

La parkisana movió levemente la cabeza con curiosidad y se inclinó para responderme con un murmullo casi inaudible:

—Savannah, estoy bien. Además, fuiste tú la que lo dijo: él nunca utilizaría a vampiros. Si hubiera sido así, el que tú conociste —añadió refiriéndose al parkisano que trabajaba en la cocina— habría sido ajusticiado. Y sigue vivo.

—No estoy del todo convencida, Morgana. Quizá lo hizo...

«... Y no te avisó para no implicarte en el ataque», me habría gustado añadir. No obstante, los sirvientes encargados de preparar el banquete acababan de abrir las puertas para que entráramos y nuestra conversación finalizó antes de hora.

—No quiero perderte a ti también. —La retuve por la manga cuando hizo el ademán de marcharse.

—No me pasará nada, Savannah. —Forzó los inexistentes bíceps de los brazos—. Si no me ha ocurrido nada en estos años, ¿qué me puede pasar ahora?

Capítulo 46



El comedor real era un lugar más sencillo que el resto del castillo de Branamor, pero no por ello poco ostentoso. Para empezar, tenía tres accesos: la entrada principal, la lateral (que era la nuestra) y uno específico que conectaba la estancia con la cocina. Tres alargadas mesas llenas de comida formaban una U invertida. La del centro estaba más elevada, e intuí que ahí se sentaría la Reina Colmillos. A diferencia del resto, la copa en esa mesa era dorada y estaba adornada con diferentes piedras preciosas.

Sí, definitivamente, era el lugar de la monarca.

De las paredes colgaban diferentes frescos y retratos de, una vez más, gente a la que desconocía. Bueno, miento, uno mostraba la ejecución de la Santa Sangrienta. Se me revolvió el estómago al verlo.

Los sirvientes de sangre se colocaron cerca de la pared para no estorbar. En cambio, los que preparaban el banquete me indicaron que aguardara de pie en la última silla de la mesa de la izquierda, la más alejada de la reina.

Cuando todo estuvo dispuesto, abrieron la puerta doble principal y la familia real y los nobles que habían tomado otro camino entraron

por ella. Todos los sirvientes, incluidos los de sangre, realizaron una reverencia, así que me vi obligada a hacerla de nuevo.

En efecto, la Reina Colmillos se sentaba en esa mesa más elevada para demostrar que, aun habiendo nobles presentes, siempre sería la persona más poderosa de Parkisan. En la mesa de la derecha se sentó Omelia. Para mi desgracia, me tocó acomodarme en la de la izquierda junto a los duques Dahlia, en concreto, al lado de Mary Anne. Dentro de lo malo, tampoco era lo peor.

En la pared que había frente a mí, Morgana no parecía feliz de reencontrarse con los duques.

Me erguí al tiempo que aguardaba que la reina empezara a comer para dar inicio al banquete. Sin embargo, se mantuvo quieta y me pregunté por qué nadie probaba bocado cuando las carnes y verduras más exquisitas esperaban alimentarnos.

«Estas hortalizas no tienen nada que ver con las nuestras de Lokkat. Han crecido en mejores condiciones», pensé.

Algo se rompió dentro de mí porque madre y yo jamás volveríamos a enfrentarnos a los obstáculos que comportaba nuestro oficio. Una lágrima cayó en el plato y me apresuré a recobrar la compostura. No pensaba darle esa satisfacción a la reina.

Cuando los sirvientes probaron el primer plato (un caldo de pescado) y las bebidas, comprendí por qué la familia real y los duques aguardaban en silencio. Debían cerciorarse de que la comida no estuviera envenenada. De ser así, los sirvientes serían los primeros en manifestar síntomas e, incluso, fallecer.

Pasado un tiempo prudencial, procedieron a servirnos la comida.

Primero fue el turno de la reina y, después, el de sus invitados más cercanos hasta llegar a mí. Para cuando me tocó, mis tripas ya

rugían de hambre. En cuanto me entregaron el plato humeante por el vapor, agarré la cuchara y comencé a comer. Cerré los ojos, extasiada por el sabor. En mi vida había probado nada tan bueno, ni siquiera los platos que me llevaban a mi habitación en el castillo eran tan exquisitos.

—Su Majestad —rompió el silencio Nicolas Latriffe—, entenderéis que estemos preocupados por el ataque durante la conmemoración de Parkisan. Sobre todo cuando ninguno de los traidores ha asegurado que haya sido obra de vuestro hermano.

Desvié la mirada hacia Morgana en señal de que, como le había dado a entender, la Alianza de la Sangre Roja era la principal sospechosa del ataque.

—Gracias por transmitirme tus preocupaciones, Nicolas. —Acto seguido, la monarca suspiró—. No es necesario que los labios de aquellos que me han traicionado lo confirmen. Hay evidencias que respaldan que él es el culpable. Hace unos días, fue avistado en las calles de Dhoul, así como también la mañana de ese fatídico día.

Desde luego, la inocencia no parecía estar del lado de Clement. Quizá creía que sus enemigos bajarían la guardia del día del aniversario de la fundación de Parkisan. Y no le faltó razón.

—Sería un alivio que pudieseis garantizar la seguridad de nuestras familias, Su Majestad —continuó la duquesa—. Si primero han atacado el castillo, ¿quién nos dice que no seremos los siguientes?

La noble levantó la mirada para encontrarse con la de Morgana. En silencio, la acusó de ser la culpable de lo ocurrido. Ya tenía más motivos para odiar a la hija que la había traicionado.

—Mi tía está trabajando para que no vuelva a producirse una situación similar —intervino Omelia.

—Reforzaré la seguridad, tenedlo por seguro —prometió la Reina Colmillos—. Hemos estado veintidós años a salvo de mi hermano, y os prometo que seguiremos así.

Comí en silencio mientras era testigo de la conversación. Sorprendente pero cierto, no les importaba que decenas de sirvientes y yo escucháramos sus preocupaciones sobre el ataque del día anterior. Ni siquiera con Morgana delante, algo que me dejaba estupefacta.

Los encargados de servirnos trincharon el pollo y lo probaron antes de entregarnos los platos. Igual que la vez anterior, fui la última.

Durante los segundos y el postre, el banquete siguió en silencio. De vez en cuando charlaban sobre asuntos nimios: el tiempo, la caza o amistades en común.

Habían abandonado las cuestiones de importancia, y eso me preocupaba, porque, por desgracia, una calma inhóspita siempre comporta una violenta realidad.

—Tengo sed —anunció la Reina Colmillos en cuanto terminó de comer—. Morgana, ven aquí.

Fruncí el ceño, confusa. Se suponía que Lilith nunca había bebido de ella porque no la consideraba digna. No era buena señal que la llamase.

Intenté no tensarme, pero fue en vano. No había dicho su nombre con un tono amable, sino con uno autoritario. No ocultaba su desprecio por ella y que, probablemente, era consciente de que seguía sirviendo al príncipe Clement.

Morgana se acercó a ella con paso lento pero determinado. Aun así, en su mirada percibí un atisbo de miedo. Ella nunca temía a

nada.

—Me alegra saber que sobreviviste al ataque —dijo sonriéndole con sorna.

En ese instante me tensé.

—Fuimos muchos los que sobrevivimos, Su Majestad. La diosa Amarea protegió mi vida en esas horas de incertidumbre y angustia.

La reina tamborileó los dedos encima de la mesa, como si el comportamiento de su sirvienta de sangre la estuviera hartando.

—Morgana, durante estos dos años, he dejado que te entretuvieras y creyeras que estabas ayudando a mi hermano desde la distancia. Pero no te equivoques: no voy a permitir que ataques mi hogar ni mates a los míos.

Ella luchó por mostrarse serena, pero se notaba que temblaba de terror. Descendió la mirada hacia los cubiertos de la Reina Colmillos para ver cómo podía protegerse. No obstante, la monarca los retiró con elegancia para que no tomara ninguno de ellos.

Sentí que me faltaba la respiración. Las palabras de Omelia solo habían sido el preámbulo de lo que iba a suceder. Una parte más prudente de mí me aconsejó que siguiera escuchando la conversación antes de defenderla. Sin embargo, no pude contenerme. Las palabras de la reina no auguraban un futuro muy alentador para Morgana.

—Estuvo luchando junto a Kendra IV de Korane y a todos nosotros —contesté—. Ayudó a sofocar el ataque.

—Así es —me apoyó su hermana, Mary Anne—. Si ella formase parte de la insurrección, no habría arriesgado su vida por vos, mi reina.

Tanto la monarca como Omelia y los duques de Dahlia nos lanzaron miradas de reprobación. ¡Cómo nos atrevíamos a contradecir la acusación que Su Majestad había tejido con tanta vehemencia en el último día!

—A veces, los responsables fingen inocencia para pasar desapercibidos —añadió la monarca mientras esbozaba una sonrisa altiva.

En cuanto terminó de hablar, tiró del pelo azabache de Morgana y esta ahogó un grito por el sobresalto. Mary Anne y yo chillamos también. Entonces, la reina comenzó a beber de su yugular y, aunque Morgana forcejeó para liberarse, no pudo hacerlo. Estaba demasiado débil.

Según entendería luego, ningún vampiro rico bebía del cuello de sus sirvientes. No sería la primera vez que uno los habría matado por beber de más o por haber desgarrado, sin querer, la yugular. Cuando alguien lo hacía, como la monarca de Parkisan, era con una intención clara: matar a su sirviente o amedrentarlo.

Los duques de Dahlia observaban en silencio el macabro espectáculo, y sus ojos brillaban con un tinte de orgullo. Podrían fingir que se preocupaban por ella todo lo que quisieran, pero estaban deseando que ella muriera para olvidarse de que una vez existió. Además, usarían su muerte para victimizarse aún más. «Oh, nuestra pobre Morgana, que se lanzó a los brazos del enemigo y por eso la hemos perdido», dirían.

Me levanté preparada para defenderla. Lo que iba a hacer era muy arriesgado, porque la siguiente en perder la vida sería yo. Sin embargo, si ella moría, moriría con ella.

Mi venganza carecía de sentido si no tenía con quién celebrarla.

Mi venganza carecía de sentido si, para ello, debía presenciar cómo mataban al amor de mi vida.

Me acerqué hacia donde se encontraban con rapidez y golpeé la mesa con fuerza, para sorprender a la reina y obligarla a soltar el cuello de Morgana. Ella cayó al suelo, y un hilillo de sangre fluyó hasta el camisón blanco, tiñéndolo de rojo carmesí.

Estaba tan concentrada en salvarla que no me di cuenta de que Mary Anne también se levantaba para socorrerla. Sus padres volvieron a lanzarle una mirada, y Omelia fue la primera en hablar.

—Perdonad la vida a los cuervos y seréis las primeras a las que os saquen los ojos.

La mayor de los Latriffe se agachó para comprobar si Morgana se encontraba bien, así que yo me quedé de pie, aguardando el futuro ajusticiamiento. Aunque por dentro temblaba, eché el pecho hacia delante para mostrar que estaba segura de mí misma.

Unos soldados de la Orden de las Espinas hicieron el ademán de acercarse para reducirnos tanto a mí como a Morgana, pero la reina los detuvo con un gesto.

—¿Quieres que beba de tu sangre? —me preguntó mientras apoyaba la barbilla en las manos entrelazadas—. ¿Estás celosa?

—Si eso significa que vas a dejarla en paz, sí —dije, olvidándome de cualquier fórmula de respeto.

Mi voz sonó solemne e inquietantemente calmada. No iba a permitir que Morgana muriera a manos de la Reina Colmillos, sobre todo si yo estaba delante.

—Debería descalificarte de la competición por tu osadía.

—No pienso dejar que muera una persona inocente —respondí.

La reina suspiró, exasperada por mi intromisión.

—Morgana, levanta —le ordenó la Reina Colmillos con la misma voz autoritaria.

Con la ayuda de su hermana, consiguió ponerse en pie. Su mirada seguía temblando de miedo y debilidad; al final se situó detrás de mí en busca de protección. La monarca volvió a suspirar, hastiada, y me pareció oírla susurrar: «Lo que hay que ver...».

—Morgana, hoy vivirás —sentenció—. Pero déjale claro a mi hermano que estoy muy pendiente de ti. Un paso en falso y recibirá esa cabecita tuya dentro de un baúl. —La Reina Colmillos se puso en pie para dar por finalizada la comida—. Ahora, retiraos antes de que cambie de opinión y os desangre a las dos por insolentes.

Capítulo 47



Odiaba a la Reina Colmillos, pero lo que había ocurrido en los últimos días consiguió que ese sentimiento me sobrepasara.

En cuanto salimos del banquete, llevé a Morgana a mi dormitorio para que descansara. Le limpié el cuello con un paño húmedo e intenté quitar la mancha de sangre de su uniforme de sirvienta, sin éxito.

Durante las horas en que estuvo durmiendo, me pregunté muchas cosas: ¿por qué atacarla durante un banquete al que yo estaba invitada? ¿Era también una advertencia para mí? ¿Me habían convocado para que viera lo que me pasaría si seguía trabajando con Clement? Lo que no entendía era por qué a mí no me había puesto la mano encima. Yo era menos valiosa que Morgana, se podía permitir que perdiera la vida.

En cualquier caso, asumí que ella no estaba a salvo en el castillo de Branamor. Si ya era obvio que la consideraba una sirvienta a la que no tenía en gran estima, desde ese instante la situación había empeorado. Y no, no iba a permitir que su cabeza acabara dentro de un baúl.

—No deberías haberme salvado. Y lo sabes.

Las palabras de Morgana me pillaron por sorpresa. Estaba tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta de que ya había despertado.

—Da igual, Morgana. No dejaré que te maten.

Le acerqué el plato con pollo y algo de bizcocho que Ryan había robado para ella mientras dormía. Morgana esbozó una sonrisa cansada al ver que se había preocupado por su bienestar y, sin rechistar, devoró la comida. No volvió a hablar hasta que se lo terminó todo.

—La reina estaba furiosa contigo, Savannah. —Su mirada se ensombreció—. No tolera que la contradigan, aunque sepa que no tiene razón. Da la impresión de que no valoras tu vida.

—Justo porque la valoro no voy a perder a las personas que la hacen valiosa. Y ya he perdido a dos de ellas. —Se me rompió la voz —. No quiero quedarme sin la tercera.

La expresión enjuiciadora de Morgana se suavizó al oírme. A continuación, desvió la mirada y se fijó en un punto concreto de la pared.

—Estoy bien, Savie, no deberías haber hecho enfadar a la reina por mí.

Intenté poner en palabras lo que pensaba sin que sonara demasiado directo. Sin embargo, no encontré el modo de hacerlo. Pero debía decírselo, aunque ella no estuviera de acuerdo.

—Morgana, tienes que irte de aquí.

Como imaginaba, mi compañera de vida me dedicó una mueca extrañada, como si le acabara de hablar en un idioma desconocido.

—No puedo, tengo un objetivo que cumplir.

—¿Y lo vas a cumplir muerta? Me lo acabas de decir: la reina no tolera que la contradigan. Y ella cree que formaste parte del ataque... En el próximo arrebato, puedes perder la vida. Y no pienses que lo digo solo por lo que siento por ti —mentí desesperada, intentando que me escuchara—. Si estalla una guerra civil antes de que Clement encuentre a Agathy, la pondrán a salvo y jamás se hará con ella.

Morgana resopló por la nariz y se incorporó para sujetarme las manos. Las zarandeó con suavidad mientras me decía:

—No puedo, Savie. Tengo que quedarme, debo seguir. No quiero sentir que todo aquello por lo que he luchado y sufrido aquí ha sido en vano.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo contener. La abracé con fuerza para recordarle que, conmigo, siempre estaría bien. Conmigo se encontraría a salvo y segura. Sequé su dolor de las mejillas para demostrarle que esa tristeza era pasajera, pero la muerte no.

—Tu trabajo no ha sido en vano, has servido a la causa como merecía —le aseguré mientras le pasaba el pulgar por la mejilla—. Pero tienes que irte, Morgana.

Ella pareció dudar, y me quedó claro el porqué cuando dijo:

—Ven conmigo, Savie. Tú también te has convertido en objetivo de la Reina Colmillos. Trabajaremos juntas, con Clement ahí fuera.

Me estremecí al oír su propuesta. Por un momento, valoré la idea, de verdad, pero era consciente de que solo le sería útil a la Alianza de Sangre Roja desde el interior del castillo. Fuera, volvería a ser la Savannah a la que todo el mundo veía demasiado insignificante como para tenerla en cuenta.

Ocuparía el lugar de Morgana. Sería sirvienta de sangre y, cuando las dudas sobre mí se hubiesen disipado, ayudaría a Clement. Si me ejecutaban, sería un final mejor que vivir a salvo y no aportar nada a la Alianza.

—No puedo, cariño. —Posé las manos en sus mejillas con delicadeza. Después, pegué mi nariz contra la suya—. Me presenté al Sacrificio de la Corona con un objetivo. Si me voy, seré invisible para Clement y habré arriesgado mi vida y la de madre en vano.

—No volverás a ser invisible, Savannah, te lo aseguro.

Era mentira. Tal vez no por su parte, pero sí para el resto de los miembros de la Alianza.

—Prometo que serviré a la causa como merece, pero tengo que hacerlo desde dentro.

Morgana rio con amargura, y otra lágrima volvió a caer, esa vez en mi mano. Al instante, yo también rompí a llorar. No quería separarme de ella, y menos cuando habíamos estado tan poco tiempo juntas. La fortuna era caprichosa e injusta, pero debíamos separarnos para que ella estuviese bien.

—Soy una cobarde, Savie. Si fuera valiente, no haría caso a tus súplicas y me quedaría aquí —dijo mientras me acariciaba el rostro —. Siempre me han faltado agallas, me lo demostré cuando nos peleamos.

—¿Por qué? —Reí con cierta nostalgia—. ¿Porque te fuiste de Lokkat antes de que nos reconciliásemos?

Morgana se quedó en silencio durante unos segundos, como si no quisiera reavivar la discusión de aquel día en un momento como ese. No obstante, al fin decidió hablar.

—Eras tú la que no querías arreglar lo nuestro. Si no, no me habría ido sin despedirme.

Me alejé, confusa.

—¿Cómo? Al día siguiente fui a la posada a buscarte, pero ya te habías marchado.

—No sabía que cambiarías de opinión. Solo supe lo que me dijo tu padre cuando me lo encontré.

Me quedé sin palabras, desconcertada. No tenía ni idea de lo que me estaba contando. Padre jamás conoció a Morgana, ni mucho menos estaba al tanto de que hubieran hablado de nuestra discusión.

—¿Mi padre? ¿C-cuándo hablaste con mi padre?

—¿No te contó nada?

—¿Contarme el qué?

Morgana se mostró escéptica. Sin embargo, al ver que estaba desconcertada, siguió diciendo:

—Después de nuestra discusión, reflexioné sobre lo sucedido y fui a tu casa. Iba a decirte que, si me pedías que no me presentara al Sacrificio de la Corona, no lo haría. —Abrí mucho los ojos, sorprendida ante su revelación—. Afrontaría lo que me dijera Clement porque tú eras la única persona que me había amado de verdad. Por mucho que él me quisiera, siempre me había utilizado como arma política. Nunca he sido ingenua con ese tema.

Se me rompió el corazón al oír que, en efecto, Morgana había cambiado de opinión aquel mismo día, y que, de haber hablado, no habría participado en la competición y yo no habría pensado que estaba muerta durante dos años.

—Entonces vi a tu padre, que salía a cazar solo. —Asentí. Recordaba que ese día se fue sin mí porque no me sentía con fuerzas para acompañarlo—. No sabía quién era, pero él me conocía. Me dijo que no me acercara más a ti, que ya había jugado demasiado contigo, que te había destrozado la vida y que no querías volver a verme. Creo que añadió algunos insultos para asegurarse de que su mensaje calaba en mí.

Me tapé la boca con la mano, estupefacta por lo que acababa de oír. Era cierto que padre tenía respuestas peculiares cuando le hablaba de Morgana. No le caía bien porque consideraba que el día que encontrara a una parkisana más rica, atractiva o interesante, me rompería el corazón. No obstante, jamás habría imaginado que fuera capaz de poner en mi boca palabras que yo no había dicho. Por muy dolida que estuviera por la discusión con ella.

—Morgana —me tembló la voz—, yo... Yo no sabía nada, te lo juro. De hecho, pensaba que eras tú la que me odiabas.

—Jamás podría odiarte. Ese día nos dedicamos palabras desacertadas, pero eso no podía ensuciar todo lo bueno que habíamos tenido, ¿no?

Morgana esbozó una sonrisa triste y sentí que volvíamos a ser nuestra versión de hacía dos años. Era como si el pasado nos permitiera recuperar el tiempo perdido. Por desgracia, no podíamos cambiar la historia, pero sí decidir que, a partir de ese momento, la escribiríamos juntas. Aunque estuviéramos separadas.

Volví a tomar el rostro de Morgana con delicadeza y, acto seguido, la besé. Al principio fue un gesto tierno, la promesa de que siempre la amaría, incluso en la distancia. Sus labios me acogieron con cariño y deseo a la vez.

Poco a poco, la atmósfera se fue cargando y el beso se volvió más urgente y apasionado. Entonces volví a notar el cosquilleo en el abdomen. Morgana debió de sentir lo mismo, ya que me planteó la misma pregunta que en el establo.

—¿Estás segura? —Rio contra mis labios.

—Contigo, siempre.

Me preocupaba que estuviera débil por el ataque de la Reina Colmillos. Sin embargo, ella negó con la cabeza.

A partir de ese instante, solo existimos Morgana y yo. No tardamos en desvestirnos y, a diferencia de aquel día frustrado en el establo, me dejó observar su silueta desnuda. Era mucho mejor de como la había imaginado tantas veces.

Siempre creí que la primera vez que me acostara con alguien estaría muy nerviosa. No obstante, con Morgana jamás podría estarlo. Éramos ella y yo, y la eternidad por delante. Una eternidad que, paradójicamente, tarde o temprano se acabaría. Si hubiese podido quedarme a vivir en ese instante, desde luego lo habría hecho.

Capítulo 48



Convencí a Morgana para que se quedase a dormir en mi cuarto. Fue una noche agridulce, cargada de amor, pero también de soledad. Jamás habría creído que me sentiría tan abandonada en sus brazos. Era el recuerdo de que, en apenas unas horas, nos íbamos a separar hasta saber cuándo, si no moríamos antes de volver a encontrarnos.

Cuando llegó el alba, ese momento del día en que los vampiros se habían ido a dormir y los humanos aún no se habían despertado, acudimos juntas a las cocinas. Sin embargo, en esa ocasión, Morgana no me dejó entrar.

—Será mejor que no te vean con él. Ya me las arreglaré para que me ayude a salir.

—¿Por qué?

—Te quedarás sola en el castillo. No quiero que las miradas se centren en ti. Si yo he caído a medias, es probable que él también lo haga.

Separé los labios para protestar, pero la entendía. Sabía que me arriesgaba a que, en ese baúl imaginario, mi cabeza también

acabara dentro, si había alguien a quien le importase, además de a Morgana.

—Lo siento —musitó.

—¿Por no dejarme entrar en las cocinas? —Reí con amargura.

Morgana negó con la cabeza.

—Siento haber tenido el juicio tan nublado estos días. —Acto seguido, me abrazó, acallando mis palabras. Después me besó—. Te quiero, Savannah. Recuérdalo pase lo que pase. Y espero que... me entiendas.

Aquella emotiva despedida se tiñó de confusión e incertidumbre porque había un mensaje implícito en sus palabras. Sin embargo, seguí sin saber qué quería decirme.

—Yo también te quiero, Morgana. Ni mil imprevistos podrán cambiar lo que siento por ti.

Nos alejamos, y ella agachó la cabeza. Aunque su cuerpo seguía conmigo, su mente ya se había marchado. La agarré de la mano, como si quisiera retenerla, pero era alargar lo inevitable. Se soltó y, segundos después, desapareció tras la puerta de las cocinas.



Aquel anochecer me enfrenté a la tercera oportunidad del reto «Verdad o morir», la que determinaría si sería la próxima sirvienta de sangre más odiada por la Reina Colmillos. Había defendido a Morgana delante de ella, de modo que supuse que me convertiría en su objetivo. Sobre todo, cuando repararan en su desaparición, si no lo habían hecho ya.

De camino a la sala del trono, caminé con valentía. Perdería, pero lo haría con la cabeza bien alta, y aguardaría las instrucciones de Morgana o de cualquier interlocutor del príncipe. Impediríamos que la Reina Colmillos nombrase vencedora a Agathy, y yo, por fin, vengaría a padre y a madre.

La atmósfera que me recibió en el interior de la sala era la misma que en otras ocasiones: la alfombra roja y, al fondo, Omelia y la Reina Colmillos sentada en el trono. A ambos lados, mis futuros compañeros y los soldados de la Orden de las Espinas observaban mi llegada. La única diferencia era que Morgana ya no se encontraba entre ellos.

Cuando llegué a la altura de la monarca de Parkisan, me invadió un sentimiento de asco. El enfado y la tristeza que me provocaba su presencia eran tales que desembocaron en un vacío de estómago, el mismo que precedía al vómito.

—¿Qué elegirás hoy, «Verdad» o «Morir»? —me preguntó con el mismo tono pausado de siempre.

La respuesta estaba clara. Como me había dicho Morgana, si iba a fracasar, ¿para qué arriesgar mi vida durante el proceso?

—Elijo «Verdad».

—¿Qué tienes que perder, Savannah Sin Apellido?

Desvié la mirada hacia el suelo. Estuve tentada de decir lo primero que se me pasara por la cabeza. No obstante, me tomé su pregunta como una manera de desahogarme por lo vivido en las últimas semanas, experiencias que ella misma había causado.

—A la gente que me importa y me ha acompañado durante el camino. La que ha estado a mi lado de manera incondicional todo el tiempo que ha permanecido en mi vida. —Pensé en madre y en

Morgana, pero también en Sam, mi amigo en el monasterio de la Santa Sangrienta—. Aunque algunos ya se han ido, siempre tendrán un lugar en mi alma. Mientras yo siga viva, no los habré perdido del todo. Y también... también temo perderme a mí misma y no reconocerme en el espejo.

Levanté la cabeza y posé mis ojos sobre los suyos. Tragué saliva. Ese era el momento en que me anunciaba como la nueva perdedora de la competición. Sin embargo, no desvié la mirada, afrontaría con valentía el destino que me deparase.

La Reina Colmillos me sostuvo la mirada durante unos segundos eternos y, para mi sorpresa, sonrió.

—Enhorabuena, Savannah. Eres la ganadora del Sacrificio de la Corona.

Se hizo un silencio muy incómodo en la sala del trono. Nadie esperaba ese veredicto por parte de la monarca. Ni siquiera yo, así que permanecí impasible mientras asimilaba lo que acababa de ocurrir.

Volví la cabeza hacia la derecha y Omelia asintió con una amplia sonrisa. Había abierto mi corazón, tal y como ella me había aconsejado. Pero, aun así, no era lo correcto. Yo no tenía que haber ganado.

—¿Cómo? Imposible.

La reina torció el gesto ante mi incredulidad.

—¿Preferirías que te convirtiese en una sirvienta de sangre?

Se me formó un nudo en la garganta tras escuchar cómo repetía lo que me había dicho el primer día. Acababa de arruinar mi gran momento, y quizá sufriría el destino del resto de los perdedores por no mostrarme como ella esperaba que lo hiciera.

—No, es que pensaba que...

—Pensabas, ¿qué?

Intenté tragar saliva, sin éxito.

—Pensaba que... que no tenía lo que hacía falta para ganar el Sacrificio de la Corona.

—Entonces, ¿por qué te presentaste?

Aquello despertó las risas de los soldados de la Orden de las Espinas e hizo que me sonrojara.

—Al principio creía tener lo necesario, pero... pero durante estas semanas, he vivido muchas emociones. Y como nadie ha ganado en veinte años, lo veía como un sueño imposible.

La Reina Colmillos se acarició su larga cabellera castaña mientras me escuchaba. Yo, en cambio, me sujeté el brazo a modo de protección. Algo no iba bien. Quizá el ataque había cambiado el destino de lo que iba a suceder en realidad. Quizá la monarca de Parkisan se había visto obligada a convertirme en ganadora para proteger la vida de la heredera real.

No veía la victoria como una celebración, sino como una maldición. Dudaba de que la Reina Colmillos lo hubiera hecho por una cuestión de bondad. Seguro que había una estrategia detrás. Como miembro de la familia real, desde ese instante estaría mucho más vigilada y no podría ponerme en contacto con Morgana tanto como quisiera.

—Savannah Sin Apellido —anunció con voz solemne—, no procedes de un linaje noble, pero has demostrado tener lo que hace falta para heredar Parkisan. Aún te queda mucho camino por delante, pero este es el comienzo. Mañana, todo Parkisan te

conocerá como la ganadora del Sacrificio de la Corona. Espero que en la presentación estés a la altura. Puedes retirarte.

¿Mañana?

Era imposible ponerme en contacto con Morgana para asegurarme de que estaba a salvo y comentar los siguientes pasos antes del anuncio. Tal vez la Reina Colmillos quisiera dar por finalizado de una vez por todas el Sacrificio de la Corona y hacer una declaración de intenciones.

Capítulo 49



Ya de vuelta en el que había sido mi dormitorio, seguía sin hacerme a la idea de que hubiese ganado. Una parte de mí estaba contenta por no haber corrido la misma suerte que el resto, sobre todo porque había demostrado a los que me habían menospreciado que no era solo una campesina. Si el Prado Más Alto existía, debían de estar revolviéndose al comprobar que había ganado. También lo estaría haciendo Brandon Wintersmouth, el futuro no heredero del ducado de Zinnia, en su palacio. Pero, por otro lado, sabía que mi victoria ocultaba algo, aunque aún no supiese exactamente qué.

Pensaba que la reina me dejaría tranquila esa noche; sin embargo, dos escoltas vampisanos aparecieron al cabo de un rato en mi habitación.

—Su Majestad desea conversar con vos —dijo uno de ellos.

Sentí presión en el pecho. Sospechaba por qué, pero creía que no me enfrentaría a las consecuencias hasta el día siguiente.

—¿Conversar sobre qué? —fingí.

—No podemos daros detalles, pero nos ha pedido que os transmitamos que es importante —añadió el segundo de ellos.

Se me formó un nudo en la garganta: se había dado cuenta de que Morgana había desaparecido y yo era, cómo no, la principal sospechosa.

Las fuerzas me abandonaron mientras me acompañaban hasta el torreón de la Reina.

Por el camino, ascendiendo las escaleras en espiral, pensé en qué iba a responder cuando me preguntara por ella. En mi cabeza, repasé decenas de escenarios y lo que podría pasar según cada una de mis respuestas.

El torreón estaba compuesto por diversas estancias. En la pared del pasillo había pintado un fresco sin terminar con la historia de Parkisan, desde las tribus y la Santa Sangrienta hasta el momento actual. Que estuviera inacabado significaba que todavía quedaba mucho por contar sobre nuestro país.

Me instaron a entrar sola en el despacho personal de la Reina Colmillos y, después, cerraron la puerta para darnos intimidad. Contuve la respiración por los nervios y me concentré en la decoración. A diferencia de la estancia del chambelán Brackstone, aquella era más ostentosa. Las paredes estaban llenas de retratos de la reina a lo largo de su vida y la mesa era de la madera más exquisita. También había dos sillones de terciopelo. En uno de ellos se encontraba la Reina Colmillos, que me miraba con una sonrisa intimidatoria.

Me iba a enfrentar a mi peor enemiga.

Empecé el encuentro como siempre, haciendo una reverencia para recordarle que ella siempre estaría en una posición privilegiada.

—No hagas reverencias. —Movió la mano para que me levantara —. Ya eres una Delagarde más.

—Lo siento, Su M... —me detuve en cuanto frunció el ceño, descontenta—. Lo que sea.

Con la mirada, me invitó a que me sentara frente a ella, y obedecí.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Tardé más en responder de lo que me habría gustado. El nudo en la garganta no me dejaba hablar y no quería que el hilillo de voz delatara el temor que crecía en mí.

—Lo ignoro.

—Morgana ha desaparecido.

Aunque ya había repasado ese momento de camino, que me lo dijera de una manera tan directa fue como si cien jarras de agua helada me atizaran el rostro.

—No tenía constancia de ello —dije según lo que había repasado en mi cabeza en los últimos minutos.

Me preocupó que la Reina Colmillos no se creyera mi explicación y, de hecho, no lo hizo. Sin embargo, la mirada que me dedicaba no reflejaba la necesidad de ajusticiarme, sino que era de irritación.

—Savannah, por favor, creo que deberíamos dejar a un lado las mentiras. La ayudaste a escapar. —Abrí la boca para protestar, pero ella levantó la mano para que me callara—. Sí, yo también he estado enamorada y he tomado decisiones de las que me arrepiento. Aunque creo que me superas con creces, la verdad.

De repente, la monarca no me estaba hablando como si fuera mi reina. La autoritaria y despiadada actitud de días anteriores había desaparecido. Si no fuera por la corona y el vestido, creería que era una parkisana normal y corriente hablando con otra parkisana normal y corriente.

—No, está bien —pensó en voz alta—. Me ha tocado una heredera estúpida, pero debo asumirlo. No tenía suficiente con Omelia que ahora viene la segunda parte.

—Su Majestad, creo que no os entiendo... —dije volviendo a adoptar un registro formal.

En otras palabras, lo que quería decir era: «¿Sabéis que soy una traidora y no me vais a ajusticiar?».

—Verás... —comenzó, dirigiéndose a mí—. Brackstone me dijo que había descubierto a Morgana robando la llave de repuesto de su despacho. Sabíamos que era cuestión de tiempo que entrara a investigar. Pero Aaron ya lo había preparado todo para entretenerla. Lo que no me esperaba era que tú participaras.

Palidecí. No sabía qué contestar... Así que sí nos habían descubierto durante esa intrusión.

—Eh...

—Tranquila, querida, no os pillaron. Pero una de mis doncellas os vio con los gorros de sirvientas de sangre. ¿Por qué vestirte como una, si no estabais haciendo nada malo?

Tenía razón: la Reina Colmillos sabía que guardaba relación con la Alianza de la Sangre Roja. Como había dicho en el banquete en el que casi desangró a Morgana, nos había permitido avanzar en nuestra alianza con el príncipe Clement, aunque en realidad estaba muy atenta a lo que hacíamos, y nuestra irrupción en el despacho de Aaron no había pasado desapercibida.

Por eso madre había muerto, como represalia por haber trabajado con el supuesto enemigo.

—Lo sabía —exhalé.

—¿El qué?

—Mataste a mi madre.

Creí que en ese momento su mirada se teñiría de oscuridad y revelaría que, en efecto, ella había acabado con la vida de una de las personas más importantes de mi vida. Sin embargo, su expresión irritada se convirtió en una titubeante.

—¿A tu madre?

Parecía confusa. En los últimos días, para odiarla aún más, me había aferrado a la idea de que había sido la responsable de su muerte. No obstante, su expresión no contradecía sus palabras: no sabía nada.

—Oh, la campesina con la que se casó Harry... —dijo mientras apoyaba el rostro en las manos entrelazadas, pensativa—. Ni siquiera sé quién es. ¿Por qué iba a matarla? No era nadie.

Me habría gustado replicarle que, por su oficio, quizá no fuera nadie, pero que su corazón y su bondad me habían demostrado que su riqueza como persona era mayor que la de todos los parkisanos más acomodados juntos. No todo en la vida era el estamento... Su condición humana era más importante.

Sin embargo, que mencionara un nombre en concreto me había dejado perpleja.

—¿Cómo conoces el nombre de mi padre?

Harry Montgomery, un ladrón que, durante su juventud, había arramblado con las fortunas de algunos de los burgueses más importantes de Parkisan. Oír su nombre en los labios de la Reina Colmillos era cuando menos desconcertante. No entendía de qué lo conocía.

Tras mi pregunta, la monarca asintió para indicarme que había información que yo aún ignoraba. Y eso me aceleró el corazón.

—Cierto. Es que tengo tantos frentes abiertos... Me entenderás cuando estés en mi lugar.

La reina hizo una pausa que me resultó eterna, aunque lo más probable era que no durara más de unos segundos.

—Savannah, ¿cómo te sentirías si te dijera que... no has ganado el Sacrificio de la Corona por tus propios méritos? Aunque, como verás, solo he dado por buena tu respuesta cuando has dejado a un lado tu arrogancia. No me gustó tu actitud en la primera y la segunda oportunidad.

Mi corazón seguía desbocado. No lograba entender qué quería decirme, pero una parte de mí prefería seguir haciendo caso omiso a lo que fuera aquello.

Porque hacerle caso significaría que se desmoronarían los cimientos sobre los que se había construido mi vida. Y no estaba preparada para eso. Casi prefería el destino que había ideado en mi cabeza de que me iban a condenar a muerte por ayudar a Morgana.

—No resto importancia a lo que hiciste —continuó la monarca midiendo mucho sus palabras, como si no quisiera que me tomara a mal su revelación—. Fuiste una gran participante, pero puede que te diéramos un pequeño empujón para que vencieras.

Mi lado escéptico acudió a mi rescate para que la realidad que empezaba a abrirse frente a mí no tomara forma.

—Pero yo no estaba destinada a ganar el Sacrificio de la Corona.

—Sí lo estabas.

—No, la victoria era para Agathy Norvan Emmons.

En un intento desesperado por no aceptar el rumbo que estaba tomando la conversación, decidí revelar su nombre. Debería haber

cavado mi tumba al mencionarlo; sin embargo, supe que no lo había hecho. Ni de lejos.

—¿Y cómo te sentirías si te dijera que tú eres Agathy Norvan Emmons?

Capítulo 50



Si todo aquello hubiera sido una pesadilla, ese habría sido el momento de despertar. Sin embargo, no lo era.

¿Yo era Agathy Norvan Emmons, la heredera que estaba destinada a superar el Sacrificio de la Corona y que amenazaba con poner en jaque al bando del príncipe Clement?

¿Yo era...? No podía pensarlo, ni mucho menos decirlo en voz alta.

—Sabíamos que tanto Brandon Wintersmouth como Morgana Latriffe estaban buscando tu nombre, así que les dimos uno: Agathy Norvan Emmons. En realidad, es un anagrama de Savannah Montgomery.

Ni siquiera sabía qué era un anagrama, pero no tuve fuerzas para preguntárselo.

—Como le comenté a Morgana, es importante que nuestros enemigos crean que tienen poder sobre nosotros. Pero la realidad es que se encontraban demasiado lejos de resolver el misterio concerniente a mi hija biológica. Si no, no habrías ganado el Sacrificio de la Corona.

Me puse la mano en el pecho porque sentí que me faltaba el aire. Cuanto más intentaba inspirar, más me costaba llenar mis pulmones.

—Lo cierto es que me sentí algo escéptica cuando tu padre me propuso que no conocieras tu identidad. Además, que os hicierais pasar por campesinos en un pueblo perdido de Parkisan... Pero fue una idea brillante; te salvó de que te encontraran.

Me estaba asfixiando a pesar de que estábamos en un espacio abierto. La vida que conocía acababa de desvanecerse ante mí.

—Mientes... estás mintiendo. No eres mi madre biológica. La mía murió al darme a luz.

La reina se inclinó sobre el escritorio para acercarse a mí; sin embargo, en un acto instintivo me alejé para protegerme de una situación de la que no podía escapar.

De pequeña, lamentaba no haber conocido a mi madre biológica. Al Oeste de Parkisan se creía que el vínculo entre una progenitora y su hija de sangre se asemejaba al de una creación divina. Sin embargo, después de que padre se casara con Mildred, poco a poco dejé de echar de menos a una mujer a la que ni siquiera había conocido. Mildred lo fue todo para mí.

—Claro que soy tu madre, Savannah. ¿No ves que somos como dos gotas de agua? —Torció el gesto en cuanto estudió mi melena sin vida y mi piel bronceada—. Bueno, puede que ahora no. Pero cuando te hagas a la vida de la realeza, lo serás.

Me recordé durante el acto conmemorativo por la fundación de Parkisan, con el pelo lustroso y empolvada para parecer más blanca. Me entraron ganas de vomitar al plantearme la posibilidad de que no mintiera... Sí que me parecía a ella.

Me parecía a la persona a la que más odiaba.

Como seguía sin mostrarme convencida del todo, continuó.

—Sobre la cadera derecha tienes una mancha en forma de luna y estrellas. Es la marca de la familia Delagarde. Todos la tenemos porque, al nacer, las cuatro diosas nos bendicen bajo la luz de los astros. ¿Me equivoco?

No fui capaz de responderle. Siempre había creído que era una bella casualidad. En ese instante, me pareció la horrible confirmación de mi destino.

Noté que las lágrimas se me acumulaban en los ojos, pero no podía romper a llorar. Me sentía demasiado impactada. Toda mi vida había sido una mentira.

Absolutamente toda.

—Por las represalias que podríamos sufrir —dijo la Reina Colmillos pasando a otro tema—, es mejor que nadie sepa que eras la heredera desde el principio. Los plebeyos podrían enfadarse al darse cuenta de que el Sacrificio de la Corona era una farsa.

La monarca de Parkisan continuó hablando, pero dejé de escucharla. Cuando consideró que lo que me estaba diciendo era demasiado importante como para que la ignorara, me tocó el hombro y lo zarandeó con suavidad hasta que volví en mí.

—¿Me escuchas, Savannah? Es importante que nadie descubra tu marca de nacimiento. Si alguien conoce su significado, tu vida y la estabilidad del reino correrán peligro.

Moví la cabeza en un gesto extraño, errático, indicándole que volvía a prestarle atención. Por fortuna para ella, nadie había visto mi marca, a excepción de las sirvientas que me vistieron para el baile. Con seguridad, eran personas de confianza de la reina y ya sabían quién era yo.

Sin embargo, palidecí al recordar que no eran las únicas. Morgana me había visto desnuda. Durante nuestro encuentro, antes de marcharse del castillo, mi marca no pareció importarle...

Era como si ya supiera que estaba ahí.

Como si la hubiera visto en el establo.

—Morgana lo sabe —exhalé.

Entonces comprendí por qué de pronto cambió de actitud cuando estábamos a punto de acostarnos sobre la paja, por qué los días siguientes se mostraba distante conmigo. Se había dado cuenta de una realidad que yo ignoraba.

—Y tú salvándole la vida... —La Reina Colmillos se sujetó la frente y negó con la cabeza. Después, inspiró—. El lado bueno es que ya estás aquí, has llegado al trono y no podrán hacerte nada. Pero probablemente Clement sepa quién eres.

No quería pensar que ella me hubiera delatado. Ella no era así, conmigo no.

—Morgana no dirá nada —balbuceé—, nos conocemos desde hace diez años. Ella... ella me quiere.

Lilith no había presenciado la evolución de nuestra amistad y posterior relación. El vínculo entre nosotras era mucho más fuerte de lo que parecía y se había forjado a lo largo de años de amistad. Sabía que nunca me fallaría.

No, no podía fallarme. Era la única persona que me quedaba en el mundo que me quería por quién era. No podía traicionarme, no lo soportaría.

—No es que no vaya a decir nada, Savannah —replicó la reina, mostrándose exasperada—, es que ya lo habrá hecho. ¿De verdad

piensas que no revelará quién eres, cuando es su razón de existir en la Alianza de la Sangre Roja?

No, ella sería incapaz.

—¿En serio crees que se quedará callada, cuando haría lo posible por no perder el amor de su segundo padre? —prosiguió.

Sus palabras me trasladaron a nuestra última conversación antes de que ella se presentara al Sacrificio de la Corona. No quería participar, pero lo hizo por no defraudar a Clement.

«No, pero ella regresó para decirme que había cambiado de opinión, pero padre la apartó de mi lado para siempre», luché por recordar.

—Morgana es insegura, desconfiada, y necesita que la amen —dijo con voz solemne—. ¿Qué crees que pensó cuando vio tu marca, que nunca te habíamos contado la verdad por tu bien o que te habías reído de ella todos estos años? En eso, es como Clement. Una vez hieren su orgullo, es capaz de destruir todo lo que ha construido sin mirar atrás.

Por desgracia, y porque conocía a Morgana desde hacía mucho tiempo, sabía que en el fondo no iba desencaminada. A lo largo de los años, había visto cómo tejía un caparazón con el que protegerse de toda persona que pudiera hacerle daño. Nunca volvería a sufrir como lo hizo con los duques de Dahlia.

De modo que sí, posiblemente pensara que la había engañado.

En ese instante, regresé a la mañana en que Morgana y yo nos dirigimos a las cocinas por primera vez, el día que le entregó al parkisano que trabajaba para Clement toda la información sobre Agathy Norvan Emmons. Y recordé que, desafiante, me preguntó si tenía algo que añadir a lo que ella había escrito.

Comprendí que esa cuestión intentaba provocarme, demostrarme que conocía quién era. Y yo, como una ingenua, no lo vi.

Por eso, tras despedirnos al alba, se disculpó y me dijo que esperaba que la entendiera. Porque me había engañado.

Era extraño: la traición de Morgana me dolía más que descubrir que era la hija biológica de la Reina Colmillos. O quizá fuera la gota que había colmado el vaso. Me levanté y, sin despedirme, me marché de allí. Lilith no me detuvo; me dio espacio para asimilar todo lo que acababa de contarme.

Aun así, mis escoltas no se apartaron de mí en ningún momento. Se convirtieron en mi sombra. Incluso cuando ya me había encerrado en mi habitación, oí que vigilaban la puerta.

Me apoyé en la pared y me deslicé hasta el suelo. Después me abracé las piernas y contuve las ganas de llorar. En cierta manera, dudaba de que me quedasen lágrimas. Ya no tenía fuerzas, me había secado como el lago Annan en la sequía de unos años atrás.

Cualquier persona en mi lugar estaría celebrando su nuevo árbol genealógico, pero no era mi caso.

Padre y yo habíamos huido a Lokkat porque, cuando era un bebé, hubo un ataque al castillo de Branamor. Se creía que el motivo del Amanecer de la Sangre Negra era acabar conmigo. Por tanto, yo tenía la culpa de que Lilith II fuera la Reina Colmillos, de que su trono se erigiera para proteger a los vampiros y abandonar a los humanos.

Yo tenía la culpa de que fuera tan mala reina.

Y yo tenía la culpa de todas las muertes en el Sacrificio de la Corona. Recordé a mis compañeros, sus expresiones confiadas porque el destino iba a ser diferente para ellos. Porque iban a

marcar la diferencia. Mi memoria me trasladaba al momento de sus muertes: los gritos, las súplicas. Esos sacrificios habían sido por mi culpa, se habían producido para que yo sobreviviera. Y sobre mí no solo pesaban las de mi año, sino las de los diecinueve anteriores.

Hipé mientras sentía que me faltaba la respiración. El rostro ovalado de Morgana apareció frente a mí y, en mi cabeza, viví todos los momentos que habíamos compartido. Primero, en Lokkat. Después, en el castillo. Ella se había dado cuenta de quién era y, quizá, sin ser yo consciente, había conspirado en mi contra.

Yo, Savannah Montgomery, había ido hasta allí para vengarme de la Reina Colmillos, pero qué paradójico era darme cuenta de que vengarme de ella suponía acabar conmigo. No podía impartir justicia sin que me salpicara. Y yo no defendía las acciones de la monarca, pero mi cabeza también rodaría si caía su bando.

Mi vida había sido una farsa, y ya no sabía ni quién era.

Capítulo 51



En cuanto los primeros rayos del sol se colaron por la ventana, las mismas sirvientas que me adecentaron para el baile real entraron para arreglarme. Era el día en que iban a anunciar que había ganado en el Sacrificio de la Corona, de modo que tenía que estar guapa. No obstante, mi aspecto físico era antagónico a la definición de *guapa*, y no dudaron en señalar lo obvio.

—¡Por las cuatro diosas! ¡¿Qué os ha pasado?! —exclamó una de ellas.

Ojos hinchados y ojeras marcadas por no haber dormido. Eso era lo que había sucedido.

Las parkisanas me pusieron un vestido granate. Al parecer, ese iba a ser mi color en la corte.

Cuando me sentaron frente al tocador, me acaricié el pómulo. En esas semanas, había cogido peso, y los huesos ya no se me marcaban en la piel.

Al igual que el día del baile, embadurnaron mi pelo con varios aceites hasta que quedó lustroso. Después del maquillaje, volví a sentir que el reflejo que me devolvía el espejo del tocador no era yo.

Se trataba de la Savannah que habría sido si los vampiros no hubieran atacado el castillo, una que habría disfrutado de una vida de lujos que yo jamás pude ni siquiera soñar.

—¿Me podéis llevar hasta Su Majestad? —les pedí.

A pesar de que fui yo la que dejó la conversación a medias, aquella mañana me sentía más preparada para tratar ciertos asuntos que el día anterior no había podido. Las parkisanas asintieron y me guiaron hasta su torreón, con mis escoltas siguiéndonos a una distancia prudencial. En vez de llevarme a su despacho, me acompañaron hasta su biblioteca personal, donde se encontraba disfrutando de la lectura. Era casi tan grande como la del monasterio, con la diferencia de que era solo para ella. La pintura de las paredes imitaba el cielo azul, con sus nubes blancas. Era... como estar en el Prado Más Alto.

En el centro de la estancia, la Reina Colmillos leía sentada en uno de los dos sillones que había.

—Hoy te pareces más a mí —me aseguró antes de cerrar el libro.

Ignoré su comentario y me dirigí a ella.

—Tengo muchas preguntas.

—Y yo estoy dispuesta a responderlas.

Con un movimiento de la mano, me invitó a que me sentara con ella.

—¿Sabes que padre ha muerto? —fue lo primero que dije.

Una parte de mí deseó que se rompiera al oír que el hombre al que una vez amó había fallecido. Su dolor, unido al mío, podría crear una especie de vínculo entre nosotras. Sin embargo, se encogió de hombros y afirmó:

—Sí, me lo comunicó el soldado que solía ponerse en contacto con él. Me apenó mucho su partida al Prado Más Alto. Pero lo importante es que tú sigues viva.

—Me gustaría que me contaras vuestra historia de amor. ¿En qué momento te enamoraste de un ladrón?

La reina estalló en carcajadas y abrió tanto la boca que sus colmillos se mostraron amenazantes ante mí.

—¡Un ladrón! No, tu padre nunca fue un ladrón. Esa fue la excusa que tenía que darte para justificar por qué era diestro con las armas. En realidad, era un integrante de la Orden de las Espinas.

Recordé entonces que Sam me había explicado que solo los nobles de mayor rango tenían la oportunidad de formar parte de la guardia real. Por tanto, padre no solo no era un ladrón, sino que por estamento estaba muy lejos del pueblo llano.

—¿Era noble?

—Sí, conde. La familia Montgomery tenían un condado en Zinnia antes de que murieran todos, en los años previos a que los vampiros atacaran el castillo. Se les conocía por ser buenos guerreros, los mejores en la batalla. Y yo, una princesa destinada a contraer matrimonio con un rey para aunar fuerzas, me enamoré de él. Era una joven rebelde que anhelaba casarse por amor. El mayor error de mi vida, porque, cuando alguien no es tan importante como tú, siempre te querrá por el poder que le puedes ofrecer. Pero al menos me concedió lo más valioso: a ti.

Sabía lo que estaba haciendo: intentaba que empatizase con ella. Que sintiera su necesidad de libertad por ser una pobre princesa que no podía casarse con la persona a la que amaba. No obstante, no me cautivó con su historia melancólica. La versión que me había

contado Morgana era... un tanto diferente. Y no dudaba de que fuera la auténtica.

—Me tuviste para quedarte con el reino.

La reina abrió mucho los ojos y separó los labios al darse cuenta de que sabía la verdad. Torció las comisuras hacia abajo y no negó lo obvio.

—Sí, y lo volvería a hacer. Sin embargo, cuando te tuve entre mis brazos entendí que no eras una simple transacción. Podías llegar a ser la persona a la que más quisiera en este mundo. Aunque hasta hace unas horas engrosaras las filas del bando enemigo.

Esa última frase fue una flecha envenenada, porque tanto ella como yo éramos conscientes de que ya no podía apoyar a la Alianza de la Sangre Roja. Mi paso por el Sacrificio de la Corona no supondría el fin del imperio de la Reina Colmillos. Al contrario, era lo que ella necesitaba para asentarse aún más en el trono.

—Dijiste que la competición estaba amañada... —continué.

—Así fue.

Recordé el modo en que me había dejado la piel en todas las pruebas.

—No lo recuerdo así.

—¿Por qué crees que había más gente del pueblo llano en la competición? Para que no sospecharan de ti. Además, tus compañeros para cruzar el lago eran Brandon Wintersmouth y un vizconde. Contabas con los mejores para resolver la prueba.

Sin embargo, no podía olvidar que el hijo de los duques de Zinnia se había negado a ayudarme.

—Para empezar, estuvimos a punto de ser los últimos en cruzar el lago por culpa de Brandon. Él no quería remar.

—Un contratiempo... Si hubierais perdido, Darius, que las cuatro diosas lo tengan en su gloria, se habría inventado que era un falso desafío. —Se inclinó hacia mí como si lo siguiente que fuera a decir se tratara de un secreto entre las dos—. Un reto simulado para asimilar a lo que os enfrentaríais en las siguientes horas.

Negué con la cabeza. Seguía sin asumir que mi victoria había sido una mentira.

—De acuerdo. Pero en el reto del laberinto estuve a punto de...

—¡Te colocamos frente a una de las salidas, por todas las diosas! Solo debías seguir recto y, cuando estuvieras a la altura del vigilante, resolver el acertijo. ¡Complicaste la prueba tú sola!

Se me formó un nudo en la garganta en cuanto me acordé de que, en efecto, había un vigilante frente a mi entrada. De hecho, ecos de mi memoria me trasladaron cómo él se tensó en cuanto me puse a su altura. Estaba esperando que resolviera el acertijo, pero era tan negada para las adivinanzas que me adentré en un laberinto que no era para mí.

—Fue muy triste —continuó—, porque te siguió para asegurarse de que nadie te matara y al final lo asesinaron a él. Un vampiro de los que teníamos prisioneros, tengo entendido.

Abrí los ojos todo lo que pude. A la lista de muertes que pesaban sobre mí, se sumaba la de ese vampisano con el que no había intercambiado ni una palabra, pero había visto su cadáver. Al punto comprendí lo que había sucedido: mientras me buscaba, lo asesinaron. Por mi culpa.

—En la prueba de identificar al enemigo infiltrado —comentó la reina, haciendo caso omiso a mi silencio desolador—, habríamos

dado como buena cualquiera de tus respuestas. Pero eres como tu padre: tienes buen olfato para detectar a los enemigos.

Por tanto, nadie inocente murió en esa prueba. Solo la verdadera enemiga infiltrada y, junto a ella, Drew. Se me revolvió el estómago al recordar cómo le obligaron a elegir cuando estaba semiinconsciente. Y cómo gritaba nuestra antigua rival convertida en vampira mientras suplicaba clemencia.

Repulsivo.

—En el reto de recuperar el monasterio de la Santa Sangrienta —dije para defender mi victoria—, tuve que luchar contra los vampiros que nos atacaban.

—Pero ¿te atacaban a ti? ¿O a Brandon y al chico que os ayudaba?

Abrí la boca para protestar; no obstante, recordé que, al principio, los traidores solo atacaron a Brandon. Mientras lo ayudaba a deshacerse de los vampisanos, ninguno me puso la mano encima. Creí que había sido cuestión de destreza, no de amaño.

Entonces me fui al final de ese reto, cuando descubrimos la armadura que custodiaba la bandera de Parkisan.

—Si hubiéramos levantado la bandera sin resolver el acertijo de la estatua, nos habría matado la ballesta.

Negó con la cabeza.

—El arma estaba suelta, nunca se habría accionado. Pero tanto a Darius como a mí nos impresionó que te dieras cuenta de la posible trampa.

—¿Y el duelo de espadas?

Si ese reto también había sido amañado, la herida que eso provocaría en mi orgullo me desangraría por completo.

—Ahí no te voy a quitar el mérito, cariño. Lo hiciste sola. Se nota que eres digna hija de tu padre.

Fruncí el gesto ante su apodo.

Su respuesta no me dejó satisfecha. Que hubiera favorecido mi victoria no solo afectó a mi orgullo. Eso era lo de menos. Lo peor fue que entorpeció a muchos parkisanos inocentes que probablemente merecieran ganar más que yo.

—Si la competición estaba amañada para que la ganara —dije con la mandíbula temblando—, ¿por qué ilusionar a los demás parkisanos para luego matarlos?

Volví a ver sus muertes. Cada una de ellas. Una a una. Por último, de nuevo, la cabeza cercenada y ensangrentada de Elizabeth.

—Porque todo en esta vida tiene un precio. Su vida por, quizá, heredar Parkisan.

—Pero no era un intercambio justo. Sabías que no iban a ganar.

—La vida no es justa, Savannah.

—Podrías haberles perdonado la vida.

—No los maté —fingió ofenderse—. Lo hicieron ellos al participar en la competición. Tenían claro a qué iban. Además, no han muerto todos a lo largo de los años. Algunos son sirvientes de sangre, como los que llegaron al último reto. ¿Para qué empacharme de su sangre cuando pueden alimentarme durante el resto de mis días?

—Sus familias creen que están muertos.

—¿Y qué más da? Deberían sentirse agradecidos de que me hartara de sacrificarlos.

—Que yo sea tu hija biológica no significa que piense que eres una buena reina.

Una que en ese instante justificaba la muerte de los demás para salvar mi vida.

La reina esbozó una amplia sonrisa sarcástica, como si no supiera de qué le estaba hablando. Como si fuese demasiado joven para comprender su labor.

—¿Y cuál es tu propuesta para mejorar el reino? —me preguntó.

—Preocuparte por todos tus ciudadanos, sin importar su estamento.

—¡Savannah, por favor! No hables como una plebeya. Me provoca sarpullido escucharte. No todo el mundo puede tener una vida plácida y feliz, hay que hacer sacrificios por el bien común.

Noté que la sangre comenzaba a hervirme al darme cuenta de lo alejada de la realidad que estaba alguien que debía representarnos.

—¿Y cuál es el bien común?

—Seguir siendo reina, por supuesto.

—Pues yo no quiero ser tu princesa.

Creí que mis palabras la irritarían o, al menos, la harían entender que no estaba de acuerdo con su modo de gobernar y que no pensaba seguir sus pasos. Sin embargo, la Reina Colmillos volvió a estallar en carcajadas y fingió secarse una lágrima imaginaria.

—Una lástima que no puedas negarte. Si lo haces, Clement se hará con el poder y nos cortará la cabeza a las dos. Así que, como ves, rebelarte contra mí no es tan fácil como negarte a cumplir con tus obligaciones.

En otras palabras, iba a seguir sus pasos quisiera o no. Iba a ser la princesa de Parkisan quisiera o no. En concreto, la princesa que ella esperaba de mí.

Para dar por finalizada la conversación, la reina se levantó y me tendió la mano para que yo hiciera lo mismo.

—Parkisan aguarda para conocer a su futura heredera. No le hagamos esperar.

Capítulo 52



Acompañadas por una horda de escoltas, la reina y yo nos dirigimos hacia la estancia donde se llevaría a cabo el anuncio. Se encontraba en la primera planta y, si no hubiera sido por ellos, no habría sido capaz de encontrarla. El castillo se volvía cada vez más laberíntico para mí.

«Este laberinto es ahora tu hogar», me recordé.

Sacudí levemente la cabeza. Mentira. Ese lugar tan inhóspito jamás podría tener la calidez de mi choza. No era mi hogar, era una prisión con la apariencia más acomodada que se podría imaginar.

En la puerta que daba acceso a nuestro destino, nos encontramos con Ryan, que parecía estar esperándonos. O más bien aguardando a la monarca.

—¡Justo a tiempo! —celebró la Reina Colmillos mientras alzaba su daga.

Entonces, mientras ella se preparaba, Ryan extendió el brazo y, acto seguido, le hizo un corte y empezó a beber de él.

La escena me provocó náuseas, sobre todo tras pensar que esa sería mi nueva rutina. No iba a enfrentarme a vampiros, al contrario:

iba a ver cómo se alimentaban. Mi vida debía de ser obra de algún bufón.

—Enhorabuena, Savannah —me felicitó Ryan—. Ya era hora de que alguien ganara el Sacrificio de la Corona.

Me sorprendió la espontaneidad con la que me hablaba. Yo no sería capaz de hacerlo con tanta tranquilidad si tuviera a una vampira sanguijuela chupándome la sangre.

—G-gracias.

—¿Dónde está Morgana? La he buscado por todas partes...

Por supuesto. Como ella me había dicho, le encantaba husmear. No dudaba de que se preocupara por su paradero, pero en su voz se escondía un matiz de curiosidad.

—No lo sé. —La Reina Colmillos pareció estremecerse con una risa contenida ante mi respuesta—. Yo tampoco la he visto. Creo que... se ha ido.

—¿Ha muerto? —preguntó asustado.

—¡No! Bueno, no creo.

Una parte de mí seguía deseando que Morgana se pusiera en contacto conmigo para asegurarme de que estaba bien. Otra, más pequeña pero que poco a poco tomaba fuerza, estaba demasiado rota y decepcionada como para querer saber nada de ella.

Sentí que me volvía a ahogar con la realidad y, por fin, conseguí llorar un poco.

Una vez la reina terminó de desangrar a Ryan, él se retiró curioso por mi estado, y nosotras entramos.

Era una sala pequeña, si por pequeña entendemos que era menos espaciosa que el resto de las estancias del castillo. No había mobiliario alguno, y las paredes estaban pintadas en un azul celeste.

De ellas colgaban distintos cuadros. Pero lo importante era el balcón blanco que había tras unas puertas de cristal. Desde allí se realizaría el anuncio, el cumplimiento de mi peor pesadilla.

Omelia esperaba nuestra llegada con una sonrisa. Al principio se mostró algo dubitativa respecto a cómo acercarse a mí. Sin embargo, la Reina Colmillos asintió con la cabeza para indicarle, posiblemente, que ya me había enterado de mi verdadera identidad.

Mientras la reina hablaba con sus escoltas, Omelia, mi prima segunda biológica, me estrechó entre los brazos.

—Savannah, qué dicha la que te acompaña hoy. Por fin te van a conocer como la heredera de Parkisan. ¿Estás nerviosa?

Sin embargo, cuando se apartó de mí, mis mejillas estaban empapadas por el llanto.

—Sécate esas lágrimas y sonríe, Savannah. Se supone que es el día más feliz de tu vida.

—Es el peor. —Al instante recordé las muertes de padre y madre —. O... casi.

De pronto, la mueca alegre de Omelia se desvaneció y, en su lugar, apareció una expresión enervada. No empatizaba conmigo, al contrario, debía de creer que no tenía motivos para quejarme. Así que se aseguró de que la reina no estuviera pendiente de nosotras y me dijo:

—Pues tendrás que fingir, como yo. —Su voz dejó de sonar delicada y se asemejó más a la que puso el día que se reencontró con Brandon—. Todas las noches rezo a la diosa Amarea para tener la vida de otra persona que no sea de la realeza. Ha habido épocas en que he llegado a odiar hasta a nuestra reina. Pero aquí me tienes

—dijo con un tono que volvía a ser moderado y cercano—, con una sonrisa.

Con los índices, presionó las comisuras de mis labios y extendió mi sonrisa.

—Mejor. Que se note que es el mejor día de tu vida.

En cuanto soltó mis labios, mi mueca alegre se desvaneció. Estaba tan fuera de mí que no hubiese sabido decir cómo me sentía respecto a la actitud de Omelia. No me sentía cómoda con ese comportamiento hostil, pero no era capaz de determinar hasta qué punto.

—Es la hora —anunció la voz de la Reina Colmillos a mis espaldas.

Se había acercado a nosotras.

La monarca estudió con atención mi rostro y, después, frotó los pulgares contra la zona de mis ojeras.

—Savannah, no llores. Te estás quitando todo el maquillaje. Suerte que la gente no te verá bien desde tan alto.

Con un movimiento de cabeza, indicó que abrieran el balcón. Al instante oí los vítores de la gente que se agolpaba fuera del castillo para conocer a la ganadora del Sacrificio de la Corona.

La mejor participante.

La mejor impostora.

La única elegida.

Se morían de ganas de conocer a la persona que, contra todo pronóstico, se había alzado con el título de heredera. Pero si supieran la verdad, no querrían saber quién era. Al contrario, aparecerían con antorchas para quemar el castillo de Branamor hasta sus cimientos.

—¿Preparada? —me preguntó Omelia con una sonrisa.

Su preocupación por mí parecía genuina, pero no sabía hasta qué punto podía fiarme de ella.

Me sequé la lágrima que caía por mi mejilla y forcé una sonrisa, la más amplia que pude. Mientras lo hacía, sentí que mis músculos estaban oxidados y que tiraban de mí para que volviera a ponerme seria.

—Así mejor —me felicitó Omelia.

La Reina Colmillos me tendió la mano para acompañarme en el día más miserable de toda mi vida. Las tres salimos al balcón, yo entre mi madre y mi prima biológicas.

Tras el muro, la gente rugió al verme. A mí, a Savannah Delagarde, a la heredera de Parkisan. Parecía que me amaban y me idolatraban sin ni siquiera haberme visto el rostro.

Me pregunté cuánto tardarían en odiarme si llegaban a descubrir que yo era una mentira.

EPÍLOGO

El príncipe Clement bebía hidromiel mientras su mirada se perdía a través de la ventana. Debía emborracharse lo suficiente si no quería que lo abordaran sentimientos de desengaño, rabia y frustración. Los asuntos graves siempre parecían más livianos en el salón del palacio de otra persona.

Tras terminar el contenido de un trago, se levantó y lanzó el vaso al suelo. La fragilidad del cristal hizo que se hiciera añicos.

Morgana, Florence Wintersmouth (la duquesa de Zinnia) y los dos hijos de esta última, Brandon y Nessia, fueron testigos de su estallido de furia. Los de Zinnia lo observaron tranquilos, incluso se regocijaron en la escena. Al fin y al cabo, se hallaban en la residencia familiar, tenían el control.

No obstante, Morgana, vestida con sus ropajes de alta nobleza, se encogió en el sofá. El que había sido su padre desde hacía diez años estaba enfadado, y motivos no le faltaban. Le había fallado.

—Teníais una misión los dos —dijo Clement señalando a Morgana y a Brandon—: impedir que la hija de Harry Montgomery y mi hermana se convirtiera en la heredera. Y habéis fracasado.

En el sofá de enfrente, Brandon observaba a Morgana divertido. No parecía intimidado por el enfado más que justificado del que era su rey.

—La competición estaba amañada —explicó este—. Estaba todo en mi contra... ¡Ahora entiendo por qué!

Sin embargo, cuando Morgana observó a Brandon, se dio cuenta de que este no mostraba arrepentimiento. De nuevo, le dirigía una expresión jocosa. No había mencionado lo que había descubierto en el monasterio de la Santa Sangrienta: el nombre de Agathy Norvan Emmons.

Ni lo hizo cuando regresó al palacio de Ardsall, su hogar, ni lo estaba haciendo en ese instante.

«Sabía quién era Savannah y no dijo nada».

—¿Y tú, Morgana? —Clement se acercó a ella, pero no se sentó en el sofá—. ¿También me pondrás una excusa? Hace más de una semana, mi emisario te transmitió mis instrucciones indicándote que la mataras. Debías haber aprovechado la confianza que había depositado en ti para acabar con ella.

Ella apretó los labios al verlo tan decepcionado. Así era, él le había indicado que acabara con la vida de Savannah para evitar un mal mayor. Desde que se presentó al Sacrificio de la Corona, comprendió que podía llegar el momento en que le tocara matar a la hija biológica de la Reina Colmillos.

Sin embargo, nadie la había preparado para que esa persona fuera la chica a la que llevaba amando desde los doce años.

—Pensaba que era más útil si la dejaba viva y conseguía información para ti.

En realidad, no fue capaz de matarla. Tras descubrir la marca de nacimiento de los Delagarde en la cadera de Savannah, había enloquecido. Creía que se había burlado de ella y comprendió que Agathy Norvan Emmons era un anagrama de Savannah Montgomery. No dudó en revelar que era la hija biológica de la reina.

Se sintió muy engañada.

No obstante, conforme pasaron los días y se serenó, se dio cuenta de que quizá, solo quizá, Savannah no sabía nada sobre su identidad. De lo contrario, no habría dejado que viera su marca aquel día en el establo. Ni cuando le curó las heridas. Ni cuando dieron rienda suelta a su amor antes de la despedida.

Confirmó sus sospechas cuando Savannah la salvó de una muerte segura a manos de la Reina Colmillos.

«He sido tan estúpida...», se maldijo mientras huía del castillo.

—Voy a decir lo que todos estamos pensando —comenzó Brandon —: la menospreciamos como menospreciamos a cualquiera del pueblo llano. Sospechaba que ocultaba algo, pero no hasta ese punto.

Sin embargo, cuando Morgana volvió a mirarlo, ahí estaba: la expresión divertida. Parecía que solo ella se había dado cuenta de cómo se había reído de la Alianza de la Sangre Roja en las últimas semanas.

—Estoy convencida de que Savannah no sabía nada —explicó la hija de Clement—. Está en contra de la Reina Colmillos. Su padre debió de mantenerla alejada de la verdad para protegerla.

Y Morgana, como una estúpida, se había dejado llevar por la rabia. Posiblemente, si esa emoción no la hubiera invadido, habría hecho como Brandon: se hubiera callado, la habría dejado llegar hasta el trono y habría asumido que lo suyo era un romance imposible.

—La conozco desde hace años, y odia a su madre biológica — insistió—. Además, Harry Montgomery murió por culpa de dos vampiros. Podemos convencerla de que se una a nosotros.

En realidad, tenía la certeza de que Savannah no querría unirse tras descubrir la verdad, pero debía hacerles creer en esa posibilidad para protegerla el máximo tiempo posible.

Morgana levantó la cabeza para buscar el apoyo de Clement, pero este tenía la mirada perdida en los fragmentos de cristal que había esparcidos por el suelo.

—Sigo sin ver cómo nos podría ayudar —dijo Nessia, la que había sido su compañera de vida antes que Savannah. Lo suyo con la *estúpida campesina*, como ella la llamaba, era algo personal—. ¡Edith, necesito sangre!

La sirvienta de sangre clandestina se acercó y Nessia le clavó los colmillos en la muñeca. Los vampiros no eran bien recibidos en el bando de Clement, pero siempre había excepciones que se ocultaban a los demás. Lo suyo había sido un desafortunado accidente cuando viajaba por el ducado de Zinnia. Si se corriera la voz, el bando del príncipe podría salir perjudicado. Nadie entendería que Nessia no era peligrosa, como los demás vampiros, solo era una buena parkisana que había tenido mala fortuna.

—Tienes razón, Morgana —la elogió Clement—. Podemos convencer a Savannah de que no quiere el trono, de que no lo necesita. Lo cierto es que todo el tiempo invertido ha sido para nada, una decepción. Pero lo solucionaremos. Puedes hacerlo, ¿verdad, hija?

Sabía que él la quería, pero en momentos como ese se daba cuenta de que el objetivo de destronar a su hermana siempre estaría por delante de ella.

«Has traicionado a la única persona que te ha querido de verdad», se recriminó.

—Necesito hacerte dos preguntas —comenzó con la voz temblorosa, ignorando lo que acababa de pedirle.

—No tuve nada que ver con el ataque al castillo de Branamor del 12 de abril —respondió, como si le leyera la mente—. Siguiente.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de la madre de Savannah?

Clement tardó un poco en responder. Durante esos segundos de espera creyó que era inocente de la acusación que tantas veces había cruzado por su mente.

—Ah, la campesina. Bueno, hice lo que tuve que hacer. Pagué al sangrero para que se inventara que había muerto por culpa de un ataque de vampiros. La gente del pueblo llano es curiosa: es capaz de vender a sus allegados por unas cuantas monedas de oro.

El mundo de Morgana se derrumbó al percibir la frialdad con la que contestaba. La madre de Savannah era un prado cálido lejos de la fría estepa. Siempre había visto su bondad en momentos en los que ni ella podía hacerlo. Si había alguien que no merecía morir por culpa de su conflicto, esa era Mildred.

—Esa mujer era inocente —respondió, nerviosa—. Su único crimen fue querer a Savannah como si fuera su hija de sangre. ¡¿Por qué la has matado?!

—¿Quién ha dicho que esté muerta? No puedo matarla sin que me lo cuente todo sobre su hijita. Además, así podemos chantajear a Savannah para que se una a nosotros.

La información pilló a Morgana por sorpresa. No sabía qué escenario le parecía peor: que la mujer que había criado a Savannah estuviera muerta o que la estuvieran torturando para sonsacarle una información que no tenía.

—¿Mildred está viva?

—Hasta que me sea útil.

En ese instante, Morgana sintió que el mundo que la rodeaba convergía en líneas difusas de rostros, mobiliario y luces. La poca compasión de Clement le resultó abrumadora y se vio obligada a marcharse al jardín, bien lejos del salón, para tomar el aire sola. Por fortuna, a esa hora de la tarde nadie rondaba por el lugar.

Allí, el mundo parecía más dulce, más comprensivo. Pero Morgana no merecía nada de eso. Merecía sufrir hasta el último de sus días y morir a manos de Savannah. Porque, por su culpa, todo se había venido abajo.

Acto seguido, gritó de dolor y quiso desaparecer. Quizá, si las cuatro diosas lo permitían, se mimetizaría con el ambiente y lo haría para siempre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Brandon, a quien le habían pedido que la siguiera.

Posiblemente también se lo pidieran a Nessia, pero ella se negó y se fue a su dormitorio.

«Dejad que los mayores hablemos de asuntos de mayores», solía decir la duquesa de Zinnia, aunque todos los presentes fueran ya adultos.

—Tú lo sabías —lo acusó mientras se levantaba y lo señalaba con el dedo.

—No sé de qué hablas.

Pero lo sabía.

—Tú conocías la identidad de Savannah. ¿No se suponía que debías informarnos de tus descubrimientos sobre Agathy Norvan Emmons, como me contó ella?

A Morgana le dio la impresión de que Brandon musitaba un «Esa chica es tonta», refiriéndose a Savannah. Sin embargo, cuando se dirigió a ella, las palabras que manaron de sus labios fueron otras.

—Oh, eso... Se debió de extraviar mi misiva.

Morgana sentía que la paciencia se le agotaba, así que cogió a Brandon por el cuello de la camisa para mostrarse más amenazante.

—¿Qué querías que hiciera, Morgana? —se justificó—. Me perdonó la vida, estaba en deuda con ella. Yo, en su lugar, no lo habría hecho, desde luego.

—Te perdonó la vida porque no sabía que era la princesa.

Con rabia, lo soltó y comenzó a pasear por el jardín, como si llevara eones sin caminar y necesitara estirar las piernas.

—Morgana, la cuestión es: ¿a quién querías que pusiera sobre aviso, al príncipe Clement o a ti?

Ella no respondió, no era necesario. Brandon comenzó a reírse. Morgana se detuvo en seco y le espetó:

—¿Qué te parece tan divertido?

—Tú fuiste una de las personas más críticas conmigo cuando me enamoré de Omelia. —Con una sonrisa pícara, apoyó la barbilla en las manos—. ¿Cómo te sientes al descubrir que tu campesina es la princesa? Ay, la diosa Namiria, siempre tan caprichosa con el amor...

Morgana resopló. Brandon tenía la habilidad de hacer que todo asunto tuviera relación con él. De lo de Omelia habían pasado años... ¿Por qué sacarlo a la luz de nuevo?

Quizá le molestaba tanto porque se había dado cuenta de que no era tan fácil separar las obligaciones de los sentimientos.

—¿Te vas a regodear, Brandon, con la que tenemos encima? —le preguntó.

—No. Además, este conflicto me da igual. Si no me importaba cuando iba a heredar el ducado, ahora me preocupa aún menos. Y lo peor es que a ti también te da igual. Lo de que vas a convencer a Savannah es mentira, no te lo crees ni tú. Estás ganando tiempo.

Morgana tragó saliva ante su osadía. Por desgracia, la conocía demasiado bien.

—No me da igual. Yo... yo defiendo mi bando del enemigo.

—¿Cuáles son esos bandos, exactamente? ¿«Yo me merezco reinar más que tú»? —Se encogió de hombros—. El asunto de los vampiros no le importa a Clement ni tampoco a Lilith. Utilizan una desgracia de causa desconocida para crear su narrativa. Mientras tanto, la gente muere, Morgana. El día que se den cuenta de que mi hermana es una vampira y de que nos estamos riendo de ellos, nos matarán. Y con razón, porque nuestros valores solo son sólidos mientras no nos afecten.

Por mucho que le doliera asumirlo, sabía que, si en vez de ser Lilith la que se había convertido en vampira hubiese sido Clement, él los defendería como si no hubiera un mañana. En esa realidad alternativa, la reina sería la que estaría en contra.

—El problema es que —siguió Brandon—, con esta discusión familiar, nos olvidamos de lo más importante.

—¿De la persona que quiere quitarnos Parkisan desde hace veinte años?

—Exacto —continuó él—. Sabemos que Lilith no se atacaría a sí misma. Es cínica, pero no tanto. Clement tampoco. Eso confirma que hay una tercera persona con cierto poder que está moviendo los hilos en Parkisan.

—La misma que atacó el castillo cuando Savannah era un bebé. Ha vuelto porque Savannah ha regresado.

En el pasado, Lilith culpó a Clement por el Amanecer de la Sangre Negra, pero él no fue. Pero, al contrario de lo que pensaron los parkisanos, había sido un ataque organizado. No eran vampiros erráticos que querían acabar con la familia real. Todo estaba planeado, y el objetivo era Savannah.

—Así es. Y mientras nosotros seguimos empecinados en una pelea de hermanos desde hace veinte años, esa persona va cogiendo poder en la sombra. Cuando queramos pararla, no podremos. Quizá ya sea imposible.

Morgana bajó los muros que había levantado entre Brandon y ella. A pesar de que muchas veces era insufrible, era el único con poder en el bando de Clement que parecía sensato. Y pensaba escucharlo.

—¿Qué propones?

—Que creemos un bando que se preocupe por Parkisan. Nosotros dos. Después, hablaremos con Savannah y rezaremos para que la guerra que viene tarde en llegar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

AGRADECIMIENTOS

Este momento es uno de mis favoritos: dar las gracias a toda la gente que me ha acompañado en el proceso. En concreto, han sido más de cinco años, pues la historia se me ocurrió en 2020.

Primero, a mi familia, siempre. Gracias por apoyarme desde que os dije que mi sueño era ser escritora y por acompañarme en cada etapa. No podría sentirme más agradecida de teneros. Sois un pilar fundamental para mí.

A mis amigas, las que formáis parte de este mundo y las que no... ¡Mil gracias por llevar más de cinco años aguantando mis charlas sobre vampiros! Por los consejos que me habéis dado, por haber compartido sesiones de escritura conmigo y, sobre todo, por estar siempre ahí.

Mención especial a Tambor, por ser mi fiel compañero conejil mientras escribo.

A Dan, mil gracias por haberme ayudado a desarrollar el personaje de Sam a lo largo de los años. Sin ti no sería lo que es, y te estaré eternamente agradecida por ello.

A David y a Pablo, de Editabundo, gracias por haber apoyado esta historia desde que tuvisteis conocimiento de ella y por haberme acompañado en todo el proceso de publicación. Gracias por haberle dado tanto amor a mis vampiros, sobre todo cuando creía que estaban destinados a seguir guardados en el cajón donde llevaban años reposando.

A María, una de mis editoras, gracias por este viaje que, entre nosotras, empezó hace casi cinco años. Gracias también a Sara, mi otra editora, por haberse unido a este proyecto. Chicas, gracias por haber sacado lo mejor de esta historia. Como os dije, gracias a vosotras, *El sacrificio de la Corona* es lo que siempre estuvo destinado a ser. Y no puedo haber quedado más contenta con el resultado.

A todo el equipo de RBA Lit, gracias por cuidar mi historia tan bien. A Anna de estilo. A Cèlia e Irene de realización. A Laia, Cristina y Anna de comunicación y marketing.

A Isa, gracias por la portada y por reflejar el espíritu de esta historia a la perfección.

Y, sobre todo, gracias a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a esta historia y haber dejado entrar a mis vampiros en tu vida. Espero que la hayas disfrutado mucho y que haya ocupado un lugar en tu corazón. Nos vemos en la segunda parte. ♥

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com